

GABRIELA EXILART

NAPALPÍ
ATRAPADA
en el VIENTO



Gabriela Exilart

Napalpí

Atrapada en el viento

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Inés Maidana, mi hada del norte

PRIMERA PARTE

Nunca el viento me trajo el perfume de las flores. El viento siempre me anticipó tragedias. Los cuervos no volaban, estaban comiendo de los muertos.

CAPÍTULO 1

Buenos Aires, noviembre de 1922

Estaban durmiendo cuando sintió el olor. Al principio Carola creyó que soñaba, pero enseguida percibió algo extraño en el ambiente y despertó a Antonio.

Al abrir la puerta del dormitorio las llamas subían por las cortinas del comedor y el fuego se expandía por todo el lugar.

—¡Guido! —gritó mientras sufría la falta de oxígeno.

—Llévate al niño, yo buscaré las cosas importantes.

La muchacha corrió hasta el camastro donde Guido dormía, ajeno en su inocencia a la desgracia que se cernía a su alrededor. Lo tomó en brazos a la vez que intentaba despertarlo, pero no lo consiguió. Lo sacó de la habitación y, al querer cruzar el corredor que comunicaba con la cocina, una llamarada le rozó los pies.

—¡Antonio! —llamó, pero no había señales de él.

Lenguas de fuego trepaban por las paredes y las chispas saltaban hacia todas partes. Divisó los muebles como fantasmas que apenas se sostenían en pie y no supo qué hacer. Era imposible atravesar el comedor para llegar a la puerta del frente. Solo le quedaba la parte trasera, que aún no estaba del todo encendida.

—¡Antonio! —repitió sin obtener respuesta.

Envolvió al niño con una de las mantas y con otra se cubrió la cabeza.

Armada de coraje se lanzó al pasillo, iba descalza y el calor le mordió los pies. Llegó a la cocina con las plantas ardiendo, pero no se detuvo. Tomó agua en un recipiente y la arrojó al suelo con la esperanza de enfriarlo un poco.

Guido despertó y empezó a llorar, Carola miró hacia atrás y todo era rojo. No había señales de Antonio, solo se oía el crepitar de las llamas y el olor a quemado cada vez más intenso. De repente un aroma diferente se expandió por todo el sitio era dulzón, extraño, de carne quemada.

La muchacha intuyó lo peor y lloró.

No podía volver al corazón de la casa, donde el fuego reinaba. Tomó el picaporte, estaba hirviendo. Retiró la mano en medio de un grito de dolor. Buscó algo con que cubrísela y abrió.

La recibió una calurosa noche, la luna llena auguraba un hermoso amanecer. Desde el patio vio cómo toda la construcción se iba quemando. Centímetro a centímetro, las llamas la devoraban.

Corrió alejándose del lugar hacia un terreno baldío hasta sentirse a salvo. Incapaz de reaccionar permaneció allí hasta que el techo se derrumbó y las paredes lo siguieron sepultándolo todo.

La sirena de los bomberos se dejó oír y las voces de los vecinos que se habían agolpado al frente de la vivienda la trajeron de vuelta a la realidad. La encontraron sentada sobre el pasto apretando contra su cuerpo al niño de ocho años, que continuaba llorando y gimiendo la muerte.

Cuando fue capaz de volver al presente, Carola se hallaba en la comisaría. La habían cubierto con un abrigo pese a que era verano; temblaba como hoja al viento.

—¿Dónde está el niño? —fue lo primero que dijo.

—Él está bien —respondió el uniformado—. Lo están revisando.

Un hombre de mayor rango ingresó en la oficina y se sentó frente a la mujer.

—Señora, necesitamos que nos cuente qué pasó.

—¿Qué ocurrió con Antonio? ¿Lograron rescatarlo?

El comisario le dio la fatal noticia y la mujer se desmoronó.

Le ofrecieron un vaso con agua como si con eso aliviaran su pena y aguardaron un rato antes de seguir con el interrogatorio.

—Señora, necesitamos saber qué ocurrió.

Como en trance, Carola relató lo sucedido, que no era mucho. Después le hicieron más y más preguntas que no fue capaz de responder. La pena por la muerte de Antonio era demasiado grande. No importaba nada más, ni siquiera el niño, que estaba en la salita contigua.

Las horas pasaron y el amanecer se convirtió en un bello día de verano. El aire aún olía a quemado pese a que la comisaría estaba alejada del fatídico domicilio, pero Carola seguiría oliendo a muerte por el resto de su vida.

—¿A dónde va a ir?

De repente la muchacha tomó conciencia de su orfandad: no tenía a nadie. Ni familia ni amigos. Sus viejas relaciones se habían perdido en el camino de su matrimonio. Y Antonio solo se rodeaba de compañeros de ocasión, sin vínculos consolidados. Estaba sola. Sola con el niño.

—No lo sé...

El comisario frunció el gesto.

—¿Nadie que pueda alojarla, al menos hasta que mejore su situación?

Carola cayó en la cuenta de que no había manera de mejorar la situación. Carecía de trabajo o ahorros; todo giraba alrededor de Antonio, quien en los últimos tiempos se había comportado de manera irresponsable. Muerto él tampoco habría ingresos de su salario.

—¿Señora? —repitió el policía.

Ella volvió a negar y el hombre pronunció las temidas palabras:

—Aquí no puede quedarse, señora, tendrá que buscar un lugar.



CAPÍTULO 2

Sábado 19 de julio de 1924. Reducción de Napalpí, Chaco

Me despertó el ruido del motor, un sonido poco habitual en el medio del monte. Abrí los ojos con pereza, todavía me aletargaba el efecto de las bebidas de la noche anterior. Nunca iba a acostumbrarme al jugo de la algarroba que los aborígenes llamaban “kapa”. Siempre que bebía, terminaba mareada.

Los niños aún dormían en sus cueros. Lila ya no estaba. Supe enseguida que un avión nos sobrevolaba y decidí salir. Ni bien descorrí la cortina vi el cielo soleado pese a que estaba algo fresco. Debía ser temprano. Lila se hallaba de pie frente al toldo mirando el firmamento.

—Es el cuervo blanco —me dijo, señalando el aeroplano.

Sonreí. Cuervo blanco. Los qom todo lo relacionaban con la naturaleza. En eso empezaron los disparos: secos, cerrados, incomprensibles. Miré hacia arriba sin tener conciencia del peligro, y vi a un hombre con anteojos oscuros disparando su carabina desde la cabina del avión. Él también sonreía. A mi alrededor algunos aborígenes que continuaban los festejos de la víspera se asomaron al campo sin advertir el acecho de la policía agazapada. Empezaron a caer al ritmo feroz de la balacera.

Asustada ingresé en el toldo: había que sacar a los pequeños. Lila me siguió y con espanto sorteamos las balas que agujereaban el techo. Los niños no querían abandonar el sueño y tuvimos que zamarrearlos para hacerlos

salir, sin saber que afuera sería peor. Desde el cielo “el cuervo blanco” lanzaba picotazos desesperados acabando con la vida. Nadie escapaba.

Alcé a Mario. Debía llevarlo con su padre, ¿dónde estaba? Sin pensar corrí con el niño hacia el monte y fue en ese momento cuando lo vi: Dante venía escapando en dirección a nosotros cuando una bala lo alcanzó. Cayó al suelo sin dejar de mirarnos, extendió la mano con sus últimas fuerzas y me indicó que me alejara. Fue un instante que viví como si fueran horas. Él debió advertir mi indecisión. No podía dejarlo ahí, herido de muerte. Con todas sus fuerzas Dante gritó “vete”.

Apreté al pequeño. Mis mejillas, húmedas de lágrimas y un sabor salobre en la boca. Lo miré por última vez: él seguía viéndonos, suplicándome que sacara a su hijo de aquella balacera. Obedecí y hui hacia el monte mientras familias enteras trataban de escapar de sus toldos arrastrando a niños y ancianos. Muchos quedaban en el camino regando la tierra con su sangre.

Gritos y más gritos. De los heridos y de los atacantes embravecidos ante tanta lujuria de muerte. Cuando desde el avión creyeron que no había peligro avanzó la tropa, que esperaba escondida en los límites del monte en forma de arco. Me tiré entre los matorrales. El pequeño gemía entre mis brazos, lo estaba apretando contra el suelo. La historia se repetía.

No era momento de avanzar: sería una muerte segura. Silencio le pedí en voz baja. Obedeció.

Mis ojos fueron testigos de la masacre que vino después. Pedro Maidana quiso repeler la agresión, pero un policía lo asesinó de un disparo sin darle tiempo a utilizar su arma. Las lágrimas me quemaban en los ojos al ver caer al líder de su pueblo. Mi cuerpo entero se convulsionó en sollozos, que tragó la tierra húmeda de sangre.

Como si esa muerte no fuera suficiente se ensañaron con su cadáver. Lo mutilaron arrancándole orejas, testículos y labio superior. El machete carmesí subía y bajaba con ferocidad.

No solo Pedro fue víctima de la vejación; ciegos de odio los soldados descuartizaban todo cuerpo caído sin distinguir entre hombres, mujeres, ancianos o niños. Se llevaban sus partes como trofeos. Cerré los ojos, no quería ver eso. Pensé en Dante y en su cuerpo mutilado... fue demasiado. Tuve que reprimir el vómito y esconder la cara contra la tierra que seguía temblando ante la matanza.

Gritos y aullidos de dolor y desesperación ascendían al aire en una sinfonía macabra.

Me abracé al niño y permanecimos inmóviles, camuflándonos con la naturaleza. Ni siquiera respirábamos: debíamos volvernó invisibles. Quería saber qué había ocurrido con Lila y sus hermanos, los había perdido de vista en la espantada; necesitaba saber de mi querida Rosalía, de Rosa, de su madre, de Melitona... Pero no osé levantar la cabeza.

Sentía pasos, voces, gritos, aullidos, golpes; mis sentidos todos a flor de piel. Me fui con la cabeza tiempo atrás, busqué en mi pasado algo lindo a que aferrarme. Eran escasos los momentos de felicidad en mi haber. Por algo estaba allí, en medio de ese monte hostil y de vida sacrificada.

El olor del viento me recordó el ayer. Era un olor demasiado presente, demasiado denso en mi memoria. Era el olor de una nueva muerte, nauseabundo, agridulce, obsceno. Era el olor de la carne humana quemada.

Aun sabiendo que corría riesgo alcé la vista y por entre los yuyos vi las llamas; los pocos sobrevivientes que permanecían en los toldos eran calcinados, el humo más blanco que lo habitual me lo confirmó.

Algunos salían como muñecos envueltos en fuego, desgarrando su dolor en el aire, para terminar desplomándose en la tierra. Era tan macabra la visión que me desvanecí.

Cuando desperté la carnicería había terminado. Solo me rodeaba el olor a muerte y el silencio.

El pequeño, que yacía debajo de mi cuerpo, no se movía. Temí haberlo

ahogado. Me desplazé con sigilo, si había alguien cerca podía estar en peligro. El pequeñín estaba morado, tieso. Lo zarandeé al borde de la locura hasta que abrió los ojos, esos ojos negros y achinados donde aún anidaba la inocencia. Lo cubrí de besos y miré a mi alrededor.

En el suelo montuno habían florecido muertos, amontonados unos sobre los otros. Cuerpos mutilados, custodiados por caranchos y buitres acechando desde las ramas.

Me puse de pie con dificultad; en la huida me había lastimado con espinas y ramas. Avancé unos pasos, endeble y mareada; Mario, de mi mano.

Busqué el sendero que me sacara del monte y un cuadro dantesco se desplegó ante mis ojos: empalados, los cadáveres se erguían en la tierra roja; sutil advertencia para los sobrevivientes si es que los había. Me doblé en dos y vomité lo poco que tenía en el alma. Caí de rodillas, vencida. Quise morir.



CAPÍTULO 3

Buenos Aires, noviembre de 1922

Hacía una semana que la casa había quedado reducida a cenizas. Carola y Guido habían necesitado de la caridad ajena, y habían pernoctado aquí y allá sin más pertenencias que ropas prestadas y valijas de pena. Pero la situación era insostenible, tenía que hallar una solución.

Los trámites en el banco para percibir el último sueldo de Antonio seguían demorándose. Tenía que contratar a un abogado, pero carecía de dinero. Era un círculo del cual Carola no podía salir.

Dejó a Guido al cuidado de su anfitriona de turno, la esposa de uno de los oficiales de la comisaría donde había pasado los dos primeros días, y salió a buscar trabajo. Si lograba aunque más no fuera alguna casa para limpiar tal vez podría pagar una habitación. ¿Y el niño? ¿Quién daría trabajo a una mujer con un jovencito a cuestas?

Ya en la calle pasó por una vidriera y no se reconoció: había perdido varios kilos en esa semana aciaga y su cintura empezaba a perfilarse. En otro momento se hubiera sentido feliz, el sobrepeso había sido un gran problema para Carola. Pero no eran tiempos para ocuparse de la estética sino para salir adelante.

Con el corazón quebrado y el miedo ante la incertidumbre doblándole la espalda, recorrió negocios, hoteles y pensiones ofreciendo la fuerza de sus brazos para cualquier trabajo disponible. Pero al final del día no había

logrado nada.

Después de caminar durante horas soportando zapatos prestados que no eran de su talla y le sacaban ampollas, decidió regresar. Sentía vergüenza aun cuando no fuera culpable de nada. No le gustaba vivir de la lástima ajena. Se recriminó el haber obedecido a Antonio abandonando sus proyectos, pero ya era tarde. No tenía nada, apenas conocimiento sin título.

Las llagas en los talones la obligaron a hacer un alto en su andar, se recostó contra la pared y se descalzó. El calor había menguado a esa hora, el sol se estaba ocultando y la gente volvía a sus casas, a sus afectos.

Cerró los ojos un instante y al abrirlos vio que no estaba sola. Un hombre trajeado de pie frente a ella la miraba amenazante.

Carola se alertó e irguió, pero el sujeto apoyó los brazos contra el muro, encerrándola.

—Tiene cinco días para pagarnos lo que nos debe —dijo con voz susurrada, muy cerca de su oído.

La muchacha se estremeció y alcanzó a responder:

—No sé de qué habla, debe estar confundido.

Una sonora carcajada se elevó en el aire antes de que sus dedos encerraran su garganta.

—No me tome el pelo, señora —masticó una a una sus palabras—. Antonio nos debía mucho y ahora es usted quien debe cancelar la deuda.

—¡Por favor! —gimió Carola. La estaba ahogando. El hombre aflojó la presión—. No sé de qué habla, se lo juro.

—¡No sabe de qué hablo! —El desconocido estaba furioso, se contenía para no golpearla—. Parece que el escarmiento no fue suficiente.

La muchacha abrió los ojos a más no poder, no comprendía lo que estaba oyendo, creía que todo era una confusión, pero el nombre de Antonio se interponía entre ellos.

—¿Qué quiere decir? —se animó a preguntar.

El sujeto pareció confundido, tal vez le creyera que ella no sabía nada.

—Antonio Mazzone nos debía una gran cantidad de dinero. ¿O acaso no conocía sus vicios?

Carola voló hacia atrás, a esas noches de frío invierno cuando él llegaba tarde, siempre de mal humor y sin explicaciones. A su mente acudió la visita de ese hombre el mes anterior, con ese extraño mensaje sobre un préstamo que ella había malinterpretado.

—Él... —abrió los ojos almendrados esperando una explicación.

—Él era un jugador, señora, y nosotros sus prestamistas. Fue una pena que no haya escuchado nuestras advertencias... —El desconocido volvió a reír con todas sus fuerzas y ella se estremeció—. Ahora es solo un puñado de cenizas.

—¡Oh! —Carola se cubrió los ojos y sollozó. Empezaba a entender, el incendio no había sido casual—. ¡Antonio había sido asesinado!

—La próxima será usted, señora, y ese niño al que cuida tanto.

—¡No! —gritó y él la abofeteó.

—¡Cállese! —Un cuchillo apareció de su manga y se apretó contra su costado—. ¿O quiere dejarlo huérfano ahora mismo?

Carola sintió que las piernas se le aflojaban y el hombre tuvo que sostenerla. La abrazó contra la pared y aprovechó para refregarse contra su cuerpo lleno.

—Mmm, nunca imaginé que las gorditas me excitaran —susurró sobre su cuello—. Tiene cinco días para conseguir el dinero. De lo contrario, olvídese del pequeño.

La soltó de repente y se perdió en el atardecer. La muchacha se arrodilló y lloró su desgracia. Empezaba a entender las actitudes de Antonio, en especial el miedo y sus palabras de perdón la noche misma del incendio.

Al cabo de un rato meditó que tenía que volver a la casa. Debía buscar ayuda, denunciar a ese sujeto.

Con los zapatos en la mano corrió con todas sus fuerzas las cuerdas que le quedaban. Arribó a lo de sus anfitriones sudada y agitada y esbozó a borbotones lo poco que sabía.

El oficial intentó tranquilizarla y le hizo repetir la historia, pero llegado el momento de los datos no supo qué decir. No sabía quién era ese hombre ni dónde podían hallarlo.

—¿Está segura de que se referían a su Antonio? —inquirió preocupado.

—¡Claro que sí! Me dijo su apellido, y me dio a entender que el incendio fue intencional.

—Tranquilícese, mañana haremos la denuncia pertinente.

—Ahora descanse —aconsejó su esposa al verla en tal estado.

Tres días después había terminado con los trámites de la denuncia que caería en un cajón ante la falta de datos concretos.

Carola seguía sin conseguir trabajo pese a que salía todos los días a ofrecerse. Pensó en ir al hospital, como antes, pero ¿qué podría hacer allí? Las antiguas casas donde solía limpiar ya estaban ocupadas y nada se le ocurría para salir adelante.

Los días de plazo estaban por culminar y la muchacha tenía miedo. Andaba por la calle siempre mirando a sus espaldas, temerosa de ser seguida y acorralada. Tenía suerte de que la esposa del oficial se hubiera encariñado con el niño ya que lo cuidaba como si fuera propio mientras ella salía en busca de soluciones, que no llegaban.

Cuando el tiempo estaba por expirar y Carola temía lo peor, el abogado que le habían facilitado le avisó que el dinero del banco estaba disponible para cobrar. No sabía cuánto era ni cuál era el monto de la deuda, pero al menos tenía la esperanza de poder saldarla y empezar de cero.

Como si supiera, el mismo hombre de la vez anterior la asaltó a plena luz del día cuando regresaba de percibir la suma. No era mucho lo que le habían dado.

—¿Tiene lo nuestro? —dijo sin preámbulos.

—Yo... —No debía titubear, se lo había repetido miles de veces—. Enséñeme dónde está documentada la deuda —exigió envalentonada, creyendo que su pedido desalentaría al chantajista.

Ante sus palabras el hombre enfureció y la tomó con fuerza del brazo arrastrándola hacia un portal.

—Aquí están los documentos. —Se abrió el saco y le enseñó un arma.

Sin más le arrancó la cartera y buscó en ella. No había demasiado y el sujeto enfureció.

—Esto no alcanza ni para pagar mis honorarios. —Masticó cada una de sus palabras.

—No tengo más... —Carola empezó a sollozar—, por favor, no nos haga daño.

—Haremos una cosa. —Se separó un poco de ella dándole aire, no deseaba que nuevamente se le diluyera entre los brazos—. Tiene un mes para conseguir el resto, ¿entiende? Un mes. De lo contrario... Ya sabe cuál será el final.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

El hombre dijo la cifra y Carola sintió que perdía el sentido.



CAPÍTULO 4

Napalpí, junio de 1884

La columna de soldados avanzaba anticipando la victoria. El monte era mudo testigo de la carnicería que se avecinaba, la muerte se olía en el aire. El objetivo era claro: abrir camino para unir las localidades de Resistencia y Rivadavia, Chaco y Salta. Y para ello había que someter a sus habitantes: los indios.

Los aborígenes ya eran dominados por los patrones que los conchababan para los obrajes por un salario imaginario, jamás les pagaban en moneda sino que les entregaban escasos alimentos y de baja calidad.

El pueblo pasaba hambre y ultraje, hombres y mujeres se convertían en esclavos del señor blanco.

Desde abril de 1883 la ocupación del territorio chaqueño por parte de las tropas crecía segundo a segundo, las columnas atravesaban el impenetrable encontrándose en distintos parajes donde establecían sus tiendas y depositaban sus víveres para abrir el camino hacia Salta.

A retaguardia de la línea del río Bermejo una toldería de indios significaba un inconveniente. El cacique más destacado y respetado, Huaneraxaic, también conocido como Sarnec por los blancos, tenía varios capitanejos que dependían de él en la región, uno de ellos, el cacique Copaicalo.

Copaicalo era un hombre fuerte que había compartido varias batallas junto a Huaneraxaic. Atrás habían quedado sus días de dedicación al cultivo de la

tierra, la caza y la pesca.

Vivía junto a su familia, conformada por su esposa y su numerosa descendencia, entre quienes se destacaban su hijo mayor, Nalataxa, llamado así porque había nacido en el instante en que un trueno rajaba la tierra, y su hija menor, llamada L'aite, porque era la niña de sus ojos.

L'aite tenía trece años cuando las tropas arrasaron con el campamento. El hombre blanco aplastó todo lo que se interponía en su camino sin tener en consideración que había ancianos y también niños entre quienes luchaban por sobrevivir.

Sables y disparos quebraron la paz del monte y regaron el suelo de sangre india. Copaicalo luchó hasta el final sirviendo de escudo para proteger a su familia, pero nada pudo hacer. Antes de exhalar el último suspiro vio a su esposa atravesada por la hoja afilada de la espada y a su querido Nalataxa desfallecer ante un disparo. Al caer su cuerpo, pudo ver que L'aite corría hacia los árboles escapando de esa carnicería.

Lo que no vio fueron otros ojos que la seguían con la mirada y que al instante daban paso a la acción.

Manuel, montado en su caballo negro, hundió las espuelas hasta hacer sangrar al animal. Nada le importaba más que capturar a esa jovencita, que ya insinuaba formas de mujer. La persiguió hasta el límite del monte dejando atrás la matanza y los gritos. El silencio lo envolvió y bajó del caballo. Enfundó su sable, no quería asustarla. Caminó despacio intentando acallar sus pasos, pero las hojas secas lo delataban. Sabía que ella estaba ahí, oculta; podía sentir sus ojos escrutándolo, podía oler su miedo. Lo excitaba. Alejó el pensamiento, era una niña, sin embargo, estaba allí porque la quería para él.

La llamó, trató de darle a su voz un tono de tranquilidad, aunque sabía que era inútil: ella había presenciado la masacre de su gente a manos de los soldados, ¿cómo podría confiar en él?

—No te haré daño —mintió, porque aun cuando no estuviera en sus planes

lastimarla sabía que la arrancaría de su lugar, de su mundo de libertad y naturaleza—. Ven —insistió sin reparar que ella no conocía su idioma.

Avanzó unos pasos. Se fue guiando por el olor del terror, por su instinto de cazador, hasta que la encontró hecha un ovillo escondida debajo de unas ramas. Se agachó hasta su altura y descubrió un rostro de una belleza singular. No le causó asco su piel atezada ni sus ojos achinados, por el contrario, la agitación se hizo sentir. Era preciosa, con ese cabello negro largo acariciando su espalda semidesnuda y esa boca de labios finos pero prometedores que se abrían para exhalar su miedo.

Manuel extendió la mano para tocarla y ella dio un salto hacia atrás, parecía un animal salvaje y eso lo estimuló todavía más. Se midieron con la mirada y ella supo que llevaba las de perder; ese hombre alto y musculoso, además de ganarle en experiencia, iba armado. L'aite supo que debía ser inteligente y no dar batalla, al menos no allí. Con odio anidando en su corazón ante la matanza de su familia bajó la cabeza y se dejó conducir hacia el caballo.

El uniformado se contenía para no tomarla allí mismo, sobre el suelo cubierto de hojas secas, quería disfrutarla y para ello primero debía bañarla, no sabía con qué peste se podía encontrar en ese cuerpo salvaje.

Su rango le permitió hacerse de la jovencita sin dar demasiadas explicaciones. Tuvo que atarla porque, al ver lo que había quedado de su campamento, la muchacha entró en un estado de histeria tal que no hubo otra forma de llevarla.

Amarrada a un árbol L'aite fue testigo del robo de ganado, ovejas, utensilios, enseres y útiles de telar. Como ella, una decena de mujeres habían sido tomadas prisioneras y se las habían repartido entre los soldados. Se preguntaba qué pasaba por la mente de esos hombres blancos que arrasaban con su comunidad sin tener ningún tipo de sentimiento humano por las familias y los niños.

Al final de esa batalla los invasores se las quedaron con más de doscientas cabezas de vacunos y alrededor de cuatrocientas cabras y ovejas. Y Manuel Olivera se quedó con la joven L'aite.



CAPÍTULO 5

Buenos Aires, 1920

Como todas las mañanas, Carola se levantó temprano para ir al Hospital Británico, donde estudiaba la carrera de enfermería pese a la oposición de su madre, quien pretendía que trabajase en algo menos “sacrificado”, como solía repetir.

—Terminarás enfermándote de tanto andar entre enfermos —era su eterna cantinela.

Me terminarás enfermado tú con tanta ponzoña, pensaba la joven.

Se miró al espejo y como de costumbre no le gustó su imagen. Era de baja estatura, lo cual evidenciaba aún más su cuerpo relleno. Por mucho que la moda indicase que la mujer debía tener carne en ciertos lugares, ella la tenía en exceso: era gorda.

Giró para verse de atrás y pensó que tendría que vestir un suéter más largo para tapar un poco sus nalgas prominentes. Pese a las fajas que se ponía debajo de la blusa, la cintura brillaba por su ausencia. No había nada que hacer, tendría que aceptar su cuerpo, mas le costaba demasiado.

Solo el rostro la complacía, armonioso y de rasgos delicados. Peinó con horquillas el largo cabello rubio que le sobrepasaba los hombros e hizo un mohín frente al espejo.

Miró el reloj y se dio prisa, el hospital quedaba lejos y no quería llegar tarde. Amaba la profesión que había elegido, no había sido una afrenta a su

madre sino una verdadera vocación por ayudar al prójimo.

Había caído en sus manos tiempo atrás información sobre Florence Nightingale, una británica pionera en el concepto de enfermería moderna, y se había visto seducida por su quehacer. Al enterarse de que el Consejo de Administración del Hospital Británico había decidido contratar a enfermeras egresadas del Hospital St. Thomas de Londres, donde Florence brindaba sus aportes, para que implementaran el modelo “Nightingale”, se empeñó en emprender la carrera, que ya llevaba un tiempo en Buenos Aires.

Carola cursaba el segundo año y estaba satisfecha por todo lo aprendido. Las prácticas la dejaban extenuada, pero nada le quitaba la felicidad que implicaba poder ayudar a los enfermos, muchas veces, abandonados por sus familias.

En el hospital era feliz, se sentía querida y valorada. Llegar a su casa era un martirio, su madre, una mujer quejosa y resentida, la torturaba con reclamos infundados.

—¿Cuándo empezarás a ganar un salario? ¡Así no hay casa que aguante!

—Te dejé anoche unos billetes en tu mesa de luz —respondía la joven con voz de hartazgo.

Estaba cansada de soportarla. Muchas veces intentaba ponerse en su lugar de mujer abandonada, pero enseguida entendía por qué su padre se había ido cuando ella era apenas una niña de siete años para nunca regresar; le habían perdido el rastro y con el tiempo ella había dejado de preguntar por él.

Su madre no se conformaba nunca con nada y pasaba todo el día escuchando la radio o fisgoneando en la vereda mientras ella se deshacía las manos en cloro limpiando casas ajenas.

Carola fantaseaba con irse lejos, no verla, no escucharla. Le mandaría dinero todos los meses para que pudiera subsistir, pero con ella en la otra punta del mundo. Sí, eso haría. Pero carecía de los medios necesarios, apenas le alcanzaba para llenar la olla y pagar el transporte hasta el hospital. Por

fortuna el curso era gratuito, llegaban jóvenes de todo el país para sumarse al aprendizaje.

Algún día podré irme.

No soñaba, como otras tantas de su edad, con conseguir un marido y casarse. No se sentía bonita como para que alguien la pidiera en matrimonio y su madre le había repetido tantas veces que había nacido estrellada y que su destino estaba marcado por la mala suerte que había terminado por creérselo. Tampoco nadie la había deslumbrado y su vida transitaba entre el hospital, las casas que limpiaba y la propia.

—¡Carola! —El grito la alcanzó en la puerta. Dudó entre escapar o ver qué le ocurría, anticipando que sería una nimiedad, como siempre—. ¡Carola! — Esta vez la voz le llegó vacilante, diferente, como si un dolor la atravesara.

Corrió hasta el cuarto y abrió la puerta. El cuadro que se desplegaba ante sus ojos era desalentador: un vómito oscuro y maloliente se esparcía sobre el suelo mientras que Ernesta se contorsionaba en el lecho.

En dos pasos se le aproximó y la tocó, volaba de fiebre.

—¡Madre, qué tienes! —dijo por decir, la mujer desfallecía.

Con presteza limpió la viscosidad que se le había escondido en los pliegues del cuello y fue en busca de paños fríos para bajar la temperatura. Al cabo de una hora estaba mejor, pero su ánimo acariciaba el piso. Ese día Carola no fue al hospital, ni los dos subsiguientes. El médico que la revisó no acertó diagnóstico alguno, tal vez algo que había comido en mal estado.

Ernesta ya no tenía fiebre, pero se negaba a abandonar la cama. Se sentía débil, tanto que ni siquiera reprochaba nada.

—Debo ir a trabajar mamá, ya casi no tengo dinero.

—Vete, vete, estaré bien —consintió.

—¿Segura estarás bien? Puedo llamar a doña Marga para que te cuide.

—No, no, esa vieja me da mala espina —Carola sonrió, esa era su madre.

—Vendré en pocas horas.

Se despidió con un beso en la mejilla y una sonrisa. Pese a que a veces no la soportaba, la quería. Como fuese, Ernesta se había hecho cargo de ella, limpiando también mugres ajenas, y nada le había faltado dentro de sus posibilidades. Era tiempo de que ella le devolviera favores y atenciones. Sintió remordimiento por los malos pensamientos y se dijo que al regresar le haría compañía luego de la cena y hasta que se durmiera.

Pero sus planes se vieron afectados. Tres horas después, al abrir la puerta, el olor de la muerte ocupaba la casa.

Tiró al suelo las bolsas con la compra y corrió hacia el dormitorio. Ernesta estaba tiesa, los ojos abiertos y un último suspiro en la boca.

Carola cayó de rodillas a su lado y se abrazó a su cuerpo ya frío. Lloró desconsolada y presa de culpa: no debería haberse marchado. Todavía había arroz para comer, podría haber aguardado un día más. Podría haber llamado nuevamente al médico al ver que no se levantaba de la cama, podría...



CAPÍTULO 6

Resistencia, Chaco, 1911

Dante se plantó frente a su padre, el coronel Manuel Olivera.

—¿A quién se le ocurre creer que los tobas y los mocovíes, que nacieron en libertad y así vivieron durante años, iban a someterse gratuitamente a la más despiadada esclavitud? —esgrimió con firmeza—. La creación de las reducciones es solo eso, encerrarlos para que sean útiles en el sistema productivo.

El coronel lo miró fijo y apretó las mandíbulas. No deseaba seguir peleando con su único hijo, ese muchacho de dieciocho años de pensamientos firmes pero imprudentes.

Desde hacía años se venía avanzando sobre los aborígenes de manera letal y sangrienta. En 1884 el ministro de Guerra y Marina del presidente Roca, el general Benjamín Victorica, había dirigido una campaña militar que tenía como objetivo llevar la frontera con los indígenas del Chaco hasta el río Bermejo, estableciendo una línea de fortines que llegaría hasta Salta.

El movimiento pacificador ya estaba en marcha, había que someter a los indios costase las vidas que costase, y el coronel Olivera era parte de esa maquinaria feroz que entre los años 1907 y 1911 había masacrado a los principales caciques. No había en el Chaco aborígen que no tuviera entre sus familiares víctimas de la persecución.

Su hijo Dante no era partidario de dicha metodología. Él estaba

convencido de que tanto los tobas como los mocovíes y demás tribus que poblaban los montes podían integrarse a la sociedad siempre que se respetasen sus costumbres y jerarquías.

—No voy a discutir eso contigo —la voz del coronel resonó en la estancia—. Ya conoces mi posición al respecto.

Salió con elegancia —tal era su costumbre—, dejando al muchacho con sensación de impotencia. Huérfano de madre, dado que había muerto al nacer, Dante se había criado entre sirvientes, en las cocinas y en los patios. Pero no por ello había permanecido ajeno a las hazañas de su padre, quien siempre se vanagloriaba frente a sus compañeros de armas de las batallas libradas contra los salvajes.

Aun cuando le revolvía el estómago oír dichas anécdotas, de niño solía escabullirse y se escondía detrás de puertas entreabiertas.

Lo que más enorgullecía a su padre era el combate de Napalpí, de mayo de 1883.

—Tuve el honor de partir en la columna del gobernador federal coronel Francisco Bosch. Salimos de madrugada un 16 de abril con dos regimientos, uno de infantería con trescientos veinte efectivos y uno de comisión científica al mando de Jorge Luis Fontana, que iba a explorar los ríos Bermejo y Pilcomayo.

—Allí estaba el humanista Enrique Lynch Arribálzaga, ¿cierto? —inquirió el invitado de turno que debía padecer nuevamente el relato de viejas historias.

—Así es, mi querido amigo. —Pero el coronel ansiaba contar sus glorias de batalla—. Luego de un primer encuentro pacífico con uno de los caciques, tuvimos que enfrentarnos al cacique Dialrochií, quien respondía al famoso Juanalraí. Allí perdimos un subteniente y un soldado.

Su interlocutor lo observaba con intriga mientras Dante, oculto detrás de unas cortinas, se debatía entre sentimientos encontrados.

—Después localizamos el grueso de las tribus, iban arreando ganado para una de sus ridículas fiestas que duran varios días. —Se refería a los festejos de Qa'apaxa en ocasión de la celebración por la cosecha de algarroba madura—. Una semana duraron los enfrentamientos, pero logramos vencerlos. ¡Esos roñosos no contaban con armas de fuego! —Se vanagloriaba para desconsuelo del pequeño.

—Imagino la carnicería —dijo su visita.

—Por mucho grito de guerra que dieron los salvajes pudimos ultimarlos. Lo que sí debo reconocer es la bravura de su líder. El cacique qom Juanalraí, montado en su plateado y armado con su lanza arengaba a sus paisanos a luchar sin temor ante el fuego cruzado. Les tirábamos y ellos se rearmaban alentados por su jefe, quien recorría las filas de un extremo al otro de la batalla.

Los ojitos verdes del niño se abrían de admiración imaginando a ese indio valiente apoyando a sus hombres.

—¿Lograron abatirlo?

—Doy fe de ello —respondió con orgullo el coronel Olivera—. Lo vimos caer sobre el cuello de su caballo y huir hacia el monte. —El pequeño se entristeció al saber a su héroe vencido—. Después nos largaron los animales y no pudimos avanzar para seguirlo. Es la estrategia de los salvajes.

—¡Quién hubiera dicho que poseían tácticas militares!

A pesar de que habían pasado muchos años de ese combate el coronel seguía recordándolo, convirtiéndolo en parte de su repertorio de anécdotas. Y Dante, a pesar de haber escuchado muchas veces esa vieja historia, todavía se emocionaba. A los dieciocho años se enfrentaba a su padre y le recriminaba a la cara sus acciones, creyendo inútilmente que podría hacerlo cambiar de parecer, intentando despertar en él sentimientos que nunca albergaría.

La muerte prematura de su esposa había agriado más el carácter irascible del coronel Olivera y lo había refugiado en la violencia de las batallas. El

indio era su objetivo y no cejaría hasta acabar con el último de la raza.

No contaba con que su único hijo le haría frente y lo llevaría al límite de sus lealtades. Porque Dante no aguantaría mucho más aquella situación que creía injusta, una idea iba tomando forma en su mente. Estaba dispuesto a dejar atrás su cómoda vida en la ciudad para internarse en el monte y ver qué había detrás de tantos relatos sobre los aborígenes.

Enrique Lynch Arribálzaga había pretendido en 1907 fundar en Resistencia una “Sociedad Protectora de Indios”, cuyo objetivo era atraer para amparar y civilizar a los indígenas de la República Argentina.

La reciente noticia de que el proyecto de la reducción había sido aprobado por el Ministerio de Agricultura había removido los planes de Dante, a quien no le gustaba el término empleado porque le daba idea de imposición de una cultura sobre otra, de opresión.

Pero no dejaba de reconocer que la posición de Arribálzaga era más piadosa para los indígenas que la de los militares.

El joven advertía que con el advenimiento del capitalismo y la posesión de las tierras era necesaria la mano de obra barata y qué mejor que la de los salvajes. No era tan inocente como para no advertir la maniobra que había detrás de todo aquello.

Tenía que tomar una decisión. Su vida corría por carriles paralelos a los intereses de su padre. Había algo más allá de las paredes, en el monte, que lo llamaba con los gritos de la tierra.



CAPÍTULO 7

Chaco, otoño de 1923

Después de un largo e incómodo viaje tanto por caminos como por río, Eva llegó a Resistencia, una de las divisiones departamentales del Territorio Nacional del Chaco. Llevaba una carta de la secretaria del Asilo de Niñas de Coronel Suárez, quien le había dicho que tierra adentro podría ser útil en una colonia de aborígenes que el Gobierno intentaba civilizar. No tenía demasiadas opciones y había decidido que ese era un buen destino.

El Ferrocarril Central Norte hizo escala en Resistencia y ella aprovechó para estirar las piernas un rato, aún le quedaba una estación hasta llegar a su destino. Estaba agotada.

Cuando el tren emprendió de nuevo su marcha cerró los ojos e intentó dormir un rato. Pero la ansiedad le jugó una mala pasada y no consiguió dejarse ir. ¿Cómo sería vivir entre los indios? ¿Serían tan bravos como opinaba el común de la gente? Por un instante la duda se instaló en su mente y la apartó como a las moscas que debería enfrentar en la reducción.

No podía ser tan tremendo, después de todo eran seres humanos. Estaba convencida de que lograría integrarse y ser útil. Sin darse cuenta llegó, el chirrido del tren al detenerse la hizo reaccionar y miró a su alrededor; la estación no era lo que había esperado, pero acudió a su coraje para seguir adelante.

No supo por dónde empezar. ¿Por qué había aceptado ese destino?

Conocía la respuesta. Recogió su maleta y algunos bártulos y avanzó dispuesta a hallar a alguien que la guiara hasta la colonia.

Había mosquitos por doquier, la humedad se había apoderado del lugar y su pañuelo había quedado negro de tanto pasárselo por el cuello y la frente para limpiar el sudor.

Sabía que en la reducción había blancos ocupándose de la salud de la población, un puesto de enfermería a cargo de un boticario y una escuela, al menos alguien con quien intercambiar pareceres.

De pie en medio de la calle no supo qué hacer. Un uniformado la divisó y se dirigió hacia ella.

—Temo que se bajó en la estación equivocada —dijo quitándose la gorra—. ¿O acaso está perdida, señorita? —Eva agradeció en silencio la presencia del sujeto.

—Yo... voy a la reducción de Napalpí.

El hombre sonrió de costado y alzó una ceja con intriga.

—¿Y qué va a hacer una mujer tan bonita como usted entre los salvajes? —Eva no sonrió ante el falso cumplido, no era una mujer bonita y lo sabía.

—Me esperan —mintió sin dar mayores detalles.

El militar pareció creerle.

—Si me aguarda usted un rato puedo alcanzarla.

—Se lo agradezco.

—Me llamo Juan Silvio Aranjuez. —El hombre extendió la mano y Eva la tomó mas no dijo su nombre.

Dos horas después el hombre detenía el carro ante una tranquera.

—Aquí está la administración —informó.

Frente a sí Eva veía un largo camino bordeado de algunos árboles y varios arbustos. Al fondo había una construcción imponente con un enorme techo que culminaba en forma de cúpula, le dio la sensación de ser el campanario de una iglesia.

—Gracias, señor Aranjuez, por traerme hasta aquí. —Extendió la mano en señal de despedida.

—Faltaba más —respondió el hombre. Le daba apuro dejarla allí abandonada a su suerte. No había logrado mayores datos de ella, había permanecido callada y observadora del entorno durante todo el viaje—. ¿Quiere que la presente con el administrador? —ofreció.

Eva dudó, pero finalmente aceptó.

El soldado la guio hasta la construcción y llamó a la oficina de Leopoldo Brignole, sucesor del anterior administrador, quien había renunciado tras un grave brote de paludismo debido a las paupérrimas condiciones en que había caído la colonia.

Abrió la puerta uno de los capataces, quien se sorprendió al ver al uniformado con una blanca desconocida.

—La señorita acaba de llegar —explicó el soldado—, quiere conocer al administrador.

El capataz la estudió de arriba abajo antes de presentarse:

—Manuel Valdez, a su servicio.

La muchacha se adelantó y respondió al saludo.

—Me llamo Eva y vengo desde lejos.

—¡Eso se nota a la legua! —dijo Valdez—. Pero pase, no se quede ahí al rayo del sol. Leopoldo la recibirá en un momento.

Con una inclinación de cabeza se despidió del soldado e ingresó a la oficina que distaba mucho de serlo. Papeles y carpetas se disputaban el sitio con tazas sucias y colillas de cigarrillos. Un catre debajo de la ventana evidenciaba que alguien había dormido allí hacía poco porque el capataz se apresuró a acomodar las mantas.

—Tome asiento —ofreció—. Querrá beber algo...

—Agua si es posible. —Se le había reseca la boca y la garganta.

—De momento solo puedo ofrecerle té, hasta la yerba se nos acabó.

—Estará bien —aunque no era lo que deseaba no podía pretender demasiado. Había llegado de buenas a primeras buscando una salida en esa región alejada del mundo conocido.

—Sin que parezca entrometido, ¿qué la trae por acá? No es un sitio al que vengan muchas damas.

—Vengo a trabajar —expresó con la mayor seguridad posible.

Su respuesta sorprendió al hombre, quien no lo ocultó.

—Vaya... eso sí que es una sorpresa.

La puerta se abrió intempestivamente y un sujeto alto y fornido ocupó todo el espacio. Al divisar a la imprevista visita se quitó el sombrero y suavizó su gesto.

—Buenos días —interrogó con la mirada a su capataz, quien se puso de pie e informó:

—La señorita es Eva...

La aludida también se levantó y extendió su mano.

—Eva Solanas.

Brignole la estudió con descaro. No era bonita, de baja estatura, sin demasiada carne en los sitios adecuados y un corte de pelo a lo varón que la hacía parecer un muchachito. Sin embargo sus gestos y modales eran los de una mujer educada.

—Señorita Solanas, soy Leopoldo Brignole, administrador de la reducción.

Se estrecharon las manos y con un gesto indicó al capataz que los dejara solos.

—Disculpe el desorden, no acostumbramos a recibir más visitas que la de los salvajes.

A Eva le molestó el término con que se refería a los aborígenes, pero ocultó su fastidio.

—Me gustaría saber qué hace por estos lados una mujer de ciudad.

—Vengo a trabajar —respondió resuelta aunque por dentro temblaba de

dudas—. Me dijeron que aquí hacen falta maestros, enfermeros, gente que pueda ayudar a civilizar a los indios. —Sabía que la palabra “civilizar” le gustaría al administrador—. Traigo una carta de...

El hombre la interrumpió:

—Como usted sabrá, no hay dinero para pagarle...

—Eso no es problema, solo necesitare cama y comida —cortó Eva.

—Si se arrepiente siempre puede venir a buscar ayuda para salir de este agujero —ofreció, pero la mujer permaneció imperturbable—. Al principio los resultados fueron alentadores —empezó el administrador—, hubo una gran producción algodonera y los indios trabajaron en la cosecha. Pero a partir de 1914 la crisis financiera provocada por la Gran Guerra repercutió en Napalpí. —Orgulloso de lucirse con su erudición ante una dama blanca encendió un cigarrillo antes de proseguir—. Tuvimos que tomar medidas extremas, y aquí estamos, abandonados a nuestra suerte.

—Le repito, no vine aquí buscando dinero, solo a colaborar a cambio de cama y comida.

—Me sorprende, señorita Solanas... —La escrutó con sus grandes ojos verdes—. No es habitual tanta generosidad. —Había sorna en sus palabras, señal que desconfiaba.

—Hice una promesa —volvió a mentir con la esperanza de no ser descubierta.

—Le explicaré cómo funcionan las cosas aquí. No solo viven salvajes, también tenemos algunos blancos que se casaron con indias, un maestro, un boticario y hasta viene un sacerdote católico de vez en cuando, además del cuerpo policial, por supuesto.

Eva asintió.

—En la zona hay colonos que tienen su vivienda; algunos confraternizan con los indios, otros se mantienen alerta.

La muchacha no dio muestras de miedo ante sus palabras. Desconfiaba

más de los uniformados que de los aborígenes.

—¿Está segura de querer quedarse?

—Estoy segura.

—Y dígame... ¿qué es lo que sabe hacer?

Eva vaciló, fue apenas un instante que pasó inadvertido para el administrador.

—Lo que haga falta —replicó—. Puedo ayudar en la escuela, o en la enfermería.

Leopoldo se puso de pie.

—Si usted insiste... —Avanzó hacia la puerta y la abrió—. La llevaré con el maestro, tal vez pueda hacerle un lugar en la escuela.

—Gracias.



CAPÍTULO 8

Resistencia, diciembre de 1884

Las batallas alejaban con frecuencia a Manuel Olivera de su casa y L'aite respiraba aliviada. Hacía ya seis meses que había sido tomada prisionera y si bien no había sufrido malos tratos temía a ese hombre que la miraba taladrándola, podía sentir el deseo latente en sus ojos.

L'aite había sido destinada al servicio, junto con otras dos mujeres que atendían al capitán. Relegada a la cocina, la jovencita aprendía nuevos platos y se maravillaba con las distintas formas de cocinar que tenían los blancos. Macca, la empleada más vieja, era de origen africano y servía en la familia Olivera desde que tenía uso de razón. La otra era Mechita, una mulata de unos veinte años que había entrado recientemente para ocuparse de la ropa y la limpieza. Entre ambas trataban de contener la tristeza que lloraban sus ojos negros e intentaban enseñarle el idioma.

Poco a poco L'aite fue aprendiendo a comunicarse sin por eso dejar de soñar con escapar para buscar a algún sobreviviente. Sabía que sus padres y su hermano mayor habían muerto, pero nada del resto. En su escapada al monte los había perdido de vista y luego, al ser capturada, tanta masacre y tanto horror le impidieron concentrarse para poder identificar entre los cuerpos caídos algún rasgo familiar.

Cuando el capitán estaba ausente la jovencita deambulaba por la casa con libertad, se internaba en el despacho de su captor y hurgaba entre sus papeles

buscando algo que le permitiera ubicarse. Las pocas veces que se había asomado a la calle se había asustado al no ver el monte cerca. La fisonomía era tan distinta. ¿Dónde estaba? Durante el viaje no había visto mucho, Olivera la había obligado a beber alcohol para que no molestara y se durmiera.

—¿Monte? —preguntó a Macca una mañana.

La negra la miró sin comprender.

—Monte, árbol —repitió.

—¡Ay, mi niña! —consoló Macca—. Aquí no hay monte... tu hogar queda lejos si a eso te refieres.

Como L'aite parecía no comprender, Macca se acercó y con gestos trató de hacerle entender que era poco probable que volviera a ver su tierra.

—Aquí vivirás bien si obedeces al capitán —terminó murmurando ante la certidumbre de que la muchachita no entendía sus palabras.

Esa misma tarde mientras las mujeres de la casa andaban ocupadas ventilando y ordenando el cuarto del capitán ante su inminente arribo, L'aite tomó algunas frutas y se lanzó a la calle. Ya no soportaba el encierro entre paredes y voces extrañas.

Iba vestida como las blancas, pero tanto el color de su pelo como el de su piel la delataban; sentía que era objeto de miradas. Avanzó con la cabeza baja, espiando por donde caminaba, buscando el límite hasta dar con el monte, pensando en lo diferentes que eran las viviendas de esa gente que solo quería destruir a su pueblo.

Sin darse cuenta se encontró perdida, ese sitio era tan distinto a todo lo conocido. Las casas salpicadas aquí y allá no le decían nada. Sintió hambre y sed, hacía demasiado calor. Comió una manzana y se dijo que a ese ritmo no le alcanzarían las provisiones. El sol estaba a medio caer, en poco rato descendería y la noche la ocultaría.

El ruido de cascos de un caballo que se acercaba la arrojó detrás de unas

matas. Tenía miedo. Al quedar de nuevo sola siguió avanzando alejándose del caserío. Tal vez el monte estuviera cerca.

No supo cuánto tiempo pasó y el cansancio se hizo sentir. El sol ya se había ocultado y el cielo se oscurecía de a poco. La preocupaba no hallar la seguridad de la espesura pronto.

Siguió andando sin norte con la única ilusión de volver a su hogar, de hallar a sus hermanos, sus tíos, sus amigos. Pero nada de lo que veía le indicaba cercanía.

Ya era noche cerrada cuando el hambre la atacó de nuevo con un rugido en su estómago. Devoró la otra fruta y pensó que debería haber llevado más provisiones; el viaje se presentaba largo.

La oscuridad le impidió seguir, se acostó sobre un lecho de pastos blandos detrás de unas matas y se durmió de inmediato.

El capitán había llegado a su casa esa misma tarde y al no hallar al objeto de su deseo, enloqueció. Macca y Mechita no supieron darle explicación y ambas terminaron llorando ante los gritos de Manuel Olivera.

—¿Dónde está?

—Estaba aquí hace unos momentos, capitán —balbuceó Macca.

Dando un portazo Olivera había salido en busca de su caballo.

Había demorado el momento de hacer suya a L'aite porque quería ganársela, seducirla; no deseaba forzarla, y tantos viajes y responsabilidades de su cargo le habían impedido ocuparse como tenía en mente. Pero ahora sabía que había llegado la hora, tenía que darle un escarmiento a esa jovencita que tanto deseaba.

Al trote recorrió las calles de la ciudad preguntando por la india, dejando la vergüenza a un lado. Algunos le dijeron haber visto a una muchacha de esas características y salió al galope hacia el sitio indicado. Pero con el correr de las horas empezaba a desesperarse y L'aite no aparecía.

No podía estar lejos, la chica no conocía el lugar, no tenía sentido de la

orientación y carecía de inteligencia. Su capital solo era su belleza singular y su virginidad, esa que él estaba desesperado por avasallar. De solo pensar en tenerla en su cama su corazón palpitaba y sus ojos la buscaban con desmedida codicia.

Munido de una antorcha rastreó las calles hasta que su olfato de cazador lo llevó hasta unas matas. Ella se sobresaltó al sentir el calor cerca de su piel y sus ojos negros se cruzaron con los prendidos fuego del capitán. Supo que no tenía escapatoria, podía oler su deseo y su enojo.

Sin palabras Manuel Olivera la tomó del brazo y la montó sobre su caballo. Ella no opuso resistencia, sabía que había perdido.

Al llegar a la casa, ante las miradas aterradas de Macca y Mechita, que esperaban frente a la puerta, la agarró de la muñeca y la arrastró hacia su cuarto cerrando de un portazo.

Sin contemplaciones y olvidando sus ganas de seducirla le arrancó la ropa y empezó a recorrer su cuerpo virgen con las manos y con la lengua. La empujó sobre la cama y la observó mientras se desvestía. Ella solo lo veía con esa mirada inexpugnable que le dedicaría toda su vida. Y eso sería lo que volvería loco a Manuel Olivera.



CAPÍTULO 9

Buenos Aires, 1920

Hacía un mes de la muerte de su madre y Carola se aturdió entre el hospital y las casas que limpiaba. Sabía que pronto tendría que irse; ya no hacía falta una vivienda con dos dormitorios, podría conseguir un sitio más pequeño y, por consiguiente, más económico. Ella se podía acomodar en una pensión si era necesario, incluso más cerca del hospital.

Cansada luego de todo un día de permanencia se presentó ante su locador y le anticipó que a fin de mes se iría.

—Tendrás que pagarme un mes más —exigió el dueño como castigo.

—Pero... —Carola dudaba que eso fuera legal, desconocía el tema.

—Si te vas sin pagar te voy a denunciar. —El hombre se mostró inflexible y ella no iba a rogar.

—El 30 estaré aquí con el dinero y las llaves.

—Iré yo para la casa —anunció—, quiero ver que todo esté en condiciones.

La jovencita salió de allí colérica pero callada. No le convenía enfrentarse a don Elio, cuya fama de pendenciero se había esparcido por el barrio como olor a pescado podrido.

Dedicó esos días a buscar un sitio para vivir. Una pensión era lo más conveniente, pero la mayoría de los avisos en el diario *La Nación* estaban dirigidos a matrimonios u hombres solos. “Cuartos y salas regiamente

amuebladas para matrimonio solo en Humberto I 1030”, o “con muebles, baño caliente, en casa de familia en Estados Unidos 264”, o “la espléndida pieza amueblada para hombre solo, baño caliente y teléfono en Viamonte 851”.

Sin desmoronarse Carola visitó las distintas direcciones y eligió una pensión que le quedaba cerca del hospital, aun cuando era distante de las casas donde limpiaba. Tenía que pensar a futuro, y este se hallaba en el nosocomio. Confiaba en que podría conseguir un puesto en el Británico ni bien se graduara. Ese era su mayor sueño.

Le costó negociar el precio con la dueña de la casa, quien le dio por escrito todas las reglas de convivencia recalcando que “nada de recibir visitas de hombres”, cosa que a Carola le tenía muy sin cuidado. Nadie se fijaría en ella y ella no tenía intención de relacionarse con nadie tampoco. Estaba bien así, sola, dedicada por entero a su profesión.

Los pasillos del hospital eran su segundo hogar, allí se sentía útil y valiosa. Los médicos y los enfermeros que impartían las clases siempre la destacaban entre las alumnas por su dedicación y capacidad para absorber el conocimiento, lo mismo que para prácticas, que era lo que más le gustaba a Carola.

No era una persona impresionable y era ella quien debía suplir a sus compañeras cuando a alguna le bajaba la presión ante algún cuadro severo. Solía comer en la cafetería del hospital y por lo general lo hacía mal, a deshora y principalmente harinas, por lo cual su cintura se ensanchaba día a día. Cuando se miraba en el rajado espejo del placard se veía a sí misma como una mujer mayor, muy parecida a su madre; se detestaba. Cada noche prometía cuidarse y cada día volvía a la cafetería donde se nutría de mala comida.

No tenía amigas, solo algunas compañeras de curso; prefería la soledad, y mientras las demás salían después de hora a dar un paseo y concurrían a los

bailes en las sociedades barriales ella permanecía en la pensión, estudiando o descansando. No tenía familia, a su padre le habían perdido el rastro hacía ya muchos años y su madre era hija única. Estaba sola y era feliz a su manera, con poco. Lo más valioso que tenía era su sueño de ser enfermera. Hasta que Antonio apareció en su vida.

Había salido del hospital más tarde de lo habitual y cruzaba la plaza que la separaba de la pensión. Iba distraída, pensando en el paciente que agonizaba a causa de una infección urinaria mal curada, que lo tenía postrado en una cama desde hacía ya un mes. Los doctores habían perdido las esperanzas y a Carola le causaba mucha tristeza su mujer, que permanecía a su lado con una beba de pecho.

Apurada por llegar se arriesgó a transitar por entre los árboles en vez de rodear la manzana y caminar por la vereda. No se dio cuenta de que un ladronzuelo la perseguía hasta que lo tuvo encima. El rufián quiso arrebatarse el bolsito de mano donde guardaba unos pocos pesos y en el forcejeo la empujó, haciéndola caer.

El delincuente logró su cometido y Carola terminó dolorida en el suelo, lamentándose.

Un hombre escuchó los gritos y acudió en su auxilio, pero el ladrón ya había escapado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó agachándose frente a ella.

—Sí, gracias —respondió intentando incorporarse, mas al apoyar la muñeca un quejido de dolor la devolvió al suelo.

—Parece que se ha lesionado —extendió sus manos—, déjeme ver.

Carola meneó la cabeza. Estaba malhumorada por el contratiempo, pero le dolía demasiado como para rechazar la ayuda. Le entregó el brazo afectado y ni bien él apoyó sus dedos contra su piel sintió un nuevo pinchazo.

—¡Oh! —no pudo evitar la queja.

—La llevaré al hospital —ofreció el sujeto y ella lo dejó hacer.

Tomándola de la cintura la levantó con facilidad. Carola se soltó de inmediato y le dio las gracias.

—Puedo ir sola.

—No lo permitiré —había autoridad en su voz—, mire lo que le pasó por andar sola a estas horas.

—No hace falta, iré por la avenida.

—Vamos —sin atender a sus argumentos la tomó del brazo y la sacó de la arboleda.

Bajo la luz de las farolas Carola espió a su anónimo salvador: era alto, demasiado; ella, baja de estatura, le llegaba apenas al hombro. Delgado, de tez blanca y buen perfil, vestía con elegancia aunque no parecía adinerado.

Pocas cuadras los separaban del hospital, que recorrieron en silencio. Cuando llegaron ella le dio las gracias y quiso despedirlo.

—Esperaré a ver qué le dicen.

—No es necesario...

—¡Carola! ¿Qué hace aquí? —era el doctor Palomares, jefe de servicio—. Creí que se había ido.

Su acompañante miró a uno y a otro.

—Es que... tuve un pequeño accidente.

—La señorita sufrió una caída y su muñeca está resentida —terció el sujeto que se resistía a abandonarla.

El médico, con evidente signos de agotamiento, se masajeó el puente de la nariz y volvió a calzar los anteojos.

—Pase, Carola —indicó con un gesto de su mano—; conoce el camino.

La muchacha avanzó hacia el consultorio de emergencias sin siquiera mirar a su guardián, quien se sentó en un banco dispuesto a esperar.

Antonio Mazzone podría haberse marchado, pero la indiferencia de esa muchacha poco agraciada hacia su apostura le hirió el orgullo. No tenía nada que hacer excepto cenar, tal vez ella aceptara compartir una mesa en alguno

de los bares de la zona.

También estaba solo, su madre vivía en otra ciudad y sus compañeros de trabajo se habían puesto a noviar hacía poco. Solo le quedaban sus compinches de juerga, pero ese día no había partida.

Italiano de pura cepa, había heredado de su padre unos ojos color verde agua que eran la perdición de las mujeres. Antonio lo sabía y aprovechaba su encanto para enamorarlas aunque más no fuera por una velada.

Carecía de alcurnia y educación adecuadas, pero su perseverancia y habilidad lo habían puesto de empleado en una de las tantas sucursales del Banco de Italia y Río de La Plata.

Sabía que los italoargentinos debían ganarse el prestigio a fuerza de trabajo dado que los apellidos peninsulares no eran tan bien vistos por la sociedad local como los franceses, los ingleses o los alemanes. Todavía las viejas familias tradicionales se disgustaban cuando un apellido terminado en “etti” o “ini” se introducía en su bien cuidado árbol genealógico.

Por ello Antonio intentaba codearse con gente fina, para absorber aquello que le faltaba de cuna. Sus padres habían llegado de Italia cuando él era apenas un niño de cinco años, por tanto no le fue difícil abandonar su lengua natal para hablar un castellano sin tonada ni costumbrismos, hecho que enfurecía a su progenitor, quien había seguido hablando en su italiano cerrado hasta el día de su muerte nueve años atrás.

La puerta del consultorio se abrió y la muchacha a la que había ayudado salió luciendo un vendaje en su mano. La vio despedirse del médico y avanzar por el pasillo, sorprendiéndose al verlo todavía ahí.

Antonio se puso de pie y quedaron frente a frente.

—¿Qué le dijo el doctor?

—Solo una torcedura —dijo quitándole importancia—, nada que unos calmantes y un poco de hielo no puedan solucionar.

—Mejor así —respondió él caminando a su lado; ella se dirigía con prisa

hacia la salida.

Al llegar a la calle ella se volvió:

—Gracias, no hacía falta que se quedara.

—¡De ninguna manera! Ahora está usted bajo mi responsabilidad —añadió a sus palabras una sonrisa demoledora y recién en ese instante Carola advirtió que estaba ante un hombre muy atractivo.

Sus ojos almendrados quedaron presos de los verde agua por unos instantes y él se supo triunfador. La muchacha salió de su sorpresa no sin antes sonrojarse; era la primera vez que alguien captaba su atención.

—Le agradezco, tengo que irme —retomó la trunca conversación—. Adiós. —Giró para alejarse, pero cuando había dado dos pasos él ya estaba otra vez a su lado.

—No la dejaré irse sola. —La tomó del brazo con autoridad—. Es tarde y peligroso.

—Pero...

—Ya vio lo que le ocurrió hace un rato por arriesgarse así a la noche. La acompañaré hasta su casa.

Carola sintió que la sangre le inundaba el rostro. ¿Quién se creía que era ese sujeto? De seguro un engreído que tenía a todas las damas a sus pies. Ella no iba a permitir que ningún hombre por muy apuesto que fuera se adueñara de sus decisiones.

Sacudió el brazo con energía y se libró de la mano que la sujetaba.

—¡Le dije que me iré sola! —Sus ojos lanzaban chispas y Antonio se sorprendió ante aquella pequeña y robusta mujercita que tenía el tupé de rechazarlo.

—Permítame invitarla a cenar entonces. —Era su última carta en vista de su actitud.

—No —Carola se alejaba a pasos rápidos y cortos mientras él la seguía.

—No tiene que ser hoy, puede ser mañana, o el sábado.

—Ni hoy ni nunca —afirmó sin prestarle la mirada.

Antonio quedó desconcertado en medio de la vereda mientras la perdía en la oscuridad.



CAPÍTULO 10

Reducción de Napalpí, mediados de 1923

Hacía una semana que Eva estaba instalada en la escuela. Dormía en un camastro que habían improvisado en un rincón. El maestro, discípulo del antiguo director Horacio Billaroetha, se había casado con una muchacha qom y tenía un rancho, por lo cual Eva podía disponer del sitio.

A la muchacha la conmovió la pobreza en que vivían los aborígenes y repensó si había sido una buena idea elegir ese sitio para empezar de nuevo. Pero ya estaba allí luego de días de viaje y no iba a desistir ante la primera impresión.

Las primeras jornadas habían sido muy difíciles; no lograba adaptarse a tanta precariedad, a la humedad, a los mosquitos y al idioma de los indios. Si bien aprendían el español, muchos se expresaban en su lengua frente a ella. Tenían varios asentamientos, parecía un campamento gigante. Los blancos trataban de ayudarla, pero se sentía una extraña de todas formas.

La esposa de un aborígen, una formoseña hija de españoles que estaba allí desde hacía algunos años, comenzó a enseñarle algunas palabras para que no anduviera tan desorientada. Desde los primeros días Rosalía se transformó en su bastón para poder integrarse a esa comunidad que la deslumbraba por sus costumbres y rituales.

—Me pareció advertir distintas razas —dijo Eva a su nueva amiga— y algunos rivalizan entre sí. ¿Estoy en lo cierto?

—Aquí están mezclados mocovíes, qom y vilelas —explicó Rosalía—. Pero ellos son unos pocos, no simpatizan con los qom.

—¿Y hay tobas?

Rosalía lanzó la carcajada.

—Ni se te ocurra llamarlos tobas... —Eva la miró sin comprender—. Son qom —reafirmó—. Toba es para ellos un modo despectivo, proviene de la denominación que los guaraníes daban a los indios chaqueños a causa de la costumbre de estos de raparse la frente. “Tobá” significa en guaraní “frente”, de allí proviene la designación española de “frentones”.

—No lo sabía...

—Ya ves, hay muchas cosas que todavía desconoces de esta gente.

—¿Y tu marido es...?

—Mi marido es mocoví, primo de Pedro Maidana. —Ante el desconcierto de la recién llegada añadió—: Pedro es uno de los jefes políticos, tiene gran peso en la reducción, ya lo conocerás.

—Tengo mucho que aprender aquí —reconoció.

—Todo a su tiempo —consoló Rosalía—, de momento tu ayuda en la escuela es bienvenida, los chicos te aprecian.

—¿De veras? —La muchacha no lograba descifrar sus miradas ni las palabras que se susurraban entre ellos.

—Sí, les caes bien —sonrió—, verás que en un tiempo nos reiremos de esto.

Eva aún no se había alejado mucho de los límites de la escuela ubicada en uno de los extremos de la reducción, cerca del toldo destinado a la enfermería, presidida por el boticario Santiago Ríos.

Le llamaban poderosamente la atención las viviendas, algunas hechas con cueros, palos y juncos, que albergaban a familias enteras. En su mayoría eran ranchos, sin la higiene necesaria, aumentando el riesgo de enfermedades y epidemias.

Todavía no había interactuado demasiado con los aborígenes. Solo los niños se acercaban en el horario impuesto por el maestro, pero apenas entendía su lengua. Si bien algunos permanecían atentos a las clases de español otros se empeñaban en jugar, hasta que eran reprendidos.

Eva se había convertido en una especie de comodín y ayudaba tanto al docente como al boticario, cuya avanzada edad lo había vuelto intolerante y malhumorado con quienes tenía que asistir.

Los principales problemas eran indigestiones e infecciones por picaduras, aunque a veces se presentaba algún cuadro más severo.

Pero los aborígenes preferían acudir a sus médicos naturales llamados “pi’oxonaq”, cuya vocación religiosa abarcaba mucho más allá de la curación de los enfermos. Ellos creían que la enfermedad era producto de una crisis en el equilibrio espiritual que afectaba integralmente a la persona y al alma, el centro de la vida humana. En la enfermedad el médico natural tenía que emprender un largo análisis para buscar y encontrar el origen y la causa.

—No entiendo mucho —había dicho Eva mientras el boticario se lo explicaba.

—Ellos creen en vehículos espirituales, va más allá de nuestra razón poder entenderlos.

La joven podía pasar horas escuchando a Santiago, quería conocer a esa comunidad y a su vez aprender lo que el anciano podía transmitirle.

El soldado que la había acompañado hasta la reducción la había visitado a los dos días de su llegada, aunque Eva no le había dado mayores muestras de interés más que el agradecimiento por su preocupación.

—Sabe que cualquier cosa que necesite estoy a sus órdenes. —Juan Silvio Aranjuez se había despedido con una inclinación y una sonrisa invitante.

Pero Eva no tenía ganas de dejarse cortejar por nadie, no estaba en sus planes relacionarse con hombre alguno. Estaba allí por otros motivos.

Por las noches caía tan rendida que ni siquiera se preocupaba por cenar. Su

piel blanca de a poco se iba curtiendo y los mosquitos se cansaron pronto de su sangre nueva y la dejaron en paz. Los primeros días habían sido de picaduras y ronchas que el boticario había curado.

Una mañana Rosalía ingresó a la escuela bien temprano, incluso antes de que llegara el maestro.

—Esta noche prepárate porque comienzan las celebraciones —fue su saludo.

—¿Qué celebraciones?

—La Naimatac. —Al ver su cara de desconcierto explicó—: Es la mayor celebración del año, en señal de agradecimiento a las bondades que ofrece la naturaleza. Ya verás que es muy lindo, la fiesta dura varios días.

Eva no mostró demasiado entusiasmo.

—Anímate, vendrán caciques de otras tribus, gente de El Aguará...

—¿Qué es El Aguará?

—Es otro de los asentamientos aborígenes, dentro de la colonia de Napalpí, pero a unos kilómetros al sudeste.

—Creí que solo estaban aquí —abarcó con la vista las tolдерías.

—No, esto es solo una parte. Al principio, cuando se fundó la reducción, eran apenas treinta y cinco... hoy somos alrededor de setecientos.

—Lo dices con pena.

—Es lo que siento —fijó en ella su mirada oscura—. Aquí los despojaron de casi todas sus costumbres, de su vida nómada. Mi esposo sufre todavía ante el recuerdo del desmonte, árboles milenarios eliminados en pos del progreso. El suelo chaqueño vio abrir su vientre en dos con el auge de la industria textil algodonera.

—Sabes mucho —se asombró Eva.

—No soy ignorante por vivir entre los indios —se defendió Rosalía.

—No quise decir eso...

—Ya —no parecía ofendida—. Tengo que irme ahora, al caer el sol vendré

a buscarte.

Eva quedó pensativa. Veía a la gente levantarse de madrugada y enfilarse hacia el algodonal. Iban todos, abuelos, hombres, mujeres y niños. Los más pequeños salían desayunando un trozo de pan. Iban descalzos, acostumbrados al suelo y sus sorpresas, lo cual para ella era impensado.

La cosecha no se interrumpía hasta que el sol no caía. Al mediodía comían rápido lo que había, bajo la mirada aguda de los capataces, y antes de regresar al rancho pasaban por la administración a dejar lo cosechado. Era un sistema perverso e injusto, pero ella no era quién para opinar, solo estaba allí por necesidad.

Ese día parecía especial, había otro movimiento en la reducción, y Eva lo apreció. Seguramente era por los festejos que le había anticipado Rosalía. Nadie concurrió a la escuela y ella buscó en qué ocuparse junto al boticario. Quería aprender sobre todas las plantas medicinales que Santiago utilizaba.

Pasó gran parte del día en su rancho y fue limando una a una las capas de malhumor del viejo, quien le prometió enseñarle sus secretos.

—Me dijo Rosalía que hoy habrá celebraciones.

—Así es. —La voz cascada del anciano se demoraba, acostumbraba a hacer largas pausas en su discurso—. Son verdaderos cónclaves para los caciques. Antes, cuando eran libres, se lograban acuerdos políticos, territoriales y económicos con los aportes de cada tribu. —Eva lo observaba mientras él preparaba una infusión de yuyos—. Si había controversias los caciques actuaban como mediadores.

—Creí que solo eran festejos por la cosecha.

—También había fiesta alrededor de las fogatas, se contaban anécdotas y se bailaba.

—¿Y hoy? ¿Cómo será? —Eva estaba intrigada.

—Hoy será a mitad de camino, ya no tienen mucho para decidir, solo se emborracharán y danzarán agitando los espíritus.

La muchacha quedó pensativa y al volver a la escuela se tiró a descansar. El bochorno del día le había atontado un poco la cabeza. Necesitaba cerrar los ojos.



CAPÍTULO 11

Resistencia, Chaco, 1912

Respondiendo al llamado del monte, Dante Olivera dejó la casa paterna disgustando a su padre.

—¡Es una locura lo que pretendes hacer! —dijo el coronel, decepcionado de su único hijo.

—Yo lo llamo coherencia —respondió el joven de diecinueve años recién estrenados.

—¿Coherencia? ¡Te vas a matar de hambre entre esos indios, te vas a contagiar de sus pestes y vas a terminar acuchillado por esos salvajes!

—Gracias por tus buenos deseos, papá. —Dante tenía la lengua filosa cuando de su padre se trataba—. Aunque no creo que hayan quedado muchos salvajes, como tú les llamas, luego del exterminio ordenado por tu presidente.

—¡Te desheredaré! —El coronel Olivera no admitía que nadie, y mucho menos su hijo, se manifestara en contra de la conquista armada del Chaco, ordenada por el presidente José Figueroa Alcorta.

—Haz lo que quieras. —Con un pequeño atado de ropa y algunos libros el joven se acercó a la salida—. Sabes dónde encontrarme.

El coronel quedó rumiando su furia, apretando los dientes hasta hacerle doler las mandíbulas. No podía ser que eso le estuviera ocurriendo. El pasado se le vino encima como un alud.

Sin mirar atrás Dante se subió al primer tren y partió rumbo a Quitilipi.

Quería conocer la recientemente fundada reducción de Napalpí mediante un decreto nacional, gestión de Sáenz Peña.

Acababa de finalizar el operativo militar “pacificador” que había matado a más de ocho mil nativos y los humanistas veían la reducción como una alternativa superadora: entre el exterminio y la explotación, elegían la última.

El viaje en tren se le hizo corto al entusiasta muchacho. Sabía que Lynch Arribálzaga no solo era el creador del proyecto sino que también se había involucrado en su iniciativa e inspección.

El sitio elegido para la reducción era un predio de veinte mil hectáreas entre los kilómetros 125 y 150 del Ferrocarril Barranqueras al Oeste. Dichos campos presentaban la ventaja de tener obrajes de madera y un viejo fortín.

Dante se maravilló con la exuberancia del monte. El aire tenía algo que lo embriagaba y envolvía como los brazos de la madre que no había tenido. Se sintió en paz.

Había campamentos instalados a la sombra de los timbó e incipientes obrajes; algunos hornos de ladrillo facilitaban la construcción de viviendas.

Recorrió los alrededores tomándose el tiempo necesario para orientarse y familiarizarse con los trabajos que continuaban la ampliación de esa reducción incipiente. Pudo comprobar que había blancos que vivían en estado semisalvaje, tan baqueanos en la comarca como los propios aborígenes.

Chaco surgía como un misterio sin fronteras para el joven Dante. Parecía una nación de ríos, conectada con todas las tierras y todas las aguas; un vasto mar de tierra, lodo y aguas siempre vivas que había intercomunicado y, a la vez, aislado a pueblos errantes y poblaciones que buscaban un hogar fijo. Por eso los sacerdotes jesuitas la habían llamado “La Paracuaría”.

Luego de comer lo que había llevado se presentó en lo que parecía ser la casilla de reclutamiento de obreros. Un hombre de aspecto rudo lo miró de arriba abajo, debió advertir que era un señorito de ciudad y solo faltó que se riera en su rostro. Pero cuando Dante dijo su apellido se sorprendió de tener

frente a sí nada menos que al hijo del coronel Olivera.

—De manera que pretende afincarse aquí —dijo el sujeto luego de escucharlo.

—Así es, quiero trabajar.

—¿Y qué sabe hacer? —No lo imaginaba hachando en el monte, pero tampoco tenía aire de maestro de escuela, mucho menos boticario.

—En realidad no sé hacer mucho.

Vaya sinceridad, pensó el otro.

—Pero estoy dispuesto a trabajar.

—La vida aquí es dura.

—Lo supongo. —El aire indolente del muchacho le hizo pensar que no duraría mucho.

—Vaya con uno de mis capataces —señaló a uno de sus hombres a lo lejos —, él lo ubicará en los obrajes, no lo veo a usted entre los indios.

Dante quiso protestar, pero supo que no le convenía empezar quejándose, de modo que aceptó lo que le ofrecían, dispuesto a aguardar el momento propicio. Comenzó como hachero, tarea que le valió llagas en las manos y dolor muscular durante varios días.

Pese al esfuerzo físico, al que no estaba acostumbrado y lo dejaba extenuado, se sentía a gusto entre esos hombres toscos y de pocas palabras. Le gustaba estar al aire libre, sentir el olor de la naturaleza aun cuando el sol, los mosquitos y demás bichos no hicieran su vida fácil. Terminaba la jornada con quemaduras y ronchas en la piel y por la noche no sabía cómo acomodarse para que no le dolieran. Con el paso de los meses fue adaptándose, los insectos dejaron de molestarlo y el cuero se le fortaleció.

Cuando se sintió parte de ese lugar, habló nuevamente con el superior y le manifestó su inquietud de vivir en la reducción.

—¿Y por qué quiere usted vivir entre los salvajes? —A Dante le molestó tal apelativo, pero fingió indiferencia. No entendía por qué sentía tanta

afinidad con ese pueblo al que no conocía más que por las malas referencias de su padre.

—Curiosidad —respondió restándole importancia.

—Vaya entonces con el administrador, Galván Brusque, él le dirá dónde dormir si ese es su deseo.

—Le agradezco.

—Y no se olvide de que su trabajo está aquí.

—No lo olvidaré.

Dante dejó atrás los obrajes y se encaminó hacia la reducción. A medida que ingresaba en el monte el olor a madera y vida lo impregnaba todo. Hacía calor, el viento norte se hacía sentir, pero a él no lo irritaba como a los demás. No entendía por qué ese lugar lo atraía como un imán. Ni la tierra recalentada ni el polvo que se levantaba lograban menguar su ánimo.

Durante esos meses había visto a algunos aborígenes, pero ellos trabajaban principalmente en la cosecha de algodón. Eran pocos los que iban de hacheros como él.

No tenía idea de con qué se encontraría en el campamento, sabía que había algunos criollos se habían emparejado con indias, y por lo que había escuchado la población era de aproximadamente unos trescientos aborígenes.

En la administración, Galván Brusque también se sorprendió de tener como voluntario al hijo del afamado coronel Olivera, acérrimo enemigo de los indios.

—De manera que pretende afincarse aquí —dijo el administrador después de un rato de conversación.

—Así es, hace ya unos meses que trabajo en los obrajes.

—Vaya osadía la suya —se burló el administrador—. Hable con Rogelio, él sabrá dónde ubicarlo.

Sin mayores precisiones lo despidió y Dante avanzó por el sendero cargando apenas un atado de ropa a su espalda.

Mientras se acercaba a las tolдерías una extraña sensación en el pecho lo desbordaba, era como si hubiera estado ahí antes, aunque sabía con certeza que jamás había pisado ese suelo. Sin embargo, se sentía parte de ese paisaje y una alegría inexplicable se le salía por los poros. Quería ser aceptado, quería formar parte de esa comunidad a la que por alguna extraña razón creía pertenecer.

Los primeros en recibirlo fueron unos niños que andaban jugando. Lo rodearon y lo miraron como si fuera un bicho raro. Dante les sonrió y acarició sus cabezas logrando risas y grititos de frases incomprensibles. Supo que no le sería fácil entenderse con ellos, pero confiaba en que alguno hablaría español.

Así fue, enseguida un anciano le salió al encuentro y le preguntó a quién buscaba.

—A un tal Rogelio, o quien quiera recibirme. Vengo a vivir aquí.

Sin parecer sorprendido el hombre empezó a caminar hacia la tolдерía. A medida que avanzaban empezaron a aparecer mujeres y niños.

Al principio la vestimenta de los hombres —con sus faldas y camisas de cuero, sus adornos de moluscos y plumas— llamó mucho la atención de Dante. Con el tiempo se acostumbraría y, en los días de mucho calor, él mismo adoptaría un taparrabos como prenda de vestir.

Como no lo conocían lo suficiente lo ubicaron solo en una pequeña tienda al final del campamento, lo cual agradeció; no entendía sus costumbres y prefería integrarse de a poco.



CAPÍTULO 12

Buenos Aires, 1920

Antonio no iba a dejarse ignorar por una muchacha, y menos por una tan poco atractiva como Carola. Después de que lo dejara plantado en cercanías del hospital se fue al bar de costumbre a comer y beber junto a los parroquianos de siempre. Nadie lo esperaba en su casa y ansiaba pasar un momento agradable.

Al día siguiente, antes de ir para el banco, volvió al nosocomio. Su intención era averiguar más datos sobre la tan esquiva señorita. Haciendo uso de sus galanteos logró convencer a una recepcionista, quien le dijo que la estudiante Carola Villegas concurría a sus prácticas casi a diario.

—¿Podrá usted decirme cuál es su horario habitual?

—Eso no lo sé, señor —respondió la jovencita, perdida en sus ojos de agua—, según los turnos debe ser.

Con un guiño Antonio salió del hospital decidido a montar guardia luego de su horario bancario. No estaba acostumbrado a que las damas lo rechazaran, Carola no sería la excepción.

No fue hasta la tarde siguiente que dio con la muchacha.

Carola llegaba con retraso, se la notaba apurada. Pese a ello, Antonio intentó tener una conversación. Al verla ella mostró su disgusto y lo rechazó sin permitirle explicarse.

—Esperaré a que salga —advirtió el hombre, empeinado en conocerla,

más por orgullo que por otra cosa.

Tres largas horas tuvo que esperar hasta que la joven apareció en el umbral del hospital. Lucía cansada, aún llevaba la muñeca vendada.

—Carola —se puso a su lado y le siguió el paso—, permítame conocerla —intentó luego del saludo del que no obtuvo respuesta.

Ella continuó caminando, cruzando por la misma zona en que había sido asaltada.

—¿Es que usted no escarmienta? —protestó él, logrando su atención, porque se detuvo apenas con gesto de intriga antes de seguir avanzando con pasos rápidos y cortos.

—Usted parece que tampoco —la oyó decir.

Antonio se sentía desconcertado. Sin miramientos la sujetó por el brazo, deteniéndola. La tomó tan por sorpresa que Carola no atinó a atajar el beso que le estampó en la boca.

La muchacha permaneció inmóvil, pero no fue ajena al cosquilleo que le bajaba por la columna y la electrizaba. Nunca nadie la había besado, nunca ningún muchacho la había mirado siquiera. Y que ese hombre tan apuesto insistiera en conocerla y encima la besara era demasiado bueno para ser real. Seguramente se estaba burlando de ella, lo cual la enfureció.

Carola salió del encantamiento y le dio una bofetada. Sorprendido en un primer momento, Antonio no se dejó amilanar. La tomó por la cintura y en un instante la apoyó contra un árbol para cubrirla con su cuerpo y volver a besarla en la boca. Esta vez introdujo su lengua y le chupó los labios. La sintió gemir y él se apretó contra ella haciéndole saber cuánto le gustaba.

Cuando se separó de la sorprendida muchacha, la vio sonrojada y despeinada. Había advertido su inexperiencia; le gustó ser su primer beso.

—Así será de ahora en más, hasta que te dignes a conocerme —tras esas palabras se fue, dejándola estremecida y sin saber qué hacer.

Pasados unos minutos Carola salió de su estado y se sentó en un banco a

llorar. Tenía sentimientos encontrados. Le gustaba ese hombre, le gustaba demasiado, pero no podía ser cierto. Era muy buen mozo para fijarse en ella, una chica bajita y gorda, más de lo que la moda indicaba.

Temía que fuera una broma, una apuesta de esas que solían hacer los muchachotes, aunque él no fuera un imberbe.

Seguramente no volvería a molestarla, se olvidaría de ella y contaría a sus amigos su hazaña. Atesoraría ese beso robado como un bello y extraño recuerdo.

Más tranquila, se puso de pie y tomó el camino de regreso a la seguridad de su cuarto. No percibió los ojos verde agua que la custodiaban desde una esquina.

Después de ese episodio Antonio se sintió desconcertado. Siempre se había relacionado con muchachas bonitas, bien vestidas y a la moda. Coqueteaba con ellas, las seducía y vivía cortos romances. Cuando necesitaba sexo del bueno buscaba prostitutas de calidad aun cuando tenía que gastar más de lo prudente, pero lo tomaba como pequeños premios o regalos que se merecía.

Por eso no entendía por qué se había encaprichado con esa aprendiz de enfermería tan poco agraciada. Seguramente era por su indiferencia, aunque durante el beso la había sentido temblar entre sus brazos. Y le había gustado. Le había gustado de verdad.

La alejó con el pensamiento y se fue hacia el bar donde jugó al póker con sus amigos y bebió para olvidarla.

Pero a la noche, cuando se acostó en su cama impar, el silencio la trajo de nuevo. La imagen de Carola contra el árbol, con los cabellos revueltos y la boca roja, con esos ojos almendrados que lo miraban como hipnotizados, le despertó una inoportuna erección. Nunca le había ocurrido algo así, excitarse a la distancia por el simple recuerdo de una mujer. Y mucho menos por una mujer con la cual apenas había intercambiado un beso.

Era grave. La situación era grave. Quiso dormir pero no pudo, tuvo que

levantarse, fumar un cigarro y dar unas cuantas vueltas antes de volver a la cama. Terminó masturbándose pensando en Carola Villegas y se maldijo por eso.

Se durmió tarde con la promesa de relegarla al olvido. Dejaría a esa muchacha en paz, iría al cabaret y se acostaría con la más bonita de las prostitutas. Del banco iría directo a saciar su deseo en otro cuerpo anónimo.

Cerró los ojos con la esperanza de que al día siguiente la enfermerita fuera solo un recuerdo. Pero la ansiedad lo arrojó del lecho a las seis y debió resignarse a que Carola Villegas era una presencia demasiado fuerte.

Tenía que enfrentarla.



CAPÍTULO 13

Reducción de Napalpí, 1912

La dedicación de Dante al trabajo y su empatía para con los aborígenes le otorgaron un espacio entre ellos, que de inmediato lo acogieron como si fuera uno más y le hicieron un poco más liviana la vida entre las arañas y las víboras. Del toldo alejado pasó a una tienda comunitaria de muchachos de su edad, quienes fueron enseñándole a hablar en su lengua y a conocer sus costumbres.

El trabajo en los obrajes le había endurecido el cuerpo y había ganado peso y músculos. Su piel mate se había tornado cobriza y, si no fuera por su cabello un poco más claro y sus ojos de jade, hubiera pasado por uno de ellos.

De a poco empezó a conocerlos y fue entendiendo la importancia que los gom daban a la armonía entre la naturaleza y el hombre.

—Es responsabilidad primaria de los chamanes mantenerla —le explicó un viejo cacique con el que solía pasar horas conversando al final del día, ansioso por aprender todo lo relativo a la vida en esa comunidad—. Porque son ellos quienes se comunican con los seres y poderes espirituales.

—Cuénteme más —pidió Dante—, ¿qué son los chamanes?

—Son los líderes, nuestros guías. —El anciano hizo una pausa—. Los principales son José Machado y Dionisio Gómez, ellos son chamanes “oikjağajk”.

—¿Qué quiere decir eso?

—Los chamanes se distinguen según su poder y el alcance de sus acciones: los oikjağajk son los más poderosos, están asociados a los espíritus de los muertos y poseen facultades para conversar con ellos, ya sea en sueños, danzas o visiones. También sobresalen los dirigentes mocovíes Miguel Durán y Pedro Maidana, este último también chamán oikjağajk.

Dante pensó que nunca alcanzaría a conocer toda la cultura qom.

—Tenemos otros chamanes, los pi'oxonaq, que se diferencian de las personas corrientes y de los demás chamanes por su relación especial con los seres espirituales, ellos les brindan conocimiento y poder para curar, que debe ser utilizado en beneficio del grupo para que tenga buena salud y bienestar.

—¿Y qué hacen los chamanes? —Dante no comprendía mucho de qué le estaban hablando, él venía de un mundo racional, de armas y órdenes, pero intuía que había algo más. Recordó sus pesadillas y pensó que tal vez allí pudieran explicarle el significado.

—Los chamanes curan, sanan, equilibran. Son los mediadores entre la comunidad y los seres espirituales —explicó el anciano—. Ya irás aprendiendo, muchacho, veo en ti algo especial. —El viejo cacique entrecerró sus ojos y dio por finalizada la charla.

Olivera era feliz en la reducción y se adaptaba a los cambios que se iban generando paulatinamente. De los obrajes pasó a la recolección de la caña de azúcar en los ingenios de Salta y Jujuy, lo que le permitió conocer otras costumbres y parajes. En lugar de renegar de la vida nómada de esos meses disfrutaba y absorbía naturaleza y aprendizaje. Lo único que minaba su ánimo era darse cuenta de que los indígenas representaban la mano de obra barata para la economía regional, y él era uno más.

Muchas veces se preguntaba qué hacía allí, lejos de su vida cómoda en la ciudad, y la respuesta era siempre la misma: un llamado interior inexplicable lo arrojaba al medio del monte entre los indios.

Aprendió a pescar con arpón y redes en los ríos chaqueños y sus pies se

revistieron de callos al acostumbrarse a andar descalzo. Participaba de las fiestas y bebía sus brebajes perdiéndose con el sonido de las maracas, los palos zumbadores, las flautas y los tambores.

Le gustaba hablar con los ancianos, ellos tenían paciencia para contarle sobre sus costumbres; así aprendió a recibir el día. Todas las mañanas, cuando salía la estrella matutina, se unía a sus compañeros para entonar las canciones en procura del bienestar de las familias, en especial de los pescadores, recolectores y cazadores, para que todos obtuvieran los alimentos necesarios.

Antes de salir de caza se unía a la bendición de las lanzas golpeando la punta sobre la tierra y la palma de su mano, pronunciando breves palabras concretas: “Buena suerte en la caza, que sea así, despierta mi lanza, levántemonos, empecemos a caminar porque llegó este, nuestro día, roguemos para que tengamos muy buena suerte, seamos bendecidos para estas presas que vamos a procurar”. La curación de los elementos se hacía con hierbas, para imantar las armas y purificarlas.

En la reducción conoció a la bella Alelí. Era apenas una niña entrando en la adolescencia, pero ya se vislumbraba en ella a la mujer que la habitaba.

Sin embargo, pasaron algunos años hasta que Dante pudo hacerla su esposa. Mientras, la miraba embelesado y se sacaba las ganas con quien estuviera a su alcance.

Dante pudo vivir la transición de la vida salvaje a la vida civilizada y logró trazar un perfil de los primeros pioneros de la región a quienes impulsaba una mezcla de audacia y codicia. Unos traficaban aguardiente, otros instalaban obrajes y la mayoría se desplazaba en canoas por los riachos.

El Gobierno nacional se había empeñado en traer a la zona otro género de pobladores y por eso se habían mensurado terrenos para la colonización y construcción de establecimientos permanentes con habitantes que pudieran extraer la riqueza de la región.

Acababa de finalizar la campaña de conquista del territorio, y entre tantas matanzas y avanzadas de fortines, estancias, ingenios, obrajes, misiones y reducciones, había comenzado la desertización y el nuevo poblamiento, con la penetración de las compañías y colonizadores internacionales.

Durante los primeros tiempos el coronel Olivera repudió a su hijo dejándolo en el olvido. Lo borró de su vida pese a que sabía dónde estaba, porque varios de sus compañeros de armas le llevaban noticias de cuando andaban por la zona de la reducción.

Dante tampoco hizo intentos de acercarse a su padre y adoptó por parientes a los aborígenes con quienes convivía. La familia de Alelí, compuesta por varios hermanos, mujeres y varones, fue la elegida para reconstruir su identidad emocional. Trabajó amistad con los muchachos que tenían su misma edad y se dedicó a esperar a que la jovencita creciera. De momento, solo podían ser amigos.

Su vida fue un aprendizaje de una nueva cultura y comenzó a participar de todos los rituales como uno más. Su amor por Alelí fue paciente, sabía que no le sería fácil tenerla; debería ganársela.

Aprendió a disfrutar de las fiestas del qa'apaxa, que duraban días enteros y durante las cuales se celebraban los acuerdos políticos, sociales y económicos en la antigüedad, y que habían quedado reducidos a meros acuerdos familiares para el matrimonio y poco más.

En una de ellas también se habían organizado los grupos para el sha'aquxo y, luego de varios días de travesía y altos, Dante había regresado feliz cargando sus trofeos de pesca que después eran degustados entre todos. El proyecto de la reducción incluía proveer a la comunidad indígena alimentos y herramientas para que durante el primer año pudieran sembrar lo necesario para sobrevivir, luego, el aporte les sería retirado.

La administración estaba asentada en el antiguo Fortín Napalpí y la reducción quedaba en la esfera del Ministerio de Agricultura. Había una puja

con la Iglesia también, que quería inmiscuirse, pero finalmente continuó siendo laica.

Cuando Dante llegó, el censo de febrero de 1912 indicaba que eran apenas noventa indígenas, y en diciembre de 1913 su número aumentó a seiscientos noventa y cuatro entre qom, mocovíes y vilelas. El muchacho tuvo el privilegio de presenciar la inauguración de la escuela, el 24 de septiembre de 1913, en presencia de Lynch Arribálzaga, en la que se inscribieron treinta niños de ambos sexos, entre los cuales estaba Alelí.

Dante la miraba de lejos cuando su trabajo se lo permitía, dado que en esos tiempos las clases funcionaban al aire libre, por la mañana, a la sombra de la casa destinada al maestro Horacio Billarhoeta, porque se había proyectado un tinglado que aún no había sido construido.

La preocupación del maestro era que los niños no hablaban el idioma español y su tarea en esas primeras jornadas fue difícil.

Pese a las incomodidades y precariedad, Dante era feliz allí, creía que había encontrado su destino aunque tuviera que romperse el lomo trabajando. Estar lejos del yugo paterno y sus creencias lo volvía libre.



CAPÍTULO 14

Reducción de Napalpí, 1923

Rosalía condujo a Eva al sitio de los festejos. Grandes fogatas reunían a su alrededor aborígenes engalanados para esa ocasión especial. Había muchas caras nuevas; Eva dedujo que provenían de El Aguará.

Ya se había acostumbrado a la escasa vestimenta que utilizaban tanto hombres como mujeres, aunque seguía preguntándose si no estarían incómodas con los pechos al aire dado que solo usaban simples taparrabos. Pero en aquella ocasión, seguramente debido a los festejos, algunas aborígenes tenían un vestido que Rosalía llamó “poto”, confeccionado con fibras de algodón o cuero.

Los hombres ostentaban sus cabezas adornadas con el “opaga”, una especie de tocado realizado con plumas y cuerdas de caraguatá, además de lucir sus muñecas con “onguaghachik”, pulseras confeccionadas con dientes y uñas de animales, semillas, plumas, o conchas de caracoles.

—Los collares se llaman “colag” —explicó Rosalía al advertir la dirección de su mirada.

—Es impresionante todo esto. —Eva no daba crédito de que esa misma población que durante el día parecía triste y sometida, bailara de alegría.

—Ven, sentémonos junto al fuego. —La tomó de la mano y se sentó junto a su marido, quien la saludó a su manera.

Eva miró a su alrededor, todo era nuevo para ella. A lo lejos divisó al

administrador, fumando apoyado contra un árbol; parecía custodiar la celebración. A su lado estaban los capataces conversando con los uniformados. Los dejaban festejar, pero no permitirían excesos. La muchacha tuvo sentimientos encontrados al respecto. Por lo que le había contado Rosalía los aborígenes habían resignado demasiado y se sentían explotados. El malestar aumentaba día a día y se hablaba en susurros de una revuelta.

Pese a no comprender del todo cómo funcionaban las cosas allí, Eva podía hacerse una idea general de la situación. No renegaba del sitio elegido para empezar de nuevo aunque a veces dudaba.

—En los días previos cada uno trajo un poco de miel y frutos de algarrobo —interrumpió Rosalía sus pensamientos—, para ir llenando el recipiente — señaló con la mirada un tronco de palo borracho ahuecado—. Caben más de cien litros ahí.

Eva la miró con asombro.

—La aloja es la bebida autóctona de los frutos fermentados, verás qué sabrosa es, muy dulce —explicó la formoseña—, eso sí, ten cuidado porque se sube rápido a la cabeza.

—No bebo —se atajó Eva.

—Beberás, al menos debes probarla, no puedes desairar a los caciques.

El sonar de los tambores anunció el inicio de la convocatoria y la algarabía se incrementó en el aire.

—Ahora el pishi lo’o dirá que todo está listo y dará comienzo la fiesta de la alegría.

—¿Pishi lo’o?

—El encargado de preparar la aloja.

Un hombre emergió de la noche y se unió al círculo. Se sentó frente a Eva, quien lo divisó a través de las lenguas de fuego; había algo distinto en él, no supo precisar qué. De inmediato entabló conversación con uno de los caciques de Napalpí, parecían conocerse.

—Es Dante Olivera —explicó Rosalía al advertir la dirección de su mirada —, vive en El Aguará. —Como Eva no preguntaba nada añadió—: Antes vivía aquí, estuvo como ocho años, pero hace poco se fue para allá, lo necesitaban.

—¿Lo necesitaban? ¿Trabaja acaso para el Gobierno?

Rosalía rió.

—¡No! Está en el otro extremo. Su padre es un militar de carrera, participó en las campañas “pacificadoras” que de pacificadoras no tenían nada.

—Extraño que esté acá —dijo la muchacha por decir algo.

—Dante siempre se opuso a las Reducciones y luego de discutir durante mucho tiempo con su padre, a los diecinueve años cargó sus pocas pertenencias y se vino para el monte —Rosalía hablaba de él con admiración —. Lo dejó todo, hubiera podido ser lo que quisiera, un niño rico.

—¿Y qué es lo que hace acá?

—De todo un poco, es uno más de nosotros. Empezó como hachero, luego se fue a trabajar en los obrajes.

—Me sorprende que viva aquí —se intrigó Eva.

—Tiene convicciones. —Hizo un gesto que Eva no supo interpretar—. Y familia.

El inicio de una de las danzas tradicionales interrumpió la conversación.

—Empieza el nomi —dijo Rosalía poniéndose de pie para bailar con su esposo.

El nomi o choqueada era el baile tradicional. Tomados de los brazos giraban en círculo arrastrando los pies, primero a un lado, luego al otro, siempre al compás del tambor y la maraca.

La mayoría había abandonado su sitio en la fogata. Se podía advertir que la bebida de algarroba se les había subido a la cabeza. Eva había bebido apenas, su sabor dulzón y su consistencia lechosa aún le invadían la garganta.

Sintió una presencia a su lado y enseguida la voz ronca.

—Usted debe ser Eva —dijo el hombre sentándose a su lado.

Vaya que las noticias vuelan rápido, pensó la muchacha.

Asintió sin emitir palabra al mismo tiempo que lo miraba.

—Soy Dante Olivera. —El hombre extendió su mano y ella no tuvo más remedio que tomarla.

Sintió sus dedos firmes y ásperos, no eran de una mano ociosa.

—Eva Solanas —dijo al fin.

Todavía resonaban en su mente las palabras de Rosalía, quien continuaba girando en el círculo festivo. ¿Qué habría provocado que un joven abandonara la vida acomodada en la ciudad para recluirse junto a los indios? ¿De qué escapaba?

Tenía frente a sí a un hombre de unos treinta años, bronceado y musculoso. A través de la camisa entreabierta podía ver la fuerza de su pecho y la musculatura de sus brazos. Era atractivo, muy. El corte de su cara era agresivo, su mandíbula denotaba autoridad y su nariz recta presencia. Pero lo más llamativo eran sus ojos de un verde único.

Eva sintió que todos los colores subían a su rostro, no debía fijarse en nadie del sexo opuesto. Agradeció las llamas, que teñían todo de anaranjado.

—Me dijeron que trabaja en la escuela.

—Ayudo en lo que puedo. —No tenía ganas de hablar con él.

—En El Aguará intentamos mantener la enseñanza, pero no hay maestro que dure. —Encendió un cigarro con una lengua de fuego—. Como habrá apreciado, aquí la vida puede parecer hostil a la gente de ciudad. Por cierto, ¿qué hace en un sitio como este?

Eva ocultó su fastidio, todos querían saber lo mismo. Estaba allí y punto. Era su elección, el lugar que había escogido para empezar de cero. Sentía que todavía estaba a tiempo.

—Lo mismo que usted, supongo. —No deseaba ser amable con él.

Dante la estudió con detenimiento: pequeña y delgada, cabellos poco

femeninos, manos descuidadas, ojos pardos, nada del otro mundo. Sin embargo había algo en ella que despertaba su curiosidad. No parecía una persona de modales, le faltaban estilo y elegancia, podía distinguir a una dama con solo olerla. No, decididamente esa mujer no estaba escapando de una fortuna ni un modelo familiar.

—No lo creo —fue su respuesta a la par que se ponía de pie y se alejaba en dirección a unos qom que bebían y reían.

Eva quedó sola mirando con ojos azorados todo cuanto ocurría a su alrededor, como si estuviera viviendo una aventura.

Al rato dio comienzo otra celebración que entendió a medias. Era la de otorgar el nombre a los niños nacidos meses atrás: el Negot Qayavó Lenaxat. Varias familias habían reunido a sus críos para que los ancianos líderes espirituales bautizaran a sus hijos en el idioma qom. Se realizaba una lista previa de nombres elegidos por los padres que debía aprobar el consejo de expertos. Una vez terminada la ceremonia los familiares entregaron obsequios a los miembros del consejo.

Luego la fiesta siguió al ritmo de los tambores mientras la bebida bajaba en su recipiente.

Eva estaba algo mareada, había bebido lentos sorbos de aloja que le habían nublado el sentido. Rosalía seguía bailando. Buscó con la mirada al boticario, pero el viejo ya se había retirado hacia su toldo. Tampoco el maestro estaba a la vista. Quería levantarse e irse, pero sentía el cuerpo pesado, temía caerse.

Dante la observaba desde el grupo de hombres, advirtió su malestar y se sentó a su lado.

—Seguramente teme la llegada de Qatalo —su tono de burla le molestó.

—No sé quién es ese señor.

La carcajada de Dante se elevó en el aire y se perdió entre los tambores. Ella se cuidó bien de mostrar su fastidio.

—Qatalo es el “traga gente”, el gigante cuidador de las colmenas. —Como

ella no daba muestras de interés añadió—: Es un ser superior que durante siglos fue el terror de los humanos —el tono de voz ronca e íntima tan cerca de su oído lograron erizar su piel—, perseguía a los mieleros, les quitaba los recipientes de miel. Hasta que un día, los humanos lo emboscaron poniendo un anzuelo en la boca de un cuero que contenía el manjar. —Al parecer había logrado intrigarla porque ella lo miraba con ojos fijos—. Qatalo fue atrapado y muerto. Desde ese momento este se cuida frente al ser humano, pero también establece reglas sobre el trato de los productores de las distintas clases de miel, advirtiéndole al hombre sobre no abusar ni desperdiciarla cuando realmente la necesita. Por ello cuando destapan los árboles deben taparlos muy bien con las mismas astillas, luego de sacar la miel. Y si no lo hacen, él puede castigar enfermándolo o escondiéndolo de la vista humana en la próxima búsqueda —si Eva le creía o no era algo incierto, pero permanecía expectante escuchando la leyenda—. Por eso el hombre también aprendió a respetar a este ser cada vez que sale a buscar la miel. En sus oraciones matutinas solicitan encontrar y sacar la miel que necesitan para el consumo diario. Después de derrotar a Qatalo —prosiguió Dante— organizaron una fiesta para festejar el triunfo. Juntaron muchas chauchas de algarrobo y mucha miel de distintas clases. Luego buscaron una viga de palo borracho y la ahuecaron para utilizarla como recipiente en la fermentación de la bebida hecha con harina de chaucha mezclada con las distintas clases de miel. Mientras aquellos hombres aguardaban que la aloja estuviera a punto, los mensajeros llevaban las invitaciones a los distintos invitados. Después empezaron el festejo con baile y bebida, como aquí hacemos nosotros —señaló a su alrededor— hasta caer en la borrachera, creyendo que se habían librado del gigante. Pero de pronto, una sombra enorme se proyectó sobre ellos —los ojos de Eva se abrieron con asombro, sumergida en el relato— y vieron a Qatalo tomando una gran cantidad de aloja. A partir de allí, conviven con este ser superior respetando sus normas, si la aloja está agria, no deben

tomarla.

—Señorita Eva. —El administrador apareció de repente a su lado sacándola del ensueño de esa voz envolvente—. ¿Se encuentra usted bien?

Dante lo fulminó con la mirada, molesto por la interrupción.

—Sí, gracias —adujo ella—, solo un poco mareada.

—No es para menos —acotó—, la estuve observando y por su actitud deduje que no se sentía usted de lo mejor. Puedo acompañarla hasta la escuela —ofreció extendiendo su mano.

Dante le salió al cruce:

—No se preocupe, Brignole, me haré cargo de la señorita.

Sin darles tiempo se puso de pie y la tomó por el brazo. Ella obedeció no sin malestar. No le gustaba que le dieran órdenes, pero prefería la compañía de Olivera antes que la del administrador.

—Vamos, señorita. —Con desparpajo la tomó por la cintura y la alejó de la fogata.

Ni bien estuvieron fuera de la vista de Brignole ella se deshizo de su abrazo mostrándole su disconformidad.

—No sea arisca —protestó él—, está mareada, puede caerse.

—Estoy bien.

Caminaron rumbo a la escuela y de pasada vieron cómo algunos bromistas embadurnaban con miel el rostro o la cabeza de algún amigo.

Se alejaron de allí y se perdieron en la noche.



CAPÍTULO 15

Resistencia, 1886

L' aite seguía destinada al servicio de la casa, pero compartía el dormitorio con Manuel Olivera. Desde esa primera noche en que él la había violado luego de su fuga, nunca más el capitán quiso dormir solo. Aun cuando él tenía que ausentarse la orden era que ella permaneciera en su habitación, quería sentir su olor en sus sábanas y saber que si llegaba de improviso ella estaría ahí.

La falta de resistencia de L' aite lo volvía loco, no entendía por qué con él ella no expresaba nada. Sabía que con las mujeres de la casa hablaba a media lengua, incluso la había escuchado reír, pero con él era como una estatua.

Si bien la primera vez la había tratado con rudeza, ocupándose de satisfacer su demorado deseo, después había intentado excitarla; se sabía buen amante, mujeres las había tenido de sobra, sin embargo con la india nada funcionaba. Más de una vez se había dedicado a mimar su cuerpo, la había acariciado con dedicación y la había besado hasta con ternura en sus partes íntimas buscando alguna reacción, pero la respuesta era siempre la misma, esa mirada inexplicable que a veces parecía contener un dejo de burla.

Manuel Olivera se desesperaba y corría en busca de brazos amantes para comprobar su eficiencia; por momentos temía ser un fracaso en la cama. Volvía satisfecho por lo que provocaba en las demás, pero solo soñaba con

satisfacer a L'aite, que se estaba convirtiendo en su obsesión.

L'aite por su parte conocía su dominio sobre ese hombre odiado y se regocijaba al verlo desquiciado. Varias veces su lengua le había ocasionado un cosquilleo especial que amenazaba con arrastrarla hacia la pasión, pero su mente era superior y podía dominar todo deseo volviendo al recuerdo de su madre atravesada por el sable y su padre cayendo. Ese era su refugio para no ceder. La raza de ese hombre había asesinado a su familia, nunca disfrutaría de algo que viniera de parte de él.

En sus intentos por seducirla Manuel trató de complacerla como haría con una mujer blanca y empezó a comprarle perfumes que ella nunca usaba, salvo cuando él se los ponía. La descomponían esas imitaciones de las flores que nunca más volvería a ver; nada podía compararse con los olores silvestres.

Una vez Olivera se apareció con varias cajas con vestidos que Macca y Mechita observaron con asombro y envidia, ellas nunca habían tenido algo así.

—Pero mira qué telas... ¡parece seda! —dijo la mayor.

Mechita los tocaba con fascinación mientras que L'aite permanecía indiferente.

—Vamos, pruébate uno.

—No.

—Vas a tener que usarlos... sabes que el capitán se enojará si no te los pones.

Ella se encogió de hombros, no le temía.

Esa misma noche el capitán la obligó a vestirse con uno de ellos. Era precioso, de un color durazno que contrastaba con su piel aceitunada. Tuvo que vestirla él mismo; ella lo dejaba hacer. La miró: estaba hermosa. El cabello negro le caía hacia los lados hasta la cintura, envolviéndola. El capitán se acercó y le besó el cuello.

—Ponte perfume —ordenó. Como ella no se movía contuvo la indignación

y la roció con la fragancia—. Hoy es una noche especial, cenarás conmigo.

Como broche Olivera tomó un estuche que tenía oculto en un cajón y extrajo una gargantilla de plata con incrustaciones en oro. Se la colocó y observó su obra.

—Eres una mujer preciosa.

Lo era, a los quince años se había convertido en una belleza exótica que el capitán temía alguien más descubriera. Por eso se ausentaba de la casa lo menos posible, estaba obsesionado; se había enamorado perdidamente.

La cena no fue como él esperaba. L'aite permaneció ausente sin tener conciencia del valor del collar que tenía alrededor del cuello, ni del diseño del vestido, ni de las atenciones que inútilmente Manuel intentaba para ella.

Mechita espiaba desde la puerta y sentía envidia; jamás sería objeto de un tratamiento así por parte de un hombre. Ella en su lugar se hubiera aprovechado de la situación y habría aceptado el amor de Olivera para convertirse en la señora de la casa, porque no tenía dudas de que si L'aite quisiera, podría serlo. Pero la india era tonta o demasiado orgullosa.

El cierre de la noche tampoco fue como Manuel soñaba. Durante la comida la obligó a tomar alcohol, un exquisito vino francés, y luego, con el postre, champaña. Al llegar a la cama L'aite cayó en un sueño profundo y no hubo manera de despertarla.



CAPÍTULO 16

Buenos Aires, 1920

Luego de una mala noche, Carola se ocupó de su trabajo y después se fue directo al nosocomio. No tuvo tiempo de arreglarse, temía perder el transporte. *¿Y desde cuándo te arreglas para ir al hospital?*, le dijo su voz interior. Una involuntaria sonrisa alumbró sus ojos, conocía la respuesta. Inconscientemente se sentía coqueta, algo que no formaba parte de su patrimonio. El recuerdo de los besos robados por ese desconocido todavía vagaba por su mente.

No sé siquiera su nombre, se dijo mientras viajaba hacia sus prácticas. *Mejor así, no volveré a verlo.*

Llegó al hospital y antes de entrar giró la cabeza a ambos lados. Una íntima esperanza se filtraba entre sus negativas. Pero no había nadie en toda la cuadra. Las calles desiertas a esa hora de la tarde ahondaron su soledad, soledad que Carola no se permitía sentir y que según su propio discurso interno, disfrutaba.

Sus compañeras de clase, jóvenes como ella, tenían una vida social un poco más activa, alguna incluso estaba comprometida.

El doctor que la había revisado se interesó por su muñeca. Ya no le dolía aunque le había molestado un poco en sus tareas de limpieza.

Las prácticas de ese día le parecieron aburridas, su cabeza se remontaba al beso apasionado que aún podía sentir en los labios. Evocar el cuerpo de ese

hombre apretándola y la dureza a la altura de su pelvis le tiñó las mejillas de carmesí. El calor se expandió por toda su piel y temió que los demás advirtieran su bochorno.

Intentó alejar ese recuerdo. No quería aferrarse a nada placentero, sabía que ningún hombre la esperaría a la salida, ni ese día ni nunca. Por eso había decidido destinar su vida al servicio y la enfermería era un buen lugar. Enfermos habría siempre, de eso no tenía dudas.

Se había cansado de oír el discurso de su madre. “Los hombres buscan mujeres bellas para lucir frente a sus amigos.” “Nadie se fijaría en ella que había recibido un cuerpo regordete.” “Para peor tienes las piernas cortas”, enfatizaba Ernesta.

Carola había crecido con esa perorata que la había convencido de su destino de solterona. Pese a todo, el cortejo de ese desconocido y sus besos tan ardientes le encendían una luz de esperanza.

Terminó su práctica y salió a la calle con la certeza de que esa tarde no había aprendido nada. No había logrado internalizar ninguna de las explicaciones recibidas. Eso tenía que cambiar.

En la vereda la realidad le demostró que no había ningún pretendiente esperándola para acompañarla ni para invitarla a cenar. *Mejor así*, meditó. De haber accedido la vez anterior, estaría llorando ante la decepción de ese único encuentro. Cumplida su apuesta, de seguro el hombre habría desparramado entre sus amigos su hazaña de salir con una mujer fea.

Llegó a la pensión y apenas saludó a su casera, quien se sorprendió ante su falta de cortesía. Si bien era de pocas palabras, Carola era una muchacha educada y generosa. Más de una vez le había ofrecido su ayuda con las compras o con la limpieza. Pero ese día parecía de un humor de perros y ni bien llegó se encerró en su cuarto hasta la hora de la cena.

Compartió la mesa con los otros huéspedes como era su costumbre, aunque permaneció callada y ausente. No se demoró en la sobremesa y se despidió.

Al día siguiente no tenía prácticas en el hospital por lo cual aprovecharía para hacer un servicio de planchado. Quería ahorrar para poder comprar algunos instrumentos de enfermería. Sus compañeras le habían comentado que se estaban armando un pequeño maletín de primeros auxilios, para una vez recibidas, poder aplicar inyecciones a domicilio o efectuar curaciones. Era una buena idea, pero para ello necesitaba algo más de dinero. Ese era su próximo objetivo.

Ajeno a los horarios y días de Carola, Antonio volvió a merodear el hospital. El día anterior no lo había hecho adrede, quería que esa jovencita impetuosa escarmentara. Pero la jornada se le había hecho larga, no entendía qué hechizo ejercía ella: necesitaba verla. Los besos que le había robado le habían sabido a gloria. Reconoció que era una principiante y quería enseñarle todo. Adivinaba que debajo de su disfraz de indiferencia se escondía una mujercita sensual y ardiente. Solo había que conquistarla.

No le molestaba su gordura, le gustaba que la mujer tuviera carne aquí y allá, para poder acariciar y recostarse. Su cara era perfecta, aunque ella no lo sabía. Los ojos almendrados y vivaces, inquietos de un lado a otro todo el tiempo, los quería para sí. Decididamente, Carola Villegas era un misterio para resolver. Y él lo haría.

Cansado de aguardar en la puerta del nosocomio, se decidió a entrar. En la recepción halló a otra secretaria, más amable que la anterior, quien le informó los horarios.

Agradecido volvió a su casa y se preparó para el nuevo intento dos días después. Tenía todavía unas cuantas horas por delante, por lo que decidió reunirse con sus amigos a jugar al póker.

Cuando llegó el momento, perfumado y atildado como para ir de boda, Antonio aguardó apoyado en la pared del hospital. Fumaba y las volutas de humo formaban dibujos en el aire.

Más de una de las practicantes que salían en grupo conversando le echó el

ojo, ganándose una sonrisa del galán. Era apuesto y captaba la atención de todas las damas.

Así lo vio Carola, una de las últimas en salir. La muchacha se paró en seco cuando sus ojos lo divisaron. Dio media vuelta para irse por la otra esquina, pero él ya la había visto. Lanzó la colilla al suelo, la pisó y avanzó con parsimonia hacia ella, que permanecía atornillada a las baldosas.

—Hola —dijo él iluminando todo con su sonrisa—, me llamo Antonio. —Extendió su mano, que quedó en el aire unos segundos hasta que la bajó, aceptando que ella no la tomaría—. Intento que empecemos de nuevo de manera normal.

Carola salió de su estado y contestó:

—No hay nada que empezar. —Pasó a su lado encaminándose hacia su destino, pero él no iba a permitir que se le escapara otra vez. Apuró el paso y la tomó por el brazo.

—Ya te dije que quiero conocerte. —Sus ojos verde agua la derritieron—. ¿Por qué te niegas?

—¿Es esto una broma? —se la notaba alterada.

—¿Por qué habría de ser una broma? —Antonio se estaba exasperando, nunca una mujer lo había rechazado, siempre era él quien las terminaba dejando a causa del aburrimiento.

—Porque... —Carola se recorrió el cuerpo con los ojos y los brazos—. ¿Usted me vio bien?

—Claro que sí —contestó sin entender.

—¿Y se vio usted?

Antonio empezó a reír. Esa muchacha tal vez no era una enfermera sino una loca escapada de algún manicomio. No entendía sus preguntas.

—¿De qué se ríe? —Carola estaba colérica.

—Carola. —Avanzó un poco hacia ella y le tomó las manos—. La vi bien, me vi bien, y quiero conocerla. Me gustaría invitarla a cenar, charlar como

dos seres civilizados en vez de que me ande abofeteando y rechazando todo el tiempo.

Parecía sincero, pese a ello no quería sucumbir. No quería salir herida y anticipaba que no terminaría ilesa junto a ese hombre.

—¿Qué dice? ¿Podemos intentarlo? —Su aspecto de hombre ilusionado terminó de convencerla.

—Está bien —murmuró al fin, aunque las dudas le susurraban al oído.

Antonio sonrió y le besó las manos.



CAPÍTULO 17

Reducción de Napalpí, 1923

Todavía me duele la cabeza y eso que ya pasaron varias horas. Mis recuerdos son confusos, fragmentos de la fiesta, las danzas, los tambores, la aloja... Esa bebida fue mi perdición. Demasiado fuerte, caliente... No sé cómo llegué a la cama, pero sí sé lo que sucedió en ella. ¡Qué desatino! A esta altura toda la aldea debe saber que dormí con Dante Olivera.

No me importa lo que él piense, me tiene sin cuidado que me crea una ramera. Mejor, así no anda rondándome como los qom a la miel. Tengo bien presente la leyenda que me relató, tal vez para asustarme; no lo logró. Ya nada me asusta. Se sorprendería al conocer las cosas por las que he pasado.

Esta cama que ahora me cobija en esta siesta bochornosa fue testigo de una noche de profunda pasión. Hacía años que no disfrutaba tanto estar con un hombre. Porque Dante Olivera es un hombre con todas las letras, al menos en las artes amatorias. Pudo aprovecharse de mi embriaguez y haberme poseído de forma egoísta; no lo hizo. Se dedicó con paciencia y esmero a despertar mi piel arrancándome un concierto de gemidos. Parecía una gata en celo, arqueándome debajo de su cuerpo musculoso y seguro. Debería sentir vergüenza; no la siento. De nada me sirvió el recato en el pasado.

No sé si Dante conocía de antemano la escuela, lo cierto fue que me condujo directamente hacia el lecho. Con su mano en mi nuca dio comienzo

al beso más profundo e intenso que me dieron en la vida. Sus labios sorbieron los míos y pese al mareo sentí cosquilleos desde los tobillos hasta la punta de los pelos. Abrí la boca para recibirlo y le permití danzar con mi lengua. Ambas se toreaban, se saboreaban, jugaban. Hacía calor, mucho calor, parecía que el fuego de las fogatas se nos había prendido en las ropas. Las quitamos de en medio a los manotazos. Con el resplandor de la luna pude admirar su torso donde los músculos dibujaban geografías que de inmediato quise conocer. Su piel era suave y olía a sudor y leños. Me gustó la combinación, pero más me gustaron sus dedos, ásperos y dominantes recorriendo mis piernas.

Cuando nuestras mandíbulas se tensaron bajó hasta mi pecho y se hundió en mis senos, que, a pesar de ser pequeños, estaban hinchados, inflamados, rogando una caricia. Lamió mis pezones, hizo arabescos con su lengua y fue bajando mientras yo me sujetaba de sus cabellos contorsionándome de placer.

Quería morderlo, chuparlo, tocarlo en todas sus partes, pero no llegaba; lo dejé hasta que se sumergió de lleno en mi centro y creí que me moría. Nunca había experimentado esa sensación, única, caliente, jugosa. Pensé que acabaría allí mismo y lo rechacé con la fuerza de mis muslos.

Nuestros ojos se encontraron, los de él echaban chispas y promesas, los míos debían estar nublados de placer y alaja. Se rio, se rio con una carcajada profunda, mezcla de desafío y placer.

Me asaltó la boca. No me dio tiempo a probar su piel, su sudor nos mojaba y confundía nuestros olores. “Quiero besarte”, le dije; entendió pero no me lo permitió, el deseo era demasiado.

Sin dejar de comerme los labios se introdujo en mí. Fue soberbio, profundo, intenso. Sentía que mi estrechez lo comprimía y eso aumentaba el placer, el de ambos. Empezó a balancearse, primero lento, buscando mi ritmo. Cuando encontramos la frecuencia justa cabalgamos atravesando los

montes y las cañadas, dejamos atrás la aldea y los rituales y nos lanzamos a los rápidos de agua correntosa, arribando juntos al destino buscado.

Después Dante se desplomó con toda su humanidad sobre mi cuerpo aún palpitante y nos dormimos. Sé que luego se situó a mi lado y me acarició el vientre. Dijo algo, pero no lo recuerdo.

Desperté desnuda. Debo agradecer que el maestro no vino. O tal vez lo hizo y al verme así se fue para no causarme vergüenza. No lo sé, no me lo dirá tampoco.

Fue una noche maravillosa, me la debía luego de tantos infortunios. Me va a costar negarme al placer físico, pero voy a proteger mi corazón. Mi alma no volverá a ser de nadie, ya nadie podrá hacerme daño.

Aquí en este rincón del mundo hallaré la paz. Con Rosalía creo que podremos ser amigas. Sé que está ansiosa por saber de mi pasado, prefiero mantenerla alejada de él. Aún no siento la fortaleza necesaria para abrirle mi alma y dejar fluir mi secreto. Me duele todavía. Cuando esté lista le contaré, le pediré ayuda para concluir con mi promesa. Pero debe pasar el tiempo, saber que estoy a salvo, que nada opacará este cielo diáfano que alumbra la reducción todas las mañanas.

Los qom son amables conmigo, de a poco me voy integrando. Algunos se muestran recelosos, pero son los menos. Lentamente voy aprendiendo sus nombres y reconociendo a sus familias. Las palabras van ingresando a mi cerebro y puedo identificarlas. Hasta logro pronunciar algunas; los niños se ríen, debo hacerlo mal.

Rosalía me insertó en un grupo de mujeres que se dedica a la alfarería y allí me enteré de que ellas fabrican ollas, platos y utensilios para su uso exclusivo durante los días de la menstruación. Pasado el período vuelven a comer en las ollas comunitarias de su familia. Tienen rituales extraños con lo del ciclo menstrual, porque cuando forman pareja destruyen todos los elementos de uso exclusivo.

Para la elaboración usan mezcla de arcilla con polvo de huesos de animales y salen de varios colores: negro, gris, colorado, amarillo y verde. Esas arcillas las consiguen de la tierra, cerca de las lagunas o de los ríos; cavan muy profundo hasta alcanzarla. Admiro a esas mujeres tan laboriosas y fuertes; a veces me siento débil frente a ellas.

Santiago me recibe en su botica todos los días. Me gusta que me cuente los secretos de las plantas medicinales; estoy ansiosa por aprender más. Me gustaría ayudarlo a él antes que en la escuela, pero de momento el maestro cuenta conmigo, al menos para que le asee la construcción y enseñe castellano.

El boticario me acogió bajo su ala, dejó a un lado su carácter agrio conmigo. Me reitera siempre su discurso sobre las creencias en torno a la salud de la cultura qom, que depende en gran parte de sus médicos naturales, llamados Pi'oxonaq, cuya vocación espiritual y religiosa viene de tiempo inmemorial. Ellos buscan el origen de la causa en el desequilibrio espiritual, emprenden un largo análisis hasta dar con el mal que afecta el alma. Por eso los tobas aún se resisten a concurrir a la botica, y cuando lo hacen es porque ya agotaron todos los recursos previos.

Todavía no pude presenciar ninguna de las curaciones por los médicos naturales, porque las hacen en las casas de los enfermos, pero Santiago me dijo que entran en un estado psíquico equivalente al concepto de trance, aunque utilizan un ritual personal y exclusivo: cantos, rezos, imprecaciones, súplicas y gestos simbólicos.

También recurren a las plantas medicinales. Hay muchas hierbas curativas. Algunas mejoran la función de los riñones, otras tienen efecto cicatrizante, o para los dolores de los huesos. Hay de todo en la naturaleza, solo hay que saber reconocerlo.

Santiago me dijo que practican la acupuntura cuando alguien sufre demasiado dolor, ya sea en la cabeza o en las piernas. Usan para ellos la

cola filosa de rayas del agua y otros elementos que ellos conocen para extraer la sangre enferma o cuajada que llaman “da’añaigui ntago’q”.

Recuerdo esos primeros días en que tenía toda la piel enrojecida a causa de las picaduras de los tantos bichos que hay en estas tierras... Fue Santiago con sus yuyos quien me alivió.

Podría ser feliz aquí, feliz a mi manera, de esa manera incompleta a la que tendré que acostumbrarme. Tal vez cuando pueda terminar y cumplir con mi promesa mi vacío no sea tan profundo.

De momento tengo que continuar aprendiendo para poder mezclarme entre los qom y ser una más a pesar del color de mi piel.



CAPÍTULO 18

Buenos Aires, 1920

Hacía dos semanas que Carola permitía que Antonio la cortejara. Habían salido a cenar dos veces y compartido paseos durante la tarde. Los besos que habían intercambiado habían variado en intensidad y formas, desde castos y tiernos hasta apasionados y ansiosos. Pese a todo él se comportaba como un caballero y no había vuelto a apretarla contra sí, aunque se moría de deseos de llevarla a la cama.

Carola iba con pie de plomo, temía despertar y que todo fuera un sueño. Pero al abrir los ojos cada día y ver el último ramo de flores que él le había regalado recordaba que era verdad.

La dueña de la pensión lo había visto una de las veces que la había ido a buscar y había meneado la cabeza. Demasiado buen mozo para una chica tan poco agraciada. *Ojalá que no la desgracie para abandonarla luego*, pensó.

Antonio le contó que no tenía familia, excepto su madre que vivía en otra ciudad que no reveló; ella no se animó a preguntar. Era hijo único y también estaba solo.

—Mi trabajo en el banco me permite una posición tranquila, aunque no nado en la abundancia —dijo mientras paseaban del brazo por un parque.

Carola no supo qué responder. Ella debía ahorrar centavo sobre centavo para llegar a pagar todo a fin de mes y destinar algo para su proyecto de instrumental.

—Me gustaría que conozcas mi casa. —Se hallaban sentados debajo de un jacarandá. Antonio le tomó la mano y observó los dedos de uñas cortas—. Tienes la piel seca, te compraré una crema.

—No tienes que comprarme nada —se atajó.

—No seas orgullosa. —Le besó los dedos uno por uno y ella sintió el cosquilleo por todo el cuerpo—. Quiero que vengas a mi casa —repitió.

Sus palabras tenían una oculta promesa, Carola entendía cuáles eran sus pretensiones.

—No pasará nada que tú no quieras —se apresuró a decir como si leyera sus pensamientos—. Pero podremos estar más tranquilos, sin tener que andar todo el tiempo de café en café o de plaza en plaza.

En eso tenía razón, el invierno se aproximaba y la calle no era el mejor sitio para estar.

—Está bien —consintió Carola.

Se pusieron de pie y abrazados caminaron hacia una nueva etapa.

El hogar de Antonio quedaba alejado del centro. Parecía un hotel. No había ningún detalle femenino pese a que estaba ordenado y limpio. Evidentemente era el lugar de un hombre soltero.

La casa era modesta pero confortable: comedor, cocina, dos dormitorios y un baño. Un jardincito adelante, que Carola imaginó lleno de flores, donde lucía el pasto corto y prolijo.

—Bienvenida —dijo Antonio.

El hombre se moría de ganas de abrazarla y llevarla hacia el sillón para sentarla sobre sus rodillas y empezar a acariciarla. Pero había prometido comportarse como un caballero y eso haría.

Ella estaba nerviosa, todos sus deseos encontrados. Deseaba sumergirse en sus brazos y dejarse arrastrar por la tensión que se percibía en el aire, pero su costado racional la hizo sentarse en una de las sillas de la cocina mientras él encendía la hornalla.

De repente ambos estaban turbados, nerviosos, con una taza de té en el medio y las manos que se retorcían en el regazo.

—Carola... —Ella elevó la mirada y los ojos verdosos la aclamaron.

Se puso de pie y avanzó hacia él, que corrió la silla, pero permaneció sentado.

Cuando estuvo frente al hombre que le venía robando el sueño, él hundió la cabeza entre los pechos femeninos; la abrazó por la cintura mullida, y aspiró su perfume.

—Te deseo, Carola —tenía la voz ronca—. Te deseo como nunca deseé a mujer alguna.

Ella le creyó y se apretó contra él.

Antonio se incorporó y la besó en la boca. Recorrió sus labios con la lengua mientras las manos le tocaban los glúteos, que tanto lo tentaban. Estaban duros pese a lo que había supuesto. Redondos, llenos, tensos. La tensión masculina le reafirmó a Carola que ese hombre se encendía con ella. De repente se sintió bella, deseable, se sintió mujer.

Manos y bocas subían y bajaban. Las lenguas se toreaban y las prendas iban cayendo al suelo. Cuando solo quedaba la ropa interior, Antonio la alzó y la llevó hasta la habitación.

Sobre la cama se amaron. Antonio le fue enseñando uno a uno los secretos del placer y Carola ni siquiera sintió el desgarró de su tesoro, ese tesoro que creía no poder entregar a nadie. Enredados rieron y festejaron ese encuentro tan ansiado. En el momento del clímax, la muchacha gritó sin importarle los vecinos ni el qué dirán. Era feliz. Por primera vez en la vida, era plenamente feliz y deseaba que el mundo entero lo supiera.

Una vez desplomados sobre las sábanas Antonio encendió un cigarrillo y sonrió. Ella pensó en qué diría su madre al verla así. Ernesta se había hartado de decir que nunca hombre alguno la miraría dos veces, que llevaba una maldición de soledad. Y ahí estaba ella, en el lecho de uno de los hombres

más apuestos que había visto en su corta existencia.

—Vamos a tener que solucionar esto —dijo Antonio sacándola de su ensueño.

Una alarma se encendió en la mente de la joven. Se puso de costado y lo miró.

—¿Hay algún problema?

—Sí. —Él estaba serio y la miraba fijo a los ojos. Al ver que ella se asustaba se arrepintió de inmediato—. No, no, amor, no pasa nada. Solo bromeaba.

Carola lo miró con reproche.

—El problema es que no quiero seguir extrañándote. Y después de esto que acabamos de vivir sé que voy a extrañarte aún más.

Ella se sonrojó.

—Yo también.

—Por eso... creo que la solución es que nos casemos.

—¿Qué dices? —Los ojos almendrados parecían salirse de la cara redonda.

—Lo que oíste. Tú estás sola, yo estoy solo, nos amamos.

—¿Tú me amas, Antonio? —Estaba a punto de llorar.

—Claro que te amo, creí que lo sabías. —Le tomó el rostro y la besó—. ¿Acaso tú no me amas?

—¡Ay, Antonio! ¿Cómo no amarte? Eres lo mejor que me pasó en la vida. Pero ¿no crees que es precipitado?

—Carola, tengo treinta años, soy un hombre, sé lo que quiero. Y te quiero a ti. No deseo seguir despertándome solo, llegar a casa y que nadie me espere. Ansío verte todos los días de mi vida.

Ella empezó a llorar. Nunca creyó escuchar esa declaración destinada a ella. Y allí estaba él, un hombre maravilloso ofreciéndole un porvenir juntos.

—Yo también quiero verte todos los días de mi vida, Antonio.

Se fundieron en un abrazo y se amaron de nuevo.



CAPÍTULO 19

Reducción de Napalpí, 1923

Pasaron unos cuantos días hasta que Eva volvió a ver a Dante Olivera. Era una mañana diáfana cuando lo divisó partir junto a varios hombres rumbo a los obrajes. Ella estaba con las mujeres intentando comunicarse en la lengua de los qom, pero si no era por Rosalía, quien servía de intérprete, poco entendía; pese a que conocía el significado de algunas palabras, se perdía al tratar de hilvanar la conversación.

Dante regresó pasado el mediodía y, luego de varias horas reunido con Pedro Maidana y otros caciques, fue a buscarla a su choza.

La encontró clasificando unos yuyos que el boticario le había obsequiado para que preparase algunos brebajes medicinales que luego él se encargaría de probar antes de suministrar a los enfermos.

Dante ingresó sin pedir permiso y Eva se molestó. Más aún cuando se dirigió a ella sin la formalidad necesaria.

—Veo que estás mejor —fue su saludo.

Tratando de poner distancia respondió:

—No olvide sus modales, señor Olivera. —Plantó los brazos en jarra y le sostuvo la vista—. Debería golpear antes de entrar.

Dante rio e hizo caso omiso a su reproche.

—Sigo sin entender qué haces en un sitio como este. —Se acercó a ella, que permaneció inmutable.

—Estoy ocupada, señor Olivera...

No le dio tiempo a continuar. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Deja de tratarme de usted, ¿o tengo que recordarte lo que hicimos la otra noche?

Lejos de ruborizarse como era de esperar, Eva lo enfrentó seria y decidida a no dejarse conmover por ese hombre avasallante.

—Sé lo que hicimos, Dante —reafirmó su nombre que él disfrutó de oír en su boca—, pero eso no significa nada para mí.

Si lo sorprendió, el hombre no lo demostró.

—Pues a mí me gustó, mucho. Y tú parecías disfrutarlo.

Qué poco caballero, pensó Eva, pero sus palabras dijeron otra cosa.

—Claro que lo disfruté, fue una buena sesión de sexo.

Sin darle tiempo a reaccionar Dante la tomó por la nuca y la besó. Había demasiado deseo contenido en ese beso y ella no fue inmune. Respondió con los labios y con la lengua hasta que él la soltó.

—Vendré esta noche.

La dejó sudando en medio del rancho y se fue por donde había llegado.

Lo recibiré y disfrutaré de sus caricias, que me crea una cualquiera será lo mejor.

El resto del día lo pasó con Melitona Enrique y otras jóvenes qom, que junto a Rosalía la ponían al tanto de las costumbres del lugar.

—Algunos qom creen que comiendo un pedacito del corazón de los animales y aves que consideran fuertes los niños crecerán robustos y poderosos —le contó Rosalía.

—¿Y qué son esos dibujos que tienen algunos hombres en la cara? —quiso saber Eva.

—Seguramente te refieres a los tatuajes de los mocovíes —explicó—. Para hacerlos, usan espinas de cardón o cactus, y las resinas de las tunas, o quebracho colorado. Son parte de sus tradiciones.

Eva sentía que tenía todo un mundo por conocer. Cuando la atacaba la nostalgia y su pasado le nublaba los ojos, miraba a los niños qom correteando descalzos y pensaba en el futuro. Ese futuro que de momento estaba a resguardo muy lejos de allí.

Al atardecer, antes de lo previsto, Dante Olivera golpeaba las palmas, anunciándose.

Al menos aprende modales, se dijo.

Lo dejó pasar, se había aseado y olía bien.

—Traje algo para comer —apoyó un paquete sobre la mesa.

Eva pensó que eso se parecía mucho a una cita, no le gustó. Lo quería lejos de ella, no deseaba enredarse en una relación.

Sin ser invitado, Dante se sentó y la miró, esperando que ella hiciera lo mismo. Era evidente que tenía ganas de hablar.

—Ya sé que tú no quieres contarme por qué estás aquí —comenzó—. Debes tener algún oscuro secreto guardado —sonrió con ironía al decirlo mientras encendía un cigarrillo—. Te pondré al tanto de cómo funcionan las cosas en la reducción.

Eva tomó asiento frente a él, eso le interesaba. Pese a que no entendía muy bien el lenguaje percibía cierta tensión en el ambiente. Muchos aborígenes querían abandonar el sitio para ir en busca de trabajo y los capataces se mostraban molestos ante la situación.

—Desde que se descubrió “el oro blanco” —comenzó Dante—, las cosas cambiaron mucho.

—¿El oro blanco?

—El algodón —aclaró—. Es una larga historia. A fines del siglo XVIII Argentina produjo más algodón que los Estados Unidos, pero eso se revirtió a principios del siglo XIX debido a los avances tecnológicos. La invención de la desmotadora mecánica primero y de las máquinas de hilar y tejer después hicieron que la economía algodonera mundial decayera estrepitosamente en

favor de los Estados Unidos, por los bajos costos a causa de la mecanización del desmote.

—¿Y eso que tiene que ver ahora? —Eva no era de las que se callaban, ya no.

—Te estoy contando la historia del algodón para explicarte la situación actual. —Había malestar en su tono—. ¿Acaso no quieres saber?

—Continúa.

—Luego, la guerra de Secesión perturbó la industria algodonera estadounidense que abasteció durante un siglo los mercados textiles europeos, especialmente los ingleses. El viejo mundo se asustó y salieron a la búsqueda de nuevos proveedores. Y allí entramos nosotros.

Eva lo miraba y asimilaba cada palabra que decía.

—Fue el presidente Mitre quien se interesó en el tema al ver avanzar a los ingleses en estudios de las tierras argentinas, y por eso sugirió a los gobernadores el cultivo del algodón enviando semillas y un manual de instrucciones para la siembra.

—¿Cómo es que sabes tanto?

—Siempre me interesó entender lo que pasaba en mi tierra. —El calor sofocaba y Dante se puso de pie para servir la bebida que había llevado. Como si fuera su casa buscó vasijas y sirvió en dos, extendiendo una a Eva—. Bebe, esta vez no hay aloja.

Si buscaba ruborizarla no lo consiguió.

—Tiempo después arribó a Buenos Aires el *Lady of the Lake* con semillas y desmotadoras a sierra manuales. Pero el éxito fue pasajero al normalizarse la situación en Estados Unidos. Luego, con la Gran Guerra, volvimos a ser protagonistas. El problema hoy es la falta de brazos.

—Voy entendiendo...

—No lo creo, no conoces nada de esta gente —interrumpió Dante vaciando su bebida.

—Cuéntame entonces. —A Dante le gustaba provocarla, pero no lograba hacerla enojar.

—La industria algodonera creció, Chaco es un gran productor. Estados Unidos volvió a decaer debido a la acción devastadora del picudo y el presidente De Alvear reforzó su campaña enviando semillas para distribuir gratuitamente en las áreas rurales. También desde el Gobierno están promoviendo el asentamiento de inmigrantes, en su mayoría alemanes, para que se dediquen al cultivo.

—¿Cómo afecta esto a la reducción?

—Pretenden utilizar a los aborígenes como braceros.

—Pero les pagarían...

Dante largó una triste carcajada.

—Migajas. Además quieren ampliar las zonas de cultivo, es decir, hacinar las poblaciones. Es un plan sistemático, aislamiento y aniquilación. —Estaba preocupado, como si presintiera algo.

—¿Dices que van a matarlos...? —Eva no comprendía hacia dónde se dirigían sus pensamientos.

—Es toda una estrategia para terminar con lo que ellos llaman el “problema indígena”.

—¿Quiénes son ellos?

—El Gobierno —dijo Dante, como si ella fuera tonta—. Reunirlos a todos en la reducción es un aislamiento espacial, físico, pero también cultural. Qom y mocovíes sacados de los montes y convertidos en mano de obra semiesclava, recluidos en este espacio para ser utilizados, controlados, modificadas sus costumbres.

—¿Y qué puedes hacer tú? ¿Hay alguna manera de salir del sistema? —En su mente Eva se repetía *no te involucres, no te involucres...*—. No creo que sea tan grave, ellos pueden seguir yendo de caza, o de pesca...

—¡No entiendes! Tienen cada vez menos libertad, ahora son mano de obra,

ya sea en el azúcar, la madera o el algodón. ¡Mano de obra bien barata! Les dieron tierras sin títulos, una forma de engañarlos, para una producción de subsistencia que permite a los dueños de las grandes tierras tener mano de obra disponible en las cercanías de sus campos.

—Yo creí que les pagaban...

—Con vales, Eva, les dan vales... vales que ellos gastan en las mismas tiendas de los que mandan.

Olivera se puso de pie y dio unas vueltas.

—Para quienes vivimos aquí y amamos el lugar es doloroso ver cómo están arrasando con los montes. Yo también soy parte de esa maquinaria humana. —Recordó con pesar sus inicios como hachero—. Árboles milenarios mueren cada día. Y gringos ocupan el sitio de los aborígenes, despojándolos poco a poco de lo que tienen por derecho.

Eva no supo qué responder. De repente Dante se mostraba conmovido haciendo a un lado su personaje irónico y resuelto.

—Te preocupa esta gente —se animó a decir.

—Esta gente es mi familia, soy uno de ellos —se volvió enérgico hacia ella—. Los vi dejar sus hábitos, cambiar sus costumbres, abandonar su vida nómada y enfermarse de pena por eso. Los veo día a día trabajar al rayo del sol por una magra paga, descalzos, para dejar en la administración la cosecha al final de la jornada. Soy uno de ellos —repitió.

—¿Y qué piensas hacer? —Más que una pregunta era un llamado a la reflexión.

—Haré lo que haga falta. —Fijó en ella sus ojos tan verdes como las hojas de los timbó.

—Santiago dice que hay nuevo gobernador —apuntó.

—Veo que estás informada.

—También vivo aquí.

—Pero no eres de aquí, te irás a la primera de cambio —afirmó.

—¿Y tú qué sabes de mí? —*Calma, calma, no te salgas de tu eje...*

—Sé solo lo que tú quieres que sepa. —Se había acercado a su silla y la instó a ponerse de pie—. Sé por ejemplo que te gusta que te bese. —Acto seguido se apoderó de su boca y hurgó con su lengua. Eva respondió y cuando creyó que él profundizaría el beso, la soltó—. El gobernador Fernando Centeno —prosiguió como si nada hubiera pasado— vino con mano dura. Ni bien llegó se ocupó de enviar a la gendarmería y a la policía para después dedicarse a obras de infraestructura y servicios para las empresas multinacionales. Quiere que el mundo vea otro Chaco, un campo propicio para los asentamientos productivos.

Eva quedó desconcertada. Primero le daba clases de historia, después la besaba con pasión, para abandonarla y continuar con su relato. Ese hombre sí que era extraño, más le valía mantenerse lejos.

—Los aborígenes están siendo explotados, Eva, y se viene una revuelta que terminará mal.

Eva sabía de boca de Rosalía que desde la administración les descontaban el quince por ciento de la cosecha, hubieran recibido o no útiles o animales. Ese descuento iba para obras y caminos. Además, se les había empezado a cobrar también diez pesos por tonelada en concepto de flete.

—¿No hay manera de negociar? —ni bien terminó de decirlo Eva se arrepintió. *No te involucres con nada, no lo hagas.*

—Me haces reír, Eva... No hay nada con qué negociar. Los aborígenes de la reducción ganan menos que en el sector privado.

—Pero ¿no es que aquí están protegidos?

Dante lanzó otra carcajada.

—Cualquier colono nacional o extranjero cobra la tonelada doscientos cincuenta pesos. Los aborígenes de la reducción solo se quedan con ciento noventa y cuatro, luego de los descuentos y el flete.

—Siempre pueden irse a trabajar a otro sitio... —sugirió Eva.

—Eso hicimos en un primer momento, muchos partimos a los ingenios azucareros de Salta y Jujuy, mas los agricultores se quejaron ante el ministro de Agricultura en Buenos Aires y Centeno prohibió a los aborígenes la salida del territorio chaqueño.

Eva quedó pensativa.

Como si de pronto hubiera olvidado el pesar que le causaba esa conversación, Dante se ocupó de servir la comida que había llevado. Era un plato típico, que Eva comió sin entusiasmo debido a la conversación que acababan de mantener.

Finalizada la cena Dante fue por su postre y la arrastró hasta el camastro. Esta vez ella estaba sobria y aunque él temía su rechazo lo sorprendió su predisposición.

En la cama Eva era otra persona. Sentía, gemía, daba y recibía. Sus pieles parecían estar hechas para permanecer juntas y sus bocas se entendían a la perfección.

—Eres increíble —murmuró él sobre sus labios; ella no respondió y se limitó a disfrutar del encuentro.

Antes del amanecer, Dante abandonó el cuerpo tibio que se enroscaba al suyo y caminó fumando hacia su morada.



CAPÍTULO 20

Buenos Aires, 1920

Carola y Antonio se casaron al breve tiempo de consolidar su relación. Ya hacía una semana que eran un matrimonio. Apenas una breve ceremonia y una pequeña reunión con algunos amigos del novio y compañeras de curso de la novia. Todo muy sencillo, como si la boda se hubiese celebrado de apuro.

A ninguno de los dos le importaba lo que pudieran decir, eran dichosos y estaban seguros de su amor. La flamante esposa estaba feliz: al fin se sentía importante para alguien, y ese alguien era un hombre maravilloso a sus ojos inocentes, un hombre demasiado atractivo para compartir la vida con una muchacha como ella, tan poco agraciada. Porque por mucho que Antonio le dijera que era hermosa, ella sabía que no lo era. Tanto había trabajado su madre en su psiquis que no creía ser bonita de manera alguna.

No habían tenido luna de miel; todo había sido tan precipitado que no habían previsto viajar, pero Antonio le había prometido que se trasladarían a la costa para que ella pudiera conocer el mar.

—Verás qué linda sensación cuando las olas te mojen los pies —le había dicho.

—¿Conoces el mar?

—No, lo conoceremos juntos —había respondido Antonio besándola y haciéndole sentir cuánto la deseaba.

Carola se había mudado a la casa de su flamante marido por lo cual el

hospital le quedaba bastante lejos. Pero la jovencita no quería abandonar sus planes de convertirse en enfermera y allá iba todos los días para aprender.

Se levantaba más temprano de lo habitual para asear la casa, que siempre lucía impecable, y luego partía en el colectivo para llegar a horario.

Antonio le insistió en que dejara de fregar mugre ajena, con su sueldo en el banco no necesitaban más, y pese a que Carola no quería depender exclusivamente de él, luego de varias conversaciones terminó aceptando.

—Ahora eres mi esposa, no tienes necesidad de trabajar en algo que no es digno de ti.

—Es trabajo, Antonio, y eso siempre dignifica.

—Lo sé, mi amor, pero tú estás hecha para algo más que limpiar letrinas.

De modo que Carola disponía de más tiempo que antes y lo utilizaba para profundizar sus estudios, luego de ocuparse de que siempre hubiera comida casera y provisiones suficientes.

Era dichosa por primera vez en mucho tiempo. Nunca había creído que hombre alguno la amaría. Ernesta se había encargado de humillarla lo suficiente como para que ni ella misma tuviera buena imagen de sí.

Las palabras “gorda” y “de piernas cortas” retumbaban todavía en su mente, pero una sonrisa iluminaba sus labios al imaginar la cara de su madre al verla al lado de un hombre tan apuesto como su marido.

Gorda pero feliz, solía decirse frente al espejo cuando se peinaba los cabellos rubios que sujetaba con hebillas, resistiéndose a la moda que lo imponía corto.

En el hospital, cuando terminaban las prácticas, veía que sus compañeras, en su mayoría solteras, salían pintadas en exceso, los ojos negros y la boca bien roja, hasta se depilaban las cejas en forma semicircular para resaltar la mirada. Ella era más bien discreta, no creía que a Antonio le agradara que llamase tanto la atención, tampoco ella se hubiera sentido cómoda. Por ello Carola seguía usando las faldas largas y no se animaba al pantalón que

lentamente venía imponiéndose entre las féminas.

Antonio era caballero y estaba pendiente de ella, se preocupaba porque no le faltara nada y le había comprado una buena cantidad de ropa nueva, pero siempre respetando el estilo de una señora. Carola se sentía halagada por tanto mimo, nunca nadie se había ocupado de ella ni le había hecho regalos.

—Es tiempo de que te vistas como una dama, mi amor, y dejes atrás esas faldas gastadas. —Ella bajaba la vista cada vez que resaltaba su pobreza y él se arrepentía de inmediato—. Perdona, no quise ofenderte, solo quiero darte lo mejor.

—Tú eres lo mejor —respondía ella con los ojos brillantes.

La vida matrimonial era intensa, Antonio la buscaba todas las noches en el lecho y la había convertido en una fogosa amante. Carola jamás se hubiera imaginado realizando tales proezas en la cama. Disfrutaba cada encuentro como si fuera la primera vez y era tan ardiente como él. Después del amor reían entre bromas y recuerdos para recomenzar una vez sosegados sus corazones.

Con el paso del tiempo las prácticas en el hospital le demandaban más horas y Antonio empezaba a preocuparse.

—No me gusta que llegues tan tarde, puede ser peligroso —solía decirle—. Recuerda cómo nos conocimos.

—Es solo en estas fechas —respondía ella—. Estamos con exámenes.

Antonio no era un marido celoso, sin embargo, Carola advirtió que le molestaban sus ausencias del hogar. Ya fuera por celos o por protección, él quería que su mujer estuviera en la casa. Solo le faltaba un año para culminar su carrera y la joven mujer se sentía contrariada. Amaba a su esposo por sobre todas las cosas, no tenía a nadie más en el mundo. Él le había dado todo y más. Pero también amaba la enfermería, su vocación de servicio era inmensa, se sentía dichosa de poder aliviar los dolores de los pacientes y ser útil en los momentos más difíciles de la vida de un ser humano.

No lo había hablado con Antonio, pero intuía que él quería que abandonase los estudios y no se animaba a pedírselo.

Una noche luego de la cena, ella tomó la palabra.

—Antonio, creo que hay algo que debemos discutir.

Él elevó la mirada mansa y clara que tanto adoraba y la escrutó sin decir palabra.

—Hace días que noto cierta tensión entre nosotros y creo saber por dónde viene el malestar. —Su marido continuaba mirándola, callado—. Tú no tienes ganas de que yo dedique mi vida a la enfermería. —Él hizo un gesto para hablar, pero ella no le dio oportunidad—. Y yo amo la carrera que elegí. Me siento feliz ayudando, siendo valiosa...

—Para mí eres lo más valioso.

—Lo sé, lo sé y por eso estoy así. No quiero sentirme tironeada.

—Nunca te dije nada, Carola, acepto lo que tú quieres hacer.

—No dices nada, pero lo siento. —A veces pensaba que era peor así. Si le hubiera reclamado algo, si le hubiera hecho alguna escena... Pero solo se limitaba a dejar entrever su malestar desde su silencio, desde la expresión de su mirada, desde su acompañamiento aun en la disconformidad.

—Yo te amo, Carola.

—Y yo a ti, pero quiero que seas sincero conmigo. —Ante el escrutinio de sus ojos añadió—: Quiero que me digas qué quieres que haga, y lo haré.

—Esa es una decisión que corre por tu cuenta, Carola —murmuró mientras se servía agua en el vaso, como si tuviera que pasar un mal bocado.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? Quieres que lo deje —su afirmación tenía una gran carga de pena.

Antonio se puso de pie y ella lo imitó. Él le tomó las manos y se las besó.

—A veces pienso que estas manos no están hechas para mezclarse con sangre ajena, con sudores extraños ni heces enfermas.

—¡Antonio! Son seres humanos que necesitan de alguien.

—Sé que es así, pero te amo demasiado como para arriesgarte. Podrías contraer alguna enfermedad infecciosa, podrías cortarte... —Caminó por la cocina, se lo notaba nervioso—. No lo sé. A menudo me encuentro pensando en ese tipo de desgracias. —Se volvió hacia ella—. Te amo más que a mi vida, Carola. Eres lo único que tengo.

Ella leyó sinceridad en su mirada, vio el temor de perderla y no dudó en la decisión que le correspondía tomar. Aun cuando sufriera por la pérdida de su proyecto, nada podría pasarle teniendo a Antonio a su lado. Era su esposa, su mujer ante la ley y ante Dios.

Se abrazaron y el beso los arrastró hacia la cama donde sellaron el nuevo pacto que había nacido entre ellos.



CAPÍTULO 21

Reducción de Napalpí, 1923

A Eva le gustaba conversar con Santiago. El hombre se mostraba afable con ella y le contaba la historia del lugar, como si quisiera dejarle un legado.

Estaban sentados a la sombra de un palo borracho, Eva admiraba sus grandes flores, cremosas en el centro y rosadas en los bordes, visitadas a diario por los colibríes y las mariposas.

—Siempre quisieron exterminar a nuestros indios, hasta que se dieron cuenta de que les eran útiles, mano de obra barata.

—Sé de las campañas propulsadas desde el Gobierno —añadió Eva.

—Pero hay mucho más que la lucha armada, niña. —Santiago se rascó la cabeza, gesto típico en él—. El Ejército llegó a utilizar enfermedades como la fiebre amarilla, el cólera y el tifus para doblegar a los aborígenes.

—¿Cómo es posible eso? —Los ojos almendrados de Eva mostraban su indignación.

—Se llevaban presos o indigentes enfermos y los liberaban cerca de las tolderías para que contagiaran.

—¡Qué horror!

—Así es, un verdadero horror. También trasladaron indios prisioneros hasta Resistencia y los internaron en los hospitales, junto con los moribundos. Luego, una vez contagiados, los echaban al monte, a los campamentos.

—Es espantoso.

—Lo sé. Ahora, como les sirve la mano de obra regalada, abandonaron esas prácticas.

Eva quedó pensativa el resto del día. La escuela ya no funcionaba, el maestro, ante los rumores de una revuelta, se había marchado junto con su familia y aún no había quién lo reemplazara. Aunque ella hubiera pretendido ocupar su lugar, los niños tampoco concurrían. De modo que su única ocupación era ayudar al boticario.

Al atardecer solía reunirse con Rosalía para practicar el lenguaje qom mientras esta le relataba sobre los caciques del lugar. Quien más captaba su atención era el mocoví Pedro Maidana.

Había compartido con él algunas reuniones en el toldo de Rosalía y se había impactado por su hombría. Medía casi dos metros, era fuerte e instruido. Trabajaba en la chacra de un colono, pero tenía gran peso sobre la indiada; era un hombre de acción e ideas renovadoras. Odiaba a los colonizadores y amaba a sus hermanos. La policía lo tenía entre ceja y ceja, se lo acusaba de bandolero social que defendía a las masas marginadas.

—¿Es algo así como el héroe local? —preguntó Eva, ante lo cual Rosalía sonrió.

—Pedro es quien más trabajó en la reducción, pese a que muchos lo tildan de bandido —prosiguió su amiga.

—¿Por qué hay indios que llevan un trapo blanco en el brazo? —Desde su llegada le había llamado la atención que algunos de los aborígenes tuvieran un brazalete blanco.

—Esos son los “indios buenos” —dijo con pesar la formoseña.

—¿Buenos? ¡Pero hay niños también, marcados por un trozo de tela! —se horrorizó la muchacha.

—Sí, los que acatan órdenes y no protestan por nada. Se empieza a sentir el hambre, Eva —prosiguió con tristeza—. Antes los hombres pedían permiso a la administración y salían a cazar o a pescar, el único requisito era

llevar el salvoconducto, para no tener problemas con las tropas de ocupación, pero ahora...

—Ahora el nuevo gobernador prohibió la salida —concluyó Eva.

—Así es... Muchos lograron irse antes de todo esto, familias enteras se trasladaron a Salta y a Jujuy para trabajar en los ingenios, pero nosotros quedamos prisioneros aquí, como esclavos en nuestra propia tierra.

—¿Tienes miedo?

—Tengo una extraña sensación —contestó Rosalía llevándose las manos al pecho—, como si algo grave fuera a ocurrir.

Eva sintió el impulso de abrazarla, pero se contuvo, poco acostumbrada a las demostraciones de afecto.

—Hace días que Dante no viene por aquí —lanzó la formoseña, cambiando abruptamente de tema y sobreponiéndose al mal presentimiento—. Sé que estuvo visitándote.

Eva continuaba en silencio, concentrada en todo lo que habían hablado y en las nuevas palabras aprendidas ese día.

—¡No te hagas la tonta conmigo! ¡Cuéntame! —insistió.

—No hay nada que contar.

—Es un hombre muy apuesto, y desde que murió su mujer está muy solo. —Eso interesó a Eva, que levantó los ojos durante un instante—. A poco de llegar se enamoró de una jovencita qom, pero ella era apenas una niña y no le permitieron formalizar con él. Tuvieron que esperar unos años para contraer matrimonio.

—¿Y qué pasó con ella?

—Enfermó de garrotillo y murió asfixiada.

—¡Qué triste historia! —Eva estaba realmente conmovida, no imaginaba que Dante Olivera cargara con un pasado tan doloroso.

—Sí, muy triste. Sin embargo, Dante nunca bajó los brazos, tenía que sostener al niño.

Eva quiso preguntar, pero las palabras se le atoraron en la garganta. La historia se repetía.

—Tenían un hijo, en ese entonces el pequeñín apenas contaba con meses de vida. Lila fue de gran ayuda para él.

—¿Quién es Lila?

—Su cuñada, una de las hermanas menores de su mujer. Son una familia numerosa. Ella insiste en hacer uso de la “ley del cuñado”, pero Dante no se da por aludido.

—¿La ley del cuñado? —se interesó Eva.

—Para los qom el matrimonio y el linaje son la base fundamental de la organización social, por ello los casamientos siempre se prefieren entre los mismos linajes, ya sea del padre o de la madre.

—¿Se casan entre primos?

—Sí, a fin de mantener puros sus clanes.

—¿Y qué es eso de los cuñados?

—Cuando fallece un esposo, para que no sufra el desamparo, el sobreviviente deberá casarse con su cuñada o cuñado, según el caso.

Eva quedó pensativa, mas no dijo nada.

—Pero al no ser Dante uno de ellos, nadie se lo puede exigir. Ya bastante le costó que su fallecido suegro accediera al matrimonio con Alelí...

—¿Cuántos años tiene el niño ahora? —quiso saber Eva.

—Cuatro —dijo Rosalía con cariño—, y es un muchachito hermoso, igual a la madre.

Eva se preguntó si tendría los ojos verdes tan bonitos como Dante, de inmediato desechó el pensamiento. Había demasiados motivos para que ella no se fijara en Olivera, y este era uno más.

Esa noche volvieron las pesadillas. La conversación mantenida con Rosalía había avivado las cenizas de su pasado. Despertó gritando en medio de la oscuridad, asustada y sudando. Nadie acudió en su auxilio y tuvo que

orientarse entre hipos y llantos. Estaba a salvo. Allí, en el monte chaqueño, lejos de todo, estaba a salvo. Solo debía dejar pasar el tiempo, esperar a que las aguas se aquietaran, tal vez algún día podría ir a reclamar lo que había dejado atrás. Era su promesa.

Al día siguiente se dirigió a la botica como si nada hubiera ocurrido. Su semblante no insinuaba siquiera los demonios que la habían visitado la noche anterior.

El soldado Juan Silvio Aranjuez interrumpió su camino.

—Buenos días, señorita Solanas. ¿Cómo se encuentra? ¿Ya se habituó a vivir entre los indios? —A Eva no le gustó el modo en que lo dijo, sin embargo, disimuló bien.

—Estoy muy a gusto, señor Aranjuez.

—Por favor, dígame Juan Silvio. —Se había quitado la gorra y la piel sudada de su frente disgustó a la muchacha—. Me gustaría invitarla a cenar —disparó sin más.

Eva quedó de una pieza, no estaba preparada para tal invitación.

—Le agradezco, pero...

—Por favor, será temprano, cerca de Quitilipi. Yo me ocuparé de llevarla y traerla sana y salva. —Se inclinó hacia ella y le sonrió—. No me niegue el placer de una bonita compañía. —Se irguió de nuevo y señaló a su alrededor con los brazos—. Aquí solo hay indias y de vez en cuando es agradable mantener una conversación interesante con alguien que viene de la ciudad.

—Juan Silvio, de verdad, le agradezco, pero...

—Por favor —cortó él—, hay un asunto del que quiero hablarle.

Eso pareció interesarla.

—Vendré por usted a las seis.

Santiago no estaba en la botica, había salido a visitar a un colono, y Eva se unió al grupo de mujeres que se disponía a partir a recolectar frutas y chauchas de estación. Se situó junto a Melitona y otras jovencitas y

emprendió la marcha.

En los días que llevaba allí se enteró de que la dieta qom era rica en carne de animales silvestres; solían cazar desde mulitas, ciervos y jabalíes hasta avestruces, charatas y palomas, aunque últimamente no podían alejarse mucho para hacerlo y el hambre empezaba a sentirse.

Melitona le había enseñado que existían muchos frutos que podían comerse, entre ellos, los de chañar, mistol, ñangapirí, frutas de cactus, tunas, tubérculos vegetales y chauchas de algarrobo, así como batatas y papas.

La recolección le llevó casi toda la tarde, por lo que olvidó la forzada cita con el soldado. Cuando volvía para su rancho, cansada y desgredada, encontró a Juan Silvio que la aguardaba ante la puerta.

El oficial Aranjuez había alistado una carreta para transportarse. Se había aseado y pese a lucir todavía su uniforme se notaba que se había esmerado en su aspecto.

—¡Oh, lo siento! —dijo con la esperanza de poder cancelar esa salida que no le interesaba.

—No se preocupe, la esperaré para que se cambie. —El comentario molestó a Eva.

Me está tratando de sucia...

La muchacha pasó a su lado y se internó en la choza para volver a salir minutos después.

—¿Mejor así? —preguntó con sorna, pero él no advirtió la ironía.

Como respuesta solo dijo:

—Suba, Eva, iremos a un sitio por aquí cerca, a la fonda del alemán —indicó como si ella supiera de quién se trataba—, imagino que le gustará la cerveza.

—No tanto, prefiero el agua.

El sol se filtraba por las copas de los árboles y el aire era todavía espeso y caliente. Chaco parecía no refrescar ni siquiera por las noches.

Juan Silvio acompañó el trayecto con una charla intrascendente mientras la mujer observaba el paisaje, que siempre aparecía diferente ante sus ojos. Poco a poco iba absorbiendo los olores del monte, el trinar de los pájaros y el resto de los sonidos.

Al llegar Eva divisó una pequeña construcción en madera escondida en un claro entre los árboles. Había algunos caballos atados en los palenques y salía humo de la chimenea.

En el interior el sol parecía haberse concentrado en las paredes y subía por el suelo de tierra y paja.

—De inmediato remediaremos el sofocón —dijo Juan Silvio advirtiendo su incomodidad, a la par que pedía dos cervezas.

—Le dije que prefiero agua —protestó la muchacha.

—Pruébela, esta cerveza es especial, traída de las fábricas de Bieckert.

Eva accedió a probar, tenía mucha sed, el polvo del camino le había cerrado la garganta.

—Tenía usted razón, es muy sabrosa. —Dejó el vaso sobre la mesa y lo escrutó—: ¿De qué quería hablarme? ¿O fue solo una excusa?

El hombre sonrió.

—Un poco de cada cosa. En realidad quería volver a verla lejos de la mirada de los indios. Disfrutar de un rato con usted sin comprometerla.

—¿Comprometerme?

—Usted sabe, recibir a un hombre en la casa no estaría bien visto por los blancos que viven en la reducción, y usted acaba de llegar.

¿Sabría algo de sus encuentros sexuales con Dante?

—Le agradezco Juan Silvio, pero sé cuidarme sola.

Él hizo un gesto que no supo descifrar.

—¿Pedimos la comida?

Al rato estaban degustando el menú de la casa.

—Mire, Eva, no sé bien cuáles son sus intenciones aquí, pero no es un

lugar aconsejable para una mujer sola.

—¿De nuevo queriendo cuidarme?

—La situación en la reducción, si bien parece tranquila, está a punto de arder.

—¿Qué quiere decir?

—Los indios no están conformes con las medidas tomadas por el gobernador, quieren irse a trabajar fuera. Y como eso les está vedado se están cometiendo ataques.

—Explíquese. —Eva no creía en lo que ese hombre estaba diciendo.

—Hablo de malones, Eva, hasta la prensa se refiere a ellos en Buenos Aires.

—No me parece que esta gente sea capaz de tanto, Juan Silvio, los veo trabajar de sol a sol para llevar alimento a sus familias...

—Usted no los conoce, es nueva aquí. —Había mucha firmeza en su voz—. Por lo que sé usted intima demasiado con Rosalía, pariente política de Pedro Maidana. Él es el peor cabecilla, es el líder.

—Si me trajo aquí para hablar mal de mi amiga... —estaba enojada—. ¿Me está usted espiando?

—No hace falta espiar, Eva, todo se sabe en la reducción. —Un segundo mensaje se escondía en su mirada—. Solo me preocupo por su bienestar, no sería bueno quedar en medio de la tormenta.

—Le agradezco, pero como le dije antes, sé cuidarme sola.



CAPÍTULO 22

Resistencia, 1890

La vida en la casa del promovido mayor Olivera se había estabilizado. L'aite se había resignado a su encierro, nunca salía a la calle, dado que Olivera así lo había dispuesto. El militar no deseaba que nadie posara los ojos en su mujer.

Sin sucumbir jamás a los intentos de seducción de su captor la joven había aprendido a conocerlo y poco a poco comenzaba a manejarlo. Sabía cómo hacer para que él no la molestara en el lecho, aumentando la frecuencia de sus periodos por medio de mentiras, o instándolo a beber más de la cuenta para que el miembro no le funcionara.

Él por su parte estaba cada día más enamorado, y una mañana ordenó que no trabajara más. Deseaba que se dedicara a las labores, como cualquier esposa, y que no estropeará sus manos con lejía ni esfuerzos.

L'aite acató la orden no sin desagrado. Se aburría si no hacía nada en todo el día, además de sentir el resquemor de Mechita que no toleraba esa suerte que anhelaba. Tanta ira sentía la mulata que buscaba cualquier motivo para tratar mal a la india, hasta que tuvo la desgracia de ser escuchada por el mayor Olivera, quien entró como una tromba en la cocina y le dio una bofetada.

—De ahora en más la llamarás señora —dijo refiriéndose a L'aite.

—No... —atinó a decir la aludida, pero calló de inmediato ante la mirada

de fuego del mayor.

Al quedar solas, L'aite se acercó a Mechita y acarició su mejilla enrojecida.

—Nunca seré la señora —susurró—, tú eres amiga, yo soy amiga. —La otra le sonrió, pero en el fondo era grande la envidia que corroía esa amistad que quería sentir.

A partir de ese día el mayor estaba atento al trato que se le destinaba a L'aite y no perdía oportunidad de reprender a Mechita o a Macca cuando se confundían en cómo llamarla.

Las jornadas que estaba ausente por su trabajo las mujeres volvían a sus rutinas, se relajaban y compartían otra vez la mesa de la cocina, como al principio. Pero cuando regresaba, L'aite volvía a la mesa del comedor, a los vestidos de señora y a la tristeza en los ojos.

El mayor empezó a recibir en su casa a otros militares y durante esos momentos L'aite debía permanecer en la habitación. Para Olivera era una vergüenza que su manceba fuera aborígen, eso era algo que no podía mostrar a la sociedad de la que formaba parte.

L'aite había aprendido a leer y pasaba horas tirada en la cama conociendo otras formas de vivir, historias pasadas y lugares insospechados. Sentía que jamás volvería a su monte, a su gente, a sus raíces, sabía que su familia ahora eran Macca y Mechita, nunca ese hombre que la había hecho suya a la fuerza. Tenía que ser fuerte, sobrevivir y formarse en ese nuevo mundo para poder independizarse algún día. Ese era su sueño, su proyecto silencioso.

El mayor Olivera continuaba siendo parte del proyecto, no ya de exterminio del indio, sino de su civilización. Desde 1886 se venía hablando sobre la conveniencia de crear en su territorio una reducción indígena. El gobernador de Formosa la había propuesto en el fuerte Freyre, sobre el río Salado, sugiriendo que a cada familia que se estableciera se le proporcionaran gratuitamente elementos de vida y de trabajo por el término de un año, bajo la

administración de un comisario respaldado por una dotación de gendarmes.

Ahora, el gobernador de Chaco, Antonio Dónovan, se comprometía a elevar al Ministerio del Interior un proyecto de reducción similar.

—No sé a quién se le puede ocurrir la disparatada idea de mezclar blancos con indios —dijo el mayor Olivera, reunido en su despacho con uno de sus colegas de armas—. Solo a Mc Lean le puede resultar adecuado que nuestros niños compartan escuela con los salvajes.

El citado Mc Lean había propuesto intercalar colonias indígenas con colonias de blancos para que los aborígenes fueran perdiendo sus costumbres en la interacción.

—Hay que tenerlos cercados y controlados —comentó el invitado—, no vaya a ser que haya que calmarlos a tiros.

La risa se unió en el aire, aunque Olivera ya no estaba tan seguro de querer volver a matar indios.

Esa noche al llegar al lecho olvidó las precauciones que siempre tomaba y eyaculó dentro del cuerpo de L'aite. Esta lo advirtió y se preocupó, no deseaba un hijo de ese monstruo. Él también lo notó y, pasada la euforia del momento, la echó de la cama.

—Ve a buscar a Macca, que te dé algo urgente para que esto no pase a mayores.

La negra le hizo un preparado de hierbas y miel que L'aite tuvo que beberse, no sin asco.

De ahí en más el mayor Olivera volvió a sus cuidados, hasta una noche en 1892, en que cayó nuevamente presa de la pasión y engendró a su hijo.



CAPÍTULO 23

Reducción de Napalpí, 1918

A Dante no le había sido fácil vivir entre los aborígenes debido a la precariedad en todo sentido; venía de una vida acomodada y citadina. Pese a ello se había integrado y se sentía uno más aunque sus ojos claros destacaban en su piel que el sol había convertido en cobriza.

Extrañaba la buena comida, una cama mullida y con sábanas limpias, y en especial la biblioteca que su padre tenía en el despacho, donde solía pasar horas leyendo.

Al irse se había llevado solo algunos libros, los suyos, no deseaba ningún reproche ni reclamo, pero ya casi no leía. El día de trabajo se le hacía largo y por la noche estaba rendido.

Con el tiempo fue adaptándose, demostró que tenía predisposición y que no le escapaba al esfuerzo. Codo a codo hachaba junto a los aborígenes y algunos colonos de la zona.

Más de una vez robustos troncos centenarios se resistían a la muerte y quebraban las herramientas de trabajo. Llagas y callos adornaron las manos del muchacho y templaron su espíritu.

Si bien era contrario a ese asalto al impenetrable, no tenía muchas opciones para sobrevivir en él. De ninguna manera volvería con su padre y menos le daría la razón. El coronel Manuel Olivera lo había tildado de inútil.

—¡Te morirás de hambre! —le había dicho.

Dante quería demostrarle que su fortaleza y su decisión lo sacarían adelante. Viviría junto a los aborígenes y se adaptaría a sus costumbres. No entendía por qué, pero se sentía uno de ellos.

Alelí ya era una jovencita, pero su padre no aceptaba a Dante como futuro esposo, atento a que no era de su comunidad. Pero Olivera no iba a dejar escapar a esa muchachita que lo traía loco desde que la había descubierto cuando era apenas una niña. Fue paciente y se esmeró por conseguir la confianza de su futuro suegro. Tal como le indicaron los ancianos empezó a contribuir con alimentos al hogar al que quería pertenecer.

Le llevó meses obtener el permiso del padre para visitar a Alelí en el toldo, en presencia de toda la familia. Las hermanas más jóvenes se reían y se burlaban al verlo tan serio, y los muchachos, que eran sus amigos, intentaban que la velada fuera agradable.

Después de mucho debatir y ponerlo a prueba, finalmente el futuro suegro autorizó el matrimonio.

—Las estrellas estuvieron de nuestro lado —le dijo Alelí la noche en que celebraron su compromiso.

Dante la miró sonriendo, con esa sonrisa plena que solo tenía para ella; la amaba con todo su ser de hombre nuevo.

—Explícame eso —pidió, sabiendo que todavía le faltaba aprender muchísimo sobre las creencias de los qom.

—Mi padre viene observando el cielo desde hace varias lunas —comenzó—. La luna volvió a aparecer, y a su izquierda, una estrella pequeña, que es la que influye en la vida de los jóvenes, como nosotros —explicó—. Cuando una estrella se posa al lado de la luna, significa que hay que tomar una decisión importante para la vida íntima, y mi padre la ha tomado.

—¡Doy gracias a la luna y a esa estrella! —festejó Dante besándola, pero al ver la seriedad en sus ojos negros, añadió—: No me estoy burlando, Alelí, solo que estoy muy feliz de ser aceptado, al fin, en tu familia.

Ella sonrió y lo abrazó.

La tradición imponía que la mujer se quedara en casa de los padres para asegurarse la protección de ellos, y durante un tiempo, el hombre debía ofrecer, como tributo, la contribución de alimentos al hogar de la familia donde él se integraba.

A Dante se le hacía difícil ser paciente para lograr la confianza de sus suegros antes de formar su propio hogar, pero finalmente, su amor y su perseverancia hicieron que el padre de Alelí lo aceptara totalmente y le permitiera mudarse con su joven mujer a una choza propia.

Alelí había sido educada para ser una buena esposa. Era hogareña y siempre mantenía el fuego encendido. Ella se encargaba de buscar la leña y el agua, y preparaba las comidas. Comenzó a integrarse al grupo de las mujeres que salía a buscar frutas, raíces y tubérculos.

Su hermana pequeña, Lila, la extrañaba tanto que solía visitarla en su choza, pidiéndole que regresara y abandonara a su marido. Alelí reía ante tales pedidos, sin sospechar que el motivo real era que ella se había enamorado de Dante siendo aún una niña.

El flamante marido, después de trabajar todo el día, aguardaba con ansias la caída del sol para refugiarse en su morada y retozar en brazos de su mujer. Por mucho cansancio que llevara encima corría a su encuentro y disfrutaba de su cuerpo joven y dispuesto.

Fue ella quién le contó el origen de Napalpí, cuyo significado en qomlaqtaq, el idioma de los qom, significa cementerio.

—Napalpí nació del fracaso de un matrimonio, amado mío —dijo Alelí con su voz cantarina—. Por ello nuestra unión tiene que ser eterna.

—Nuestro amor es invencible —respondió Dante acariciando su espalda—. Pero cuéntame esa historia.

—Una muchacha qom pasó a la tribu mocoví con sus derechos acordados, que consistían en ser incorporada al grupo y participar de las tareas de

recolección y reparto —explicó Alelí—. En caso de enfermedad o período menstrual, debía recibir el apoyo de las demás mujeres, que le darían una parte de lo obtenido para suplir sus necesidades básicas. —Alelí hizo una pausa y observó a su esposo que escuchaba con atención—. Resulta que la muchacha qom tenía períodos muy largos y eso fastidió a las mujeres mocovíes, que burlaron el acuerdo en varias ocasiones. La joven esposa se enojó mucho, ella sabía que durante su menstruación no podía tomar contacto con animales, plantas y mucho menos acercarse al agua en ríos o cañadas, porque eso despertaría la ira de la araxanaq'late'.

—¿Quién? —inquirió Dante, intrigado.

—La víbora madre, masculina y femenina, que tiene poderes de sacudir la tierra y ocasionar calamidades —Alelí prosiguió—. Pero la qom'late, invadida de bronca por su marginación, planeó su venganza. Cuando todos dormían tomó una vasija y caminó hasta la cañada. Allí la llenó con agua y la mezcló con su menstruación —Dante hizo un gesto de asco, imaginando lo peor—. Volvió a la toldería y regó alrededor de los toldos, quedando a la espera de que la madre víbora actuase. Ordenó a su hijo que escapara y llevara la noticia a la tribu qom.

—¿Y? —incitó Dante al ver que ella se detenía.

—La araxanaq'late' llegó por debajo de la tierra, que se quebró tragándose a la toldería entera.

—¿Y qué ocurrió con ella?

—Se la devoró la tierra —concluyó Alelí con seriedad—. Por ello, Napalpí significa cementerio...

—Vaya historia...

—Luego llovió durante un mes seguido. Los que se salvaron del terremoto debieron escapar del diluvio. Subían a los árboles llevando el fuego en recipientes. Hacía mucho frío, no daba tregua. Caían de las ramas y morían ahogados, arrastrados por la correntada. Hasta que fueron tantos cadáveres

que lograron detenerla. Cuando la lluvia cesó, los sobrevivientes reconstruyeron la tolдерía.

Dante la escuchaba fascinado, Alelí tenía una voz cadenciosa, lo hechizaba.

—Eres hermosa —dijo cuando ella finalizó su relato. La atrajo hacia sí y la besó.

Con la fiebre del “oro blanco” y los beneficios de las desmotadoras mecánicas, Dante dejó el hacha y se incorporó a la cosecha.

El surgimiento de las fábricas textiles y algodonerías argentinas era lento y sinuoso, faltaban brazos para levantar la zafra, que se expandía sobre tierras antes ociosas. Por ello desde el Gobierno habían incluido a los aborígenes al capitalismo. La crisis algodonería de Estados Unidos, causada por la acción devastadora del picudo, infectando el noventa y seis por ciento de la cosecha, hizo que reflataran las producciones locales. Pero no todo era oro blanco: los trabajadores también debían luchar contra la langosta, una plaga difícil de domeñar. Desde el Gobierno intentaban frenar el flagelo que venía desde la zona central de Bolivia, el sur de Brasil y el Chaco paraguayo.

Mientras se efectuaban estudios en dichos focos los cosechadores amanecían con grandes manchas oscuras en los cultivos algodoneros, que avanzaban lentamente con siniestro ímpetu destructor. La langosta arrasaba con todo a su paso, eran como moscas en la leche sobrevolando el manto blanco. Los campesinos advertían el peligro y corrían con desesperación a preparar grandes fogatas. Los niños vivían aquello como una fiesta, sin comprender la magnitud del daño ocasionado.

Aborígenes y campesinos juntaban cualquier cosa que pudiera quemarse, incluso pastos y ramas verdes para ocasionar grandes humaredas y espantar a los insectos. Los más pequeños se encargaban de hacer ruido con latas, cacerolas y todo aquello que fuera capaz de espantar o atemorizar. La invasión duraba horas, las langostas voladoras se aposentaban voraces sobre

los plantíos aún tiernos.

Dante nunca había visto nada similar, por ello la primera vez que le tocó vivir tal experiencia quedó impresionado. Los insectos llegaban en bandadas formando enormes nubes negras que lo cubrían todo. El cielo se oscurecía por completo y se volvía noche.

—¡Enciendan las fogatas! —oyó gritar a su suegro.

Todos corrían por los alrededores buscando cualquier cosa que pudiera quemarse, como si un simple fuego no fuera suficiente. Hasta los más jóvenes sabían cómo proceder y Dante se sintió inútil, como durante los primeros días de su llegada. Los vio encender antorchas y alejarse rápidamente rumbo a los sembradíos.

—¡Vamos! —lo aguijoneó Pedro Maidana al verlo detenido en medio de la muchedumbre.

Dante salió de su estupor y se unió a ellos. El ruido que hacían esos bichos era infernal, esa enorme nube bulliciosa y maligna amenazaba con arrasar todo a su paso.

Fue una tarde larga y agotadora. Dante y los suyos terminaron con los brazos cansados y los rostros tiznados, sin lograr detener a las invasoras, que así como llegaron, se fueron hacia otra víctima.

Las chacras quedaron desiertas de brotes, paisajes desolados y sin esperanza. La cosecha perdida y con ella el futuro sustento.

Había que volver a empezar.



CAPÍTULO 24

Buenos Aires, 1921

Un año de matrimonio. Carola estaba feliz, pero sentía su vida vacía. Hacía meses que había abandonado sus estudios en el hospital y se había alejado de su antigua vida social. Su territorio era la casa y sus quehaceres. Sus únicas distracciones consistían en algunos paseos por los parques de la ciudad, cuando Antonio llegaba directo del banco. Otras, él se demoraba y regresaba casi al anochecer; siempre había trabajo fuera del horario de atención al público, pero eso parecía no molestarle.

Después de darle un beso se iba al sillón a leer el diario que durante el día no había tenido oportunidad de ver y se reunía con ella recién a la hora de la cena, donde le contaba sobre los clientes más molestos o el romance del gerente con la secretaria de turno.

En la cama los encuentros amorosos eran como batallas, ambos sentían la pasión fluyendo en sus venas y se buscaban casi todas las noches. Sin embargo, Carola se estaba cansando de la misma rutina y la soledad. Pasaba el día entero en el silencio de la casa, apenas intercambiaba alguna breve conversación con los vendedores del barrio para volver al nido vacío.

Más de una vez había intentado retomar sus prácticas en el curso de enfermería, pero Antonio la convencía prometiendo llegar más temprano para poder compartir más tiempo juntos.

—No necesito un payaso para que me entretenga —protestaba frente a lo

cual él reía.

Por ello Carola había empezado a soñar con un hijo, un bebé en la casa completaría su soledad. También a esa idea Antonio se había negado, de momento no quería que fueran padres.

—Te amo demasiado para compartirte con alguien más.

—No sería alguien más —respondió ella airada—, sería nuestro hijo.

—Hace apenas un año que nos casamos, mi amor —Antonio sabía cómo seducirla—. Todavía tenemos mucho que disfrutar juntos antes de que las habitaciones se llenen de críos.

—Estamos los dos muy solos... —Un vestigio de nostalgia empalideció su mirada.

Él se puso de pie y la abrazó.

—Nos tenemos mutuamente, y eso de momento tiene que ser suficiente. — Y cambiando abruptamente de tema, propuso—: La semana que viene podré tomarme unos días, iremos a la costa.

Los ojos almendrados se iluminaron, una variación en la rutina les vendría bien. Pero llegada la fecha del viaje Carola cayó enferma y la fiebre la dejó de cama. Otra vez el encierro y la soledad, porque Antonio regresó al trabajo.

—Prefiero guardar esos días para cuando estés bien.

Pero cuando Carola se repuso era casi fin de año y el banco no podía darse el lujo de contar con un empleado menos.

Una noche Antonio llegó casi a la hora de cenar. Lucía abrumado, el gesto tenso, la mirada reconcentrada. Algo le ocurría y Carola sondeó la situación, pero no logró que le contara sus pesares. Cuando se lo proponía Antonio se volvía hermético y ella sentía que quedaba fuera de su mundo. Y, si lo pensaba bien, hacía días que él no la buscaba en el lecho y se mantenía ausente.

Tal vez tenga una amante. El demonio de su figura se agigantaba de nuevo en su mente. Si bien a él parecía gustarle su gordura y sus carnes, ella sabía

que las tenía en exceso, para peor, tantas horas sola la volvían ansiosa y se refugiaba en la comida.

—Antonio, dime qué ocurre —le dijo cuando ya estaban en la cama, a oscuras y dispuestos a dormir.

—Nada, mi vida, nada.

—Te conozco —insistió al mismo tiempo que encendía la lámpara—, algo te preocupa hace días, ¿puedo ayudarte?

Él se puso de costado y le acarició el rostro.

—Tranquila, no pasa nada, confía en mí.

—Confío, pero estás lejos. Puedo sentirlo —afirmó sin dejar de mirarlo a los ojos, buceando en su mirada para hallar algo, una señal, una respuesta.

—Problemas en el banco, solo eso.

—Nunca fuiste de traer los problemas a casa, siempre dijiste que...

—Sé lo que dije, pero a veces no se puede cumplir con todo lo que se dice.

—Se acercó más a ella y la apretó contra sí—. Ven, no perdamos el tiempo hablando. —Selló su boca y logró silenciarla.

Sabía que en ese terreno ella era vulnerable, él era su punto débil. Apenas un roce de sus dedos en los lugares indicados la volvía miel, la derretía, la sometía a sus designios. Y Antonio se proponía amarla, ahogar las preocupaciones que lo tenían todo el tiempo planificando cómo salir del apuro. Con Carola se olvidaba, al menos por un rato, de aquella espada de Damocles que pendía sobre su cabeza.

Su mujer se había vuelto una experta en la cama, tomaba iniciativas que lo sorprendían, era osada y complaciente cuando era él quien ideaba cosas nuevas. No había pudor entre ellos, se conocían el cuerpo de punta a punta. Todo estaba permitido y todo era disfrutado.

Navidad se acercaba, Antonio había recuperado su tranquilidad y Carola, pese a que estaba contenta con el cambio, se mantenía alerta. El fantasma de una amante seguía visitándola. Había empezado a revisar los bolsillos de sus

sacos y pantalones, pero solo encontraba números que pertenecían a cifras, datos que no entendía. Ni señal de una mujer.

—Podemos visitar a tu mamá para fin de año —sugirió durante la cena, recibiendo una mirada por demás confusa. Nunca le había visto esa expresión a Antonio—. ¿Dije algo malo? Me gustaría conocer a mi suegra y las fiestas son una buena oportunidad.

—Carola, querida mía —nuevamente era el de antes—, tengo que confesarte algo. Sé que debí decírtelo antes, pero sentí que tal vez no lo entenderías.

—¿Qué ocurre? Dime lo que sea.

Si supiera la verdad no hablaría tan tranquila, pensó él.

—Hace un tiempo que estoy distanciado de mi madre.

—¡Antonio! Eso no es tan grave, ¿qué puede haber ocurrido entre ustedes para que dejen de hablarse? Eres su único hijo. —Le daba pena imaginar a la pobre mujer sola para esas fechas tan especiales—. Navidad es tiempo de perdón...

—Tú no sabes cómo es mi madre.

—Por eso mismo, quiero conocerla, que sepa que tiene una nuera y que pronto tal vez tenga nietos. —Ante sus palabras Antonio se puso de pie, molesto.

—Dije que no, y no se hable más. Vamos a la cama. —Sin esperarla se dirigió a la habitación.

Carola quedó en la cocina con el corazón estremecido y la mente imaginando todo tipo de fantasías.

A la mañana siguiente, cerca del mediodía, alguien llamó a la puerta. Al abrir, Carola se encontró con una mujer mayor, vestida humildemente, acompañada por un niño de unos siete años cuyos ojos la encandilaron por su verdor.

—¿Es la casa de Antonio Mazzone?

—Sí, soy su esposa.

—Pues aquí le traigo a su hijo.



CAPÍTULO 25

Reducción de Napalpí, 1923

Juan Silvio Aranjuez seguía visitando a Eva pese a que no le daba muestras de interés, excepto por la información que podía obtener de él. Entre lo que le contaban Santiago y Rosalía, sumado a la visión del uniformado, había logrado hacerse un mapa de la situación que reinaba en toda la zona. Todos tenían distintos puntos de vista del conflicto que se sentía en la tierra misma, en los pájaros y en el aire.

Con el correr de los días Eva había formado su propia opinión en favor de los aborígenes. Le dolía ver a los niñitos descalzos trabajando como si fueran adultos y a estos dejar la cosecha en la administración por una magra paga, todo bajo la vigilancia de los capataces.

Esa mañana Santiago la convocó a su botica.

—Hay una gran epidemia de cólera que no se puede controlar —comenzó—, llegó un nuevo boticario a instalarse en El Aguará.

—Esa es una buena noticia.

—Claro que sí, va a improvisar una enfermería de campaña, trajo una carreta sanitaria desde Quitilipi. —Ella lo miraba sin entender por qué la había mandado a llamar—. Está buscando ayudantes y como a ti se te dan bien las curaciones y no te impresionas, pensé que podrías colaborar.

Eva no lo dudó.

—Tal vez debas quedarte allí unos días —sugirió Santiago.

—No hay problema, llevaré algunas cosas.

Se despidió de Rosalía y se dejó conducir por Pedro Valquinta, un muchachito moqoit.

El campamento El Aguará no estaba lejos, era uno de los asentamientos en un claro del monte.

Eva se presentó ante don Rufino, el boticario recién llegado.

—Me envía don Santiago.

—Así que usted sabe de enfermería. —La estudió con sus ojos pequeños.

—No tanto como quisiera —respondió—, pero estoy aquí para lo que haga falta.

—Por lo que estuve viendo falta mucho... —Había pesar en la voz del hombre—. Empezaremos por clasificar a los enfermos según sus síntomas. También haremos un inventario de las medicinas con que contamos.

—Hay muchas hierbas medicinales en la zona —apuntó Eva.

—¿Puede ocuparse de eso también?

El día se pasó en un suspiro, Eva ni siquiera tuvo tiempo de comer, tampoco sintió hambre, solo sed.

Don Rufino le pidió que hiciera compañía a una anciana que estaba muy delicada. Él se quedaría toda la noche terminando el inventario.

Al ingresar al toldo Eva sintió la presencia de la muerte. La mujer estaba consumida hasta los huesos, la piel grisácea y la mirada de entrega. Pese a ello se afanó en aliviarle su último viaje y le limpió el sudor producto de la fiebre.

—Antes cosechábamos el algodón, carpíamos y trabajábamos en el obraje. Podíamos pescar, cazar y mariscar cuando lo deseábamos. —Su voz sonaba débil, pero estaba lúcida—. Nos quitaron todo al crear la reducción, mi esposo murió de pena y yo me iré a encontrar con él.

—No diga eso —consoló Eva sabiendo que era inminente su partida.

—Aquí vivíamos en libertad, pero después nos obligaron a trabajar para la

administración. Son todos blancos, como tú, y nos controlan.

Eva no supo qué decir, la anciana tenía razón. Los aborígenes eran explotados. Al principio les pagaban con algo de dinero, luego había sido reemplazado por bonos, mercaderías y ropa vieja.

—Una vez nos dieron polenta de harina de maíz con gorgojos —le había contado Rosalía—, mi esposo y Pedro fueron a protestar al capataz y estuvieron a punto de pelearse. Muchos, ante la necesidad, la usaron igual.

Eva pasó la noche al lado de la anciana, quien murió al amanecer.

Los familiares expresaron sus sentimientos de condolencia y fiel a sus creencias se pintaron el rostro con carbonillas de los árboles. Después los más allegados tomaron las pertenencias de la difunta y las quemaron, para ahuyentar al espíritu de la muerta.

Eva asistió a todos los rituales, entre ellos, el entierro en el cementerio colectivo, que daría paz y tranquilidad de conciencia al resto.

Al finalizar todo, ya casi al mediodía, don Rufino le agradeció la vigilia y la mandó a descansar. Le ofreció un catre en la misma tienda de campaña donde funcionaba la enfermería; la muchacha, exhausta, durmió durante casi tres horas.

—La enfermedad no da tregua —dijo el boticario ni bien abrió los ojos—. Ya no sé qué hacer.

Los síntomas de los enfermos se agravaban, la fiebre subía y los vómitos se multiplicaban. Se habían sumado brazos para ayudar, pero los medicamentos no surtían efecto. Don Rufino había preparado un tónico compuesto por boldo disecado, alcohol y carbonato de calcio que había dejado macerar. Pero el preparado solo generaba una súbita algarabía en los pacientes, que luego caían en la depresión.

—Deberíamos probar con las plantas —sugirió Eva al advertir que al boticario se le agotaban los recursos y la fe.

Entre ambos empezaron a ensayar con hierbas desconocidas, frutos, hojas,

tallos y raíces. Todo aliviaba, pero nada curaba.

Al tercer día de su estadía en El Aguará recibió la visita de Dante. Hacía semanas que no sabía nada de él y Eva creía que era mejor así. Pero esa mañana cuando lo vio ingresar supo que algo grave ocurría. Tenía ojeras y su piel lucía marchita. Se notaba a simple vista que no había dormido, llevaba una barba de varios días.

—Necesito que don Rufino venga a mi toldo —fue su saludo.

—Está en una visita, no sé cuánto demorará. ¿Puedo ayudarte?

—Es mi hijo. —Clavó en ella el verde de su mirada, no hacían falta más explicaciones.

Lo siguió hasta su choza. Afuera llovía, una lluvia fina y persistente. Allí, sobre un catre, se rendía un muchachito pálido y delgado. Una joven aborigen sostenía su mano con ternura mientras entonaba una canción de cuna, la misma que le cantaba su madre:

O'oo,' 'au'ochi, 'o'oo', 'au'ochi, 'au'ochi.

Bebé, duérmete, bebé, duérmete, duérmete.

'Oshaic, 'au'ochi, 'oshaic, 'au'ochi.

Bebé, duérmete, bebé, duérmete.

Soqoipi', 'au'ochi, soqoipi' 'au'ochi.

Bebé, duérmete, bebé duérmete.

Nashii...ÿo, nashii...ÿo, tapinec laualate nashii.

ÿo Caracol, caracol, montura del tatú, caracol.

Lermole, lermole, 'auanaicna'a, do'ochi 'anqa'en na 'o'oo'.

Liebre, liebre, venga aquí, haga que duerma mi bebé.

—Tiene fiebre hace tres días, vomita lo poco que come —explicó Dante, acongojado.

Eva se acercó y posó su mano en la frente infantil. Hervía. De inmediato su

mente voló en busca de su pasado.

—Veamos de aliviarle la temperatura —propuso.

La muchachita que lo cuidaba la fulminó con la mirada. Ella ya lo había hecho, no necesitaban de una blanca para eso. Un lenguaje mudo se trabó entre la qom y Dante y la jovencita depuso su actitud hostil.

Eva le hizo beber uno de los tónicos a base de hierbas que había llevado. Sabía que no podía hacer mucho más. Si no llegaban los medicamentos adecuados, lo cual estaba lejos de ocurrir, toda la población enferma moriría a causa de la hepatitis y del cólera.

—Sería conveniente no utilizar el agua de la cañada —murmuró—, don Rufino se está ocupando para que traigan agua limpia.

—Tomamos agua de la cañada desde que somos pueblo —adujo la muchacha.

—Lila —reprendió Dante, cansado y sin ganas de presenciar una discusión.

Las horas transcurrieron bajo el sopor de un sol enfurecido que barrió la lluvia. Al anochecer apareció don Rufino acompañado de un hombre que albergaba toda la sabiduría en sus ojos cansados. El boticario lo hizo entrar y en silencio examinaron al pequeño que agonizaba en el catre.

Eva y Lila, que no se habían separado del niño, permanecieron expectantes mientras el recién llegado lo revisaba.

—Necesitamos piojos —dijo el visitante para sorpresa de todos.

—¿Piojos? —repitió don Rufino, incrédulo.

—Mi anciana madre curaba a los perros con piojos —explicó el hombre de ojos sabios.

Era Juan Sorai, un médico qom que acababa de llegar de su viaje anual a Oruro, Bolivia, donde visitaba familias de su misma etnia que habían sido corridas por el ejército en épocas de la conquista. En su viaje de regreso solía detenerse a recoger aguas del lago Poopó, el segundo más grande de aquel

país.

—Llama a Jauni —pidió Dante a Lila; cualquier medicina por extraña que pareciera sería bienvenida si salvaba a su hijo.

Sorai era un médico prestigioso entre las etnias. Había colaborado con los doctores y boticarios enviados por el Gobierno del capitán Oreste Arbo y Blanco en las epidemias que azotaron la zona.

Enseguida apareció un jovencito de no más de ocho años cuya cabeza era un nido de piojos.

Sorai le arrancó tres con la mano mientras don Rufino, molesto y herido en su orgullo por no haber podido hallar una solución, le hacía abrir la boca al desfalleciente niño. Con dificultad le hicieron tragar una docena de ellos y luego le dieron de beber un té de boldo.

Eva asistía a ese asqueroso espectáculo sin demasiada confianza en los resultados.

—Ahora hay que esperar —dijo Sorai poniéndose de pie—. Repitan la dosis durante una semana y estará en pie.

Se fue con la misma parsimonia con que había llegado. Tenía más campamentos y moradas que visitar.

Esa misma noche la fiebre remitió.

Eva había vuelto a la botica, donde don Rufino, escéptico aún, buscaba elaborar una teoría para la cura con piojos.

—Algo deben tener esos bichos... —repetía sin cesar.

Empezaron a suministrar dosis de piojos a los enfermos más graves, que milagrosamente evidenciaron una leve mejoría.

Dante se apersonó en la botica a la segunda noche y halló a Eva macerando yuyos para luego clasificarlos según sus usos medicinales.

—Mi hijo ya está bien —sonrió desde el umbral—. Gracias por ocuparte. —Sabía que la muchacha había pasado a verlo un rato todos los días, preocupada por su bienestar.

—Me alegra oír eso.

—Se llama Mario. —Había amor en los ojos del padre, ese tipo de amor que ella no había visto antes—. Es un buen chico, a pesar de no tener a su madre. —Encendió un cigarro—. Te habrán contado.

—Sí —murmuró. Quería irse, no deseaba conmovirse por su relato, lo quería lejos, a él y a su hijo—. Tengo que irme. —Hizo ademán de querer salir, pero él la detuvo.

—¿Piensas volver a tu rancho ahora? —Era una noche cerrada, sin luna.

Eva vaciló, don Rufino dormía en una de las tiendas más grandes para dejarle a ella el reducido camastro de la botica. No tenía excusas para marcharse, tampoco las necesitaba.

—Es tarde, quiero descansar —era una manera diplomática de echarlo.

Dante se aproximó y la tomó por la cintura; ella sintió que el cuerpo se le estremecía. Sus labios buscaron su cuello y sorbieron su piel salada. Gimió, no pudo evitarlo, y él se envalentonó. La empujó hacia el interior y la levantó en sus brazos. Eva no tuvo fuerzas para repelerlo, le gustaba el sexo con él, disfrutaba demasiado sus caricias.

Es solo eso, sexo, se dijo mientras le arrancaba la camisa y acariciaba su torso suave y musculoso.

El catre se quejó bajo el peso de ambos, los cuerpos se enredaron y Dante ya estaba dentro de ella, empujando, buscando el límite, cabalgándola con frenesí. Alcanzaron el éxtasis casi a la par, y sus alientos calientes y húmedos se alejaron al fin.

El lecho era pequeño, Dante la abrazó para dormirse con ella sobre su pecho, pero Eva puso distancia. Ya estaba. Ya había finalizado el momento de pasión.

—Debes irte —la voz baja pero firme hirió al hombre.

—¿Por qué? —se arrepintió de inmediato, él no rogaba a una mujer.

—Porque ya hemos hecho lo que teníamos que hacer.

—Eres un témpano.

Se vistió sin prisa, sin dejar de mirarla, buscando un resto de arrepentimiento, una luz de debilidad en su mirada. No la halló. No solo tenía apariencia masculina debido a su pelo casi al rape sino que actuaba como un hombre. Usado y tirado. Así se sentía Dante.



CAPÍTULO 26

Buenos Aires, 1921

Carola todavía no daba crédito a lo vivido. Sentado frente a sí tenía a un niño de siete años que era el calco de su marido.

—Su madre acaba de morir —había dicho la mujer que lo trajo esa mañana, cuyo nombre no lograba recordar—. Al revisar la casa para desocuparla, y sin saber qué hacer con la criatura, encontré un manojito de cartas, el remitente era Antonio Mazzone, el padre.

—Eso... no puede ser, debe haber un error. —Carola se sentía mareada.

—Me tomé el atrevimiento de leer las misivas, todas iban unidas a una nota con el envío de una mensualidad —añadió—, que, por cierto, se interrumpió hace cuatro meses.

La desconocida le había dejado al niño con una maleta de ropa y un sobre con sus papeles de nacimiento, que Carola ni siquiera osó leer, de tan aturdida que estaba.

El pequeño la miraba con ojos asustados. Era delgado, menudo para su edad, la ropa le colgaba del cuerpo. La tristeza lo envolvía con brazos gigantes y Carola se apiadó de él. El pobre no tenía la culpa del pecado de su padre.

—Me llamo Carola —intentó una sonrisa que murió en una mueca—. ¿Tienes hambre?

El niño asintió con la cabeza y la muchacha se puso en marcha. Le preparó

un desayuno liviano, en dos horas almorzarían y no quería sobrecargarlo.

Cuando finalizó, él mismo llevó las cosas a la pileta. Estaba bien educado. Se lo veía exhausto. Carola ni siquiera había preguntado de dónde venía. ¿Tendría algún otro familiar? ¿Tíos? ¿Abuelos? Esperaba que Antonio le despejara las dudas y recibir una explicación razonable... pero ¿qué explicación razonable podía existir para negar a un hijo? Ninguna.

No podría perdonarlo. Su matrimonio tambaleaba, su felicidad se esfumaba con la llegada de ese niño. Sentía que había vivido una mentira, un vil engaño. No podía un hombre ser tan cruel como para mantener a un hijo oculto, y para peor, no verlo crecer siquiera. Porque en todo ese tiempo Antonio no había partido en viaje... ¿Y si el niño vivía en Buenos Aires y ese era el motivo de sus llegadas tardes? ¿Por qué había supuesto que venía de lejos?

Le dolía la cabeza. Mientras pensaba todo eso advirtió que el pequeño se había dormido sobre la mesa. Lo alzó sin dificultad, pesaba poco, y lo llevó a su cama, donde lo acostó y tapó.

Lo miró dormir y sus ganas de ser madre recrudecieron. Allí había un niño que acababa de perder a la suya, el hijo de su marido.

Toda su vida se puso patas arriba. Los sentimientos se le mezclaban, la pena empujaba a la furia y la decepción se peleaba con el rencor.

El reloj parecía no avanzar, lento el tiempo, veloz su ira. Quería que Antonio llegara y explicara las cosas. Ansiaba que fuera un sueño, un mal sueño, pero sabía bien que era la realidad la que tenía ante sí. Ese niño era de carne y hueso, y no había dudas de que era el hijo de Antonio, tenía su sello en el rostro.

Finalmente las llaves en la puerta anunciaron su llegada. Venía temprano, tal vez a causa de sus preguntas del día anterior. Ingresó silbando, feliz, traía en sus manos un ramito de fresias, sus flores preferidas. Pero Carola ese día no quería ni flores ni besos, quería respuestas.

Al verla de pie en medio del comedor supo que algo pasaba. Miró a su alrededor, todo estaba igual: la casa limpia, los muebles lustrados y los vidrios relucientes. Sintió orgullo por la esposa que había conseguido y se dijo que tendría que recompensarla, Carola merecía esas ansiadas vacaciones, salir del hastío y la rutina del hogar; de otro modo, volvería a la carga con eso de querer estudiar, y él no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

—¿Qué ocurre?

Carola había ensayado su discurso infinidad de veces durante esa aciaga tarde, pero las palabras le salieron mezcladas y la bronca se coló en su perorata. Una catarata de reproches se desbordó de su boca a la par que sus ojos brillaban a punto de estallar en mil lágrimas.

—¿Qué dices? No te entiendo, Carola. —Antonio se acercó y la tomó por los hombros.

—¡No me toques!

—Cálmate, por favor, mi vida, no entiendo qué ocurre.

Carola intentó serenarse, así no podía lograr nada. Se sentó y se tomó la cabeza entre las manos.

—En el dormitorio está durmiendo tu hijo —fue lo único que pudo decir.

A Antonio la sangre pareció abandonarlo, se puso lívido y sus ojos revelaron el horror. Avanzó hacia el cuarto y empujó la puerta: allí estaba Guido, en el quinto sueño.

Volvió sobre sus pasos y se desplomó en la silla. Agachó la cabeza y respiró hondo.

Carola esperó, alguna explicación debía haber, pero esta no llegaba.

—Estoy esperando —aguijoneó.

—No sé cómo empezar.

—Debe haber algún principio —replicó con ironía.

—Carola, lo siento.

—¿Tú lo sientes? —le gritó—. ¿Tú lo sientes? ¿Y qué hay de ese chico

que ni siquiera tiene un padre? ¿Cómo pudiste, Antonio? —había desilusión en su tono y en sus ojos—. ¡Negaste a tu hijo!

—¡No lo negué! Lleva mi apellido y todos los meses recibe...

—¡Basta! ¡No puedes ser tan ruin! ¿Me dices que por enviar dinero y darle un nombre eres un padre? ¡Por el amor de Dios! ¡Ahora entiendo por qué no querías tener hijos conmigo!

—No saques conclusiones apresuradas...

—¡Cállate, Antonio, cállate! —gimió mientras se rendía a las lágrimas.

Él quiso acariciarla, tomarla entre sus brazos, explicarle sus razones, pero comprendió que no era el momento. Ella no lo entendería.

Entre tanto alboroto, el niño se despertó y apareció descalzo en el comedor.

—Hola —dijo con voz trémula—, ¿es usted mi papá?



CAPÍTULO 27

Sábado 19 de julio de 1924. Reducción de Napalpí, Chaco

*C*uando abrí de nuevo los ojos, me hallaba en medio de un cementerio a cielo abierto. Los cadáveres habían atraído buitres y caranchos. Me puse de pie y recordé al niño, ¿dónde estaba? No me animaba a llamarlo, podía haber gendarmes por ahí. Busqué con mi mirada y lo divisé. Estaba sentado sobre una rama y se mecía como en trance. Lo tomé en mis brazos y lo colmé de besos. Le susurré palabras de aliento. Preguntó por su padre, no supe qué decirle.

Debíamos ponernos en marcha, alejarnos de esa carnicería. Pensé en Dante, desangrándose en el suelo chaqueño, en Pedro Maidana y su cuerpo mutilado. Retuve el vómito por enésima vez. No debía recordar, no debía recrear en mi mente las imágenes de esa trágica mañana.

Maldije para mis adentros. Otra vez la desgracia me rondaba, otra vez, cuando creía que mi vida se encaminaba, cuando me había enamorado... ¿Era realmente amor lo que sentía por Dante Olivera? No debía pensar en eso, debía salvar nuestras vidas.

Con la esperanza de hallar algún sobreviviente volví sobre mis pasos y rondé el campamento. La reducción era vigilada, la policía había puesto un destacamento con varios hombres que patrullaban la zona. Ni siquiera a los colonos dejaban entrar, también ellos eran despojados.

No sabía qué hacer, el niño estaba cansado y con hambre. No tenía nada

para darle de comer, ni siquiera agua. Teníamos que volvernos invisibles, era mejor movernos en la oscuridad. Pero las patrullas policiales también aprovechaban las altas horas para merodear las chozas en busca de moradores.

El miedo me impedía sentir el dolor de mis pies lastimados. Había salido descalza, no estaba acostumbrada al salvaje monte, como los aborígenes.

¿Qué habría sido de Lila? ¿Y el boticario? Tantos nombres me venían a la mente... Pensé en los más jóvenes, Pedro Valquinta, Melitona... Ellos eran el futuro. ¿Habrían logrado sobrevivir?

Me preguntaba qué habría pasado de haber elegido otro destino, otro sitio donde empezar de nuevo, pero ya era tarde para preguntas y reflexiones. Había sobrevivido, nuevamente, como si Dios no me quisiera con él. ¿Existe Dios? Solía preguntarme.

Otra vez un niño ajeno a mi cargo, otra vez el hijo de un hombre me detenía en el camino. De haber estado sola todo sería más rápido; era blanca, no tenía por qué esconderme. Me reproché mi propio egoísmo, esa criatura dependía de mí. Tal vez fuera su único vínculo con el mundo de ahora en más. Sus padres muertos, su tía... ¿dónde estaría ella? Después de todo nos habíamos hecho amigas. Lila, tan joven, tan bonita. Enamorada de Dante desde su infancia, cariñosa con su hijo, pendiente de su bienestar. Pero él no tenía ojos para ella, y ella había puesto los ojos, finalmente, en otro muchacho. Pese a ello la muchachita se había dedicado enteramente a cuidarlos, con dedicación, en silencio, con su amor incondicional. ¡Qué injusta era la vida!

Deseé que Lila hubiera podido escapar a la matanza. Al momento de los disparos nos dispersamos y después... Después todo fue muerte, terror y huir. Solo huir para salvar la carne de ser agujereada, de ser lacerada y humillada a manos de los soldados.

Rosalía, mi querida amiga... La vi caer cuando iba a defender a su

marido, que estaba siendo golpeado. Esos salvajes se abalanzaron sobre su cuerpo...

No podía darme el lujo de llorar. Tenía que avanzar y ser fuerte. El pequeño se quejó, le expliqué que debía hacer silencio, el silencio y la invisibilidad nos protegerían. ¿Estábamos a salvo? Sentía las voces de los gendarmes que se multiplicaban y se acercaban entre los árboles. Algún que otro disparo retumbaba y espantaba a los pájaros. Un muerto más. Había que seguir.

Anduvimos esquivando a las patrullas, con hambre, con sed, con cansancio y dolor. Ellos seguían buscando, querían exterminarlos a todos. Me sentía enjaulada en el monte, no sabía qué hacer. De aparecer me matarían, un mínimo ruido de ramas rotas o el gemido del pequeño los traerían sobre nosotros.

Esperé la nueva noche y con sigilo nos acercamos a Quitilipi. En la plaza se exhibían como un cuadro de horror los cadáveres de muchos conocidos. Mutilados, violados en su integridad, insultadas sus memorias. Trofeos que indicaban que con los poderosos no se bromeaba. Una clara señal de su dominio tanto como de su maldad. Me dio vergüenza pertenecer a la raza blanca. ¡Cuán crueles son los seres humanos!

No podía aparecer ante las autoridades, no cargando un niño aborigen, aun cuando fuera mitad sangre blanca. ¿Quién escucharía?

Y en medio de aquella feria de espanto lo vi, el mismo hombre de Buenos Aires, aunque no llevaba traje. Se lo veía desorientado y algo asombrado también. De la comisaría salió otro que se le unió, llevaba un papel en la mano, un dibujo, no alcancé a distinguir en la distancia, pero una alarma se disparó en mí: me estaban buscando. ¿Cómo podía ser?

Me alejé, desarmada, sin saber a dónde ir. Tenía que huir, esa gente estaba dispuesta a todo con tal de cobrar su deuda. Pero estaba Mario, no podía arriesgarlo también a él. Todo era negro en mi porvenir, una mala

estrella me iluminaba y arrastraba a la desgracia a todos los que me rodeaban, no tenía dudas ya.

Vagué por el monte hasta que hallé una choza. Los perros dormitaban delante de la puerta, me miraron indiferentes y uno se puso de pie. Me acerqué, movió la cola y lo acaricié. El niño también se hizo amigo. Había un cobertizo pequeño al lado de la casa. Nos metimos ahí; teníamos que dormir, nuestras fuerzas menguaban. Nos tiramos uno junto al otro. El pequeño ya no hablaba, había comprendido el valor del silencio. Nos dormimos de inmediato.

Desperté de golpe. Una presencia nos observaba desde la entrada, su mirada aguda debió haberme alertado.

Un anciano nos apuntaba con una escopeta y nos encomendé a la Virgen, de repente volvía a ser creyente.

Le pedí por favor que no nos hiciera daño y me puse de pie lentamente. Abrí los brazos y le mostré que no teníamos nada.

Al ver nuestro estado depuso su actitud. Era don Segundo; hacía años que vivía allí, en medio del monte. Estaba al tanto de lo ocurrido y nos prestó su ayuda.

Me sorprendí al encontrar dentro de su vivienda a un bebé gom al cuidado de una mujer blanca. Era su esposa. Habían hallado al niño oculto en un pozo, seguramente su madre lo había escondido allí con la esperanza de que alguien lo salvase. Esa pareja de viejos abría su corazón a un pequeñín huérfano que sería la alegría de sus días.

Comimos como Dios manda y me dieron calzado y ropa. La mía estaba hecha jirones de tanto arrastrarme. La dueña de casa curó nuestras heridas y picaduras, pero el alivio no llegaba, teníamos el alma rota.

Les expliqué que tenía que irme. Insistieron en que me quedara; era peligroso andar rondando el monte, dijeron. Pero yo tenía mis razones. Les dije quién era el padre del niño, por si había algún familiar al que pudieran

contactar una vez finalizada la masacre. Mencioné a su abuelo, aunque sabía que no lo quería; era la última opción. Prometieron ocuparse.

Me despedí de ellos con la idea de jamás volver, aunque se me quebrara el alma. Tenía otro niño que recuperar, muy lejos de allí.



CAPÍTULO 28

El Aguará, reducción de Napalpí, 1918

No te vayas —pidió Alelí aún somnolienta.

—Debo ir —Dante la besó en los labios—, vamos todos.

Como todos los años, cientos de aborígenes se dirigían hacia Salta y Jujuy, donde requerían mano de obra barata que asegurara el éxito de las cosechas.

La estratégica ubicación de los ingenios azucareros salto-jujeños en la falda oriental de la precordillera lindante con el Chaco y la escasez de trabajadores criollos llevaron a que los empresarios recurrieran a uno de los mayores “reservorios de fuerza de trabajo indígena”, el denominado Gran Chaco.

—¿Por qué tienen que ir tan lejos? —protestó Alelí.

Dante sonrió ante su inocencia.

—Amor mío... tú bien sabes que el continuo avance del ejército ocupó nuestros campos de caza, nuestros ríos —hablaba como si él mismo fuera un aborígen—, nuestras aguadas. No hay mucho que podamos hacer, excepto emplearnos bajo su mando.

—Pero tú no eres uno de ellos... —su joven esposa quería retenerlo a toda costa.

—Ahora más que nunca soy uno de ustedes.

Los empresarios sabían que sin la mano del indio no habría ingenio azucarero, ni algodonal, ni maní, ni nada. Los autóctonos de la zona eran

sobrios y se contentaban con cuatro choclos y un pedazo de zapallo; incluso mal alimentados daban un trabajo superior a los mejores obreros.

El flujo de trabajadores era mayúsculo. En Jujuy los tres principales ingenios azucareros ocupaban una cifra superior a diez mil indígenas provenientes del Chaco, Formosa y Bolivia.

Los patrones por su parte veían al indio falto de pensamiento, solo eran para ellos un elemento más de trabajo, una pieza en su engranaje de producción. Consideraban que los aborígenes no tenían un hogar, eran viciosos y haraganes, sucios y errantes en sus selvas.

—Nada más madurar las algarrobas huyen al monte a emborracharse de aloja —solían decir—. Pero son un mal necesario.

Dante lo sabía y aborrecía ese tipo de comentarios desafortunados. Él conocía bien la naturaleza de los qom, eran su familia y los admiraba. Despojados de su tierra y su libertad, continuaban adelante buscando un futuro para sus hijos. Pero él tampoco podía hacer mucho para ayudarlos, más que acompañarlos y darles consejo.

Olivera había sido reclutado para el ingenio La Esperanza, de la provincia de Jujuy, junto con sus cuñados y varios hombres más de la tribu, entre ellos su mejor amigo, Eugenio.

Durante los meses de diciembre y enero, tanto Ledesma como La Esperanza enviaban expediciones llamadas “buscadoras de indios”, con el fin de reclutarlos para trabajar en la zafra; sin ellos se condicionaba el éxito o el fracaso de la cosecha y por consiguiente la producción anual de azúcar.

Los expedicionarios habían contactado al cacique y a cambio de “regalos” lo habían convencido para que enviara una partida de hombres. Era el momento de partir.

Dante se despidió de Alelí. La muchacha se resistía a su ausencia, temía que algo le sucediera a su esposo.

—Cuídate —recomendó en la puerta de su choza con una sonrisa; su

tristeza iba por dentro.

Caminaron en procesión durante varios kilómetros hasta que alcanzaron la estación del ferrocarril, donde fueron subidos a vagones de carga, cual animales.

Más de una vez Dante se preguntaba qué hacía allí y siempre se respondía lo mismo: él no sería parte del exterminio del indio, no secundaría a su padre ni festejaría sus triunfos. Por más que la situación estuviera calma en cuanto a la violencia con armas, el aniquilamiento venía de la mano de algo más sutil, de su degradación moral, de su sometimiento, del despojo de sus raíces y costumbres.

Él sería testigo y sufriría en carne propia aquel avasallamiento. Sin explicación racional, sentía en la sangre que pertenecía a ese pueblo. A veces, en los sueños, veía imágenes que lo confundían, una mujer india, un niño en brazos, luego un disparo y la vida fluyendo en sangre. Se despertaba sudando y con una gran sensación de angustia que le rondaba el cuerpo y el alma durante todo el día.

El ejército siempre estaba presente. Debía asegurarse de que aquellas tribus se trasladaran a la zafra azucarera, por ello su presencia era una constante amenaza de represión. Si alguno pretendía huir hacia el monte era traído nuevamente de la mano de los soldados.

Muchos indios habían viajado con sus mujeres y niños, pero él había preferido que Alelí se quedara en la tribu. Sabía de las peripecias del viaje que antes de la llegada del ferrocarril duraba entre dos y tres meses, desde la espesura del monte chaqueño y las orillas del río Pilcomayo hasta las cercanías de los cañaverales.

Durante el trayecto los indígenas marchaban con su cacique principal a la cabeza, seguido por los caciques secundarios, lenguaraces, subcapataces y hombres de la tribu, denominados “soldados”; por detrás venían las mujeres y los niños que se habían sumado. Los dueños de los ingenios decían que a

estos indígenas no se les suministraba viviendas porque, debido a su condición de “salvajes”, no se acostumbrarían a ellas.

Por ello al llegar debieron levantar sus “huetes”, chozas de caña, troncos y paja, donde dormirían luego. Estas estaban ubicadas de manera circular dejando en el medio una especie de patio central, donde se realizaban gran parte de las actividades cotidianas.

Dante se acomodó en una con Eugenio y los primos de Alelí, después comenzó a interiorizarse sobre la forma de trabajar allí. Los soldados ni siquiera se preguntaron qué hacía entre los indios un hombre blanco, lo sumaron al montón de mano de obra barata.

Al día siguiente arrancaron los trabajos y alguien lo distinguió entre los morenos.

—¡Eh, tú! —llamó un capataz.

Dante se acercó, se midieron con la mirada.

—Tú irás con los obreros de planta. —Eran los encargados del “transporte y acarreo”, y de la elaboración del azúcar.

Dicha tarea estaba destinada principalmente a los criollos, siendo la jornada laboral entre diez y doce horas, sin descanso dominical.

Olivera asintió y se sumó a la fila, dejando atrás a sus hermanos de tribu. Luego se enteraría de que el pago denominado semanal consistía en un adelanto, quedando abierto, por el saldo restante, un crédito en la proveeduría de la empresa. Finalizado el mes, se le liquidaría el saldo, si es que había algo a su favor. Era un sistema muy perverso.

Por la noche, extenuado, caía sobre las pajas en las cuales dormía y apenas se enteraba sobre las actividades de sus amigos, que eran obreros de cañaveral como la mayoría de los indígenas. Se dedicaban a cortar y pelar la caña, que luego cargarían en los carros del Decauville —pequeño tren de trocha angosta— los cargadores, generalmente los chiriguanos.

Sus familiares políticos trabajaban de sol a sol, y además de la magra paga

recibían dos kilos de carne y un zapallo al mes.

Pero el “efectivo” no era tal sino que todos recibían vales. Solo canjeables en los almacenes de la empresa que monopolizaba el comercio del lugar. Además, se les descontaba del sueldo la ración diaria de alimentos y se realizaba un ahorro forzoso de parte del salario de los últimos tres meses, con el fin de acumular dinero para el llamado “Arreglo grande”, retribución única y extraordinaria que se realizaba al término de la zafra.

De poco había servido el “Contrato reglamentario de las condiciones del trabajo de los indígenas de los Ingenios de Jujuy” suscripto en 1914 por las autoridades militares del Chaco y los representantes de los ingenios.

Por momentos Dante se arrepentía de haberse embarcado en semejante experiencia, debería haberse quedado al lado de su mujer y volver, tal vez, al hacha, aunque no le gustara ser parte de la masacre de árboles.

Los días pasaban todos iguales y soñaba con regresar. Extrañaba a Alelí, su risa cantarina, su mirada mansa.

Las condiciones sanitarias eran pésimas y los inspectores del trabajo comenzaron a alertar en sus informes que las viviendas de los indígenas constituían un importante foco infeccioso.

Los peones criollos no vivían mucho mejor, hacinados en cuartos pequeños o galpones cedidos por la empresa.

Todos padecían de desnutrición, por lo cual sus defensas eran nulas. Enfermedades como paludismo y tuberculosis eran moneda corriente, y las posibilidades de mortalidad aumentaban.

Dante padeció unos cuantos días de fiebre, lo cual le permitió quedarse en la choza, solo por su condición de blanco e hijo del coronel Olivera, información que había trascendido. El enfermo, molesto por ese privilegio, finalmente tuvo que aceptarlo porque no podía ponerse en pie. Incluso debió ser asistido por el único médico del lugar.

Cuando se repuso volvió a la zafra, debilitado y endeble, pero no iba a dar

el brazo a torcer. Faltaba poco para que finalizase y podría volver a los brazos de su esposa, que lo esperaba con una noticia.



CAPÍTULO 29

Resistencia, mayo de 1893

Las contracciones empezaron a la medianoche. La joven L'aite se doblaba en dos y el mayor Olivera no sabía qué hacer. Pese a que la noticia del embarazo había sido recibida con desagrado por ambos, el intento de aborto de la mano de yuyos y brebajes solo había logrado una tremenda infección en la madre, que casi la lleva a la muerte. A sugerencia del médico de la familia, Olivera había tenido que aceptar salvarla. Y el embarazo había prosperado.

—¡Corre a buscar al doctor! —gritó Manuel sacando a Mechita de la cama—. Dile que ya viene el bebé.

Macca se afanaba por tener todo lo que sabía iban a necesitar para el parto: toallas limpias, agua tibia, apósitos y brebajes para el dolor.

L'aite gritaba y se aferraba a las sábanas, su rostro se tornaba lívido ante cada contracción y caía luego desfalleciente sobre el lecho. Su frente sudaba y como nunca nadie hubiera imaginado, Manuel la limpiaba a la par que acariciaba su mano.

—Tranquila —susurraba—, te pondrás bien.

Macca observaba la escena y no entendía cómo ese hombre rudo podía generar tanta dulzura, nunca lo había visto así. Rezaba para que cuando naciera el hijo ella finalmente lo aceptara y fueran una familia feliz. Después de todo, L'aite tenía una buena vida; lejos de los suyos, sí, pero buena vida al fin.

Pensaba así porque ella no había conocido otra cosa. Su vida siempre había estado en esa casa y con la familia Olivera. Si hubiera oído el monte o escuchado el trinar de las aves, si hubiera cantado con el viento y nadado en los ríos, seguramente su pensamiento hubiera sido otro.

El doctor Lucero llegó y revisó a la paciente, no sin asco, como siempre le ocurría cada vez que visitaba esa casa. Tampoco entendía la actitud del mayor Olivera, esa devoción que sentía por esa india, pero había prometido atenderla y cerrar la boca, nadie podía saber de su existencia, mucho menos del trato y lugar que ocupaba.

Dio las instrucciones del caso y mandó fuera al mayor, quien salió hecho una bola de nervios.

El trabajo de parto estaba avanzado, L'aite tenía buenas caderas y el bebé estaba ansioso por llegar al mundo. En cada contracción empujaba con todas sus fuerzas aun cuando sentía que se partía en dos y que se iba en sangre. Macca la sostenía por un brazo, Mechita, horrorizada, por el otro.

—¡Vamos! Otro más y ya llega —dijo el doctor.

El último pujo fue desgarrador y el grito de la madre se elevó en el aire estremeciendo a todos. El mayor abrió la puerta justo en el instante en que su hijo respiraba el mundo.

El llanto del bebé se unió al de la madre, quien al ver a ese pedacito de carne morada que había salido de sus piernas extendió los brazos para olerlo y recibirlo en su pecho.

—Es un varón —anunció el doctor.

Envuelto en una sábana su hijo le fue entregado y, pese a todo lo que había experimentado antes, lo amó nomás sentirlo. Sin importarle la sangre lo besó en la frente y lo apretó contra su seno. Después cerró los ojos y sonrió.

El mayor Olivera observaba todo como en trance, no atinaba a hacer ni decir nada. No entendía qué sentimiento primaba en él, si cariño por ese hijo que le daba o rencor por no haber sido destinatario jamás de esa dedicación

por parte de L'aite.

La madre separó al bebé y lo miró a los ojos: descubrió en los de su hijo el campo y el monte; nunca había visto una mirada tan verde, tan diáfana. Resumía su pasado. Supo en ese instante que ese sería el único amor de su vida.

Con el correr de los días la comunión entre madre e hijo dejó fuera de juego al mayor Olivera. L'aite estaba día y noche dedicada al bebé, apenas dormía. Le daba la teta cada vez que el pequeño emitía un quejido y no dejaba que las demás mujeres se ocuparan de él. Ella era la madre y ella lo criaría.

Manuel pretendía acercarse, pero ella no le dejaba espacio. Solo una vez lo había alzado de la cuna, con mezcla de repulsión y miedo de que se le cayera. Lo había mirado a los ojos, como solía hacer ella, pero nada en la mirada de su hijo ocasionaba lo que lograba en L'aite: esa sonrisa y esa complicidad que nunca tendría con él.

Macca los observaba y no presagiaba nada bueno. ¿Hasta cuándo aguantaría el mayor Olivera saberse fuera de ese círculo de dos? Temía que quisiera deshacerse del bebé, no sería el primer hombre celoso que abandonara a su hijo en una capilla. ¿Qué haría L'aite en ese caso? No dudaba de que lo mataría, había visto su mirada encendida cuando él se acercaba a su cachorro, todo su cuerpo en alerta, dispuesta a atacar en caso de ser necesario.

Para peor, la maternidad la había vuelto aún más hermosa. Los pechos pequeños se le habían hinchado de tanta leche y le desbordaban los vestidos. Su piel lucía más límpida y toda ella emitía una luz especial. Era la luz del amor, ese amor que el mayor Olivera venía persiguiendo desde hacía casi diez años sin lograr encenderla.

La cuarentena ya había terminado y ella siempre lograba, por una cosa o por otra, mantenerlo alejado; seguía indiferente a las caricias que poco a poco

la iban cercando.

Pasaron tres meses y el mayor decidió que el bebé ya no durmiera con ellos. Estaba cansado de despertarse en medio de la noche a causa de su llanto, además tenía que quitar del medio a quien le robaba la atención de su mujer. Fue la primera vez que L'aite lo enfrentó con palabras. Manuel pensó que consintiéndola conseguiría su admiración al menos, un mínimo de reconocimiento a su acción, pero no fue así.

L'aite obtuvo un mes más para tener a Dante en el cuarto, pero vencido el plazo Olivera fue intransigente: el bebé sería mudado a otra habitación lejos de la suya; no quería escuchar sus quejidos en la noche, ni que los escuchara ella, porque sabía que se terminaría levantando para ir a su encuentro.

Por mucho que pidió y peleó esta vez, L'aite no logró ser escuchada. El mayor Olivera contrató a un ama de leche, tampoco deseaba que su hijo chupara lo que él no podía. La madre se puso como loca, nadie alimentaría a su bebé, solo ella. La discusión fue tal que Manuel terminó golpeándola. Esa fue la primera vez de muchas que vendrían cada vez que ella se opusiera a sus decisiones en cuanto al niño.

Tras los golpes Manuel la arrojó sobre la cama y le desgarró la ropa. Estaba enceguecido de deseo postergado. Al ver sus pechos llenos ondeando entre los jirones de tela sacó su pene sin siquiera quitarse los pantalones y la penetró sin piedad mientras se sumergía en sus senos, mordiéndolos, chupándolos, diciéndole “aquí mando yo”.

Cuando acabó, echó llave a la puerta y se la colgó al pecho. Después se durmió.

L'aite quedó lastimada y sucia, herida en cuerpo y alma, planificando su venganza.

Pero no tenía nada con qué vengarse, excepto matarlo, y ella no era una asesina; con el paso de los días terminó amoldándose al nuevo modo de vida. Tuvo que aceptar al ama de leche, pero negoció con ella que, a cambio de

joyas, solo amamantaría al bebé cuando el mayor estuviera alerta, después, ella misma se ocuparía. Con la ambición propia de los que no tienen posibilidad de prosperar, la mujer aceptó y cada semana se llevaba de la casa un collar, un par de aros o una pulsera que para L'aite no valían tanto como amamantar a su bebé.

Dante crecía día a día y su comunión con la madre se solidificaba, como si no sintiera que otra leche a veces lo alimentaba. L'aite pasaba horas con él cuando el mayor salía, jugaba, lo estimulaba, le hablaba en su lengua y le cantaba canciones de su pueblo. Quería que su hijo conociera sus raíces, soñaba con que algún día pudieran ir juntos al monte.

Manuel Olivera lo veía crecer, pero no podía sentir cariño por él. Pese a que el niño era gracioso y le sonreía cuando lo veía, nada lo acercaba, y no comprendía esa fascinación que su mujer tenía por él. No podía hablar con nadie del tema, no sabía si era normal. Sus compañeros de armas tenían hijos, pero no podía sincerarse con ellos, ¡su mujer era india! Si bien varios tenían en sus servicios a indias y negras, y se acostaban con ellas, ninguno se había enamorado, y menos la había hecho la señora de la casa.

Cuando Dante aprendió a caminar fue una fiesta, hasta Mechita estaba feliz. El pequeño se bamboleaba de una pierna a la otra y avanzaba con torpeza hacia el sitio deseado. L'aite iba atrás, cuidando de que no se golpeará cuando caía, y el mayor protestaba diciendo que así nunca sería un hombre.

—No es un hombre, es un bebé —decía ella con voz suave.

Pese a que no le gustara que lo desafiara delante de la servidumbre, Manuel callaba. No deseaba otra escena de pelea y violencia como las que se generaban cada vez más seguido en el cuarto. El motivo ya no era la rebeldía de L'aite respecto de sus decisiones para con el niño, sino la poca predisposición que tenía en la cama.

—¡Pareces un muerto! —le había dicho él una vez.

—Tú eres el dueño de este muerto —había contestado ocasionando la ira del hombre.

Paulatinamente Olivera se daba cuenta de que no podía poseerla si no era por medio de la violencia. Su indiferencia hacía que él no lograra mantener la erección. La única manera de gozar, era sometiéndola.

Los golpes se volvieron moneda corriente en la habitación, debilitando la salud de L'aite.



CAPÍTULO 30

Buenos Aires, 1921

Hacía una semana que Guido había aparecido en la casa de la familia Mazzone. Carola no había recibido una explicación creíble. Antonio le había dicho que el niño era producto de una relación ocasional y poco más. Ella advertía que había algo que le ocultaba, un secreto demasiado pesado para que pudiera salir a la luz simplemente porque la madre del pequeño había fallecido. Pero estaba tan enojada, tan dolida y decepcionada, que no quería ahondar en detalles. No todavía. Además, Guido estaba siempre ahí, en medio de todo, y no quería abrumarlo con discusiones inútiles. El pequeño era callado y triste, debía extrañar a su mamá y Carola se prometió compensarlo.

Poco a poco se iba encariñando con él, pero cuando recordaba que no era su hijo y que poco sabía de su historia, se alejaba como si tuviera sarna. El rencor hacia Antonio se mezclaba con el amor, porque pese a todo lo amaba.

Habían interrumpido las relaciones maritales y lo extrañaba. Por las noches se acostaba en el extremo de la cama. No quería siquiera sentir el calor de su cuerpo cercano, temía sucumbir. Él intentaba un mimo, un beso, pero ella lo repelía.

Lo único bueno era que Antonio había abandonado sus citas luego del trabajo y volvía a la casa más temprano. Carola se preguntaba si durante todo ese tiempo anterior él había llevado una doble vida con la madre del niño y,

al faltar esta, no le quedaba opción que volver al hogar. Eso la tornaba más peleadora y distante.

Padre e hijo iban acercándose lentamente, lo cual la llenaba de nuevas dudas. Si él visitaba a su madre debían conocerse... en cambio, el primer día el pequeño le había preguntado si era su padre. Decididamente había algo más que entretenía a Antonio después del banco, y no era visitar a la madre de Guido. ¿Tendría otra mujer?

Después de que le había ocultado un hijo todo era posible, y su cabeza se convertía en un torbellino de dudas y elucubraciones. Seguramente la pelea con su madre tenía que ver con el niño, su suegra no avalaría que no se hiciera cargo de la crianza del nieto. ¿La conocería algún día? ¿Conocería Guido a su abuela?

Decidió que sondearía al pequeño con preguntas, quería saber todo. Y dado que Antonio había sellado el tema aduciendo que no había más nada que contar, tendría que ocuparse ella de conocer la verdad.

Una mañana esperó a que su marido se fuera a trabajar. Al momento de desayunar, en vez de seguir con las tareas del hogar como todos los días, se sentó frente al niño. Lo miró: era bello, Antonio en tamaño pequeño. Sintió de nuevo la ternura y las ganas de ser madre; la espantó. No pensaba tener un hijo con un ser tan despiadado como Antonio. Por mucho que lo amara podía advertir que no era bueno. No había estado bien lo que había hecho.

—Dime, Guido, ¿tenías más familia allí donde vivías? —El pequeño se sorprendió ante la pregunta intempestiva. La miró con sus ojos de agua y encogió los hombros—. ¿Qué significa eso? —intentó Carola.

—No, estábamos solos mi mamá y yo.

—¿No tienes abuelos?

Guido meneó la cabeza en señal de negativa.

—¿Tíos, primos?

Volvió a negar.

—Mamá siempre decía que estábamos a la buena de Dios —dijo de repente—, nunca entendí qué quería decir.

A Carola se le encogió el corazón. Abandonados a la buena de Dios. El destino de tantas mujeres engañadas por hombres sin escrúpulos que les llenaban “la panza de huesos”, como solía repetir su propia madre. Y ese hombre había sido Antonio, su marido. No podía creerlo, no quería creerlo. Pero la presencia de Guido era la prueba viviente de que así había sido. Antonio Mazzone era un canalla. Y ella era su esposa.

Carola se puso de pie y se encerró en su cuarto dejando solo al pequeño. No deseaba que la viera llorar. Se sentía tan miserable, tan absurdamente engañada... Quería tomar sus cosas e irse de allí. Pero ¿dónde? ¿Cómo? Había resignado sus sueños de ser enfermera al pasar por el registro civil. No tenía nada, ni siquiera ahorros suficientes para empezar sola.

Se reprochó lo hecho y lo dejado de hacer. No debería haber sido tan tonta como para seguir los deseos de un hombre, aun cuando fuera el hombre amado. Antonio había sido egoísta, la había alejado de su pasión de curar y también de los pocos conocidos que había hecho en ese tiempo. La había vuelto una mujer dependiente de él para todo, ni siquiera se aventuraba sola al centro de la ciudad. Todo lo hacía con él cual si fuera inútil. Lo que en un principio juzgó compañerismo y protección descubrió que era anulación de su persona. Sus deseos de largarse de allí recrudescían, así como su impotencia.

Se arrojó sobre la cama y lloró mordiendo las sábanas para ahogar los gritos que pugnaban por salir de su garganta. No tenía opción. No era nadie, solo una esposa fiel y dedicada.

Pese a todo, amaba a Antonio Mazzone.



CAPÍTULO 31

Napalpí, 1923

Mario Olivera había mejorado y era uno más corriendo por El Aguará. Eva quería volver a su antiguo campamento, pero don Rufino lo había evitado.

—Quiero ir a Resistencia —explicó el boticario—, este tema de los piojos aún me ronda en la cabeza. Debe haber alguna razón científica sobre su poder curativo.

—¿Y cómo lo va a averiguar allí? —se interesó Eva.

—Me reuniré con un colega y con un médico paraguayo. Serán solo unos días. ¿Podrás hacerte cargo?

—¿Cómo negarme? —Eva sonrió.

Después de dejar todo en orden, Eva decidió caminar hasta su antiguo hogar para saludar a Rosalía y explicarle a Santiago sobre su demora.

En el camino la encontró Juan Silvio, que la rondaba como perro en celo, y la acompañó mientras le comentaba sobre la vida en la comunidad qom, aconsejándola siempre de volver a la ciudad.

—No es este sitio para una dama —sugirió.

—No soy una dama —fue su respuesta.

Él confundió sus palabras y la detuvo tomándola del brazo. La miró con deseo y Eva supo lo que vendría.

Juan Silvio la encerró por la cintura y la apretó a su cuerpo. Buscó su boca y la invadió con su lengua. Eva sintió de inmediato la dureza masculina a la

altura de su vientre y, en lugar de experimentar el cosquilleo que le provocaba la cercanía de Olivera, solo sintió incomodidad. La lengua de Aranjuez parecía querer llegar al fondo de su alma, pero ella no podía responder con la misma vehemencia.

El grito de unos niños los alertó y al separarse Eva descubrió los ojos de Dante taladrándola, mientras el pequeño Mario perseguía a un jovencito aborígen jugando entre los árboles.

—Perdón la interrupción. —Su voz denotaba la desaprobación.

Juan Silvio se separó y ocultó su exaltación. Eva no supo qué hacer, fue un instante incómodo para los tres.

Dante continuó con los chicos y ellos siguieron rumbo a la reducción.

—Me gustas mucho —declaró el soldado—. Ya que piensas quedarte aquí podríamos...

—Nada, Juan Silvio, podríamos nada —cortó en seco la muchacha—. Lo que acaba de ocurrir fue un error. No volverá a suceder.

—Creí que te gustaba.

—No vine aquí en busca de un hombre.

—Con Olivera no piensas igual.

No le gustó el tono en que lo dijo y Eva retrucó:

—Soy dueña de lo que hago. —Se plantó en medio del camino, brazos en jarra, mirada firme—: Continuaré sola.

Dio media vuelta y lo dejó allí, en medio del monte, excitado por el beso y la breve discusión.

Al llegar al campamento un grupo de niños la rodeó. Al parecer la habían extrañado. Sonrió y acarició sus cabezas, luego fue directo a la tienda de Rosalía.

Su amiga estaba preocupada.

—Hay mucha tensión en el ambiente —dijo la muchacha.

Eva decidió contarle lo que le había dicho Aranjuez el día de la cena en la

fonda del alemán.

—Escucha, Rosalía, debes advertirle a tu marido que la prensa habla de malones, los colonos tienen miedo.

—¿Malones? ¿De dónde?

—¿Cómo de dónde? ¡Malones desde aquí! —Eva no entendía cómo su amiga era tan inocente—. En los periódicos de Buenos Aires se habla de que los indios se están sublevando, temen ataques a las estancias... El mismo gobernador está tomando medidas. Ellos —refiriéndose a los hombres— deberían saberlo.

—Hoy mismo hablaré con mi esposo. Con Pedro sabrán qué hacer. —Los ojos de Rosalía reflejaban su temor—. Pero te aseguro algo Eva, no somos un pueblo agresivo, somos gente de trabajo.

—Lo sé, y por eso me preocupo. Tal vez se esconda una segunda intención en todo esto. —No se equivocaba.

—Cuéntame, ¿cómo están las cosas en El Aguará? —preguntó Rosalía para amenizar la charla.

—Mejorando. Hay un templete cerca que quisiera conocer, pero no he tenido tiempo. Ahora que la epidemia se retiró espero poder hacerlo.

—¿Y el niño de Dante?

—Ya está sano, ¿puedes creer que lo curaron con piojos?

Rosalía empezó a reír.

—Es una práctica asquerosa, pero muy utilizada por aquí. Ya te acostumbrarás.

Al regresar a El Aguará todavía era de día. La luz del sol se filtraba por entre las copas de los árboles otorgando a todo reflejos dorados. Inspiró profundo y se nutrió de los olores del monte. Los pájaros trinaban en un coro desafinado, varias especies se disputaban el canto.

Fue directo hasta el sitio donde se erigía el templete para el culto religioso, algo alejado de las viviendas. Estaba elevado, construido sobre una base, y

tenía el aspecto de una casita rústica. Allí era donde aparecían los dioses indígenas para tomar contacto con el pueblo y fortalecerlo espiritualmente.

Por lo que Eva había aprendido, para los qom el mundo estaba poblado también por seres espirituales que tenían muchos poderes, pero existía un Dios, Ñi Qar'ot.

La muchacha quedó de pie frente al templo sin saber qué hacer. Le hubiera gustado entrar y sanar sus heridas, pero se sentía una intrusa.

Las oraciones de los aborígenes estaban relacionadas con el hombre y la mujer, también con la naturaleza: el monte, el agua, las montañas, el cielo, la luna, el sol, las estrellas y el viento. Las invocaciones se realizaban al amanecer, cuando aparecían las primeras luces. Entonaban canciones tradicionales que acompañaban con el ritmo de las sonajas de calabazas.

Luego se bañaban en agua para volcar el resto hacia donde nacían el sol y las estrellas que guiaban el nuevo día. Y así arrancaban la jornada, encendiendo el fuego y preparándose para las actividades diarias.

Siguiendo un impulso Eva se puso de rodillas y rezó una plegaria. Fue un instinto, un resabio de cuando era creyente. Le dolía el corazón y la piel. Fingir que era fuerte, que era indiferente a todo, le demandaba una gran dosis de energía. ¿Y si se iba a otro sitio? ¿Dónde podría hallar la paz perdida? *Donde vayas tu pasado te acompañará. No hay lugar en la tierra donde puedas escapar de ti misma.*

Se puso de pie y al girar para volver se encontró con Dante. El hombre la miraba fijo, sentado sobre un tronco, fumando.

—No sabía que una mujer tan dura como tú creía en Dios —fue su saludo.

—En algo hay que creer —respondió pasando por su lado y caminando hacia la tolдерía.

—Pasaré esta noche —dijo Olivera tomando otro rumbo— a no ser que hoy sea el turno de Aranjuez.

Eva contuvo la lengua. No quería salirse de su eje, no deseaba demostrarle

cuánto le molestaba que la creyera una cualquiera. Después de todo, eso era lo que ella le había hecho ver.

Siguió su camino y se encerró en su tienda, se sentía agotada. Se tiró sobre la litera y se durmió.

Un ruido a su alrededor la despertó. Abrió los ojos y se topó con los verdes de Dante, que estaba sentado al borde de su cama.

—Si no comes te vas a enfermar —sus saludos siempre eran atípicos—. Y no creo que te guste comer piojos.

Eva se levantó y un mareo la acometió. Tuvo que sujetarse del hombre, que la ayudó a sentarse. Le alzó las piernas y se las colocó encima de la mesa.

—Es para que te vuelva la sangre a la cabeza.

Ella quiso decirle que ya sabía lo que había que hacer ante un mareo, pero calló.

Lo vio desplegar la comida que había traído y, si bien no tenía hambre, los olores que invadieron la estancia la entusiasmaron.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—¿Hacer qué? —inquirió él.

—Pretender cuidarme.

—Porque detrás de ese personaje que haces, muy mal por cierto, hay una mujer que necesita que la cuiden, una mujer que me interesa.

Ella se sonrojó, fue un momento de debilidad que él capturó en su retina. Estaba en lo cierto, necesitaba cobijo. No quería que fuera Dante quién lo advirtiera, pero al parecer nada escapaba a su mirada de prados.

—Ven, vamos a comer.

Eva no pudo resistirse al guiso carrero que Olivera le ofrecía; las mujeres se afanaban en cocinar en una olla de hierro que alimentaban a fuego de ramas secas. La grasa, el charqui, la sal, el zapallo y la mandioca eran una combinación exquisita.

—Lo hizo Lila —explicó el hombre.

—Es muy sabroso —era todo lo que iba a decir en agradecimiento—. Espero que no tenga ningún veneno —añadió, recibiendo de su acompañante una mirada de intriga—. No le caigo bien a Lila.

—Sabe que me gustas —Eva volvió a ruborizarse frente a lo cual Dante sonrió—. Lo que no me gusta es que intentes darme celos con ese soldado. — Sus ojos le advirtieron que la próxima vez no se quedaría mirando sin intervenir.

—No intento darte... —pero él la silenció.

—Será mejor que comas y permanezcas en silencio. —No le gustó el tono autoritario, pero no se sentía con fuerzas para replicar.

Terminada la cena la muchacha se sintió muy cansada. No estaba acostumbrada a comer tanto.

Vio a Dante despejar la mesa y recoger todo.

—No tienes buen semblante —dijo—, deberías dormir.

Eva lo vio salir sin despedirse. Los pensamientos se le mezclaron, sentía una gran contradicción. A Dante lo quería lejos, sin embargo... esa repentina indiferencia le molestaba.

¿Indiferencia? Te dijo que le gustas, te está cuidando, te trajo de comer. Y te hizo una escena de celos. ¡Oh! ¿Qué quieres? Ponte de acuerdo.



CAPÍTULO 32

Buenos Aires, marzo de 1922

Carola y Antonio habían consensuado mandar a Guido al colegio. Entre sus papeles, que Antonio se encargó de sacar del alcance de su esposa, estaban las constancias de su escolaridad anterior, y pudieron anotar lo en segundo grado.

La muchacha se arrepentía de no haber husmeado en los antecedentes del niño antes de que su marido se llevara todo. Allí seguramente estaba su antiguo colegio, los datos de su madre, y ella podría rastrear en el pasado. Necesitaba saber más, no se conformaba con que el pequeño había perdido a su madre y de un día para el otro formaba parte de sus vidas. Algo más oscuro se escondía detrás de todo eso, y ella estaba decidida a saber.

Cuando le había preguntado a Guido el nombre de su mamá él solo había dicho “Margarita, como la flor”. Carola había quedado pensativa, ese nombre no le decía nada. Antonio nunca había nombrado a nadie de su pasado, ni siquiera amigos de la infancia.

Todo ese misterio la volvía insoportable, ni ella misma se aguantaba. Con Antonio habían retomado la vida conyugal, ya habían pasado varios meses y no tenía sentido mantenerlo alejado; seguía siendo su marido aun cuando ella ya no sintiera lo mismo. El amor se le había ido desdibujando hasta convertirse en una mancha borrosa. Y ni hablar del deseo: ya no disfrutaba de los encuentros íntimos que se habían transformado en algo mecánico y sin

gracia. Nunca más posturas atrevidas ni relaciones osadas. Solo cumplir, como correspondía a una esposa.

Antonio no pudo concurrir a la reunión de padres, era en horario bancario, de modo que tuvo que ir Carola en su rol de madre adoptiva. Una tarde el niño le había preguntado cómo debía llamarla y no supo qué responderle. No le parecía correcto, en memoria de su madre, que le dijera mamá. Tampoco era una tía o familiar directo, y madrastra sonaba feo.

—Carola estará bien.

Pero en la reunión escolar ese apelativo sonó como un disparo. Cuando Guido se refirió a ella por su nombre varias cabezas giraron para ver qué mala madre prohibía que su hijo le dijera mamá. Carola no se sintió con fuerzas para dar explicaciones y al finalizar el encuentro regresó a la casa con dolor de cabeza.

Las hojas siguieron cayendo en el almanaque y, mientras la relación entre padre e hijo se afianzaba, la del matrimonio se desarmaba como castillo de arena en la orilla del mar.

Antonio había dejado de buscarla en el lecho, y si bien Carola se sentía ofendida, en el fondo lo agradecía; ya no tenía ganas de compartir intimidad con él. Pese a ello una falsa armonía se suspendía en el aire y salían los fines de semana como una familia común y corriente.

Guido había dejado atrás su mirada melancólica y reía y jugaba igual que sus compañeros de colegio que más de una tarde Carola recibió en la casa. Sus notas eran buenas, el pequeño demostraba a diario que poseía una inteligencia superior a la media y la directora le transmitió su inquietud:

—Si sigue aburriéndose en segundo grado tendré que probar de pasarlo a tercero.

Antonio tenía el pecho henchido de emoción y Carola se preguntaba cómo había podido estar durante tanto tiempo lejos de ese hijo que era la luz de su mirada. Pero cuando ella intentaba saber quién era la madre del jovencito, su

marido interrumpía la conversación y de manera airada se alejaba. Había algo más en todo ello que Carola no alcanzaba a comprender y se hallaba sin herramientas para desentrañar ese oscuro pasado que rodeaba al nacimiento de Guido.

Durante las vacaciones de invierno, en contra de lo que Carola había esperado, basada en conversaciones previas con su esposo, este no se tomó siquiera una semana para compartir con la familia. Con excusas de todo tipo Antonio continuó trabajando, incluso sumando horas extras, porque solía aparecer por la casa cerca del anochecer, argumentando que en el banco había tareas a su cargo que se desarrollaban después del cierre.

Carola en su rol de madre sustituta tuvo que ocuparse de llevar al pequeño Guido de paseo, a casa de amiguitos que lo invitaban a jugar, y cuando no, de recibir también niños.

A la segunda semana Antonio empezó a ausentarse luego de la cena. Primero con la excusa de una reunión de compañeros de trabajo y luego simplemente tomaba su abrigo y se iba.

Ante las preguntas de Carola no había respuestas concretas. Solo que tenía que salir, excepto algunas veces que aducía una partida de cartas. Volvía tarde, con olor a humo y el rictus amargo. La muchacha olía su ropa al día siguiente buscando el perfume de otra mujer, pero solo encontraba cigarro y sudor. Nada que revelara que su marido tenía una amante. Era un enigma.

El malhumor se apoderó de Antonio, todo le molestaba, incluso el niño, que de pronto se vio relegado y cual cachorrito asustado se escondió en un mutismo inexpugnable.

Carola quería levantar ese hogar que se caía a pedazos, pero no podía hacerlo sola. Se desvivía por crear un ambiente de armonía que no existía, todo era una farsa en la cual malos actores morían un poco cada día.

La felicidad de los primeros tiempos era tan lejana como una mancha en el horizonte. Carola no sabía qué hacer. La soledad en que cada uno estaba

inmerso los convertía en tres islas, cada cual trataba de mantenerse a flote porque ninguno podía nadar.

El dinero empezó a escasear y las excusas de Antonio comenzaron a repetirse. Carola sabía que le mentía, pero no acertaba a descubrir qué pasaba. La hipótesis de una amante no la convencía, de ser así al menos su marido tendría mejor humor, pero este desmejoraba a pasos agigantados.

—Antonio, dime qué ocurre —pidió una noche que lo esperó despierta hasta las dos de la mañana.

—Nada, duerme.

—Sabes que me estás mintiendo...

—¡Basta, Carola! —fue tal la fiereza con que lo dijo que la muchacha se arrebujó entre las mantas y ocultó el llanto.

Esa noche decidió volver a trabajar.



CAPÍTULO 33

Napalpí, diciembre de 1923

Don Rufino había regresado a El Aguará con una teoría sobre los piojos, los aminoácidos y las diferencias del ADN entre los aborígenes y los blancos. Todo ello abalado por el investigador Enrique Lynch Arribálzaga.

—Por ello debemos continuar con las curaciones de enfermedades —explicó a Eva—, suministrando piojos en las comunidades aborígenes. Sin embargo, no creo que lo mismo funcione con los blancos.

Eva lo escuchaba atónita e interesada. Todo ello le parecía novedoso e increíble a la vez.

Quería volver a su campamento, pero don Rufino insistía en que se quedase allí.

—Santiago puede ocuparse, es más joven que yo, que ya estoy viejo. —Era la excusa con la que intentaba retenerla, porque la diferencia de edad era mínima.

Eva extrañaba a Rosalía y a decir verdad prefería hallarse distanciada de Dante Olivera. Si bien él se ausentaba durante casi toda la jornada a causa del trabajo en el monte, saberlo cerca la alteraba. Podía sentir sus ojos siguiéndola al anochecer, cuando ella volvía de recoger hierbas para preparar, o cuando terminaba de visitar enfermos ante el pedido de don Rufino.

La epidemia había cedido, pero siempre había niños y ancianos que caían presos de las fiebres o las infecciones. Era todo muy precario y la vida en la

naturaleza tenía también sus riesgos.

El pequeño Mario la rondaba como mosca a la miel, tal vez le habían comentado que había participado de su sanación y el niño quería mostrarse agradecido. Eva lo prefería lejos, no deseaba encariñarse con él, con él ni con nadie. Solo con Rosalía había forjado una amistad que estaba en pleno crecimiento cuando habían tenido que separarse.

Lila por su parte seguía mirándola con recelo. Al principio Eva había querido congraciarse con la muchacha. Sin embargo, en su afán de no aferrarse a nada, consideró que era mejor así. Ella bien podía sobrevivir sola, no necesitaba de nadie. Ya no.

Aranjuez no desistía de sus intentos de seducirla y la visitaba metódicamente cual novio, pero ella no aceptaba sus galanteos. Lejos de ofenderse o desmoralizarse, el hombre insistía. Esa mujer era un desafío: quería llevarla a la cama.

Los rumores de ataques de indios seguían preocupando a la prensa y una serie de episodios ocurridos en un vecindario límite entre Chaco y Salta fue un buen disparador para la represión que vendría.

En El Cuchillo, un paraje ubicado en Rivadavia, se perpetraron varios crímenes de mano de aborígenes ebrios y criminales comunes, entre ellos Teófilo Páez, quien había asaltado la subcomisaría y la Receptoría de Rentas.

Los indios volvían de la zafra azucarera de Salta y Jujuy y compraban alcohol y armas a comerciantes inescrupulosos que se aprovechaban del poco dinero que traían encima. Bajo el efecto de la bebida cometían desmanes y el comisario del lugar temía que se unieran a Páez, dado que este había vivido durante un tiempo en las rancherías.

La zona hervía y el comisario dispuso la concentración de efectivos en todas las localidades vecinas amenazadas.

Los pobladores salteños, asustados, entraron en pánico y se armaron estratégicamente, saliendo a cazar aborígenes con la excusa del robo de

ganado.

Esos enfrentamientos repercutieron en el Chaco y cerca de El Pintado hubo refriegas entre indios y policías. Delincuentes comunes, indios alzados, pobladores asustados, todo era una combinación fatal.

El monte estaba tenso, la situación era propicia para una explosión de violencia. Los aborígenes se sentían oprimidos, despojados de sus tierras y de su libertad, explotados miserablemente.

Eva logró visitar a Rosalía y esta le confió que los hombres estaban pensando en tomar medidas.

—¿Acaso piensan atacar? —se preocupó Eva.

—No, mi querida amiga —la tranquilizó—, ya te he dicho que este pueblo es manso como agua de lago.

—¿Entonces?

—Pedro habla de ir a la huelga. Piensan armar un petitorio, pedir que supriman los descuentos, entre otras cosas. Están cansados de los administradores y capataces que todo lo controlan, antes eran libres. Se supone que la reducción está para ayudarnos, no para perjudicarnos.

—Tienes razón, debería ser así —reflexionó Eva.

Al volver a su rancho era casi noche. Se conformó con lo poco que había compartido con Rosalía y pese a que el estómago le chillaba de hambre se acostó a dormir. Le dolía la cabeza, tantos rumores sobre malones y ataques la habían desestabilizado. No deseaba más violencia, ya había tenido suficiente.

Se tiró en la litera y cerró los ojos. Imágenes del pasado la rondaban aún, podía sentir el olor y el calor. El miedo estaba agazapado, esperando un momento de debilidad para saltar sobre ella, que intentaba mantenerlo a raya. Inspiró profundo y se llenó las fosas nasales del aroma de la noche, que traía mezcla de hierbas y madera de los fuegos que todavía danzaban en los frentes de algunos toldos.

Se dejó llevar por un cántico lejano que venía cabalgando en la brisa nocturna. El sueño la envolvió, se sintió liviana, plácida y serena, un estado que anhelaba y no podía hallar durante el día.

Estaba en un lago, nadaba y en cada brazada se alejaba de la orilla. Cuando llegaba al centro giraba y tocaba el fondo, hacía pie y miraba hacia la lejanía. Dos siluetas se recortaban sobre la línea de tierra, una alta y delgada, otra pequeña. De la mano la saludaban y ella podía adivinar sus sonrisas. Pero cuando quería responder al saludo un remolino de agua furiosa la hundía al mismo tiempo que los veía envueltos en las llamas. Podía escuchar sus gritos incluso bajo el agua. Intentaba subir, debía nadar para salvarlos, pero algo la sujetaba con fuerza y tiraba de ella hacia las profundidades. Sentía que se ahogaba mientras se debatía para liberarse.

Unos brazos la sujetaban por los hombros y al abrir los ojos se encontró con Dante, quien la miraba extrañado.

—Estabas gritando, por eso entré.

Eva no hallaba las palabras, el sueño había sido tan real que le costaba salir de él. Se llevó las manos a las sienes, le dolían.

—Tienes fiebre —dijo Dante.

Ella negó con la cabeza.

—No seas terca. —Se puso de pie y buscó un paño que humedeció—. Acuéstate. —No había rudeza en su voz, pero la orden no dejaba resquicio para la rebeldía.

Posó la tela sobre la frente y aunque no estaba del todo frío Eva sintió algo de alivio. *Debe tener razón, estoy ardiendo.*

Su estómago rugió y él la miró con reprobación.

—Deduzco que no cenaste. —Se volvió a parar y buscó algo para darle, mas no había nada.

Sin palabras salió del ranchito. Eva se relajó y cerró nuevamente los ojos. Las pesadillas habían regresado, esta vez con más intensidad. No sabía a qué

atribuirlo, si a los hechos violentos de los alrededores o a su propia conciencia.

Dante regresó enseguida con algo de comida que la obligó a tragar.

—Estás muy delgada, casi en los huesos —reprendió— este no es sitio para mujeres débiles.

Ella quiso responderle que no era débil, quiso contarle todo lo que había pasado, pero calló. *Delgada...* Una sonrisa irónica vistió su boca, fue solo un instante.

—Bebe —dijo Dante una vez finalizada la comida—, necesitas estar hidratada en un lugar como este.

Eva obedeció, sabía que él tenía razón, aunque le disgustaba que la viera como a una frágil muchachita de ciudad.

Cuando despertó por la mañana la fiebre había remitido; Dante ya no estaba.



CAPÍTULO 34

Buenos Aires, octubre de 1922

La vida en la familia Mazzone era un infierno. Antonio pasaba poco tiempo en la casa, pero cuando llegaba, su presencia rompía la escasa armonía que Carola sostenía con Guido aun a costa de su propia felicidad.

Cuando estaban solos la muchacha se ocupaba de él con verdadero cariño, el niño era bueno y estaba tan necesitado de amor como ella, que de pronto se había encontrado huérfana de marido y relegada a las tareas de la casa.

Lo llevaba al colegio, firmaba sus notas que pese a todo seguían siendo las mejores, forraba sus cuadernos y le cosía la ropa. Era una verdadera madre aunque él seguía llamándola por su nombre y ella jamás le decía “hijo”.

Funcionaban bien y en el aire se respiraba tranquilidad, tranquilidad que se evaporaba al llegar Antonio. Este solía aparecer luego del trabajo, con el gesto adusto y la mirada perdida. Lejos en el tiempo había quedado el hombre cariñoso y protector que la había enamorado. Apenas saludaba a Carola, a quien siempre hallaba haciendo alguna tarea doméstica, se quitaba el traje que parecía ahogarlo y se vestía para volver a salir.

—¿Por qué no me acompañas a buscar a Guido al colegio? —era la habitual pregunta de su esposa.

—Tengo que irme.

Por muchos esfuerzos que Carola hacía para retenerlo en el hogar, él siempre se iba, sin explicaciones válidas. Ya ni siquiera inventaba excusas,

solo se iba.

Volvía luego de la cena, agotado, por lo general de mal humor. Ella lo aguardaba despierta la mayoría de las veces, con la ilusión de poder conversar con él, pero Antonio apenas la miraba y se dormía.

A Guido prácticamente no lo veía, y ella ya no sabía qué decirle al pequeño, que extrañaba a su padre. En los primeros tiempos habían afianzado el vínculo, pero al parecer Antonio tenía otros intereses que lo alejaban de su familia.

Solo durante el fin de semana salían un rato de paseo, pero él se notaba ansioso y preocupado por algo que Carola no podía descifrar. Por mucho que revisara en sus bolsillos y oliera sus prendas no hallaba nada, solo papeles con cifras, números y más números, lo cual no era de extrañar siendo que trabajaba en un banco.

Pensó en contactar a sus compañeros de sucursal, tal vez alguno le diera algún indicio de lo que le ocurría a su esposo. Pero desistió anticipando que se pondría furioso si se enteraba de que andaba inmiscuyéndose en sus cosas.

Después de la tremenda discusión de principios de año, cuando a Carola se le había ocurrido volver a trabajar, no había vuelto a insistir con lo mismo. Ni bien había mencionado sus intenciones se había puesto como loco.

—¡Mi mujer no necesita ir a trabajar de sierva de nadie! ¿Es que acaso te falta algo?

—Cálmate, Antonio, no es para que te pongas así —había intentado tranquilizarlo—, solo que a menudo el dinero no alcanza y quisiera ayudar.

—El dinero alcanza —ambos sabían que mentía, pero no fue capaz de retrucar. Estaba muy alterado—. Tal vez esté mal administrado.

—¿Quieres decir que yo...?

—No hablo de ti, Carola —cortó en seco—. No te preocupes, es culpa mía. Tuve que prestarle algo a un amigo que está en problemas, pero ya me lo devolverá y todo será como antes.

Carola quiso creerle, pero en el fondo de sus ojos claros se escondía la mentira. Nunca supo si ese amigo al que había auxiliado le había devuelto el préstamo, lo cierto era que costaba pagar las cuentas.

Pensó también en trabajar a sus espaldas, podía disponer de unas horas entre que llevaba a Guido al colegio y él regresaba, pero no quiso arriesgarse. Antonio estaba tan encerrado en su postura que tampoco se animó a confesarle de sus ganas de retomar sus estudios de enfermería. Después de todo no le faltaba tanto, podía cursar cuando Guido estaba en la escuela, incluso si fuera más lento que sus compañeras. Pero no tuvo el coraje de hablar. Ya habría una oportunidad, tal vez el año próximo, cuando la familia se estabilizara un poco. Seguramente su esposo estaba tratando de asimilar la llegada de su hijo, tal vez extrañaba a su madre. Sí, seguramente era eso, debería intentar un acercamiento con su suegra, el niño tenía derecho a tener una abuela.

Pero todo ello quedaba en la mente de Carola, que no se animaba a hablar mientras la soledad y las dudas la iban carcomiendo por dentro. Se sentía prisionera en su propia casa, a merced de los designios de su esposo, como si ella no tuviera entidad propia.

El escaso tiempo de libertad que había sentido al morir su madre se había evaporado. Extrañaba las horas de práctica en el hospital. Allí se sentía alguien importante, los enfermos la esperaban como si fuera un ángel y ella les ofrecía siempre la mejor sonrisa.

El matrimonio solo le había traído encierro. A menudo se sentía enjaulada, atrapada en una rutina que ni siquiera tenía la recompensa del cariño.

Carola pasaba los días con la ansiedad recorriéndole el cuerpo y la mente de manera tormentosa, lo cual la había llevado a comer en exceso aumentando algunos kilos. Se miraba al espejo y se veía fea, gorda, como en tiempos de su madre. Su marido ya no la buscaba en la cama, y si bien ella tampoco tenía ganas del encuentro, era una señal de que ya no la encontraba

deseable.

Por mucho que intentara verse bella, no lo lograba. El pelo no lo llevaba a la moda y la ropa ya tenía un buen tiempo. Si bien no era una muchacha veleidosa hubiera querido sentirse linda, atractiva al menos. Todo le jugaba en contra.

Un mediodía de fines de octubre alguien llamó a la puerta. Tras ella Carola se halló con un hombre de traje y sombrero.

—Busco a Antonio —dijo el sujeto luego de dar los buenos días.

—Está trabajando. Y usted es...

—Un amigo, un viejo amigo. —Se quitó el sombrero, tenía la frente sudada.

—Llegará luego del horario del banco. —No se animó a invitarlo a entrar, algo en él no le gustaba.

—¿Podría dejarle un mensaje de mi parte?

—Claro, si me dice su nombre le daré el recado. —Carola intuía que algo no andaba bien.

—Dígale que el tiempo del préstamo llegó a su fin. —Volvió a calzarse el sombrero—. Él sabe dónde encontrarme.

—¿Su nombre? —insistió Carola, pero el desconocido se alejó sin responder.

Seguramente ese era el amigo a quien Antonio le había prestado el dinero. Pero ¿por qué no se lo había entregado a ella?



CAPÍTULO 35

Napalpí, 20 de julio de 1924

Volví al monte a pesar de las lastimaduras de los pies y el desgarró del alma. Dejé a Mario en la casa de don Segundo, me prometió que cuidaría de él hasta hallar a algún pariente de Dante. Le pedí que aguardara a que la situación se calmara un poco. No deseaba ningún mal para el pequeño.

De nuevo el corazón al rojo vivo. Otra muerte, otro abandono. ¿Hallaría alguna vez mi lugar en la tierra? Mi destino era errar por el mundo sin poder aferrarme a nada, arrastrando a mi paso la desgracia de quienes me rodeaban. Primero ellos, ahora los aborígenes.

Me costó despedirme de Mario, pese a que no dijo nada pude percibir su miedo en su mano sudada apretando la mía al momento de partir. Me causó infinita pena su desamparo, ¿habría visto a su padre herido? En el momento del espanto no recuerdo haber evitado que el niño presenciara su abatimiento. El dolor en el pecho me dejó sin aire, no podía concebir a Dante muerto. Por mucho que quisiera arrancarlo de mi ser, estaba ahí, acechándome todo el tiempo. Lo había rechazado infinidad de veces, lo había usado con el afán de que se apartara de mí, le había mostrado mi lado más egoísta, y pese a todo él insistía en el amor. Ese amor que confesaba abiertamente y sin vergüenza, que portaba como un trofeo de vida hacia una mujer que no conocía. Porque Dante no me conocía, no le permití llegar a mi verdad, apenas le abrí la puerta a mi pasado a través de las pesadillas que

pudo presenciar. Sé que fui injusta con él primero y luego con su hijo. Al menos lo dejé en un sitio seguro, donde lo cuidarán hasta entregarlo. ¿Entregarlo? No era un paquete y sin embargo quería pensar en Mario como una cosa, un objeto del cual podía desprenderme si me causaba molestias. No deseaba aferrarme a él, no quería amarlo. Necesitaba estar liviana para volver sobre mis pasos.

El monte otrora lleno de vida y olor a hierbas me envolvía en su aroma denso y putrefacto. Los cadáveres en descomposición habían dejado su huella. La cacería había continuado durante todo el día, también durante la noche.

Avancé orientándome como pude siguiendo las señales que había aprendido de la mano de los aborígenes. Tenía que llegar a Quitilipi. Confiaba en que no tendría problemas con las autoridades, mi color era mi pase. Pero también mi color me delataba ante quienes estaban buscándome.

No conocía a nadie en el pueblo excepto a Juan Silvio y necesitaba dinero para abordar el tren. Pero no podía pedirle a él, no luego de lo que había pasado. Mi actitud lo había confundido, le había permitido ir un poco más allá de los besos y le había puesto el freno justo antes de sucumbir en la cama. Sentirme deseada había sanado un poco esa herida antigua, ese no quererme producto de mis complejos. Pero también me había hecho desmerecerme a los ojos de Dante, evitar que me quisiera era mi objetivo. Que me viera como una mujerzuela era lo mejor. Que me quitara de su cabeza y desterrara de su corazón. Él no tenía que saber que lo mío con Juan Silvio no había pasado de los besos y algunas caricias más allá de la decencia. Pero ni siquiera mi mala conducta le había apagado el amor que sentía por mí.

Seguí andando bajo el sol del mediodía, que se filtraba por entre las ramas. Empecé a sentir hambre y sed.

Cuando llegué a Quitilipi el panorama era igual de terrorífico que el día

anterior. Al otro lado de la plaza principal se encontraba la comisaría. Todavía había curiosos que querían ver el cadáver de Pedro Maidana, o lo que quedaba de él.

No pude resistir la tentación, no sé si fue morbosidad o respeto por el aguerrido cacique.

Me aseguré de que mis perseguidores no estaban y avancé como una autómatas. Pasé por delante de la parroquia. San Antonio de Padua, el patrono, era testigo calificado de tanto infortunio.

Escuché algunos retazos de conversaciones y me enteré de que el gobernador Centeno había visitado las celdas la noche anterior. También el jefe de Policía, Diego Ulibarrie y los comisarios responsables de la operación.

Me sumé a la fila de hombres y mujeres que querían disfrutar de ese macabro espectáculo, no me pregunté qué hacía allí, simplemente me uní al espanto.

Avanzamos lentamente, olvidé mi sed, mi hambre y mis enemigos. El pasillo era estrecho y húmedo, las paredes grises gritaban dolor y frustraciones.

Las moscas danzaban festejando la barbarie, y el olor de la masacre flotaba en la brisa de ese mediodía fatal.

Cuando me llegó el turno me asomé al primer calabozo. Allí, en una palangana de acero que reinaba sobre un charco de sangre seca, los testículos, las orejas y el pene de Pedro Maidana. Apreté las mandíbulas y los puños. De haber tenido un arma hubiera disparado contra todos los que estaban ahí, tanto mirones como uniformados. Estos reían y bromeaban, comentaban no sé qué cosa de la fiesta de la víspera con motivo de un nuevo aniversario del Club Social de Quitilipi. ¡Qué perversa la mente humana!

Salí de esa celda y me crucé con una mujer que sonreía arrastrando de su mano a un niño mientras le decía: “Ese indio sucio ya no causará

problemas”. Tuve ganas de sujetarla por los cabellos peinados con rulos y arrastrarla por el suelo entre la sangre y las moscas. Me contuve, no debía llamar la atención.

En la jaula contigua, sobre el suelo, el cadáver de Pedro Maidana era profanado por los bichos. Apenas le habían tirado encima unos papeles, no había absoluto respeto por el descanso de su alma.

Recordé todo lo que había aprendido de sus creencias respecto de la muerte. Ya nadie podría dar las condolencias ni ofrecer solidaridad a la familia, no había nadie a quien consolar tampoco.

Los asesinatos impidieron también cumplir ciertos rituales que, lamentablemente, había presenciado ante las epidemias. Los familiares del difunto solían pintarse el rostro con las carbonillas de ciertos árboles y la viuda se cortaba el pelo en señal de luto. Todas las pertenencias del desaparecido eran destruidas: arco, flechas, plato, olla... Después se procedía a la quema de la vivienda para ahuyentar el espíritu del muerto y durante un tiempo no determinado los varones de esa familia no ejercían ninguna actividad (pesca y caza) para evitar la furia de los animales terrestres y acuáticos, que generalmente se esfumaban al detectar la presencia de seres humanos que no estaban purificados en ceremonia.

Verdaderos o no tales conceptos, para los aborígenes eran parte de su patrimonio cultural. La matanza los había privado de dar sepultura a sus muertos según sus propios rituales.

El dolor me llovió el alma. Sin embargo, por miedo, reprimí el llanto, ese llanto que pugnaba hacía tiempo por salir, desbordarme, convertirme en ríos de sal.

Una vez en la calle me senté sobre un tronco, no tenía fuerzas para seguir. Tuve que soportar las conversaciones de los vecinos alabando la labor de los policías, de los colonos, de los administradores de las desmotadoras que habían engrosado las filas armadas para sofocar la primera huelga de los

peones aborígenes.

*—Escuché que el club va a premiar con diplomas a los socios heroicos —
dijo un hombre de aspecto grasiento. Tuve que sofocar mi propia furia para
no acometerlo a golpes.*

*Debía irme, dejar atrás tanta barbarie e ir en busca de mi pasado. Con
Dante muerto, nada tenía que hacer ahí.*



CAPÍTULO 36

Buenos Aires, noviembre de 1922

La noche del infortunio Antonio llegó más tarde de lo habitual. Venía sudado y con olor a alcohol, algo extraño dado que no era afecto a la bebida.

Carola ya estaba en la cama. Despierta y nerviosa por su tardanza, hojeaba un libro sin lograr concentrarse en las líneas.

La llave en la cerradura le tensó el cuerpo, aguzó el oído y lo escuchó ir a la cocina y abrir la canilla. Después los pasos la guiaron hasta el baño y aguardó a que Antonio se lavara la cara y los dientes, fiel a su costumbre.

La esposa dejó el libro en la mesa de luz y se sentó en el lecho que tristemente compartían. Estaba decidida a hablar, a descubrir cuál era el motivo por el cual su marido estaba tan extraño y distante.

Pero cuando ingresó al cuarto Carola supo que no era la noche adecuada. Antonio lucía devastado. Su rostro era una combinación de miedo y desesperación.

—¡Antonio! —La muchacha se levantó y salió a su encuentro—. ¿Qué ocurre? ¿De dónde vienes?

Sin palabras el hombre se desplomó en la cama. Llevó sus manos a la cabeza y se masajeó las sienes. Carola sintió pena. Se ubicó a su lado y lo acarició, alerta por si la rechazaba. Sin embargo, él se cobijó en su pecho y se aferró a su cintura llena y cálida. Como un niño lloró sin consuelo, convulsionándose e hipando. Ella lo dejó hacer y escondió sus preguntas. No

era momento de atosigarlo con sus cuestionamientos aunque la ansiedad por saber la devoraba por dentro.

—Hice todo mal, Carola, lo siento.

—Sh... —intentó consolar sin dejar de acariciarlo.

—Perdóname, fui egoísta contigo. —La miró con sus ojos lavados por el llanto—. Te amo tanto que quise mantenerte solo para mí. Sé que te alejé de todo y te recliné en la casa... —Ella no podía creer que Antonio fuera consciente de todo y le pidiera perdón. La volvía inmensamente feliz su confesión, era una oportunidad para empezar de nuevo—. Lo siento, amor mío, lo siento —continuó él—. Lamento haberte mentado, haberte ocultado que tenía un hijo. —Se llevó de nuevo las manos al rostro y se restregó los ojos—. Hice todo mal —repitió.

—Ya está, mi amor. —Carola era la suavidad y la comprensión puras—. Volveremos a empezar, sin secretos, sin mentiras. Juntos el uno con el otro, como al principio...

—Ojalá podamos hacerlo, Carola... —Había desazón en sus palabras y ella se alarmó. Su marido no lloraba solo de arrepentimiento, había algo más que no le contaba, algo que intuía mucho más grave de todo lo ocurrido hasta el momento.

Pero no era tiempo para continuar hablando. Antonio estaba agotado física y emocionalmente y ella necesitaba dormir, sentirlo cerca de su cuerpo. Tanto tiempo alejados la volvían vulnerable. Quería abrazarlo y mimarlo, dormir juntos uno en brazos del otro aun cuando no compartieran intimidad.

—Vamos a descansar, mi amor, mañana será un día nuevo y hablaremos tranquilos.

—Tal vez mañana sea tarde... —había tal pesimismo en su voz que ella comenzó a asustarse.

—¿Qué dices? —lo indagó con los ojos, pero él no veía más allá de sus lucubraciones.

Como si fuera un niño le quitó los zapatos y las medias. Después le desabrochó uno a uno los botones de la camisa y sintió un cosquilleo en la piel al rozar su pecho, pero al permanecer ajeno a su caricia su ánimo decayó.

—Vamos, ayúdame con los pantalones —pidió.

Antonio obedeció de manera automática y se recostó sobre la cama. Carola lo tapó y se acostó a su lado mirando el techo. Como él no hacía nada para acercarse decidió tomar la iniciativa. Al menos, tendría su calor. Y aunque olier a sudor y miedo, dormirían abrazados.

Él se dejó hacer, ya no lloraba ni decía palabras bonitas. Solo estaba allí, tieso y pensativo, mientras ella se acurrucaba a su lado.

Enseguida Antonio se durmió, un sueño inquieto y ruidoso. Por momentos gemía y suplicaba, en otros gritaba que lo dejaran en paz. Carola lo calmaba, pero él ni siquiera se percataba de nada.

Cuando al fin su marido halló la tranquilidad, la noche estaba bastante avanzada. Carola seguía pensando, ¿qué sería eso que tanto lo atormentaba? Seguramente era el tema del dinero, que seguía sin alcanzar. No sabía si el amigo que le había pedido el préstamo había finalmente cumplido, luego de su visita el mes anterior no había vuelto a tener noticias de él y Antonio tampoco le había contado nada. Pero a juzgar por las palabras de ese desconocido el préstamo había llegado a su fin, de modo que le tendría que haber pagado.

Mañana hablaremos claro. Tengo que aprovechar que Antonio se dio cuenta de sus errores y lograr que me confíe sus problemas. Para algo soy su esposa, no puede mantenerme siempre al margen, como si fuera una criatura. Después de todo, es él quien no quiere que trabaje. Si pudiera hacerlo sería más fácil, eso me daría derecho a opinar y relacionarme con él como pares. El hecho de mantenerme en la cocina le da poder para dirigirme, y eso no lo quiero más. Seguramente Antonio tampoco, sus reflexiones de hoy y su pedido de perdón me lo demuestra. Mañana...

mañana será el comienzo de una nueva vida para nosotros.
¡Cuánta razón tenía!



CAPÍTULO 37

Napalpí, febrero de 1924

Eva se había afincado definitivamente en El Aguará, aunque caminaba hasta el otro asentamiento para ver a Rosalía y al resto de la gente casi a diario. Además de la necesidad de conversar con su amiga, quería participar de la cosecha de los frutos que habían recolectado hacía un tiempo y que se habían almacenado en el *ncopi* o parva alrededor de la aldea.

Todos trabajaban los frutos, hombres, mujeres y niños. Algunos se encargaban del secado y la trituration con los morteros para hacer las harinas de consumo diario, otros preparaban pastas con mezcla de harina de chauchas amarillas y negras, y frutas secas de mistol.

La conservación abarcaba de enero a septiembre y la cantidad de alimentos dependía de las familias. Una vez hecho el almacenamiento, se aplicaba el último tratamiento de esterilización utilizando el humo de ciertos arbustos, como el paico para prevenir las plagas de insectos y roedores.

Durante esa tarea Eva parecía una más, enfundada en cueros y adornada con collares. Dante la observaba y una sonrisa se descolgaba de su boca sonrojando a la muchacha que quería pasar desapercibida. Pero nada escapaba a los ojos masculinos y ella sentía que se encendía aun cuando él ni siquiera la tocaba.

Era como un juego del que no podía salir, porque Olivera la seducía con su sola presencia. *No debo relacionarme con este hombre, ni con él ni con*

nadie, se repetía Eva, pero sucumbía a su cuerpo una y otra vez.

Pero aunque no quería, nuevos vínculos crecían inevitablemente para la muchacha. Uno de ellos era el pequeño Mario, que se le había pegado cual abrojo, ocasionando recelo en su tía Lila.

Hasta que una tarde, cansada de las malas caras y las palabras murmuradas por lo bajo por la muchachita india, Eva se salió de sus casillas. Suponía que el malestar provenía de celos por el tratamiento que Dante le profesaba y se decidió a enfrentarla:

—Si tu preocupación es tu cuñado —dijo frente a la sorpresa de Lila—, te lo regalo empaquetado y con moño.

Lila al principio no entendió a qué se refería y Eva tuvo que repetir su descargo en el instante mismo en que Dante llegaba luego de su jornada de trabajo. La blanca se sonrojó a más no poder y la morena experimentó su vergüenza bajando la mirada.

—¿Qué pasa aquí? —se plantó entre ambas mujeres, que se medían frente a la botica.

—Nada que sea de tu incumbencia —replicó Eva.

El trato entre ellos se había distendido. Dante solía visitarla algunas noches y, luego de compartir una bebida fresca, terminaban enredados en la cama para satisfacer sus deseos. No era secreto en El Aguará que sus relaciones no pasaban de ser un encuentro sexual. Así lo quería Eva y así lo respetaba Dante, aunque cada vez le costaba más irse a dormir solo y huir como un delincuente ni bien finalizaban la maratón.

—¿Qué ocurre, Lila? —ella lo miró y el hombre leyó el dolor en su mirada. Se acercó, la tomó del brazo, y se alejaron juntos hacia su toldo.

Eva se sintió contrariada. No le gustaba que Lila hiciera ese tipo de escenas que se habían vuelto recurrentes. Pero por otro lado le daba pena la muchacha, a quien sabía enamorada de su cuñado.

Yo no lo quiero, jamás lo querré. Solo nos acostamos juntos y disfruto de

su cuerpo y sus caricias. Eso será suficiente. No puedo atarme a nadie; me iré de aquí cuando pase el tiempo, cuando las aguas se aquieten. Tal vez debería ceder el lugar a Lila y aceptar el galanteo de Juan Silvio, aunque cuando él me besa no me conmueve... en la cama debe ser peor.

Esa misma noche Dante visitó a Eva. A la hora acostumbrada se presentó a su puerta con una botella de *kapa*, también producto de la algarroba.

Lucía abatido, ella advirtió el cansancio en su mirada. El calor de ese día había asfixiado y él había trabajado demasiado.

—No traes buena cara —dijo Eva por saludo.

No le costaba ser directa y filosa, se había acostumbrado a mostrarse así, dura, revestida de acero para que nada la tocara.

—Gracias por el cumplido. —Se acercó y la tomó por la cintura. La atrajo hacia sí y la besó en la boca—. Necesitaré de tus manos hoy, unos masajes me vendrían bien.

No era la primera vez que le pedía masajes. Eva tenía manos fuertes y diestras para prodigar placer. Los aceites que ella misma preparaba con los aromas del monte los envolvían a ambos y los transportaban lejos de allí. Era ella quien solía comenzar a esparcirlo por su cuerpo, pero enseguida él la tumbaba sobre el camastro y la llenaba de caricias osadas por todas partes, arrastrando las esencias con sus dedos ágiles a rincones sensibles ocasionando en ella gemidos que lo volvían loco.

Dante sirvió la bebida en dos vasos y se sentó a la mesa.

—No quiero que peles con Lila —dijo antes de beber.

—Yo no la peleo, es ella...

No la dejó continuar:

—Ella me quiere. —Había una segunda voz detrás de su mirada verde que le decía “y tú no”.

—Lo sé.

—Y ha sido buena conmigo. Cuidó de Mario cuando su madre... —hizo

una pausa, le costaba hablar de su esposa.

—Entiendo —se apresuró Eva. No deseaba que él se entristeciera, después de todo era un buen hombre. Estaba allí en medio de los aborígenes cuando podría estar viviendo en la ciudad disfrutando del lujo y comodidad de su apellido—. Lo que ocurre es que ve en mí a una competidora.

—Lo eres.

—¡No lo soy! —rio restándole importancia—. No quiero serlo.

Dante se puso de pie y rodeó la pequeña mesa. La tomó del brazo y la instó a levantarse. Frente a frente le asió la barbilla y buceó en sus ojos.

—Eva, tú sabes lo que siento por ti. —La muchacha quiso bajar la mirada, pero él no se lo permitió—. No te escapes. Sabes que te quiero...

—Déjame —se soltó de su mano y le dio la espalda—. Yo no te quiero.

—Dímelo a los ojos —pidió.

La mujer giró y se enfrentó a la mirada verde de ese hombre, a quien había aprendido a respetar y admirar.

—Dime que no me quieres.

—No te quiero, Dante —su voz era tan firme como su postura—. La pasamos bien juntos, no voy a negarlo, pero de ahí a querer... hay un gran paso que no estoy dispuesta a dar.

—Eva... —Escuchar ese nombre tan suyo y a la vez tan lejano, la conmovió—. Dame una oportunidad. Sé que detrás de tu negativa hay razones que no me dices. Está bien, respetaré tu silencio y tu secreto. —Ella lo indagó, intrigada—. Sé que escondes algo, Eva, sé que no viniste aquí por voluntad propia. Todos escapamos de un pasado y estoy dispuesto a esperar a que quieras compartir conmigo tus temores.

—¡Basta! —cortó en seco Eva—. Esto no tiene sentido. Estás diciendo cosas que no son...

Dante giró y caminó hacia la salida. Se asomó a las estrellas y encendió un cigarrillo. Se sentó y respiró profundo. Ella lo miraba incólume detrás de él.

Su mente era un remolino de ideas, dudas y decisiones que no quería tomar.

Aguardó un rato antes de sentarse a su lado. Los ruidos de la noche los envolvieron. A lo lejos alguien entonaba un cántico y un perro aullaba. Permanecieron así un buen rato hasta que él se puso de pie. Eva lo imitó y se miraron.

Las bocas se buscaron y los labios se encontraron. De la mano, Dante la condujo hasta la litera y se acostaron. Se quitaron la ropa lentamente, acariciándose, logrando que las pieles se volvieran llamas.

—Buscaré el aceite —dijo Eva incorporándose apenas.

—Deja... solo hagamos el amor —pidió él, la voz ronca y pastosa, plena de deseo.

Y lo hicieron. Por primera vez desde que compartían intimidad Eva se entregó por completo. Se dejó llevar por el placer y el cariño que Dante le prodigaba en cada beso que empezó a dejar una huella en su encallecido corazón.

El hombre supo que algo había cambiado, mas no lo manifestó excepto por su propio regocijo interior. Se había enamorado de esa mujer que sacaba piojos y cuidaba enfermos sin importar la hora o las inclemencias del clima. Se había enamorado de esa mujer que le negaba amor, pero que se lo entregaba a todos los necesitados de la aldea sin medirlo.

Después del placer, y por primera vez, Eva se durmió tranquila en sus brazos. Dante no quiso desaprovechar la ocasión de pasar la noche a su lado y se acomodó en el estrecho camastro.

La envolvió con su cuerpo pese al calor abrasador y cerró los ojos, feliz luego de mucho tiempo.



CAPÍTULO 38

Buenos Aires, diciembre de 1922

Carola y Guido abandonaron la casa del oficial que los había acogido muy pasada la medianoche. El horario había sido elegido por si la estaban vigilando, nadie pensaría que saldría a esa hora. La denuncia por extorsión no había avanzado por falta de datos concretos pese a que Carola había indagado en los círculos en que se movía Antonio, que no iban mucho más allá del banco y el club, o al menos eso era lo único que conocía de la vida de su difunto marido. La muchacha vivía aterrorizada ante la posible aparición del hombre que la había amenazado.

Sin trabajo y sin dinero, no tenía salida. Su anfitriona la convenció de abandonar la ciudad y buscar a la familia de su esposo.

—¿Qué mejor que la abuela del niño para que la ayude?

—Tiene razón —tuvo que admitir Carola.

Gracias a algunos datos que consiguió a través de empleados del banco logró dar con la dirección de su suegra.

—Vaya con ella, Carola, allá nada le faltará al pequeño. —Antes de despedirse la mujer le entregó unos billetes que la muchacha tuvo que aceptar pese a su orgullo.

—¡Gracias! Le enviaré el dinero cuando mi situación mejore —prometió.

—Tómelo como un regalo de Navidad.

Carola ni siquiera se había percatado de la fecha. En pocos días se

celebraría un nuevo nacimiento de Jesús. ¿Debía seguir creyendo en él?

Posó sus ojos en Guido, inocente y desamparado. Solo se tenían mutuamente. Apretó su manito tibia y emprendieron viaje hacia Las Flores, el pueblo donde vivía Amanda Petruzzi, viuda de Mazzone.

Carola no imaginaba que su suegra viviera a tan solo 187 kilómetros de Buenos Aires, había creído que estaba mucho más lejos. Era evidente que Antonio no había confiado en ella lo suficiente como para decirle dónde vivía su madre y la muchacha no entendía el porqué de tanta intriga.

El trayecto en tren no le alcanzó para conciliar el sueño, en cambio Guido cayó rendido con los primeros traqueteos. Solo llevaban un bolso con algunas prendas que les habían regalado, papeles del banco y poco más.

Carola cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo. Estaba cansada de pensar. ¿Qué había hecho mal para que todo terminara de esa forma? ¿Era culpa suya o había sido Antonio quien los había sumido en semejante desgracia? Tal vez si ella se hubiera impuesto, si hubiera continuado con sus estudios y no hubiera dependido tanto de él... pero siempre había bajado la cabeza a los designios de su marido.

El amor la había enceguecido, la seguridad de un esposo y un hogar en el cual reinar la habían obnubilado. Y cuando se dio cuenta, ya era tarde.

Quería a Antonio pese a sus errores y a su muerte, pero el amor se le había diluido entre las traiciones. No podía perdonar las mentiras. Primero su hijo, a quien había ocultado y negado, después su vicio por el juego, que los había arrojado en manos de leones hambrientos que se cobraron con su vida. Ahora estaba sola con un niño a cargo. Despojada de todo, con miedo y sin poder defenderse.

Rogaba para que su suegra fuera una persona de bien, que más allá del enojo con su hijo le diera cobijo a su nieto.

Arribaron casi de madrugada; la estación estaba vacía. La ciudad, fundada en 1856 con el nombre de El Carmen de Las Flores, debía su apelativo a las

margaritas silvestres de color rojo halladas en las márgenes del arroyo del mismo nombre.

Se quedaron allí, sentados en un banco de estación. Guido volvió al sueño y Carola se mantuvo alerta hasta que las primeras luces del día la animaron a salir.

Como en tantos otros poblados, la llegada del ferrocarril en 1872 había significado un impulso para la localidad. Se había instalado una sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires, funcionaba un periódico y había electricidad. Una pequeña comunidad de inmigrantes entre los cuales se disputaban la mayoría italianos y españoles daban vida al pueblo.

De la mano del pequeño, Carola atravesó la plaza principal y buscó la calle donde vivía su suegra. Las construcciones eran antiguas, con ladrillo visto algunas y a la cal otras. Suelo de tierra y árboles a los costados daban la sensación de estar en el campo. Respiró el perfume que flotaba en el aire y buscó con la mirada los jazmines, sus flores preferidas. Los divisó en una casa de la vereda de enfrente y hacia allí cruzó, solo para verlos de cerca. ¡Qué bellos eran! Pensó que eran un buen augurio.

Pese a la temprana hora, se sentía el calor que sofocaría esa jornada. Faltaban apenas cuatro días para Navidad, pero las calles ya estaban adornadas con guirnaldas de papel, farolitos de luces y carteles festivos. Carola quiso sentir el espíritu navideño, pero no pudo. Le dolía demasiado el corazón.

Miró por el rabillo del ojo al niño y sintió pena por él. Desde que había ocurrido la tragedia, Guido había dicho poco. No había hecho preguntas y se conformaba con lo que podía captar de las conversaciones de los adultos con los que habían estado. No habría regalo de Navidad para él, pero lo peor era la falta de cariño a la que estaba condenado. Si bien Carola le había tomado aprecio, todavía no había colmado su corazón con la presencia del jovencito. Siempre un dejo de resquemor se interponía, aun cuando ella era consciente

de su falta de culpa. ¿Qué responsabilidad podía tener el niño ante los errores de su padre? Era otra víctima.

Continuaron caminando, él con la intriga de conocer a su abuela y ella con la expectativa de ser aceptada.

La gente empezaba a salir a las veredas a barrer o a mirar el cielo y los saludaban con entusiasmo. Debía ser habitual que arribaran familiares para pasar las fiestas.

Al llegar a la dirección buscada Carola se plantó frente a la fachada. Era una construcción modesta, con las paredes sin pintar y un pequeño jardín adelante donde las rosas reinaban entre lavandas y margaritas. Se veía cuidado, alguien había removido la tierra recientemente y parecía preparada para un nuevo cultivo.

Las dos ventanas estaban abiertas y la brisa movía las cortinas de voile blancas. Se acercó al porche y abrió la cancela. No había timbre, de modo que llamó con sus nudillos. Dos golpes secos y a esperar. Ruido de pasos rápidos, cortos y el chirrido de bisagras oxidadas.

Frente a sí había una mujer de unos cuarenta años, demasiado joven para ser su suegra. Tenía un delantal y un pañuelo cubría sus cabellos sin poder evitar que algunas mechas rubias se escaparan a la altura de la nuca.

—Buen día —posó sus ojos en Carola y luego en el niño—. ¿A quién busca?

—A Amanda Mazzone —la muchacha estaba nerviosa, lo disimuló en la firmeza de su voz—. ¿Vive aquí?

—Sí, claro —los estudió de arriba abajo y debió considerar que no eran peligrosos—. Pasen, no se queden aquí al rayo del sol.

El living era pequeño y en contraste con el frente despintado, lucía pulcro y cuidado. Carola divisó un comedor con muebles de estilo y más allá una cocina luminosa que debía dar a un patio trasero.

—Iré a buscarla. —Sin presentarse, la mujer se alejó hacia uno de los

dormitorios.

Carola suspiró, miró a Guido, quien permanecía callado y expectante.

—Todo estará bien —tranquilizó.

Poco tardó en arribar su suegra. Era una mujer alta y delgada, muy distinta a la figura que Carola se había hecho en mente. Se la veía digna y fuerte, lo cual dificultaba las cosas. Su mirada no era la de una abuela tierna y contenedora sino todo lo contrario, frente a sí había una dama hecha de piedra.

—Buen día, soy Amanda, me dijo Mirta que me buscaba.

—Buen día, señora —respondió Carola—. Soy Carola y él es Guido. —Al oír el nombre una alarma se disparó en los ojos de hielo de su suegra. Levantó una ceja, interrogante, y Carola añadió—: soy la esposa de Antonio, y él es su nieto.

—¡Antonio está muerto para mí! —fue la respuesta.



CAPÍTULO 39

Napalpí, mayo de 1924

La opinión pública, estimulada por la prensa local y nacional, seguía hablando de malones y ataques de indios.

Por su parte los aborígenes, sometidos al cerco de Napalpí dada la prohibición del gobernador de salir de Chaco, comenzaron a sublevarse contra la administración de la reducción, que continuaba descontándoles el quince por ciento de la producción de algodón. Ese era uno de los tantos reclamos que tenían. Por ello empezaron a negarse a levantar la cosecha y se concentraron a deliberar cerca de las tolderías. El ambiente se fue crispando.

Los policías se lanzaron a perseguir a los indígenas que regresaban de la zafra jujeña en trasgresión a la orden de Centeno y mataron a algunos de ellos en episodios confusos. También la autoridad comenzó a recibir denuncias telegráficas de productores por robos de hacienda y carneo de animales.

La zona hervía y a Centeno no le quedó opción: armó su comitiva para visitar Napalpí. Pero antes se reunió con los colonos, vecinos y administradores de desmotadoras en el Club Social de Quitilipi.

—En nombre de todas las fuerzas vivas del pueblo ofrecemos todo nuestro apoyo para terminar con este conflicto —dijo un influyente patrón.

—Necesitamos armar a nuestros hombres para impedir los ataques de esos incivilizados —acotó otro.

El gobernador Fernando Centeno prometió calmar las aguas, estaba

decidido a actuar con firmeza.

—Y por si fuera poco, desde ya les anuncio que vendré para la cena del 19 de julio —prometió al cierre de la reunión.

Después, organizó la comitiva hacia las tolderías junto al jefe de Policía, Diego Ulibarrie, varios comisarios, un lenguaraz y el comisario de Quitilipi, José Machado. Se instalaron con la tropa policial entre la administración y las tolderías.

Semejante despliegue de armas alertó a los indios, algo grave ocurría. Para distender el ambiente Centeno mandó a llamar a Ismael Gómez, un excomisario apreciado y honesto que tenía buena relación con los aborígenes.

—Vea, yo sé mi amigo que usted tiene cierto prestigio entre los indios de esta reducción —dijo el gobernador—. Por eso le pido que usted, como expolicía, poblador y vecino de Quitilipi, preste a las autoridades su concurso para que lleguemos a un arreglo, sin que tengan necesidad de recurrir a medios extremos que yo, como gobernante, no quiero autorizar.

Gómez dijo que para ayudar tenía que conocer los pormenores del conflicto.

—Ni los empleados de la administración saben el porqué, menos lo sé yo —fue la respuesta de Centeno.

—Para poder interceder, le pido que retire al otro lado la tropa apostada entre la administración y el campamento. Yo iré a ver de qué se trata.

Cuando Gómez llegó a la toldería fue recibido por los representantes: Pedro Maidana, Juan Machado, Dionisio Gómez y Dante entre otros. Después de los saludos se sentaron a conversar. Ismael Gómez expuso la inquietud del gobernador y preguntó qué ocurría.

—Nuestra posición no es guerrera, solo nos reunimos de manera pacífica para deliberar. Queremos ir a la administración para pedir que se suspendan los descuentos del quince por ciento y de diez pesos sobre lo que cosechamos —expuso Juan Machado en nombre de todos—. La reducción está para

ayudarnos, nosotros deseamos vivir en paz y dedicarnos a la cosecha de algodón.

—Que venga el gobernador en persona a hablar con nosotros —acotó Dante mirando fijo al excomisario—, no habrá problemas.

—Llevaré su mensaje —respondió Ismael Gómez partiendo hacia donde estaba la comitiva de Centeno.

Al cabo de un rato el gobernador se presentó en las tolderías acompañado por el jefe de Policía y el lenguaraz. Fue recibido con cordialidad, lo cual lo asombró. El ambiente estaba en calma y Pedro Maidana expuso sus pedidos: la supresión de los descuentos, la liberación de los detenidos desde hacía varios años en la cárcel de Resistencia —en su mayoría enfermos—, libertad para vender sus productos, la reapertura de la escuela, títulos de propiedad para colonos indígenas, la entrega de mil kilos de galleta y la carne de dos vacas para que comiesen, porque llevaban días sin comer; la gente tenía hambre.

—Disolveremos la concentración y esperaremos a los presos —dijo Pedro una vez obtenida la promesa.

—Como muestra de confianza designo en este acto a Pedro Maidana y Juan Machado como policías —declaró el gobernador—. Tendrán sus armas y uniforme y dependerán directamente del comisario de Quitilipi, José Machado, sin intervención alguna de la administración. Este será quien les dé las órdenes necesarias para ser cumplimentadas dentro de la reducción.

Maidana y Machado asintieron en silencio, ya hablarían a solas. Dante Olivera sabía que había un gran acto demagógico detrás de toda esa farsa, pero también calló; a solas les daría su parecer para que renunciaran cuanto antes.

—¡Esto es una locura! —dijo el administrador al enterarse—. Los administradores de las reducciones pertenecemos de manera autónoma a la nación, ¡dependemos del inspector general de las reducciones!

Pero Fernando Centeno hizo caso omiso.



CAPÍTULO 40

Las Flores, diciembre 1922

Carola no supo qué responder ante la cruda frase de su suegra. Recordó las palabras de Antonio advirtiéndole que no conocía a su madre, pero no había creído que fuera para tanto.

—Por favor, señora, escúcheme —imploró haciéndole notar la presencia del pequeño Guido, que lloraba en silencio.

—¡Mirta! —llamó, y al instante la mujer apareció desde la cocina—. Llévate al niño al patio, dale algo de beber.

Guido se había aferrado a las piernas de Carola. Tenía miedo de esa mujer que, lejos de ser la abuela soñada, era como una bruja de cuento.

—Ve tranquilo, Guido —tranquilizó Carola sin demasiado convencimiento—, todo estará bien.

Al quedar solas, Amanda la escrutó de arriba abajo. La joven se sintió desnuda debajo de su mirada de hielo y supo que allí no hallaría el hogar que estaban necesitando. Pero debía intentarlo, por Guido.

Amanda la invitó a tomar asiento y la instó a hablar. El discurso que Carola se había repetido tantas veces se desmoronó, no servía frente a esa mujer para quien su hijo estaba muerto aún antes de saber que verdaderamente lo estaba.

Se restregó las manos y la miró.

—Amanda, sé que usted y Antonio estaban distanciados...

—Ya le dije... —hizo una pausa, no recordaba su nombre.

—Carola.

—Ya le dije, Carola, que para mí Antonio está muerto.

—De eso quería hablarle... Antonio murió.

Los ojos claros de su suegra se clavaron en ella, brillantes, dubitativos. Carola la vio tragar saliva, enderezar la espalda y tomar aliento. Esa mujer no daría el brazo a torcer con facilidad.

—¿Murió? ¿Acaso estaba enfermo?

—No. Fue asesinado. —Su frase logró conmover a su interlocutora.

Amanda se puso de pie y le dio la espalda. Se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz antes de volverse.

—Lo siento —murmuró Carola, también llorando.

Su suegra volvió a sentarse y su cuerpo depuso su actitud defensiva. Se desmoronó como un castillo de naipes. Tantos años castigándolo con su rencor y su lejanía para terminar llorándolo. No podía perdonarle lo que había hecho, jamás un acto tan aberrante podía ser perdonado. Pero era su hijo y lo amaba pese a todo. No merecía morir tan joven, suficiente castigo tenía ya.

—Cuénteme cómo fue.

Carola empezó su relato, al menos la parte que conocía. Le habló de sus llegadas tardes, de sus sospechas de que tuviera otra mujer, de la falta de dinero y de respuestas. Hasta llegar a la noche del incendio.

—Siempre le gustó vivir al límite —dijo Amanda.

—Necesitamos ayuda —suplicó Carola—. Nos quemaron todo, no tenemos nada... Temo por la vida del niño, me están amenazando porque Antonio dejó una tremenda deuda. Guido es su nieto...

—Como su madre usted debería saber que es su responsabilidad —recalcó su suegra.

—En verdad... él no es mi hijo. —Aún no le había contado esa parte de la historia, pero por su mirada supo que ella sabía quién era el pequeño, aunque

conservara la esperanza de que no fuera el hijo abandonado.

Amanda volvió a ponerse de pie, nerviosa. Repuesta de su dolor enderezó la espalda y volvió a la carga.

—¿Y de quién es entonces? —era su último intento, no quería saber la verdad que ya conocía y que tanto le dolía.

—Es hijo de Antonio y de una relación anterior... —Carola también se había puesto de pie, sus nervios la atormentaban. Intuía que había algo mucho más grave, algo que su suegra conocía y por lo cual había condenado a su hijo—. Tal vez usted conoció a su madre... ella también murió recientemente. Se llamaba Margarita.

Amanda cayó sobre la silla y no pudo contener el llanto. Debía querer mucho a la madre del niño y la noticia de su muerte la había quebrado.

Carola se acercó y apoyó su mano sobre su hombro, incapaz de pronunciar palabra. Respetó su llanto y aguardó a que se calmara.

Lentamente su suegra se fue tranquilizando y volvió a la compostura.

—Lamento darle tantas noticias funestas... —se atrevió a decir Carola.

—Margarita era mi hija.



CAPÍTULO 41

Napalpí, junio de 1924

Juan Silvio Aranjuez estaba celoso. Veía que la relación entre Eva y Dante Olivera era muy estrecha y no se resignaba a quedar a un lado. Había sido él quien la había ayudado a su llegada. Merecía un trato mejor.

Por eso se presentó en su rancho ese atardecer y halló a la muchacha preparando sus aceites, esos que él imaginaba esparciendo por el cuerpo blanco.

Eva estaba de espaldas y, si bien el cabello le había crecido y no le dejaba ver la nuca que tanto deseaba, sus nalgas redondas sobresalían debajo del “poto”.

De tan concentrada, no advirtió su presencia hasta que lo tuvo pegado a su cuerpo y se sobresaltó cuando él le acarició la mejilla con su aliento.

—Qué exquisito perfume —susurró el hombre.

Eva se volvió separándose de él.

—Debes llamar antes de entrar. —Lo miró a los ojos y leyó su deseo.

—Quería sorprenderte.

—No me gustan las sorpresas.

—Bueno, bueno, veo que estás arisca hoy. —Juan Silvio sonrió y posó sus ojos en sus caderas—. No es día para que me rechaces Eva. —Se acercó a ella, la lascivia colgando de su boca.

—Déjame en paz. —Al advertir que iba decidido a todo Eva se aproximó a

la salida, dispuesta a huir si era necesario.

—No te escaparás esta vez. —Él se lo impidió tapando la abertura con su cuerpo—. Te veo con él, me gusta cómo te mueves, cómo lo montas.

—¿Me estás espiando acaso? —Eva estaba furiosa.

Juan Silvio sonrió confirmando sus sospechas.

—Dame la oportunidad, verás cuánto te gusta conmigo. —Avanzó decidido y la tomó por la cintura. La apretó contra su sexo caliente y duro y atrapó su boca.

Pero Eva no se dejaría avasallar y lo mordió.

—¡Putas! —gruñó al sentir la sangre.

Herido en su orgullo, la abofeteó y ella gritó a la par que le daba un rodillazo en la ingle.

—¡Vas a saber lo que es bueno ahora! —bramó el soldado.

La aparición de Dante sustituyó al objeto de su furia. Juan Silvio le propinó un golpe en la mandíbula y este al querer defenderse soltó la botella de *kapa* que traía, que se estrelló en el suelo.

Ambos se trezaron en una pelea mientras Eva intentaba separarlos sin éxito. Luego de varios puñetazos que ocasionaron cortes y sangrado Aranjuez terminó vencido en el piso.

—Vete —ordenó Dante—. Y no vuelvas.

Juan Silvio aceptó la derrota, no podía disparar contra el hijo del legendario Olivera. Salió envuelto en furias bajo una noche sin luna.

—Gracias —murmuró Eva mientras buscaba sus ungüentos para curarlo.

—Ese hombre es peligroso, no deberías estar sola —dijo—. Te hubiera violado si no llegaba.

—No regresará.

—No lo sabemos. Deberías pasar las noches con nosotros, aunque eso signifique no dormir contigo. —Dante compartía toldo con Mario—. Buscaré la manera.

—No harás nada —había decisión en su voz—. Estoy bien aquí. No volveré a molestarme.

—Tú no sabes de lo que es capaz un hombre enceguecido.

Conozco la furia de los hombres, Dante, pensó Eva, pero no dijo nada.

—Déjame ver ese corte. —Limpió la herida de su frente y la de sus nudillos. Después le aplicó unas mezclas cicatrizantes.

—Gracias. Nos quedamos sin bebida —dijo mirando el suelo con restos de *kapa*.

—Podemos tomar mate —ofreció ella poniendo manos a la obra—. Cuéntame qué está pasando —pidió—. Sé que la cosecha de algodón sigue sin levantarse, el gobernador no cumplió con lo prometido.

Había pasado casi un mes desde las promesas de Centeno y todo seguía igual; el ánimo en la reducción era un caldo de cultivo.

—La administración no quiere cumplir —explicó Dante—, el inspector manifestó que no tenía por qué hacerse cargo. Vino otra vez Ismael Gómez a calmar las aguas, pero las cosas no van a quedar así.

—¿Por qué dices eso?

—Pedro y los suyos andan borrachos por ahí mientras siguen alentando la huelga. No fue buena idea que aceptaran esos cargos —manifestó con pesar—, se les subieron a la cabeza. Muchos quieren escapar para trabajar en los ingenios fuera de la provincia, pero tampoco pueden. El hambre es mala consejera, Eva.

—¿Qué piensas hacer?

—Iré a hablar con el gobernador. Se le ocurrirá algún artilugio legal para que los alimentos lleguen.

Pero no hubo artilugio alguno, sino abuso de autoridad. Ante la negativa de la administración, Centeno, irritado, ordenó a la policía que consiguiera lo prometido como fuera.

El comisario de Quitilipi, José Machado, armó una patrulla y confiscó

galletas y cigarros a un almacenero español. El novillo se lo sacaron a un pequeño carnicero, que los insultó en voz baja.

El administrador informó a las autoridades nacionales de lo que estaba ocurriendo, acusando a Centeno de armar a los aborígenes para desestabilizar la reducción.

Esa noche Eva permitió que Dante se quedara a dormir con ella, se estaba acostumbrando a sentirlo a su espalda abrazándola. Cuando estaba con él las pesadillas se alejaban; lo que no sabía era que él tampoco tenía malos sueños durante esas noches compartidas.

Al día siguiente Eva fue a visitar a Rosalía. Quería que ella misma le contara qué estaba ocurriendo con Pedro Maidana y los demás.

—Están todos muy preocupados —dijo su amiga—. Para peor, ahora que son “policías”, se les han subido un poco los humos. Beben en exceso —lo dijo con vergüenza, ella admiraba a Pedro.

—Algo de eso oí... ¿tu marido no puede hacer nada? ¿Hablar con él quizás?

—Pedro es un hombre inteligente, aunque no lo creas...

—No dudo de eso.

—Solo que está cansado... decepcionado. A veces los hombres cargan sobre sus espaldas un peso que no pueden soportar.

La tensión en el ambiente había cambiado el humor de todos y no se avizoraban vientos de calma.

Esa tarde Eva tuvo que revisar al pequeño Mario, que se había cortado la planta del pie. La infección aumentaba ocasionándole dolor e hinchazón. Lila permanecía a su lado, atenta y vigilante. La tirantez entre ellas había disminuido. Lila había comprendido al fin que Dante no tenía ojos para ella, pero la tranquilizaba saber que Eva tampoco le entregaba su corazón a él. Se consolaba pensando que los tres serían infelices.

—No es nada, tendrás el pie vendado unos días y sanará —dijo Eva.

—¿Puedo salir a jugar?

—Claro que sí —respondió su tía.

Al quedar solas Eva empezó a juntar sus cosas.

—Dante quería mucho a mi hermana.

La blanca la miró y le sonrió.

—Tu hermana debe haber sido una mujer maravillosa.

Lila bajó los ojos, conmovida.

—No pretendo ocupar su lugar —sus palabras captaron la atención de la india—. Me iré pronto.

—¿Te irás?

Eva asintió.

—Dante sufrirá —de repente, saber que el hombre amado sentiría su pérdida le desgarró el corazón. Lo quería demasiado, sabía lo que había sufrido al morir su esposa, no deseaba verlo otra vez así. Aun cuando Eva no lo amara, su presencia lo llenaba de luz.

—Dante es un hombre fuerte, no sufrirá por mí.

—Te equivocas —Lila era de pocas palabras, pero incisivas.

—¿Estás loca, muchachita? —se acercó con los ojos furiosos—. Me hiciste escenitas de celos infinidad de veces y ahora me dices que Dante sufrirá si me marcho. ¡Es todo tuyo!

—Eres mala —osó decir Lila.

—Y tú no sabes lo que quieres.

De camino a su rancho, Eva iba molesta. *¿Qué pretende esa niña? Le dejaré el camino libre y me dice que soy mala. ¡Por el amor de Dios! ¿Quién entiende a las mujeres?*

A Eva todo aquello le parecía una locura. En medio de un volcán a punto de estallar en la reducción, Lila le recriminaba que quisiera marcharse.



CAPÍTULO 42

Las Flores, diciembre de 1922

Carola no daba crédito a lo que había oído. Abrió los ojos con desmesura y las palabras se le quedaron atoradas en la boca. Por un instante un zumbido la invadió y creyó que se desmayaría. Amanda advirtió su estado y llamó a su empleada.

Entre ambas la recostaron en el sillón bajo la mirada asustada de Guido. Después, le hicieron oler alcohol.

Permaneció así un rato, observando el techo sin poder sosegar el corazón ni ordenar los pensamientos.

—¿Está mejor? —inquirió su suegra, preocupada.

La muchacha se incorporó y Mirta salió en su auxilio.

—Despacio —aconsejó—, le debe haber bajado la presión.

—Mirta, trae algo bien salado, un trozo de jamón estaría bien —ordenó Amanda, de nuevo en su papel de fría mujer—. Y llévate al niño.

Al quedar solas de nuevo, Amanda tomó la palabra.

—Veo que no conoce bien la historia de Antonio —comenzó—. Por un momento creí que usted estaba al tanto de todo —meneó la cabeza—, pero veo que también fue engañada.

—Yo... —la joven no supo continuar—. Por favor, ayúdenos. Ni Guido ni yo tenemos la culpa de nada. Esos hombres son asesinos... —las lágrimas empezaron a aflojarse en sus ojos—. Temo por nuestras vidas.

La conversación se vio interrumpida por la entrada de Mirta, quien dejó sobre la mesa un plato con jamón crudo, queso y un vaso con limonada.

—Tome, le hará bien —aconsejó la mujer.

Carola no tenía apetito. La noticia le había cerrado la garganta, pero su suegra insistió para que no se desmayara otra vez.

—Carola, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

—¡No! No me malinterprete —balbuceó Carola—. No vine aquí en busca de dinero, solo que nos dé cobijo un tiempo, o al niño por lo menos...—De repente cayó en la cuenta de que jamás, por muchos años que trabajara, podría reunir tal suma. Era exorbitante lo que Antonio debía para sus escasas posibilidades.

—¿Qué ocurrió con Margarita? —Amanda se había puesto de espaldas y miraba por la ventana. No deseaba que esa extraña devenida en su nuera viera sus ojos perlados.

—No lo sé, Amanda, no sabía siquiera de la existencia del niño, hasta que apareció una mujer en la puerta de nuestra casa con la noticia.

—Vaya, vaya —murmuró—, Antonio nunca dejó de hacer daño.

Carola quiso defenderlo, pero no encontró argumentos. Su suegra tenía razón, Antonio había lastimado a todos, comenzando por su madre. ¿Se habría enamorado de su hermana?

—¿Va a ayudarnos? No tenemos a donde ir... —No quería suplicar, no estaba en su natural. Pero sin dinero y con el niño a costas no tenía demasiadas opciones.

Amanda clavó en ella sus ojos transparentes y habló:

—Serán solo unos días, hasta que hallemos otra opción.

—No sé de qué opciones podemos hablar... Esos hombres no se contentarán con mi desaparición. —Temía que fueran tras ella. Y si ella había dado con Amanda, viuda de Mazzone... ellos también podrían encontrarla.

—Ya veremos. De momento se instalarán aquí.

—¡Gracias! —Carola se acercó a ella. Sentía el impulso de darle un abrazo, pero su rigidez la detuvo.

—Escuche, Carola, quiero ser clara. Ese niño es mi nieto, pero no puedo aceptarlo como tal —ni siquiera le temblaba la voz—. Es el fruto de un acto aberrante —dijo con fuerza—, no puedo quererlo. Espero que no le haya dado ese tipo de ilusiones.

—Yo... —ante tanta frialdad Carola titubeó—: no supe qué decirle, en verdad. El niño está muy triste, desconcertado con todo lo que le viene pasando desde que su mamá...

—No se hable más del tema —y alzando la voz llamó—: ¡Mirta!

Esa noche la cena fue tensa y silenciosa. Guido miraba a una y a otra y no sabía cuál sería su futuro. Había comenzado a sentirse a gusto con Carola y todo se había desmoronado. Otra vez sin padre, sin escuela ni amigos. Y su abuela, que no más verlo lo había rechazado.

Al día siguiente Carola amaneció temprano y se presentó en la cocina, donde su suegra ya estaba desayunando.

—¿Qué sabe hacer? —fue su saludo.

—Estudié enfermería dos años...

—Y él la hizo dejar —concluyó con una media sonrisa.

—Sí, Antonio...

—Antonio era un controlador, querida. Además de eso, ¿qué sabe hacer? —repitió.

Carola suspiró antes de responder. Esa mujer no se conmovía siquiera ante la noticia de la muerte de su hija.

—Limpiar, trabajaba de servicio mientras estudiaba. Además de las cosas de la casa.

—No estará aquí de vacaciones. Le buscaré alguna ocupación rentada mientras duerman bajo este techo. —Elevó sus ojos claros y con frialdad dijo —: No se quedará demasiado, solo unos días hasta que reúna dinero

suficiente para pasajes y subsistencia por un tiempo. —Carola abrió los ojos, incrédula—. No me mire con esa cara, no soy una casa de beneficencia. Se irán y se perderán en alguna de esas provincias del norte, allí no podrán encontrarlos.

Carola no podía entender cómo esa mujer podía ser tan indiferente. Guido era su nieto, ¡el hijo de sus hijos! ¡Sus hijos muertos!

—Como usted diga, señora —replicó con orgullo—, prometo que no seremos una carga para usted.

—Lo son desde el momento en que llamó a mi puerta.



CAPÍTULO 43

Napalpí, junio de 1924

Hacía tres días que Rosita Chará estaba con fiebre y Eva ya no sabía qué hacer para aliviarla. El fantasma del garrotillo la sobrevolaba y todos recordaban la muerte por asfixia de la esposa de Dante.

Al enterarse Olivera del mal que aquejaba a la niña, salió en busca del médico qom, Sorai, que andaba en la zona.

—Solo él podrá salvarla —murmuró Lila, que se había convertido en la sombra de Eva, a quien había aprendido a admirar por su entrega en la sanación de los enfermos.

Sorai tardó un día en arribar, en el camino se detenía a curar a todos los que requerían de su saber.

Halló a Rosita al borde de la asfixia. Su padre estaba desesperado, ya no sabían qué hacer con ella.

El médico la tomó en brazos y la llevó corriendo hasta la cañada mocoví. Todos lo seguían, esperanzados e intrigados. ¿Qué haría?

Eva no se quedó atrás y con Mario de su mano, dado que el niño la había adoptado, llegó un poco rezagada.

Sorprendida, vio que el padre de Rosita cavaba una zanja mientras el médico qom emitía sonidos guturales.

¿Qué están haciendo? ¡Por Dios, si pareciera que van a enterrarla viva!, se asustó Eva, pero no osó decir palabra; se limitó a observar los rostros

atónitos de la comunidad que se había reunido alrededor.

En el otro lado del círculo Dante miraba sin ver; su mente estaba lejos de ese momento, junto al recuerdo de su esposa muerta. Eva descubrió en su rostro el dolor convertido en mandíbulas apretadas y ojos muertos. Algo en su interior se conmovió y quiso estar a su lado. *No, no debes encariñarte con nadie de aquí. En breve te irás. Tienes que volver a tu antigua vida.* Eva tenía un sueño que retomar y no pensaba encadenarse a nadie, menos a un hombre.

Sorai tomó a Rosita y la acostó en la zanja. Un susurro general recorrió la cañada, pero nadie emitió palabra. Después la tapó con barro y aguardó a que se secase sobre la piel de la niña. Luego, le limpió el barro seco, la mojó de nuevo y volvió a tapparla.

Así estuvo el médico qom hasta que la fiebre remitió y el riesgo de asfixia desapareció.

La familia de Rosita estaba sumamente agradecida con el viajero y lo acompañaron hasta el camino, dado que este no accedió a quedarse; iba hacia Machagai.

La población retornó a sus actividades y Eva quedó pensativa. Todo lo ocurrido la había sensibilizado, lo cual no le gustaba.

Había mucho movimiento en la reducción, los policías andaban todo el tiempo en actitud vigilante y el administrador parecía haber aleccionado a los capataces de no perder pisada a los cabecillas qom.

Pedro Maidana y Machado andaban sobrios por esos días, preocupados por las promesas incumplidas en cuanto a la liberación de los presos y la supresión de los descuentos. Debían ponerse firmes para evitar que los trabajadores se fueran hacia las provincias norteñas burlando la prohibición; sabían que eso traería la represión.

Dante asesoraba al líder aborígen y su amigo Eugenio lo secundaba, pero por mucho que buscaran soluciones a la hambruna no había mucho para hacer. Los días pasaban y la situación era cada vez más tensa. La palabra

huelga circulaba con más fuerza y la idea se había materializado: nadie acudía a levantar la cosecha.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eva a Rosalía, quien siempre estaba al tanto de todo.

—¡Ay, Eva, tengo feos presentimientos! ¡Esta huelga va a terminar matándonos a todos!

—No digas eso —consoló—, verás que todo se soluciona.

—Todos están cansados de tanto palabrerío, para peor el alcohol los vuelve indomables.

Los bolicheros de la zona esperaban a los aborígenes todos los fines de semana, que cuando no tenían dinero, empeñaban hasta la ropa y el sombrero.

Ese mismo sábado un grupo decidió ir de compras a Machagai; Sorai, a quien llamaban “el hijo de Dios”, decidió unirse a la partida.

En el trayecto, uno de ellos, alcoholizado, comenzó a pelear con sus compañeros, que intentaban calmarlo y llevarlo a la rastra. El alboroto captó la atención de una patrulla que andaba en la zona al mando del oficial Requena, quien quiso hacerse cargo del ebrio.

—Déjelo —propuso uno de sus compañeros—, nosotros lo llevaremos hasta su toldo.

Pero los efectivos no aceptaron y, machete y revólver en mano, acometieron a golpes contra todos.

En la refriega uno de los aborígenes, para defenderse, arrebató el arma blanca a Requena y se produjo una pelea cuerpo a cuerpo, hasta que los disparos quebraron el aire y el médico Sorai cayó muerto.

Algunos aborígenes huyeron al monte, otros quedaron heridos, así como un oficial y dos gendarmes.

La comunidad qom recibió la noticia de la muerte de Sorai con indignación y se expandió hasta el último aborígen del territorio. El médico era un ser querido y respetado por todos, había salvado muchas vidas y su muerte

injusta los llenaba de pesar.

Dante, quien por lo general intentaba poner paños fríos a la situación y buscaba soluciones pacíficas, sintió la ira rugir en su interior: Sorai había salvado a su hijo.

—Hermano —intentó Eugenio—, sabes que estamos en desventaja. Deja el agua correr y encontraremos la forma de traer la justicia.

Conociendo a Olivera, temía que en un arranque fuera en busca de armas para acometer contra la policía que se había llevado la vida de un inocente.

—¡Esos malditos!

Esa noche en su lecho volvió a sufrir las pesadillas que la presencia de Eva había alejado. Desde que ella había entrado en su vida el sueño era tranquilo, como nunca había sido, pero la jornada en que Sorai murió la violencia se apoderó de su mente y le negó el descanso.

Las mismas imágenes de siempre, la mujer, el niño, la sangre y una opresión en el pecho que le impedía respirar y lo obligaba a salir del rancho. Se ahogaba de dolor y de angustia.

Al día siguiente amaneció con ojeras y con el ánimo alterado. Ni siquiera buscó la compañía de Eva.

La muerte de Sorai motivó la escalada del conflicto. No había razón para esa muerte ni para ninguna otra.

—La policía estaba tan ebria como nuestro compañero —dijo uno de los sobrevivientes de ese enfrentamiento.

El desafortunado episodio hizo que se reforzaran las fuerzas policiales entre la zona de Machagai y Quitilipi.

Al anochecer Eva vio un movimiento extraño en el campamento: los aborígenes se habían reunido en torno a una fogata presidida por Dionisio Gómez. Sabía que Dionisio tenía mucha convocatoria entre sus pares y, curiosa, se acercó a escuchar.

Las mujeres le hicieron un sitio y formó parte de esa congregación, que oía

con ansiedad:

—Tuve un sueño —dijo Dionisio— y en él se me apareció el alma de Sorai. —Un murmullo de excitación interrumpió el discurso—. Me anunció la resurrección de todos los mal muertos a manos de los “cristianos”.

Esa sí que es una noticia, pensó Eva, incrédula.

Pero sus compañeros no opinaban igual y todos salieron como enloquecidos a preparar el regreso de sus deudos.

Eva se puso de pie y se encaminó hacia su rancho. Por un momento, un pensamiento se cruzó en su mente. Ella también tenía un muerto injustamente a manos de un blanco; de inmediato desechó la locura de la resurrección.

Esa noche las pesadillas también la rondaron a ella, pero no hubo nadie para rescatarla del llanto. Hacía dos veladas que Dante no la visitaba y, si bien extrañaba su cuerpo y sus sesiones de placer, sabía que era mejor así.

Por la mañana la indiada continuaba preparando ropas y enseres de los difuntos, esperando su regreso. Divisó a Dante que volvía de la cañada junto a Mario. Ambos tenían el ánimo por el suelo. Aguardó a que el pequeño se fuera con los demás niños para abordarlo.

—Buen día.

—Hola, Eva —se sentó a la sombra de un árbol—. Mario cree que su mamá va a volver. —Había tristeza en su voz—. No sé cómo explicarle que eso no es cierto.

Eva se situó a su lado, incapaz de pronunciar palabras. Por mucho que rebuscara en su haber no había manera de consolar a un niño ante semejante pérdida.

—No sé cómo ayudarte.

—Nadie puede hacer nada —tomó una ramita seca y la partió—. Mario no se acuerda de ella, apenas era un bebé, pero necesita una madre, extraña esa figura de la que carece.

—¿Y Lila? Creí que ella se ocupaba de él.

—Y lo hace, pero él sabe que es su tía —clavó en ella sus ojos verdes—.
Se aferró mucho a ti en este tiempo.

—No me manipules, Dante —se puso alerta.

—No lo hago, ya sé que no me quieres, por tanto no quieres a mi hijo.

—Suena feo si lo dices así.

—Es la verdad.

—Me iré pronto —declaró Eva recibiendo de su parte una mirada amenazante.

—Estás mintiendo.

—No, Dante, no estoy mintiendo —suavizó ella—, lamento no poder ayudarte... pero mi estadía aquí tiene vencimiento.

—¿De qué huyes?

Eva se puso de pie y lo miró desde su altura:

—Del pasado.



CAPÍTULO 44

Las Flores, diciembre de 1922

La Navidad en casa de Amanda fue alegre, puesto que la dueña de casa había planificado, previo a la llegada de sus inoportunas visitas, el festejo con algunas familias vecinas. Debido al calor, habían armado las mesas en el patio y rodeados del aroma de las flores disfrutaron de una cena armoniosa.

Carola y Guido habían sido presentados como parientes lejanos, una sobrina política que había llegado desde el sur; nadie había osado preguntar más.

No era época para conseguir trabajo y generar dinero, y los planes de Amanda para deshacerse de sus huéspedes se alargaron. Carola se afanaba en ayudar y aliviar la tarea de Mirta, quien se presentaba todos los días en la casa. Guido poco a poco salía de su ensimismamiento y captaba la atención de su abuela; esta observaba al niño cuando no se daba cuenta. Seguramente debía apreciar el parecido con Antonio: su mismo corte de cara, su perfil y sus ojos de agua.

La comida de Mirta era deliciosa y el pequeño empezó a comer mejor, aumentando de peso para tranquilidad de Carola, que temía que por su origen incestuoso fuera un jovencito enfermizo.

Desde que se había enterado de que era hijo de hermanos temía que de un día para el otro se le despertara alguna enfermedad mental o incapacitante. Pero Guido crecía bien y sonreía de nuevo.

—Carola —llamó Amanda cerca de fin de año—, hallé un trabajo para usted.

—¡Gracias! —respondió la muchacha—. No quiero ser una carga.

—Lo es —reafirmó fiel a su estilo—. Pero no lo será por mucho tiempo. A unas calles de aquí hay un anciano cuya enfermera acaba de renunciar a su cuidado. El pobre está imposibilitado y su esposa no puede hacerse cargo. La esperan hoy mismo.

—Guido...

—Guido se quedará aquí. Espero que su tarifa sea elevada así se pueden ir cuanto antes.

—Yo... no sabría cuánto cobrar.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Le averiguaré.

Al quedar sola en la cocina, Mirta, que había escuchado la conversación desde la ventana del patio, se apiadó de ella y se sentó a su lado.

—Amanda no es como usted piensa —comenzó.

—Yo no pienso nada...

—Cree que es mala, desalmada... pero ella sufrió mucho con todo lo ocurrido.

—No sé qué ocurrió. —Tal vez Mirta le contara.

—No creo que me corresponda contarle...

—¡Por favor! Mi marido murió y me dejó con tantos secretos...

—Ellos eran muy unidos —empezó la mujer, dudando de lo que estaba haciendo—, me refiero a Margarita y Antonio. Ella era hermosa, siempre lo fue. Cuando él nació Margarita fue su segunda madre... y Antonio la admiraba desde que tuvo uso de razón.

—¿Ella era mayor que él? —se asombró Carola.

—Sí, le llevaba ocho años y él creció amándola incluso más que a Amanda, quien nunca fue una mamá cariñosa; por el contrario, era estricta y

distante.

—¿Y el padre?

—Eran tal para cual. —Mirta hizo un gesto de reprobación—. Por eso los hermanos eran tan unidos, se prodigaban mutuo cariño, se cuidaban. Margarita tenía muchos pretendientes y cuando Antonio entró en la adolescencia empezó a sentir celos de los galanes de turno. Ella coqueteaba y los rechazaba a todos. Siguieron ambos enredados en una relación muy estrecha, pero nadie sospechó nada, ¿quién iba a pensar que harían algo malo? Pero él estaba enamorado, perdidamente. Al advertirlo su hermana, que lo adoraba, pero no en ese sentido, intentó poner distancia. Le explicó que ella lo amaba no como mujer, sino como su segunda madre; que siempre estaría para él aunque se casara y tuviera sus propios hijos. —Carola escuchaba atónita todas esas revelaciones impensadas—. Antonio se ofendió y se fue de la casa. Sus padres creyeron que ya era hora de que abandonara el nido y celebraron la independencia del hijo sin sospechar los motivos. Margarita estuvo triste unos días hasta que entendió que era lo mejor. Le dolía que su hermano tuviera esos sentimientos fuera de lugar, pero nada podía hacer. Entonces ocurrió la desgracia —sentenció Mirta haciendo silencio y buceando en su mente años atrás.

—Continúe, por favor.

—El padre enfermó de repente, una infección severa en la sangre, y a los pocos días murió. Antonio se enteró y regresó al hogar, estaba ebrio. Su madre le dio una reprimenda pese a que ya era un hombre y luego de obligarlo a una ducha lo mandó a dormir su borrachera. Y esa noche sucedió...

—¿Ellos...? —Carola no se animaba a formular la pregunta.

—Él —Mirta desvió la mirada, no podía decírselo a la cara, era su difunto marido—. Fue Antonio quien se metió en el cuarto de su hermana y... abusó de ella.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué horror! —Carola no podía creer que todo eso fuera cierto, parecía salido de una película de terror en la cual ella era la protagonista.

—Un verdadero desastre. Fui yo quien auxilió a Margarita, porque en el forcejeo él la lastimó. Ella era virgen.

Carola sintió que la impotencia se acumulaba en su garganta. Quería gritar y no podía. No podía ser el mismo Antonio que ella conocía, el hombre que la había enamorado con su cortejo y sus cuidados. El Antonio al que se refería Mirta era un ser monstruoso, aberrante, capaz de violar a su propia hermana.

—Decidimos ocultárselo a Amanda. Era demasiado sufrimiento para alguien que acababa de perder a su marido. Margarita estaba devastada, no hacía más que llorar. Dejó de salir del cuarto y cayó en el ostracismo. Al principio Amanda creía que se debía a la muerte de su padre, aunque le extrañaba, dado que no eran cercanos. Margarita dejó de comer, era piel y huesos, entonces la madre, harta de tanto dolor, reaccionó fiel a su carácter, desde el grito y la incomprensión, reprendiendo a su hija por no ser fuerte.

—¡Pobre muchacha!

—Y fue entonces que Antonio confesó. No aguantó ver que su hermana se consumía por su culpa y encima era víctima del hostigamiento de su madre.

La jovencita intentaba asimilar todo lo que estaba escuchando sin poder asociar esa aberración con su marido.

—Lo que vino después fue espantoso, una guerra familiar sin tregua. Amanda golpeó a su hijo con un palo mientras este pedía perdón y aducía que la amaba. Margarita lloraba desconsolada, su vida arruinada —hizo una pausa, aún le costaba recordar todo aquello y encima ponerlo en palabras—. Al poco tiempo nos enteramos del embarazo y ya no hubo retorno.

—¡Qué triste todo lo que me cuenta!

—Hubiera preferido no hacerlo —se condolió Mirta—. Amanda lo echó,

primero a él y luego a ella. No soportaba verla grávida. Le dio una buena cantidad de dinero y la mandó lejos. Por un tiempo no supimos de Margarita, hasta que llegó la carta anunciando el nacimiento del niño. Pero Amanda no respondió a ninguna de las misivas, hasta que dejaron de llegar. Fin de la historia.



CAPÍTULO 45

Napalpí, julio de 1924

El tiempo pasaba y las promesas del gobernador seguían incumplidas. La prohibición de ir a los ingenios a trabajar continuaba y la cosecha de algodón seguía sin levantarse.

Los aborígenes oyeron que sus colegas “cristianos” iban a atacarlos, como habían hecho en Machagai cuando había muerto Sorai, y empezó a rodar la noticia que Centeno ya no confiaba en ellos.

—Vamos —dijo Lila tomando de la mano a Eva—, están todos reunidos en lo de Dionisio.

Eva la siguió tragándose la pregunta sobre el paradero de Dante, hacía varios días que no lo veía.

Dionisio Gómez se había erigido en el nuevo chaman y alrededor de su toldo aguardaba expectante la indiada. Se echaba al suelo y entraba de inmediato en trance para extraer todos los males por medio de la succión y el canto.

Ante el hambre y el acoso policial constante, tanto aborígenes como paisanos cosecheros acudían a la fe; llegaban de todos lados. Habían dejado de cosechar para escuchar las palabras proféticas del líder.

Maidana y Machado renunciaron a la policía recuperando sus antiguos liderazgos. Creían que todos juntos podrían solucionar el problema sin agredir ni ser agredidos. Confiaban en que los únicos que podían ayudar eran

los chamanes.

Ya habían pasado varios días y los muertos no resucitaban. Entonces, para evitar la dispersión, Juan Machado, convertido en el chamán Machá, anunció que la divinidad en sueños le había ordenado que reuniese a todos los nativos hermanos, para que la policía no siguiera matándolos como a Sorai.

—Juntos resistiremos mejor —dijo.

La gran huelga estaba en gestación.

—¿Para qué deslomarse si al final es lo mismo? —dijo Pedro Maidana.

—Nos quitaron las tierras de los antiguos, prohibieron la caza y la pesca, prohibieron la algarrobera y salir del Chaco —repuso Machá.

—¿Qué es eso llamado civilización y progreso? ¿Para qué sirve? Para prohibir, para que duela aquí, en el pecho —dijo Maidana.

—¡Somos descendientes de guaycurúes! —dijo Dionisio—. Nosotros, los qom y los mocovíes. Hijos del viento.

—Ya no vivimos como nuestros ancestros... —se alzó una voz—, nos despojaron de todo y por eso los dioses están enojados, porque obedecemos al blanco.

De esa manera, Gómez y Machá invocaron a los espíritus del monte para regresar al mundo guaycurú.

Desde esa revelación los aborígenes andaban juntos todo el tiempo y esas mismas concentraciones eran las que más miedo ocasionaban en la población blanca. Aumentaron los rumores de malones y ataques indios lo cual era propicio para el uso de la fuerza.

Esa noche Dante reapareció en el rancho de Eva. Lucía cansado y ojeroso.

—¿Te sientes bien? —preguntó al verlo entrar.

—Solo cansado del viaje.

Ante su mirada de intriga explicó:

—Tengo unas tierras más al norte, cerca de Salta. —Si ella se sorprendió no lo manifestó en el rostro—. Fui a ver cómo estaba todo por allá, hacía días

que no recibía noticias del capataz.

—¿Pudiste salir sin problemas? Por la prohibición...

—Conozco la zona —minimizó el hecho— y al andar solo fue fácil burlarlos. —Se sentó y estiró las piernas—. Heredé esas tierras de mi madre, al principio estuvieron inactivas, pero decidí que Mario tiene derecho a tener algo cuando crezca.

—Es una buena decisión.

—Quiero que estudie, que tenga una vida civilizada. —Ante esa revelación, ella sí se extrañó—. Así es, Eva, no deseo que termine aquí. Si bien quiero a esta gente y son mi familia conozco su precariedad y deseo un futuro mejor para él.

—¿Por qué no te lo llevas a la ciudad? Mientras más tiempo pase aquí más difícil será.

—Lo sé, tienes toda la razón. —Estaba cabizbajo.

—¿Entonces?

Se puso de pie de repente y le dio la espalda.

—Aquí está enterrada su madre y él todavía la extraña. Esperaré a que crezca.

—La amas todavía —la frase sonó a reproche; Eva se maldijo interiormente.

—No se puede amar a un muerto, Eva, solo quedan los recuerdos. —Giró y la enfrentó—: ¿Tú sabes lo que es amar? —Se acercó y buceó en su mirada, que ella sostuvo.

Eva no tuvo que pensar demasiado la respuesta.

—Sé lo que es amar. Yo también amé una vez, Dante —él pareció sorprendido—. También hay un muerto en mi pasado.

—Lo siento... no lo sabía.

—Ya ves, no sabes nada de mí.

—Dame una tregua, Eva —pidió Dante—, duerme conmigo. No sabemos

qué puede ocurrir mañana.

Por primera vez fue ella quien lo abrazó y buscó su boca. Ella también necesitaba un poco de cariño esa noche.

Se acariciaron despacio, dedicándose a premiar sus pieles huérfanas de amor antes de quitarse la ropa. Desnudos se recostaron sobre el camastro y continuaron besándose y tocándose hasta afiebrarse. Cuando la pasión estaba al borde de sus resistencias ella lo montó y cabalgó hacia paisajes nuevos. Alcanzaron el paraíso juntos y se durmieron uno en brazos del otro.

Sin que ella lo quisiera, el amor iba anidando en su corazón.



CAPÍTULO 46

Las Flores, febrero de 1923

Carola llevaba un tiempo cuidando al anciano, a quien su imposibilidad le había agriado el carácter y acrecentado los vicios. Se ofuscaba a cada rato porque Carola no quería servirle vino o le impedía comer jamón crudo. Además de aguantar su malhumor y despotismo, debía asearlo y atenderlo en sus momentos íntimos, porque la esposa no tenía ni la fuerza ni las ganas suficientes. Pero la muchacha lo hacía pensando en la paga, que por cierto era bastante buena comparada con lo que solía ganar limpiando casas.

Hacía cálculos y en unos meses podría irse de allí, aunque no le disgustaba la idea de quedarse en el pueblo. La gente era simpática y la vida mucho más sosegada que en la gran ciudad. Se sentía a salvo.

Guido estaba contento, se había hecho amigos en el barrio, y si bien Amanda no era la abuelita de los cuentos, día a día se acercaba a él.

Carola también ayudaba con las tareas del hogar aliviando a Mirta, con quien se sentía a gusto. Solían conversar antes de la cena, encerradas en la cocina, mate de por medio.

—Tal vez Amanda se encariñe con el niño y les permita quedarse — sugirió.

—No lo creo. —Carola no leía en los ojos de su suegra tanta bondad—. Tampoco aceptaría, al menos no me quedaría en la casa, alquilaría algo.

—¡Esa es buena idea! —estiró la mano por encima de la mesa y se la tomó

—. Sería lindo que te quedaras —de pronto la tuteaba, era sincera—, es un pueblo tranquilo para criar al niño.

Carola bajó los ojos. Se había encariñado con él, pero no podía separar el hecho de que era hijo de Antonio y su hermana. Más allá de las cuestiones legales era su responsabilidad moral educarlo y darle amor... pero no se sentía capaz.

Por momentos agradecía no haber tenido hijos propios con Antonio. ¿Qué haría con su oscura historia? ¿Cómo podría contarle a su pequeño que el padre había violado a su tía? Un horror que por suerte no tendría que enfrentar.

—¿Qué ocurre? —Mirta parecía leer sus pensamientos.

—Nada —faltaba firmeza en su voz.

—Vamos...

—Es que no sé si quiera quedarme con Guido —enseguida advirtió que se refería a él como si fuera una cosa—. ¡Oh, lo siento! Pobre criatura, no tiene responsabilidad en esto... pero es lo que siento, no puedo ocultártelo a ti que fuiste tan buena conmigo.

—Entiendo que no es nada fácil lo que te tocó, Carola... nada fácil.

—¿Crees que soy mala persona?

—No, no lo creo, de ser así ya te habrías escapado en medio de la noche.

Carola esbozó una sonrisa.

—No es mala idea. —Ambas rieron.

La conversación mantenida con Mirta la hizo reflexionar, tenía que tomar una decisión respecto del niño. O se comprometía con su crianza o lo dejaba con su abuela para irse y no volver.

Los días transcurrían tranquilos y no había indicios de que alguien la estuviera persiguiendo. La deuda de su marido se iba alejando de su horizonte y Carola planificaba un futuro mejor.

Sus paseos por las tardes luego del trabajo y la creciente felicidad de Guido

cuando estaba rodeado de sus nuevos amigos la instaron a quedarse. Comenzó a averiguar precios para alquilar una casita modesta y descubrió que no estaba tan lejos de su objetivo.

Se quedaría en Las Flores, donde Guido crecería feliz y en familia, porque por mucho que renegara de él, Amanda iba forjando lazos afectivos.

Poco a poco la madre de Antonio iba deponiendo su actitud defensiva. Veía en Carola a una joven trabajadora y buena. En el barrio la reconocían como “la pariente de Amanda” y todos la apreciaban.

La versión que circulaba decía que era viuda, y no faltaron las insinuaciones para casarla de nuevo. Con tanto trajín y nervios pasados Carola había adelgazado unos kilos, y aunque no se sentía bonita, allí, en ese pueblo, no importaba no estar a la moda de Buenos Aires.

El cartero puso sus ojos en ella, era un hombre bien parecido y soltero, uno de los pocos que quedaban en Las Flores, pero Carola rechazó una a una sus invitaciones.

Lo último que pensaba era entablar una relación con un hombre. Se prometió a sí misma que nunca más confiaría en uno. *Para muestra basta un botón*, solía repetirse.

Tenía el corazón herido, se sentía defraudada. Se había enamorado y casado con una bestia, un ser horrible que le había robado el futuro. Por él había abandonado sus estudios y sus sueños, por él se había recluido en el hogar y aislado de todos. Y había quedado con las manos vacías, para peor, con una espada de Damocles encima de su cabeza.

Todavía no podía salir a la calle sin mirar por encima de su hombro, siempre temiendo ver aparecer al acreedor de Antonio. No había tenido más noticias. Al carecer de un nombre para ampliar la denuncia toda la causa había sido olvidada. Pero no la deuda, de eso estaba segura.

Hasta que un día su intuición le dio la razón. Salió a entregar una seña para alquilar una vivienda modesta cerca de la casa de su suegra. Iba contenta,

soñando en un futuro. Al ver por la vereda de enfrente al cartero pedaleando en su bicicleta, quiso evitarlo, no tenía ganas de rechazar una nueva invitación proveniente de sus ojos de perro enamorado.

Fue por ello que se metió por una callecita estrecha que serpenteaba entre dos viejos galpones de chapa que habían servido de depósito de granos. El sol del mediodía caía de lleno, hacía mucho calor y agradeció el refugio que daban las altas paredes. Cuando estaba por llegar al final del corredor una silueta se recostó en el extremo. No pudo distinguir de quién se trataba, pero supo al instante que ese hombre que se perfilaba a contraluz era una amenaza.

Retrocedió sobre sus pasos dispuesta a escapar, pero por el otro extremo otro sujeto la aguardaba. Se detuvo e hizo acopio de la escasa valentía que le quedaba en el alma. Los enfrentó con la mirada y sintió el sudor recorriendo su espalda a medida que ellos se acercaban.

—Bueno, bueno —dijo el mismo que la había amenazado en Buenos Aires—, así que aquí era donde te escondías. —Encendió un cigarrillo y se recostó contra la chapa—. Nos diste mucho trabajo...

—Yo... estoy trabajando, tengo algo de dinero. —Abrió de inmediato la cartera, que le fue arrebatada por el otro, quien hurgó en ella hasta dar con los billetes.

—¿Esto? —La carcajada se elevó en el aire junto con el humo del cigarro de su compinche.

—Eso no alcanza para nada, señora Mazzone —dijo amenazante el primero.

—Puedo conseguir más.

—¿Podrá pagar todo?

Carola supo que no podría engañarlos, esos hombres eran muy peligrosos.

—Para pagar todo necesitaré más tiempo, pero puedo darles mucho más mañana.

El sujeto sonrió, una sonrisa macabra de dientes perfectos. El otro lo

acompañó en la risa mientras seguía sosteniendo la cartera femenina.

—Creo que la señora necesita una refinanciación —adujo—, recalcularé los intereses, así mi cliente no se pone tan nervioso.

—Solo deme más plazo —suplicó Carola, algo más tranquila.

—Está bien. —Se acercó a ella y le tiró en la cara el aliento caliente. Con su mano le tocó los pechos y le pasó la lengua por la mejilla—. Si no cumples, esta lengua no tendrá límites —le apretó un pezón haciéndola sollozar—. Mañana al anochecer, aquí mismo.



CAPÍTULO 47

Napalpí, julio de 1924

Los aborígenes seguían reuniéndose para invocar a sus dioses. Tenían por templo un gran rancho, ubicado en un campamento semicircular a orillas del monte, fortificado por troncos. Al frente una cancha de fútbol reflejaba una convivencia pacífica.

Desde todas partes llegaban qom, mocovíes y paisanos que trabajaban en los campos y buscaban protección. El Aguará hervía: todos querían escuchar las palabras proféticas y cargadas de sueños del nuevo líder.

Indios y cristianos presentían que algo grave ocurriría, mientras que la milicia continuaba su plan de acoso de no permitirles ir a trabajar a los ingenios. La policía por su parte desconfiaba, temía que los indios estuvieran armados con escopetas, winchesters, lanzas y cuchillos, y así lo hizo saber a las autoridades. La población temía un malón armado y toda la información llegó a Resistencia, convenientemente deformada.

—Las balas de los blancos no nos tocarán, hermanos. Se convertirán en agua —pregonaba Dionisio Gómez—. Algunas se volverán contra quienes las disparan. Así será y nadie deberá temer ni cejar en la lucha por los justos reclamos.

No pueden creerle, no pueden ser tan ignorantes..., pensaba Eva al verlos a todos tan concentrados en las palabras del chamán.

La muchacha volvió a su rancho seguida por Lila y Mario, quien de

inmediato se puso a jugar con un cachorrito.

—¿Por qué no te quedas en la concentración? —preguntó Eva.

—No creo demasiado en lo que dice... —reconoció con vergüenza—. Sé que las balas matan, no podrán convertirse en agua.

—Eres una chica inteligente, Lila —por primera vez ambas sonrieron—. Debes cuidar de Mario, siempre.

—¿Te estás despidiendo? —había temor en su voz.

Eva decidió ser honesta.

—Aún no, pero sabes que me iré.

—Y tú sabes que Dante te quiere.

—Escucha, Lila, no vuelvas a la carga con eso —pidió—. Tengo que irme, solo estoy esperando noticias. —Noticias que no llegaban.

Ese mismo atardecer Lila volvió a aparecer por su rancho y Eva se extrañó. No era habitual que la jovencita la visitara a esa hora.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Nada, solo te traje unas hierbas que te harán bien para esas llagas. —Esa tarde Eva había advertido unas pequeñas úlceras en sus brazos y no sabía a qué atribuir las—. Debes hacer un té con ellas y frotarte todo el cuerpo.

—Gracias, Lila, eres muy amable.

La muchachita se quedó allí, hasta que Eva preparó la infusión y la esparció en su totalidad.

—Mañana estarás mejor —prometió.

Sin embargo, al día siguiente, las fístulas persistían y Eva consultó con el boticario, quien al ver las hierbas que Lila le había llevado rompió a reír.

—Esas plantas no curarán tus males, hija, son para enamorarse.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando alguien tiene un amor imposible y no es correspondido, o la situación es muy compleja, se requiere de la mediación del pio'xonaq, que sabe hacer el acercamiento sin que lo note o lo sepa el involucrado.

Eva seguía sin comprender.

—El pio'xonaq también puede suministrar herborísticamente perfumes que excitan al hombre o a la mujer para atraer sus sentimientos amorosos en forma definitiva, o para satisfacción sexual erótica. El nombre genérico de las hierbas utilizadas para excitar el amor es 'Iyaxaic.

—¿Y eso es lo que me dio Lila? —la indignación crecía en su voz.

—Vaya que sí. Parece que esa niña quiere que te enamores de alguien...

—¡Me va a oír!

—¿Quieres algo efectivo para las llagas? —preguntó pero Eva ya corría bajo el sol como si la llevara el diablo.

Al llegar al toldo de Lila se topó con Dante que salía. Casi lo voltea del ímpetu que llevaba.

—¿A dónde vas tan apurada? —Vio sus brazos ulcerados y preguntó—: ¿Qué te ocurrió?

Eva no supo qué decir, después de todo, las intenciones de Lila no eran malas, solo quería que ella se quedara junto a Dante.

—Eh... no lo sé. Debe haberme picado algo y me dio alergia.

—¿Y no pudiste curarte?

—Sí —mintió—, ya me puse lo indicado. ¿Dónde están todos?

—En el templo —la tomó de la mano y la introdujo en la tienda.

De pie en el centro Dante la besó. Ella quiso resistirse, pero no pudo. Cada vez le costaba más alejarlo de su corazón.

—Estuve pensando mucho en lo que me contaste —al ver la muda pregunta en sus ojos continuó—, en que tú también tienes a alguien muerto.

Eva se desprendió del abrazo y le dio la espalda.

—Ahora entiendo el porqué de tu conducta...

—No saques conclusiones.

—Déjame continuar —pidió el hombre—. Cuando la mujer o el hombre pierden a su pareja es considerado como una maldición, y el único camino o

solución de este padecimiento es que el que haya quedado solo no debe buscar otra pareja, de lo contrario, sigue padeciendo el sufrimiento de perder a quien ama.

—¿Entonces por qué insistes conmigo? ¿Pretendes que sea una infeliz? —quería ponerle un toque de humor para desdramatizar la situación.

—Eres tan ansiosa... no me dejaste terminar. —Se acercó y la tomó de nuevo, esta vez por la cintura—. Otra posibilidad es buscar como cónyuge a otro viudo o viuda para que la nueva unión se pueda prolongar. Muchos lograron consumir su nuevo matrimonio y tener muchos hijos y nietos, y son los que hoy forman las familias numerosas.

Eva empezó a aplaudir.

—¡Bravo por las familias felices! —ironizó.

Enojado y sintiéndose ridículo, Dante la soltó.

—Vete, Eva, es lo mejor. Fue un error poner mi corazón en ti.

De inmediato la muchacha se arrepintió de sus palabras, pero ya era tarde. Dante había abandonado el toldo.



CAPÍTULO 48

Las Flores, febrero de 1923

Luego del desafortunado encuentro con los malhechores Carola desistió de alquilar la casa. Se desmoronó sobre la pared del galpón y cayó al piso en sollozos. Si quería vivir en paz, tenía que desaparecer. Y para ello debía viajar liviana, sola.

Sus sueños de empezar una familia al lado de Guido se evaporaron junto con sus lágrimas. Debía irse. Esos hombres no le darían tregua, la perseguirían de por vida hasta que lograra pagar el último centavo adeudado por Antonio. Y bien sabía ella que era una deuda impagable. Por muchos años que trabajara, no alcanzaría jamás esa suma. Ni siquiera robando podría hacerse de esa cantidad.

Una idea fugaz rozó sus pensamientos, pero la dejó ir. No podía, no debía.

Se puso de pie y salió a la calle principal. No había nadie. Avanzó confiada, todos estarían preparándose para la obligada siesta. El calor sofocaba y no había mucho que hacer.

Ingresó a la casa y tuvo la dicha de no cruzarse con Mirta: no estaba preparada para sus preguntas. Seguramente querría acompañarla a ver su futuro hogar, hacer la limpieza o diseñar las cortinas.

Guido leía en su habitación y, luego de echarle un vistazo, ingresó en la propia. Tenía que pergeñar un plan, pero también debía entregarles algo a esos hombres al día siguiente. Entretenerlos con una buena suma, un anticipo

importante para que le otorgaran más tiempo. Y en ese tiempo, huir.

Se encerró en su cuarto y fue en busca del resto de sus ahorros, lo poco que había reunido en esos dos meses por cuidar del anciano. Era una miseria comparado con la deuda. Esos malvivientes se enojarían y quién sabe lo que harían. Tenía que conseguir más.

El reloj avanzaba así como su desesperación. ¿Qué hacer? Debía salvar su vida, esos hombres ya habían acabado con Antonio, y Carola no dudaba de que harían lo mismo con ella. Además... estaba Guido. Guido y su abuela. Y Mirta. Todos estaban amenazados y solo ella podía hallar la solución.

¿Y si le pedía dinero a su suegra? No, no era buena idea. Amanda no confiaba en ella, pese a que la había aceptado en su hogar, no la conocía lo suficiente como para hacerle semejante pedido. Además, corría el riesgo de que los echara a la calle.

Era la responsable de solucionar el problema. Y solo había una salida posible. Aun contra sus principios iba a burlar la amabilidad de Amanda.

Se recompuso y salió del cuarto. La casa dormía, el sol caía pleno sobre las ventanas e impedía hacer otra cosa excepto descansar.

Nerviosa, Carola fue en busca de agua. Tenía que esperar a que su suegra se levantara y con alguna excusa sacarla de la vivienda. Aunque pensándolo mejor debía aguardar al día siguiente, su cita era al anochecer.

—¿Cómo te fue con lo del alquiler? —la voz de Mirta la hizo saltar volcando agua sobre la mesa—. Perdona, te asusté —se disculpó.

—No importa... soy yo que ando distraída.

—¿Soñando?

—Así es, con la nueva vida —mintió.

—Todo irá bien. —Mirta era una buena amiga, le dolía engañarla—. Por cierto, mañana no estaremos para el almuerzo. —Una luz de esperanza se encendió en Carola—. Es el día de San Honorio y a Amanda le gusta ir a la misa de once.

—¿San Honorio?

—Su marido se llamaba así, ¿no lo sabías? —inquirió Mirta.

—Antonio no hablaba mucho de su familia.

—Luego de la misa iremos al cementerio... Amanda no regresa de ánimo para comer después de semejante periplo.

—No hay problema, Mirta, yo puedo ocuparme de preparar la comida y dejarte algo para cuando regresen.

—Gracias.

El resto del día Carola intentó distraerse y descomprimir su estado de nerviosismo y ansiedad. No salió y se dedicó a jugar a las cartas con Guido, quien recientemente había aprendido el juego de chinchón.

Durante la cena Amanda le preguntó si había concretado lo del futuro alquiler.

—Sí, calculo que dentro de una semana podremos mudarnos.

—Eso será bueno para el niño —adujo la abuela—, necesita tener su propia casa y echar raíces en un sitio.

—Así será —respondió Carola fingiendo certezas que no tenía.

—¿Necesitarás dinero para acondicionarla? —el ofrecimiento la tomó por sorpresa, pero pudo salir airosa.

—Gracias, Amanda, pero creo que podré acomodarla para que esté habitable sin su ayuda.

—Espero que no sea una cuestión de orgullo.

—No lo es —afirmó la joven.

—Como quieras. De todas formas, sabes que cuentas conmigo.

—Gracias —repitió mientras intentaba pasar el trozo de pollo que se le atragantaba en la garganta.

Prefería a la Amanda de los primeros días, rígida y distante. No quería defraudarla y lo haría. No le gustaba mentir, pero advertía que se estaba convirtiendo en una experta.

Esa noche en la cama le costó mucho dormir. Su plan parecía simple, pero sabía que no lo era. Robaría las joyas y los ahorros de su suegra y se los entregaría a los acreedores de Antonio. Inmediatamente después se subiría al primer tren que la sacara de ese pueblo. De seguro ellos quedarían conformes con el anticipo y esperarían el vencimiento del nuevo plazo otorgado, porque Carola no dudaba de que le darían un plazo extra.

Lamentaba abandonar a Guido, pero llevarlo con ella era peligroso para ambos. El niño la volvería lenta y le sería difícil moverse. Además, con su abuela estaría mejor. Confiaba en que Amanda no lo desampararía, después de todo, era lo único que quedaba de su sangre.

Y ella tendría que olvidarlo.

Un nuevo futuro por escribir se desplegaba ante ella. Páginas en blanco que tendría que llenar día a día. Carola Villegas debía desaparecer.



CAPÍTULO 49

Las Flores, febrero de 1923

El amanecer encontró a Carola hecha un ovillo en la cama, desvelada y con pocas horas de sueño. Había pasado toda la noche pensando en cómo desaparecer, a dónde ir, y empujando los remordimientos para atrás.

Todavía le quedaba deshacerse de Guido un rato para que no fuera testigo del registro de la habitación de su suegra, robar a Amanda y rezar para que esta no se diera cuenta hasta el anochecer, cuando ella ya estuviera lejos de allí.

Previo a salir de su habitación armó un atado con sus cosas, las mínimas que podría llevar en su viaje, y lo escondió en el ropero. Tendría que sacarlo de la casa y esconderlo en algún lugar seguro para ir a buscarlo antes de subirse al tren.

—Tienes mala cara —dijo Mirta ni bien la encontró en la cocina.

—No dormí bien, me duele la cabeza.

—Deberías aprovechar la siesta en soledad —aconsejó.

—Sí, pero me apena Guido...

—Descuida, puedo llevarlo a casa de los hermanitos Montalván —ofreció Mirta—, queda de paso para la iglesia.

—¿Lo harías?

—Claro que sí. La señora Montalván agradece cada vez que va, así sus hijos no se pelean.

Carola sonrió pensando en lo lindo que hubiera sido tener una casa llena de niños jugando. El fantasma de su maternidad frustrada se posó sobre su mirada.

—No estés triste —Mirta parecía leer sus pensamientos, lo cual era peligroso—. Ya vendrán tiempos mejores.

—Así lo espero.

—¿Qué hay del cartero? —la empleada quiso poner una nota de humor en esa mañana nublada.

—Parece un buen hombre...

—Pero... —continuó Mirta.

—No estoy preparada —mintió.

—Tiempo al tiempo. —Se puso de pie para ir a ocuparse de la ropa.

La mañana parecía no acabar, las agujas no adelantaban en el reloj y Carola sentía que solo su plazo era el que avanzaba.

Al fin Amanda y Mirta se fueron, llevándose a Guido.

—Yo iré a buscarlo a la tarde —prometió Carola.

Al quedar sola echó llave a la puerta de entrada y se introdujo en la habitación de su suegra, suponía que sus ahorros estarían ocultos en alguna parte.

¡Oh! ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo ser tan ruin? Es como morder la mano que me da de comer.

Pese a sus remordimientos empezó su búsqueda. Primero fueron los cajones de la mesita de luz, luego debajo del colchón, después entre su ropa interior. Nada, no había dinero. Solo unos pendientes de oro y un collar de perlas.

Con el sudor bajándole por la columna y sin dejar de atisbar por las ventanas revolvió todo el cuarto, intentando no dejar rastros para que Amanda no notase su intrusión.

Cuando ya estaba por darse por vencida un falso fondo en un cajón de la

cómoda captó su atención. Con cuidado quitó la cubierta y allí estaba: una cuantiosa suma de dinero.

Incómoda y a la vez con esperanza se sentó sobre la cama a contarla: era más que suficiente para obtener un buen plazo. Tiempo que le serviría para desaparecer del planeta.

Volvió todo a su lugar y revisó que cada cosa estuviera en su exacto sitio.

Luego de guardar los billetes y las joyas salió de la casa llevando su atado de pertenencias, que terminó ocultando en las cercanías de la estación de trenes. Se aseguró de que nadie la viera esconder el bulto en el hueco de un árbol añoso y regresó a la casa a esperar.

Cuando Amanda y Mirta llegaron las recibió con bizcochos que había comprado para Guido, a quien había recogido de la casa de sus amigos.

Todo parecía en orden.

—¿Qué ocurrió que hoy no fuiste a trabajar? —preguntó Amanda.

—Me dolía mucho la cabeza, pero ya estoy mejor. Quedé con la señora que iría al atardecer —otra mentira.

—¿Al atardecer? —se extrañó su suegra.

—Sí, me pidió que la ayudara con la cena, ella no se sentía bien tampoco.

—Bueno, ve entonces —dijo Amanda—, no vaya a ser que te quedes sin clientes.

Carola se cuidó bien de demostrar su malestar ante tan desafortunado comentario.

Al anoecer, antes de salir, pasó por la cocina y en un impulso tomó el cuchillo que usaba Mirta para deshuesar; lo escondió entre sus ropas.

Se despidió de Guido como de costumbre, apenas un beso ligero en la mejilla, echó una última mirada a la casa y salió.

La garganta anudada y el miedo corriéndole por todo el cuerpo. La calle estaba vacía y las sombras empezaban a cubrirlo todo.

Con su pequeño botín avanzó con prisa hasta llegar al lugar de la cita. La

callejuela estaba desierta, tuvo la esperanza de que nadie acudiera. Pero al cabo de unos minutos una silueta alargada se fue acercando por el corredor hasta convertirse en su chantajista. Estaba solo, Carola pensó que sería más fácil sin su secuaz.

—¿Tiene el dinero? —se acercó hasta quedar a escasos centímetros, la joven sintió su aliento en la cara y experimentó asco.

—Aquí está —ofreció el envoltorio donde había escondido los billetes y las joyas.

El hombre los contó y sonrió.

—Chica lista —la miró con lascivia—. Con este jugoso adelanto volveré por la zona en un mes, para la segunda cuota.

—¿Un mes? —Carola había creído que contaría con más tiempo. Pero ya no importaba, ella escaparía y nunca más la encontrarían.

—Podría volver antes, pero solo para verte —al decirlo la apretó contra el muro. Con una mano le tiró de los cabellos hacia atrás y la otra masajeó sus senos—. Me gustan las carnosas, y tú tienes mucha carne. —Se sumergió con su boca en sus pechos pese al forcejeo de Carola, que intentaba alejarlo sin éxito.

—¡Déjeme! ¡Ya le di lo que quería!

—¡Todavía no! —replicó enceguecido de pasión.

Al ver que ella se resistía el hombre le propinó un puñetazo. Carola golpeó la cabeza contra una saliente de chapa y por unos instantes perdió el sentido a causa del dolor. El malhechor aprovechó para levantar su falda e introducir su mano, buscando la humedad de su interior.

—Linda putita resultaste —murmuró sin dejar de chupar la piel de sus pechos.

Al sentirse invadida por sus dedos Carola reaccionó pese a la punzada en su cabeza. Ni siquiera notó el líquido caliente que bajaba por su cuello. Con el resto de sus fuerzas sacó el cuchillo que llevaba en su cintura y lo descargó

sobre su atacante.

La primera estocada le dio en la espalda. El delincuente gimió y se retorció, pero en vez de aflojar su ultraje arremetió con más fuerza, golpeándola de nuevo en la cabeza. Con la mano todavía encerrando el puñal, Carola lo quitó y volvió a clavarlo, esta vez con más ímpetu, en su costado.

La sangre empezó a fluir cual manantial caliente y el hombre descendió lento hacia el piso. Cayó a sus pies en medio de un charco.

La muchacha empezó a gemir y miró a su alrededor, asustada. Temía la llegada del cómplice, temía que alguien la viera. Era una asesina. Ladrona y asesina.

Debo pensar con inteligencia, debo pensar, se dijo. La sangre de su cabeza le mojaba el pecho, pero ella no la sentía.

Se acomodó la ropa y con asco tomó el cuchillo, que había quedado tirado a unos metros. Tenía que deshacerse de él, no podía generarle más problemas a Amanda. En ese pueblo pequeño no solían ocurrir ese tipo de muertes y enseguida hallarían a la dueña del arma homicida.

Dejaría el dinero y las joyas. Al menos frente a su suegra ella no sería la culpable del robo. Que pensaran que el muerto era el ladrón. No cayó en el detalle de que la habitación de su suegra estaba impecable; más tarde se percataría.

La sangre caía por su espalda. Se sentía débil, aturdida. Se asomó a la calle más ancha y al ver que estaba desierta caminó, mareada, en dirección a la estación, simulando una tranquilidad que no tenía.

En el hueco del árbol estaban sus pertenencias; se cambió la blusa manchada y la escondió en el atado, no dejaría nada suyo. El dolor en su cabeza crecía, pero no le impedía pensar con sagacidad. Ató un pañuelo desde la nuca intentando apretar la herida, que sentía profunda.

En la estación sacó boleto en el primer tren que la alejaría del pueblo de Las Flores. No lamentó la muerte de su atacante, un ser así no merecía seguir

vivo. Tampoco lamentó dejar a Guido atrás, estaría mejor con su abuela. Ella no sería una buena madre para él, siempre lo vería como el fruto de una aberración. Además, era una asesina.

El dolor de su cabeza crecía, le latían las sienes y, al palpase el cuello, sintió todavía la sangre, pegajosa, en su pelo. En los lavabos se higienizó y trató de infundirse ánimo.

Cuando finalmente pudo sentarse en el vagón y el tren dio inicio a su viaje, apoyó la espalda y se durmió. Ni siquiera recordaba hacia dónde se dirigía.



SEGUNDA PARTE

*El embrujo de Napalpí,
Es sangre derramada
Que grita por justicia
Para no ser olvido.*

JUAN CHICO

CAPÍTULO 50

Napalpí, julio de 1924

Lo único que había cumplido el gobernador Centeno había sido respecto de los alimentos, que había confiscado. La huelga continuaba. El Aguará hervía de paisanos que habían dejado de cosechar para escuchar las palabras proféticas del líder Dionisio Gómez.

Eva acudió en compañía de Rosalía y sintió el impacto de la masa.

—¿Por qué están todos aquí? —preguntó Eva, azorada.

—Solo creen en el poder de los chamanes. Son los únicos que pueden mantenernos unidos e interceder por nosotros.

—¿Tú lo crees?

Rosalía levantó los hombros y no respondió; en cambio, dijo:

—Algo grave va a ocurrir, el peligro está en todas partes. La policía cumple un plan de acoso estricto, Eva, no podemos movernos de aquí, estamos encerrados.

Mientras Gómez pregonaba, Machado y Maidana organizaban la rebelión.

La concentración era cada vez mayor, de todos lados llegaban aborígenes: qom, mocovíes y también paisanos correntinos.

Eva observaba asombrada la procesión de mujeres y niños alzados que se instalaban en El Aguará para sumar su reclamo. Ya eran más de ochocientos.

Eran pocos los que estaban en desacuerdo con semejante huelga y permanecían en sus toldos, sabían que lo que estaban provocando era un

llamado a muerte segura.

—No me gusta lo que está pasando, Rosalía, no me gusta nada —Eva advertía que el odio hacia el blanco era cada vez mayor.

—A mí tampoco, amiga, a mí tampoco. Mi esposo dice que han enviado quince efectivos más desde la jefatura, ya suman treinta.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé...

Como todos, Eva se había trasladado al campamento que crecía día a día, a un toldo que compartía con Lila y los niños. Al principio se había sentido incómoda, invadida, pero la inocencia y el cariño de los más pequeños habían logrado sosegarla.

En medio de la tensa situación Dante debía viajar a Resistencia. Había recibido noticias: su padre estaba muriendo.

Antes de irse y dejando de lado su orgullo, buscó a Eva.

—Me iré al amanecer —se acercó tanto a ella que su aliento le acarició la piel—. Sé que aprovecharás mi ausencia para escaparte. —Eva hizo ademán de responder, pero la silenció con un gesto—. Sea lo que sea de lo que estás huyendo, quiero que sepas que te quiero. Que estoy dispuesto a formar una familia contigo, aquí o donde tú quieras.

—¿Cómo puedes decir que me quieres? ¡Si ni siquiera sabes quién soy!

Dante le apresó el rostro entre las manos y buceó en el fondo de sus ojos.

—Sé que no eres quien dices ser, puedo notar tu disfraz, Eva o como te llames. —Su revelación la sorprendió—. Pero yo aprendí a quererte, a pesar de tu frialdad y de tus miedos.

—Dante, yo... —No pudo sostenerle la mirada, aprovecharía su ausencia para irse, sería más fácil, porque si se quedaba más tiempo sucumbiría a su amor, y no deseaba sufrir otra vez por un hombre.

—No digas nada que no vayas a cumplir. —La besó con determinación, marcándola a fuego con su pasión—. Volveré pronto y deseo encontrarte

aquí.

La soltó y salió sin darle derecho a réplica. Ella quedó desconcertada. Sentimientos confusos la obligaban a revisar su plan. Tenía miedo, nuevamente se sentía en peligro y por una causa que no era la suya.

Tengo que irme ahora que todavía estoy a tiempo. Sin embargo, demoraba su partida. Aún no había recibido la noticia que estaba esperando, aunque por momentos se debatía entre cumplir su promesa o desaparecer definitivamente.

Podría irme a otra ciudad y empezar de nuevo, un lugar menos conflictivo que este. Y que Inés me perdone.

Pero al volver los ojos hacia esa comunidad unida por la fe en sus chamanes, al recorrer los rostros de los niños y evocar la mirada de Dante, desistía y se decía: *Unos días más.*

La policía había intensificado su plan de acoso. Además de no dejarlos salir a trabajar a los ingenios había corrido la voz de un inminente malón, reavivando la idea de las “cautivas blancas”, mujeres que los indios secuestraban y violaban.

—Queremos condiciones dignas de trabajo y respeto por nuestra tierra, por nuestras costumbres —dijo Pedro Maidana a esa multitud, formada por qom, mocovíes, hacheros criollos correntinos y santiagueños—. Queremos que se nos pague en pesos y no en vales, y que cese el maltrato físico. Debemos reivindicar nuestra lengua y nuestra libertad para desplazarnos por el país. Ahora mismo, la policía cayó en la chacra de un colono español e irrumpió en la cosecha espantando a nuestros hermanos, que estaban trabajando.

Un murmullo general se agitó en el aire. Eva escuchaba atenta. Presentía un peligro inminente y sus dudas recrudecían. A su lado, la joven Lila sostenía a Mario de la mano; esa imagen le causó desazón: no podía abandonarlos a ellos también. En todo ese tiempo el niño se le había pegado como cardo y ella se había ido encariñando a pesar de su resistencia.

—En otro de sus atropellos la policía le quitó el caballo a un hermano mocoví y, al quejarse este, lo llevó preso. No podemos permitir que esto siga sucediendo.

Dando por finalizado el discurso, Pedro se reunió con Machado y Gómez, quienes se dirigieron raudos hacia la comisaría para ayudar al mocoví. Pero la comitiva policial se había detenido en el rancho de un correntino, ubicado en terrenos de la reducción, donde fue interceptada por una columna de aborígenes que iban al rescate del mocoví.

Los uniformados se rindieron, y los indios, como trofeo, tomaron las armas y los caballos; luego ataron a los efectivos, pero la llegada de Machado y Gómez interrumpió su triunfo. Estos ordenaron que se liberase a los de la comitiva y cada cual volvió a lo suyo.

Pero dicho episodio sembró más mentiras y sed de venganza. Algunos pobladores decían que los indígenas estaban armados y que luego de asaltar el destacamento policial de Napalpí se disponían a copar Quitilipi.

Comenzó una corrida de campesinos que abandonaron sus casas y fueron hacia las ciudades de Machagai y Resistencia. La policía se acuarteló, el caos era inminente.

Mientras tanto en la ciudad, Centeno reclamaba tropas del ejército para sofocar la sublevación a la par que las presiones empresariales dentro y fuera del Chaco recrudecían. El gerente de La Forestal exigió al gobernador que resolviera drásticamente el conflicto, la inseguridad jurídica perjudicaba a sus inversiones.

—Estamos encerrados aquí —dijo Rosalía, por primera vez temerosa—, no podemos salir, nos matarán como a perros.

—No temas —respondió Eva.

—Mi esposo dice que van a venir por nosotros, en represalia.

—¿Represalia de qué?

—Unos aborígenes carnearon unas vacas para paliar la hambruna de sus

familias. Los hacendados los rodearon, pero no pudieron con ellos, que eran mayoría. En la persecución un lanzazo alcanzó a un francés, matándolo. También degollaron a un peón paraguayo... no sé en qué va a terminar esto.

—¡Oh! ¡Cuánta violencia! ¿Qué podemos hacer?

—Resistir, amiga, resistir. Es lo que se espera que hagamos. Pedro dice que la prensa está publicando que aquí estamos todos armados, incluso las mujeres.

—Dime la verdad, Rosalía, ¿están armados? ¿Son ciertos todos los rumores?

—Eva, este es un pueblo manso, pero no estúpido. Claro que tienen algunas armas, y lo que te cuento demuestra que ante la opresión no se sabe cómo se va a reaccionar. Pero nuestra gente, y digo nuestra porque me siento una de ellos, sería incapaz de tomar cautivas, violar y matar niños.

Esa noche a Eva le costó mucho conciliar el sueño. Lila y los niños se habían dormido, pero ella sentía una opresión en el pecho que le impedía relajarse. Admiraba a los aborígenes, que permanecían unidos pese a todo, y se sentía mala al pensar en irse, en escapar de allí.

Reflexionaba si esa era su metodología de vida, escapar, huir siempre ante la adversidad. Tenía una promesa por cumplir y una deuda que pagar, aun cuando no fuera suya. ¿Y Dante? Él le había propuesto formar una familia, allí o en cualquier sitio. Estaba dispuesto a renunciar a todo para empezar de nuevo con ella. Le había dicho que la quería. Y ella, ¿lo quería?

Esos días sin él se le hacían eternos, lo extrañaba. Desde la aspereza de sus manos hasta el verdor de su mirada de bosque. Desde su boca posesiva hasta su cuerpo urgente. De solo pensarlo se estremecía.

Repasaba los momentos que habían compartido juntos, eran muchos. Más de una vez habían visto caer el sol sobre los campos, sentados sobre la hierba uno junto al otro, sin hablar más que el mudo lenguaje de los sentidos. Sin contarle nada, él parecía conocerla y adivinar todo aquello que la

atormentaba. Dante era su protector y a la vez la primera persona en quien pensaba al despertar cada día.

Lo estoy queriendo. No quiero, pero lo estoy haciendo. Yo también quedaré atrapada aquí, en medio de esta guerra que no entiendo ni comparto. ¡Oh, Dante, vuelve pronto y huyamos de aquí!

Pero sabía que solo eran pensamientos, que cuando lo tuviera frente a sí escaparía de él, presa del miedo a una nueva traición



CAPÍTULO 51

Napalpí, julio de 1924

Ambos bandos se sentían amenazados. Los vecinos construían trincheras con bolsas de tierra y alambre de púas, se apostaban en los techos para vigilar y la psicosis paralizó el trabajo rural.

Mientras que los colonos confiaban en sus armas, los aborígenes lo hacían en sus dioses, que a través de los chamanes los salvarían de la muerte y les permitirían retornar a su pasado de libertad y abundancia.

La Voz del Chaco, periódico centenista, decía entre sus titulares que el comisario de órdenes Roberto Sáenz Loza, conocido por su brutalidad, había partido al frente de cuarenta efectivos rumbo a la reducción, para reprimir un nuevo movimiento indígena.

Entre las noticias, se imputaba a los aborígenes del asesinato de una familia, que luego apareció viva en uno de los lotes de Haumonía, bastante lejos de Napalpí, pero era tal el odio hacia los indígenas que ni siquiera la desmentida pudo calmar la sed de sangre.

Por mucho que el diario *La Razón*, de Buenos Aires, publicase un reportaje al gobernador Centeno en el cual aseguraba que aunque los colonos pedían represión él quería evitar la sangre, *La Gaceta Mercantil*, de Chaco, divulgaba que al gobierno de Centeno se le había acabado la paciencia y había dado órdenes a la policía para reprimir.

Luego de una larga noche reunido con sus colaboradores, el gobernador

dispuso proceder con rigor.

—Debemos dar un escarmiento general —dijo.

—Tendríamos que aprovechar el apoyo de los vecinos y hacerlos participar —intervino su secretario.

—Naturalmente —aceptó Centeno—, la chusma será silenciada.

—Sería conveniente hacer un reconocimiento de la zona —propuso el jefe de policía Diego Ulibarrie.

—Dispondremos para ello de algún avión. —Llamó a su secretaria—: Celia, redacte una nota dirigida al presidente del Aero Club Chaco, Doctor Agustín Cabal, con carácter de urgente. Solicítele la cooperación de la entidad facilitando el avión que posea. Manifiéstele que irá tripulado por el experto piloto sargento Esquivel, con el fin de practicar una exploración detenida de los parajes en los que indígenas se hallan reconcentrados, y poder informar a este Gobierno con exactitud, cantidad y elementos de que disponen, datos estos de indiscutible importancia para poder tomar las medidas necesarias que el momento y circunstancias requieran.

—Como usted ordene, gobernador —respondió la mujer luego de haber tomado exhaustiva nota.

Mientras en la ciudad la ofensiva buscaba su cauce, Eva caminaba por el bosque y sentía el pulso del odio y del temor. La paz había desaparecido en alas de las aves y hasta los niños, que solían permanecer ajenos en medio de sus juegos, andaban taciturnos, sombríos. Lila estaba mustia como hoja sin agua, temía por Dante que hacía varios días había partido.

Melitona alcanzó a Eva y ambas se sentaron a la sombra de un árbol.

—Habrà fiesta a la noche —murmuró la jovencita.

—¿Fiesta? —Eva abrió los ojos como platos—. ¿Acaso están los ánimos para fiesta? ¿Están todos locos?

—La convocaron los chamanes, Eva... es una fiesta religiosa.

La aludida se alzó de hombros.

—No me parece... El aire se corta con un hilo. Han llegado hombres armados con equipo de gendarmería a la administración.

—Lo sé. Y el capataz pidió que se entregaran las armas que le quitaron a la comisión policial en lo del correntino.

—¿Y lo hicieron? —Eva tenía miedo.

—Sí —la voz de Melitona, baja como su mirada, confirmó lo peor.

—¿Qué ocurrirá? ¡Dime! ¡Tú conoces mucho más a toda esta gente!

—No lo sé, amiga, no lo sé. Para más... el comisario Sáenz Loza no tiene buena fama... es muy cruel. No querrás saber lo que ha hecho...

—¡Cuéntame!

—Una vez ordenó capar a un correntino de apellido Villanueva solo porque vivía con una india muy bonita.

—¡Qué horror!

—Lo caparon delante de su mujer y le hicieron ver cómo la joven aborigen le sacaba al comisario los borceguíes y las medias mugrientas y le chupaba los dedos sucios del pie.

Eva se llevó las manos al rostro conteniendo el grito de angustia.

—Y ese malnacido está en la zona —finalizó Melitona incorporándose—. Volvamos.

Se tomaron del brazo y regresaron al campamento, donde ya se había carneado una vaca robada para la ocasión.

Eva se refugió en el toldo y se acostó un rato. Pensaba en Dante, no podía olvidar sus palabras de despedida. ¿Qué hacer? Su cabeza era una incertidumbre total. Sabía que tenía que irse, era inminente su partida, había algo que tenía que culminar, una promesa que debía cumplir, pero también quería quedarse junto a él, dejar fluir ese sentimiento que iba creciendo día a día. Era consciente de que lo amaba, pero el miedo le gritaba que debía huir.

Mario ingresó en la carpa. Venía sudado, agitado. Detrás ingresó Lila reprendiéndolo por algo que había hecho y que Eva no pudo precisar, dado

que la muchacha hablaba en voz baja.

Cuando la reprimenda cesó el pequeño volvió a salir, esta vez prometiendo obedecer a su tía.

—Extraña a su padre —explicó Lila—, y hace cualquier cosa con tal de enojarme.

—Es entendible... —Ella también lo extrañaba.

—¿Te vas a ir? —La jovencita la escrutaba con los ojos fijos.

—Tengo que hacerlo.

—¿Acaso no te importamos? —recriminó.

—¡Claro que me importan! —Era cierto. Por mucho que había intentado no encariñarse con ese pueblo los sentía parte de su familia. Familia que por cierto no tenía, era totalmente huérfana de afectos. Recordó lo que había dejado en su pasado y un nudo le atenazó la garganta—. Vamos, Lila, no me pongas las cosas más difíciles. Tengo que partir, pero solo será un tiempo, lo prometo.

La muchachita no parecía muy convencida.

—¿Quién te entiende? —bromeó Eva—. Hasta hace apenas unos días me odiabas porque Dante estaba interesado en mí. Y ahora...

—Estoy enamorada —confesó Lila, la mirada brillante de ilusión, cual si anidara todas las estrellas del firmamento.

—¡Vaya! ¡Esa sí que es una gran noticia! ¿Y quién es el afortunado?

—Benjamín, el hijo de Rosendo —susurró—, pero no se lo cuentes a nadie.

—¿Y él?

—Paseamos juntos un par de veces y me besó debajo del palo santo —el árbol sagrado de los qom—. Solo que ahora anda nervioso, como todos los hombres de por aquí.

—¡Ay, Lila! ¡Qué tiempos difíciles nos tocaron! —Se acercó a la jovencita y le acarició los largos cabellos—. Eres muy bonita, ¿lo sabes?

Ella se ruborizó.

—Lo eres, y espero que ese afortunado jovencito sea digno de ti.

—¿Esperarás a Dante? —Había un ruego en su mirada.

Eva se conmovió. Pensó en él y en Mario, tan pequeño e indefenso, y en ese otro niño que en algún lado vivía su abandono.

Tan solo unos días más, hasta que Dante regrese. Le contaré la verdad y me iré en busca del niño para volver con él.

—Lo esperaré —prometió.

Esa misma noche, antes de las celebraciones, Dante volvió. Su padre seguía enfermo, pero ante las noticias de los diarios había decidido volver junto a su hijo y aquellos a quienes consideraba su familia. La última discusión mantenida con el coronel le había despejado las dudas y alejado la culpa.

Se lo veía preocupado, sus amigos le habían contado sobre los hombres armados que rondaban la administración.

Lo primero que hizo al llegar fue abrazar a su hijo. El niño gritaba de alegría, los ojos negros encendidos. Después, buscó a Eva, que se preparaba para las celebraciones. La halló sola en el toldo. Seguramente Lila había querido darles un momento de intimidad, ahora que también tenía con quien escaparse a solas.

No hicieron falta las palabras, apenas una mirada bastó para que sus cuerpos se atrajeran con la fuerza de un imán y sus bocas se unieran. Fue Eva quien lo arrastró hasta el camastro y le abrió la camisa para pasar los labios sobre la piel morena y sudada. Dante no se hizo rogar y la despojó del “poto” que llevaba. Besó cada tramo de su cuerpo e hicieron el amor con premura. Saciada la pasión permanecieron abrazados sosegando el ritmo de sus respiraciones.

—¿Cómo está tu padre?

—Mal, me apena que no conocerá a su nieto.

—¿Por qué no lo llevas a verlo? —ni bien terminó de decirlo Eva se arrepintió; no debía interferir.

—Porque mi padre rechaza todo lo que tenga que ver con los aborígenes, incluso a su propia descendencia.

Se quedaron un rato en silencio hasta que él dijo:

—Te extrañé —dijo Dante—. Creí que no te encontraría aquí.

—Ya ves...

—Qué cariñosa eres —ironizó—, debe ser por eso que me enamoré de ti.

—Vamos, Dante, no te pongas sentimental. —De nuevo el miedo la paralizaba y la volvía sarcástica, parecía haber olvidado la promesa de horas atrás de contarle toda la verdad y sincerarse.

—Yo sé que en el fondo tú también me quieres.

Pero ella no respondió.



CAPÍTULO 52

Coronel Suárez, febrero de 1923

Carola despertó sin saber dónde se encontraba. Abrió los ojos, la visión borrosa. Un techo alto, paredes blancas y cortinas de lienzo. Se movió lento y al incorporarse vio a una muchachita que la miraba, sentada en una silla.

—¿Dónde estoy? —Se tocó la nuca, llevaba un apósito.

—En el asilo. —La jovencita se puso de pie—. Iré a buscar a doña Inés.

Al quedar sola Carola se preguntó cómo había llegado allí. Lo último que recordaba era haberse subido al tren en Las Flores. Luego había caído en una especie de sopor.

La puerta se abrió y entró una mujer de mediana edad.

—Soy Inés. ¿Cómo se encuentra? —Sus ojitos se movían por el cuarto con rapidez, como si buscara algo.

—Estoy bien, no sé qué pasó. Iba en el tren...

—Y al llegar aquí la hallaron inconsciente. —Se acercó a ella—. Permítame. —Le quitó la venda y examinó la herida—. Ya cerró. Recibió usted un buen golpe. —Sus ojos inquisidores decían más que sus palabras.

Carola recordó el cuchillo escondido entre sus cosas. ¿Lo habrían encontrado? Se miró, iba vestida con un camisón que no era suyo.

—No tema —la tranquilizó Inés como si buceara en sus pensamientos—. Fui yo quien la recibió cuando la trajo un agente de policía. —Al oír dicha palabra los ojos de Carola se abrieron con desmesura—. ¿Quiere contarme?

Carola bajó la mirada. De repente tenía miedo. Era fácil que la descubrieran, cualquiera podría atar cabos y sumar dos más dos. Había llegado en un tren proveniente de Las Flores, donde había abandonado a un muerto acuchillado en un callejón.

—¿Cómo se llama? —insistió Inés.

La muchacha alzó los ojos, inundados de temor.

—¿Sabe usted cómo se llama?

—No —mintió Carola—, no lo recuerdo. —Se retorció las manos y pensó con rapidez. Era mejor mentir, no podía revelar que había robado y luego matado a un sujeto por muy malhechor que este fuera.

Una mezcla de sentimientos se daban cita en su corazón. Le dolía haber dejado la casa de su suegra, donde había hallado un poco de bienestar, un simulacro de familia. La apenaba haber abandonado a Guido, aunque se sabía mala madre y hasta lamentaba haberse alejado de Mirta en quien había encontrado algo parecido a una amiga.

Pero en su destino estaba escrita la tragedia, ya lo había dicho su madre. Desde su matrimonio con Antonio su vida había dado un giro inesperado y ahora era una asesina.

—Tenía usted pocas pertenencias y ningún documento —dijo la mujer.

—Yo... —hizo un gesto con las manos—, no sé qué me ocurrió.

—¿Tiene usted familia? Seguramente alguien la está buscando. —Inés la miraba y parecía taladrarla con sus ojos de perdiz.

—Ya le dije, no puedo recordar nada.

Sin estar demasiado convencida, la señora se puso de pie.

—No se vaya —la voz de Carola denotaba inquietud—. ¿Dónde estoy? La chica que estaba aquí me dijo que era un asilo...

—Así es, es un asilo de huérfanas, fundado por las Damas de Caridad del Sagrado Corazón de Jesús y secundado por un grupo de mujeres laicas del pueblo.

—¿De qué pueblo? No recuerdo nada. —Eso sí era verdad, sabía que había subido a un tren, pero no lograba recordar hacia dónde.

—Estamos en Coronel Suárez, ¿le dice algo? Tal vez vino hacia aquí buscando a alguien...

Carola volvió a negar.

—Será mejor que descanse. —Inés se dirigió hacia la puerta—. Más tarde le traerán la comida y volveré para verla.

Al quedar sola, Carola pensó que tenía que irse pronto de allí. No podía confiar en nadie. Seguramente la mujer sabía de su cuchillo y no se fiaría de ella. Su herida en la cabeza, su camisa con sangre escondida en su atado... todo la señalaba. Debía escapar. Pero otra vez estaba sin dinero y sin recurso alguno.

Un paso adelante, diez atrás, reflexionó.

Salió de la cama y miró por la ventana. Solo se divisaba un gran jardín bien cuidado, con rosales, jazmines y otras flores que no supo precisar. Más allá una reja alta protegía el lugar, seguramente para evitar la fuga de las internadas. Se sintió presa aun sin estarlo.

Abrió la falleba y se asomó. El olor del viento era frutado, mezcla de jazmines y glicinas, un aroma que pese a su delicadeza no lograba borrar aquel otro olor de incendio y muerte.

Se estiró cuanto pudo y vio a su izquierda, dentro del predio, una capilla. De ella salía una pequeña procesión de niñas uniformadas por el color gris de sus vestidos. Promediaban los diez o doce años, llevaban el cabello recogido y la vista al suelo. Sintió pena por ellas y de inmediato pensó en Guido. ¿Qué ocurriría con él? ¿Amanda sería tan desalmada como para enviarlo también a un internado?

Pese a sus remordimientos sabía que no podía volver. Ya no había vuelta atrás. Su pasado estaba enterrado debajo de las cenizas de su casa, de la casa que había compartido con Antonio. Carola Villegas había muerto allí. Una

nueva mujer debía nacer.

La puerta se abrió y Carola giró asustada. El miedo vagaba por su sangre, ¿nunca hallaría la paz?

Era la misma muchachita de la vez anterior. Traía una bandeja con un frugal almuerzo. Por la posición del sol en el cielo debía ser más de mediodía.

—No debería estar levantada —musitó la jovencita.

—Me siento mejor —adujo Carola al mismo tiempo que volvía a la cama y recibía la bandeja—. ¿Cómo te llamas?

—Luján.

—Bonito nombre, yo no recuerdo el mío.

La muchachita la miró, asombrada, y enseguida bajó la vista. Era bonita, aún estaba en plena etapa de desarrollo, y si no fuera por esa adolescencia incipiente que había grabado una erupción en su piel sería hermosa.

—¿Hace mucho que estás aquí? —Carola no preguntaba con verdadero interés, solo quería generar confianza para obtener información. Tenía que irse y para ello necesitaba saber cómo funcionaban las cosas en ese lugar.

—Desde siempre —no había tristeza en su voz. Ante la mirada de desconcierto de Carola añadió—: me abandonaron en la puerta de la parroquia cuando era apenas un bebé. Tengo casi trece ahora.

Carola no supo qué responder, de pronto sintió pena por ella. Al percibir su desasosiego Luján dijo:

—No se angustie, soy feliz acá. Inés fue como una madre para mí, y todas las mujeres del asilo me adoptaron. Además tengo muchas hermanitas —se refería a las demás huérfanas.

—¿Te dejan salir?

—Salimos de paseo regularmente, a veces me permiten hacer alguna compra. Debería comer, se le va a enfriar.

Carola obedeció, estaba sabroso.

—¿Sabes cómo es que llegué aquí? —Tal vez Luján supiera algo más.

—La trajo un agente, por lo que escuché, cuando el tren se detuvo la encontraron desvanecida.

—¿No tienen hospital acá?

—Sí, claro, la vio un médico del nosocomio, pero prefirieron traerla. Sabían que la Madre Superiora se haría cargo al no tener usted documentación alguna.

—¿Cuánto hace que llegué?

—Hoy de madrugada, más tarde vendrán a verla.

Una voz de alarma resonó en la mente de Carola. Con temor preguntó:

—¿Quién?

—La policía, supongo. Querrán saber cómo se hizo esa herida.

Ni bien terminó de pronunciar la frase, la puerta se abrió y dejó ver a una monja pequeña y rolliza, que emanaba autoridad. Detrás venía un hombre que Carola identificó de inmediato.

—Luján, déjanos a solas —pidió la religiosa—. Llévate la bandeja por favor.

La muchachita obedeció y salió rauda.

—Buenas tardes. Soy sor Juana, la Madre Superiora. Y el caballero es ayudante del comisario.

—Buenas tardes, señora —dijo el hombre.

—¿Cómo se siente? —inquirió sor Juana.

—Confundida... —respondió simulando una calma que no sentía.

—Entre sus cosas no había documentación alguna, nada que nos indique de dónde proviene usted. La señora Inés dice que no recuerda siquiera su nombre.

—Lo siento —posó sus ojos en ambos, alternativamente—. No puedo recordar nada. Solo me desperté aquí.

—El médico que la atendió dice que puede ser producto del golpe. Al

parecer la golpearon con un objeto contundente. Tiene usted también marcas en los brazos y en el cuello.

De inmediato Carola se miró y vio su piel enrojecida y con magullones en los antebrazos y en parte del pecho.

—Suponemos que fue atacada, aunque no había signos de violación.

La muchacha se ruborizó, la presencia del hombre la incomodaba.

—Yo... no sé qué decir.

—¿Qué puede contarnos? —intervino el agente—. Sabemos que el tren en el que viajaba vino de Las Flores.

Un sudor helado la recorrió e intentó que su rostro no reflejara nada. Carola permaneció impávida, ni un pestañeo ante tales palabras mientras que por dentro presentía el final.

—Ya les dije, no recuerdo nada. Tal vez en unos días... —Necesitaba ganar tiempo, huir de allí cuanto antes.

—Volveré mañana —adujo el policía—. Espero que se reponga. Buenas tardes.

—Lo acompaño.

La Madre Superiora salió detrás de él y Carola se desplomó sobre la cama.



CAPÍTULO 53

Coronel Suárez, febrero de 1923

La visita del ayudante del comisario dejó intranquila a Carola. ¿Qué hacer? ¿Cómo escapar de esa prisión? Si averiguaban en Las Flores, darían con el cadáver y ella sería condenada.

El día se le hacía eterno, debía esperar hasta la noche para esconderse entre las sombras y huir.

Durante la tarde recibió la visita de la Madre Superiora, que no logró sacarle dato alguno sobre su pasado.

—Mañana vendrá a verla un especialista, a ver si logra remover sus recuerdos —dijo la monja antes de salir—. Debe usted descansar ahora.

La cena vino de la mano de Luján, quien se mostró un poco más locuaz.

—Aquí estará bien, señorita. Las religiosas son muy buenas con todas nosotras, seguramente la dejarán quedarse hasta que aparezca algún familiar a buscarla.

—¿Podrías hacerme un favor? —pidió Carola.

—Si está en mis manos...

—Quisiera algo de ropa. Me gustaría mañana dar la sorpresa y aparecer vestida en el comedor. Porque supongo que tienen un comedor.

—¡Oh, sí! Es muy luminoso, con vista al jardín de las rosas amarillas.

—¿Podrías traerme algo para vestirme?

—Le pediré a...

—¡No! —maldijo internamente por su exabrupto—. Quisiera que sea una sorpresa.

—Lo intentaré.

Pero la noche cayó con sus sombras y Luján no apareció. Carola aguardó a que el silencio fuera total, solo los grillos interrumpían la paz del lugar.

Se levantó de la cama y abrió la puerta con sigilo. El pasillo estaba desierto y a lo largo podían verse unas cuantas habitaciones a ambos lados.

No podía irse en camisón, la descubrirían de inmediato, pero peor sería quedarse. Avanzó alerta hacia lo que supuso un hall de distribución y se encontró en la antesala de un amplio comedor.

¡Maldición!, dijo en voz baja, la salida debía ser por el otro lado.

Recorrió sobre sus pasos mirando a todos lados, buscando algo que pudiera ayudarla a salir sin llamar la atención. Una puerta entreabierta le reveló una habitación destinada a lavandería. Varios uniformes grises colgaban de las perchas y desparramaban el olor de la ropa limpia. Sin perder tiempo los examinó: eran demasiado pequeños. Pese a que había adelgazado unos cuantos kilos entre tanto nervio y peligro, todavía estaba algo rolliza.

Abrió un ropero donde se balanceaban las camisas y un sobretodo oscuro captó su atención. Lo colocó por encima del camisón y lo cerró con el cinturón.

Pleno verano y yo con gabán, pensó. Pero es mejor que huir en camisón.

Se asomó al corredor, no había nadie a la vista. Apuró sus pasos y cuando estaba por llegar a la puerta de entrada una voz a su espalda la detuvo:

—¿A dónde cree que va?

Carola se detuvo en seco, la autoridad que emanaba de esa mujer no dejaba lugar a réplica. Giró y se encontró con Inés.

—Yo... tengo que irme —había súplica en sus ojos y temor en su piel. Toda ella se desmoronaba.

—Vamos a su cuarto. —La mujer la tomó del brazo y la condujo con

firmeza.

Una vez dentro la hizo sentar sobre la cama. Ella se mantuvo de pie taladrándola con su mirada.

—No podré ayudarla a menos que me cuente toda la verdad.

—Ya le dije que no recuerdo...

—Sin mentiras —cortó en seco Inés—. Tenía usted ropa manchada con sangre y un cuchillo entre sus cosas. No me obligue a contarle todo a la policía, cosa que debí haber hecho antes.

—¿Y por qué no lo hizo? —desafió Carola.

—No sea desagradecida —reprochó—. Vi las marcas en su cuello, quise darle el beneficio de la duda.

La muchacha bajó la cabeza, avergonzada por su comportamiento. Después de todo Inés no la había delatado.

—Lo siento —murmuró.

—Vamos, niña. —Su trato se suavizó—. Cuéntame la verdad.

—¿Dónde están mis cosas? —quiso saber.

—A buen resguardo —la instó a seguir.

Carola decidió confiar y comenzó a hablar, desde el principio, sin omitir nada, ni siquiera aquello que tanto la avergonzaba. Inés permaneció atenta, sin juzgarla ni interrumpirla, hasta que la muchacha finalizó.

—¿Me va a denunciar? —las lágrimas comenzaron a fluir y la jovencita se tapó la cara—. ¡Maté a un hombre!

—¿Estás segura de haberlo matado?

—¡Le clavé un cuchillo! ¿Cómo podría estar vivo? —Carola estaba fuera de sí, tenía miedo, estaba desesperada.

—Escucha, niña, la policía deshizo tu camino y llegaron hasta Las Flores. —Al oír sus palabras Carola se llevó las manos a la boca silenciando su gemido—. No hallaron nada allí.

—¿Nada? ¿No estaba el pueblo revolucionado por la muerte de...?

—No, no había ningún muerto, ni siquiera una denuncia por robo en tu contra.

—¿Está segura?

—Completamente —sentenció Inés—. Hay algo que no concuerda con tu historia.

—¡No le mentiría con algo así! —se quejó Carola.

—Lo sé, lo sé —reflexionó—. Tú misma dijiste que ese hombre no actuaba solo. Tal vez su cómplice escondió el cuerpo... Quizás no lo mataste y está malherido.

—Sea como sea... tengo que irme de aquí. En cualquiera de los dos casos me encontrarán. Si no es la policía... serán esos delincuentes —suplicó Carola—. ¡Ayúdeme! ¡Por favor!

Inés se acercó y le tomó las manos.

—Te ayudaré, pero debes prometerme algo.

—Lo que sea, haré lo que sea —balbuceó Carola, aún asustada.

—Cuando esto acabe volverás a buscar al niño. —La muchacha se sorprendió ante ese pedido, la mujer debió advertirlo porque aclaró—: Él no tiene la culpa de los pecados de los mayores. Tendrás que darle un hogar.

—Lo prometo. —Apretó los dedos fríos de esa desconocida que iba a socorrerla—. Ahora, ayúdeme a escapar.

—Debes descansar. —Carola intentó protestar, pero Inés la silenció—: Mañana.

La noche se le hizo eterna. Las dudas y el temor de la traición se colaban en sus sueños. Cerraba los ojos y cuando empezaba a dormirse sentía ruidos de puertas y pasos que iban en su búsqueda.

El amanecer la halló con pocas horas de descanso y los ojos enrojecidos. No tenía idea de cómo haría Inés para sacarla de allí, pero no tenía a nadie más a quien recurrir. Era confiar o confiar.

Una muchachita delgada y de aspecto débil apareció cargando la bandeja

del desayuno.

—¿Y Luján? —preguntó inquieta.

—Fue a cumplir un encargo de doña Inés.

Carola agradeció y comió todo lo que le habían traído. Era mejor estar fuerte. La herida de la cabeza había dejado de dolerle, era hora de partir.

La Madre Superiora interrumpió sus devaneos y la atosigó con preguntas sobre su pasado, pero la muchacha se mantuvo en su negativa de soltar prenda alguna.

—Deberá permanecer aquí entonces —dijo—. No podemos dejarla ir sin rumbo y sin documentación. La policía está ocupándose de averiguar en dónde la extrañan.

Carola simuló tranquilidad cuando por dentro temblaba de miedo.

—Gracias —alcanzó a balbucear.

—Luego le traerán ropa, así puede levantarse y caminar un poco. Por la tarde vendrá el médico.

La muchacha asintió.

Inés, ¿dónde está?

Como si la llamara con la fuerza de su pensamiento, la mujer ingresó al cuarto. Al verla de pie dando vueltas por la habitación cual fiera enjaulada se compadeció de ella. ¡Pobrecita!

—Veo que estás mejor —dijo por saludo mientras le extendía sus nuevas prendas—. Espero que te queden bien, eran de una de nuestras jovencitas.

Carola tomó el atado y desplegó la ropa. Hizo una mueca, su dueña también era rellena, aunque al vestirse notó que debía ponerse un cinturón: había adelgazado durante esos días, ya casi no le quedaba grasa en el cuerpo.

Inés sonrió.

—¿Eres consciente de que debes cambiar tu aspecto?

—He perdido unos cuantos kilos...

—No será suficiente. —De uno de sus bolsillos sacó unas tijeras y un

frasco que contenía un líquido oscuro. Carola abrió los ojos con pavora.

—¿Qué tiene en mente?

—Siempre quise ser peluquera —fue su respuesta—. Siéntate y confía en mí.

La muchacha se tocó el cabello, que en esos tiempos le había crecido casi hasta la cintura, y se resignó a perderlo. Después de todo, nada debía asociarla a Carola Villegas. Obedeció y se entregó a las manos diestras de Inés, que fueron cortando su melena rubia hasta dejarla al ras del cuello.

Después, la mujer abrió el frasquito y empezó a esparcir sobre lo que le había quedado de su hermosa cabellera esa mezcla de olor fuerte, que le causó ardor en los ojos y una leve erupción detrás de las orejas.

—¿Qué me está haciendo? —alcanzó a decir, entre sollozos.

—Te estoy transformando.

La joven reprimió las lágrimas, en todo ese tiempo había perdido mucho más que su cabello.

Al finalizar Inés la miró y sonrió satisfecha.

—Luces bien, no te preocupes.

—Si usted lo dice... —No había espejo donde mirarse, pero Carola se sintió desnuda.

—Te irás ahora mismo —dijo para sorpresa de la muchacha—. En media hora todos estarán en la misa, dejaré la puerta de la reja abierta para que puedas partir.

—Pero... ¿a dónde iré? No tengo dinero... no sé qué hacer. — Repentinamente se sentía temerosa y desvalida.

—Dejaré junto al árbol de la entrada un atado con algo más de ropa y dinero. También una carta de recomendación. Hay una colonia aborígen al norte, en el Chaco, un viejo amigo mío partió hace tiempo para allí, para ocuparse de los enfermos. No he tenido noticias de él, pero confío en que te acogerá para que le des una mano.

—Gracias, Inés... —Los ojos de Carola mostraban su desconsuelo.

—No temas, todo saldrá bien. Debes poner distancia hasta tanto se aquieten las aguas y sepamos qué ocurrió con ese hombre que te atacó. Yo me ocuparé de obtener información y te la haré llegar.

—No sé cómo agradecerle, es usted muy generosa conmigo.

—Solo quiero que hagas el bien. Y que regreses por el niño cuando te mande a buscar.

—Así lo haré, tiene mi palabra.

—Desde ahora te llamarás Eva, como la primera mujer. Eva Solanas.

Buenos Aires

—¡Maldito seas, Dionisio! Llevo meses tras la deuda de Mazzone. —El hombre dio un puñetazo sobre la mesa e hizo saltar los vasos—. ¿Cómo es que se les escapó otra vez?

Frente a sí tenía a dos de sus matones, uno de ellos seriamente herido.

—¿Dónde estabas cuando atacaron a este idiota?

—Yo... —el sujeto balbuceó sin decir nada en concreto.

—¡Seguramente debajo de alguna falda! —Se puso de pie con violencia y les dio la espalda.

—No creímos que la mujer fuera a dar pelea... era tarea fácil —atinó a decir antes de que su jefe volteara y le diera un golpe en el rostro que lo hizo caer de la silla.

—Parece que no entendieron quién da las órdenes aquí —dijo con furia—. ¡Fuera! ¡Váyanse!

—Estamos listos para el otro temita...

—¡Fuera!

—Pero...

El jefe sacó la pistola que llevaba en su cintura y apuntó. Estaba fuera de sí, era muy alta la deuda que Mazzone había dejado como para que esos dos idiotas la echaran a perder otra vez; se habían pasado con incendiar la casa, habían perdido el control de la situación y ahora no tenía de dónde cobrarse. *Debería matarlos, pensó.*

Los hombres salieron del cuarto sin chistar y el prestamista quedó solo rumiando su furia.



CAPÍTULO 54

Napalpí, 19 de julio de 1924

El gobernador dio órdenes de avanzar. Una tropa formada por más de ciento treinta efectivos bien armados y algunos civiles rodeó la reducción, donde se concentraba la huelga, cerrando el círculo en esa madrugada fría. Al frente iban los comisarios Sáenz Loza y Machado. Junto a ellos, el juez de paz de Quitilipi, Eusebio Arce, quien tenía ganado en varios campos cercano, en sociedad con el comisario Machado.

El administrador y los capataces ya habían abandonado el lugar y la indiada dormía luego de una noche de festejos religiosos. Atendiendo al llamado a huelga habían llegado aborígenes de todos los sitios para sumarse al reclamo. Los que no estaban de acuerdo, anticipando una desgracia, permanecían en las tolдерías alejadas del sitio elegido.

Con sigilo, la escuadra rodeó el campamento y se escondió formando un arco, parapetados, listos para matar.

Un agente de policía, presintiendo la masacre, besó una imagen de la Virgen de Itatí, a quien se encomendaba a diario.

—¿Qué hace, hombre, besando a la virgen de revés? —susurró su compañero.

—Esta vez no sé si está de nuestro lado o del de los indios, no me atrevo a besarla de frente. —En silencio la guardó y continuó el acecho.

La modorra aún se alojaba en los cuerpos, que dormían en sus carpas

después de haber celebrado invocando a sus dioses hasta altas horas de la madrugada. Los efectos del jugo de la algarroba todavía bailaban en las venas, los miembros pesados, los párpados negándose a la luz, que poco tiempo brillaría para ellos.

Eva dormía cuando la despertó un ruido ajeno al monte. Abrió los ojos con pereza y trató de ubicarse. La noche anterior había bebido más de la cuenta, tal vez para ahogar la tristeza de todo lo que estaba ocurriendo, sumada a la indecisión de entregarse de lleno al amor que Dante le ofrecía.

Miró a su alrededor. Los niños descansaban en sus cueros, Lila ya no estaba. Saliendo del sueño pudo identificar a qué pertenecía ese ronquido extraño: era el motor de un avión.

Se levantó y abrigó antes de salir. El amanecer despuntaba, el cielo era una mezcla de colores variados entre el rojizo y el celeste. Denso el aire, silencio de pájaros, solo el motor.

Lila estaba de pie frente al toldo y miraba hacia el firmamento.

—Es el cuervo blanco —dijo señalando el aeroplano.

Eva sonrió.

—¿Cuervo blanco? —meneó la cabeza pensando que los qom todo lo relacionaban con la naturaleza.

Algunos aborígenes que todavía festejaban, ebrios de *kapa*, aplaudían al aparato, toda una novedad para ellos.

Y empezaron las detonaciones. Un gran estruendo quebró la falsa paz del lugar y las bombas incendiaron el monte y parte de la toldería. Cuerpos envueltos en llamas salieron danzando como muñecos enloquecidos, chillando de horror.

Desde el aeroplano también comenzaron a llover disparos, el fusil escupía muerte sin cesar.

La población de la reducción carecía de armas de fuego, pero no estaba desprovista de coraje. Munidos únicamente por su fe y bajo un grito

colectivo, un grupo de hombres, mujeres y niños emergió de la masacre blandiendo lanzas, machetes, arcos y flechas que lanzaron contra los invasores. Pero nada podían hacer frente a ciento treinta soldados encarnizados provistos de fusiles Mauser y Winchester.

Ante la carnicería que se desplegaba ante sus ojos Eva ingresó al toldo junto con Lila para rescatar a los más chiquitos, que, entredormidos, no sabían qué estaba ocurriendo. Eva alzó a Mario y Lila logró sacar de la carpa a los dos niños restantes.

La balacera era continua y cerrada, todos corrían enloquecidos queriendo escapar, pero no alcanzaban a llegar a los árboles. Hombres que volvían a sus toldos a buscar a sus familiares caían como ramas al ser cortadas. Se iban amontonando uno encima del otro, mezclándose su sangre y su último grito de agonía. Lágrimas y gritos por doquier, olor a muerte y a carne quemada.

Era una escena dantesca. Los chillidos de las víctimas se entremezclaban con los de júbilo de los victimarios, sedientos de violencia.

El aeroplano seguía sobrevolando, asegurándose de que ya no había peligro. Y así la policía abandonó la seguridad del monte y avanzó hacia la toldería. A hachazo limpio acababan con todo lo que se movía, sin respetar edad, condición o sexo.

Maidana y Gómez, que habían intentado repeler la agresión hasta sus últimas fuerzas, habían caído bajo el plomo policial. Cuando la policía los reconoció entre los cadáveres, mutiló a Maidana con una ferocidad inaudita. Le cortaron los testículos, las orejas y el labio superior, que luego exhibirían en la comisaría.

—¡Allí hay alguien! —gritó un agente al escuchar gemidos que venían de uno de los toldos que todavía estaba en pie.

Al acercarse descubrieron a una madre y una niña ocultas debajo de un catre de madera.

—¡Préndanlo fuego! —Y sus voces se silenciaron para siempre.

Juan Silvio Aranjuez estaba entre la tropa invasora que avanzaba para ultimar a los sobrevivientes. Buscaba a Eva entre los caídos, si la mujer blanca estaba ahí ya se ocuparía él de darle su merecido. Pero no fue a Eva a quien halló sino a Dante Olivera. Estaba inconsciente, tenía dos disparos, uno en una pierna y otro en el hombro. Una aureola de sangre lo rodeaba. Al reconocerlo Juan Silvio quiso cobrarse su deuda y estaba a punto de dispararle cuando un superior lo detuvo:

—¿No es ese Dante Olivera? —se agachó para cerciorarse, tomó su pulso —. Vaya, está vivo. Hay que trasladarlo.

—Pero... —protestó Aranjuez.

—¿Pensaba usted matarlo? ¡Es el hijo de un servidor, el coronel Olivera! —alzó la voz al decirlo—. No queremos tener problemas con su padre, ni con el gobernador.

Pleno de furia a Aranjuez no le quedó más remedio que cargar a Dante en la improvisada angarilla para llevarlo a la ciudad.

Tiempo después se corroboraría que los efectivos dispararon unos cinco mil proyectiles sobre un frente de unos seiscientos metros y que los atacantes no sufrieron ni una sola baja, ni un herido, ni siquiera un caballo lesionado.

Ante tanta saña, los pocos sobrevivientes que fueron tomados cautivos, pedían clemencia. Ya era cerca del mediodía y la crueldad no cesaba. Sáenz Loza ordenó atarlos con alambres de púa que sacaron de los potreros y después los hizo empalar con las puntas de estacas afiladas con machetes.

Los alaridos hicieron temblar el monte y Eva, que yacía oculta todavía, se estremeció al imaginar la locura que se estaba desatando en lo que quedaba de la tolдерía.

El suelo se volvía rojo.

Cuando los cuerpos atravesados dejaron de sacudirse y la muerte al fin los encontró, caparon a los varones uno por uno.

—A los correntinos y santiagueños solo degüellenlos —ordenó el

comisario—. ¡Y bebida para toda la tropa!

Sáenz Loza no deseaba que les flaqueara la determinación criminal.

—¡“Angelito” para todos! —se refería a la caña paraguaya—. Y traigan también unas vacas para carnear, ¡las que hagan falta para un buen asado para toda la milicada!

Los atropellos continuaron. Todavía había algunos sobrevivientes, no llegaban a cuarenta. Serían trasladados a Quitilipi para venderlos a las familias de bien. Pero muchas mujeres fueron violadas y luego degolladas, regando con su sangre el monte. Una de ellas era Rosalía, quien intentando socorrer a su marido herido, había sido capturada.

Lila había logrado escapar junto a uno de los pequeños, el otro había sido alcanzado por las balas, su alma había subido con los dioses.

Cuando uno de los hombres de confianza del gobernador arribó al sitio de la masacre y vio la carnicería, preso de la indignación dijo a Sáenz Loza:

—¡Aunque sea haga enterrar todo esto! —señalando los cadáveres.

—¡Váyase a la mierda! —respondió el comisario, ebrio de victoria.

El colaborador de Centeno regresó a Machagai dispuesto a ir con el cuento al gobernador, sin saber que este conocía exactamente lo que había ocurrido.

Pese a ello, la policía hizo cavar las zanjas a los pocos aborígenes que quedaban en pie y dispuso el entierro. Hasta ocho por fosa dispusieron. Luego, degollaron a los enterradores también, los rociaron con gasolina y prendieron fuego. Cerca de quinientos muertos aborígenes fue el saldo de ese fatídico sábado 19 de julio de 1924. Ningún uniformado.

Después la tropa saqueó todo lo que encontró y se salvó del fuego. Eran las dos de la tarde cuando la policía emprendió el regreso a Napalpí. Llevaban ovejas, vacas y burros adquiridos por la reducción y transferidos a los pobres para asegurar la concurrencia escolar de sus hijos.

Robaron también aves de corral, utensilios de cocina, mates, guitarras, acordeones, sillas plegadizas, todo era para la milicada.

Sáenz Loza y Machado se retiraron satisfechos y almorzaron como si nada hubiera ocurrido en Napalpí.

La persecución continuó luego de la matanza durante varios meses, y se volvió encarnizada. El monte se sembró de cadáveres de ambos sexos y distintas edades, que fueron denunciados por el vuelo de los buitres.

Con el pequeño bajo su cuerpo, Eva se fundió con el suelo ensangrentado. Había que volverse invisible, mutar en tierra, en madera, en silencio. Cualquier movimiento o suspiro podía delatarlos. El horror la venció en vómitos y desmayos, pero en ningún momento se separó de Mario. Recordó como en sueños la leyenda de la araxanaq'late', víbora madre, víbora masculina y femenina; seguramente se había enojado y por eso se había desatado semejante desgracia. Pensó en Melitona, de quien se decía que había llegado a su gente porque tenía una tarea superior que cumplir; por eso la seguían Huaschi, la enanita de la fecundidad, y la araxanaq'late.

Eva la había visto ser arrastrada por su madre hacia el monte en medio de la balacera. También había visto a Eugenio y otros parientes políticos de Dante pelear con sus lanzas antes de caer; todos los amigos que había cosechado en ese tiempo estaban en peligro, si no muertos.

Los aullidos de dolor se le metían por las orejas y por mucho que se apretara contra la tierra el horror le caminaba por los poros. Mario gemía y se contorsionaba de miedo. No había nada que hacer.

Al sentir que se acercaban los soldados Eva reptó entre arbustos y espinas que marcaron su cuerpo. Tenía que aguantar el dolor. Intentó silenciar al niño, no podían delatarse.

Cuando pudo ponerse en pie y alejarse debieron caminar entre cadáveres de amigos, entre truenos de armas, gritos y sollozos. Por partes tenía la piel en carne viva, con cortes que seguramente se infectarían, al igual que los del pequeño Mario. Pero eran fuertes, debían serlo.

Avanzaron a tientas, escapando de los que continuaban acechando el

monte, mimetizándose con el verde de las hojas, con el marrón de los troncos. Poco a poco el silencio volvía y solo se oía el silbar del viento en los árboles.



CAPÍTULO 55

Viaje en tren, 21 de julio de 1924

Mario ya está a salvo al cuidado de esos ancianos, buena gente que nos cobijó y sanó nuestras heridas físicas. No así las del alma, que perdurarán por siempre. Pienso en ese otro angelito al que pudieron rescatar... ¿qué será de esos niños? Extraño a Dante y todo lo que pudimos haber vivido. Me duele, me duele ese amor trunco, otra vez...

No puedo dudar, tengo que volver a buscar a Guido, toda esta masacre me trajo a la memoria su última mirada. Aún debe estar preguntándose por qué lo abandoné yo también. ¡Pobre criatura inocente! Él tampoco tiene la culpa de nada, no eligió nacer ni venir al mundo en esas condiciones.

Aquí en esta tierra lejana y extraña aprendí a amar, no solo a un hombre, sino a toda esta gente tan distinta y a la vez tan igual a mí, con sus incertidumbres, sus miedos, sus carencias y también su inocencia. ¡Pobres infelices a los que arrancaron todo! ¡Hasta la vida misma!

No sé qué me deparará el destino. Debo volver sobre mis pasos y recuperar mi vida, dejar atrás el temor y enfrentarme a mis demonios. ¿Estará la policía buscándome en Las Flores? ¿Por qué se demoraron tanto las noticias de Inés? Debo cumplir la promesa que le hice a esa mujer que confió en mí. Aunque tengo que reconocer que no voy en busca de Guido por mi juramento sino porque lo siento. Me encariñé con él pese a no desearlo, así como me enamoré de Dante sin quererlo. ¡Dante! No soporto recordar su

cuerpo ensangrentado, despidiéndose, pidiéndome que ponga a salvo a su hijo. ¡Cuánto dolor!

Me pregunto cómo llegó a pasar todo esto en tan poco tiempo. ¿A dónde quedaron mis sueños de ser enfermera? ¿Qué ocurrió con aquella jovencita de insulsos cabellos rubios y cintura redonda? Me miro en el reflejo que me devuelve la ventanilla del tren y no me reconozco. Hay una mujer de gesto endurecido y mirada triste, con el cabello oscuro cortado a lo varón y una delgadez en el cuerpo y en el alma que me obligan a mirarla dos veces. ¿Quién soy? ¿Soy Carola Villegas, la inocente y abnegada esposa que renunció a todo por su marido, o Eva Solanas, la fugitiva?

Ninguna me conforma y sin embargo ambas conviven en mí. Tendré que acostumbrarme o elegir, son muy distintas.

Evoco a Dante y su sonrisa, sus manos fuertes, su protección. ¿Qué hubiera dicho de haberse enterado de quién soy en realidad? ¿Seguiría amándome?

El traqueteo del tren me invita a dormir, mas no puedo olvidar mis últimas horas en Quitilipi, la fiesta del Club Social, la indiferencia de la gente ante tanta muerte. De solo pensar se me revuelve el estómago, pero ya no tengo nada que vomitar. El espectáculo espeluznante de los cuerpos mutilados de mis amigos quedó grabado para siempre en mis retinas, intento espantar esas imágenes y pensar en algo lindo. Y aparece el rostro de Dante. Me aferro a su recuerdo como si fuera mi tabla de salvación, aunque sé que jamás volveré a verlo.

Antes de subir al tren tomé un diario que alguien había dejado en la estación. No puedo creer las barbaridades que publicaron. “Un reñido combate entre tobas y mocovíes del cual resultaron cientos de muertos y quién sabe cuántos heridos”, decía La Voz del Chaco. Además, daban como vivo al supuesto máximo responsable de la masacre, Pedro Maidana, y muerto al hijo del coronel Olivera. ¡Qué indignación siento, cuánto dolor! El

Gobierno quiere tapar lo ocurrido y generó toda esta campaña propagandística, pero sé que todo saldrá a la luz.

Tuve la oportunidad de hablar con un hombre, alguien que no es del lugar, muy interesado en lo ocurrido. Me detuvo en el andén. Debió advertir mi nerviosismo, yo miraba de un lado a otro temiendo que mis perseguidores me reconocieran. Se me acercó despacio, como quien se aproxima a un potro salvaje, y me habló con voz cansina infundiéndome seguridad. Dijo llamarse Roberto Lehmann Nitsche y se presentó como investigador de la Universidad de La Plata. Por un instante me sentí más cerca de mi tierra y decidí confiar en él. Todavía faltaba para que arribara mi tren, de modo que acepté su compañía y respondí cada una de sus preguntas, ilustrándolo acabadamente sobre la masacre. Prometió volcar todo en su informe; le creí. Al verme desvalida, sin hacerme preguntas personales, me dio algo de dinero, lo cual agradecí; lo necesitaba para comprar el boleto, de otra manera iba a escabullirme en el convoy.

Miro por la ventanilla, el paisaje ha cambiado, ¿por dónde andaremos? Primera parada en Coronel Suárez. Tengo que ver a Inés, necesito noticias, seguro que algo tendrá para contarme. Me siento insegura, ¿qué le diré a Guido cuando lo vea? ¿Cómo enfrentaré a mi suegra? De repente caigo en la cuenta de que no soy nadie, de que no tengo derechos sobre el niño. Si ella se niega a dármelo (me reprocho pensar en él como si fuera un paquete que alguien tiene que darme), nada podré hacer. Apenas soy la viuda de su padre, y Amanda es su abuela.

Me invade la desazón, la tristeza acude a mis ojos y ahoga mi pecho. Doy rienda suelta al llanto, pero es un llanto antiguo, demorado. Lloro por todo lo ocurrido desde que se cayó la venda que llevaba en los ojos, desde que descubrí, tras la muerte de Antonio, su verdadero rostro. Lloro por él, por nuestro matrimonio, por el engaño, por todo lo perdido, mis sueños, mi inocencia. Lloro por Guido y por todos los muertos acribillados en el monte

chaqueño. Lloro por Dante, a quien amo con todo mi corazón, a quien aprendí a amar de a poco y de forma madura. Por Mario, pobre chiquito abandonado, por Lila a quien no volví a ver, por Rosalía, por Pedro y por todos los demás.

Lloro y son ríos de agua salada que corren por el pasillo del tren barriendo con todo lo que hay a su paso. No siento las manos, los ojos aguados se cierran. Duermo...



CAPÍTULO 56

Resistencia, Chaco, julio de 1924, antes de la masacre

El regreso de Dante a la casa natal no fue fácil. Su padre no era un hombre viejo, pero la vida en campaña y el exceso de bebida lo habían dejado reducido a una bolsa de huesos dentro de una piel flácida y amarillenta. Todo el enojo que había sentido por él se evaporó ni bien lo vio hundido en su lecho de muerte.

Nada quedaba del autoritario y seguro coronel Olivera. Su sitio había sido ocupado por un anciano que se iba lentamente del mundo de los vivos.

La habitación olía a desinfectantes que la nueva sirvienta se afanaba en renovar cada hora para evitar el olor a vómito y orines. Fuera del servicio doméstico nadie lo visitaba; ya era una gloria pasada, sus proezas de otros tiempos serían sepultadas por la nueva masacre de indios en El Aguará.

Frente al lecho, Dante no reconocía en ese ser que se deshacía entre toses y desvaríos a su siempre erguido padre. Recordaba su voz de trueno y la fortaleza de su mirada, no podía creer lo que sus ojos veían.

—¿Qué dijo el médico? —preguntó a la empleada que dijo llamarse Pilarita.

—Que tiene una neumonía severa —respondió la mujer.

—Llámelo, por favor —pidió Dante—, dígame que quiero hablar con él.

Al quedar solo se sentó en el sillón que custodiaba la cama y cerró los ojos. Su padre dormía y él estaba cansado por el viaje. Pese a que no eran tantos

los kilómetros la tensión acumulada los días previos con motivo de la gran huelga se hacía sentir en el cuerpo. Le latían las sienes y su estómago evidenciaba hambre.

Una violenta tos impulsó el cuerpo del coronel hacia arriba y de su boca un escupitajo sanguinolento manchó las sábanas.

Con premura, Dante buscó unos lienzos y limpió como pudo. Pilarita apareció en escena y se hizo cargo.

—Deje, deje, que ya estoy acostumbrada... —No era una queja sino más bien resignación.

—¿Vendrá el médico?

—En una hora, cuando finalice su consulta.

—Gracias. —Dante salió en dirección a la cocina.

Se hizo servir las sobras del mediodía rechazando que le cocinaran algo. Después escondió la cabeza entre las manos y así, sobre la mesa, dormitó un rato.

—Señor, el doctor está aquí —interrumpió Pilarita su sueño.

—Que pase al despacho, por favor. Iré enseguida.

Una vez despejado el rostro se encaminó a su encuentro sin saber que se encontraría con el mismo médico que lo había atendido cuando era pequeño. *¿Qué edad tendrá?*, se preguntó.

—Doctor Lucero, qué sorpresa —extendió la mano y apretó la del facultativo.

—Vaya, vaya, si estás hecho todo un hombre.

—Por favor, tome asiento.

Una vez frente a frente detrás del sobrio escritorio de roble Dante quiso saber.

—El estado de tu padre es delicado, no viene al caso mentirte. La neumonía está avanzada, conoces al coronel. No quiso que nadie descubriera que se sentía mal, ocultaba su fiebre y sus toses con sangre.

—Siempre tan terco...

—Y tan autosuficiente —añadió el doctor—. Pilarita lo halló tirado al lado de su cama en medio de bilis y sangre, y me llamó.

—¿Y ahora?

—Solo resta esperar. Le administré los remedios, pero no sé si llegamos a tiempo. Además, Dante, tu padre está desvariando desde hace días, ni siquiera nos reconoce.

—Pero... eso no tiene relación con la neumonía, ¿o sí?

—Ninguna, o al menos no que sepamos. Pero sí creo que tu padre padece de demencia senil.

—¿Demencia senil? —Dante jamás había escuchado sobre esa enfermedad.

—Se cree que tiene que ver con las arterias cerebrales y su insuficiencia. No lo sé a ciencia cierta a decir verdad —meneó la cabeza en señal de disculpa—. Pero ahora lo más importante es la neumonía, lo tiene muy debilitado. No quiere comer.

—Yo me ocuparé de que lo haga.

El médico se puso de pie.

—No dudes en llamarme si hace falta —ofreció ya en la puerta.

—Gracias, doctor. —Se estrecharon las manos y Dante quedó solo.

Después de asearse y sacarse el polvo del viaje se retiró un rato a su antiguo cuarto. Con pesar descubrió que no quedaba nada: su padre se había deshecho de sus libros y de sus recuerdos. Ni siquiera el diploma de estudios, que antes engalanaba una de las paredes, había quedado.

La habitación era impersonal y fría, se notaba que hacía rato nadie la usaba porque las puertas del ropero crujían en sus goznes y la falleba estaba trabada.

Se tiró sobre la cama que alguna vez fuera suya y cerró los ojos empujando el dolor de cabeza.

Este ya no es mi sitio, no queda nada de mí aquí. Si alguna duda tenía este viaje sirvió para quitármela. Solo lamento no haber traído a Mario para que al menos viera una vez en la vida a su abuelo, aun cuando este ni siquiera lo hubiera reconocido. Aunque mejor así. De estar consciente, lo habría rechazado por su sangre aborígen.

Sus pensamientos lo sumieron en un sueño donde la realidad y lo onírico se mezclaban en macabra danza. Lenguas de fuego y aullidos que se elevaban en el aire, disparos, risas estridentes y sangre, mucha sangre. Y la misma imagen de la mujer con el niño.

Despertó sudado y agitado. Fue preciso restregarse los ojos para reconocer dónde se encontraba.

La noche había caído y la oscuridad reinaba. Sintió frío, como si la muerte anduviera cerca, un ligero estremecimiento acarició su espina dorsal y se apresuró a salir.

Sus pasos rápidos lo llevaron al cuarto de su padre. El coronel estaba despierto y lo miraba sin verlo.

—Hola —dijo acercándose para quedar dentro del círculo de luz; el viejo no respondió.

En un acto de pena Dante acarició su mano, pero no obtuvo respuesta.

—Padre... —su voz fue interrumpida abruptamente por la del anciano.

—Haber sometido a tanta tribu es uno de los timbres de honor que pueden ostentar en todo tiempo los que dirigimos la expedición al Chaco —hablaba desde el pasado, como en trance, con su antigua voz firme—, tan sabia y tan prudentemente...

—Papá, ¿qué dice?

—El indio en su expresión actual es como un producto de aquel suelo, típicamente caracterizado por el aislamiento en que se ha desarrollado. Puesto en contacto con razas superiores se tornará en un factor económico y será de gran utilidad en el progreso de las industrias que empiezan a implantarse en

el Chaco.

—Padre, soy Dante, ¿me reconoce?

—¡Claro que sí! Eres mi hijo, ¡el desgraciado que me abandonó para ir detrás de esos salvajes! —la excitación se apoderó de él y empezó a toser. Primero fueron lentos estertores que culminaron en una balacera de ahogos y convulsiones.

—¡Pilarita! —llamó Dante viendo que su padre se ahogaba.

El cuerpo del viejo retumbaba sobre el lecho, rojos piel y ojos, dedos apretados contra las sábanas blancas.

Cuando la empleada entró el coronel lanzó un escupitajo de sangre y flemas, un verdadero asco, pero ninguno osó alejarse ni se amilanó en la tarea de ayudarlo a salir del trance.

Con paños calientes sobre el pecho y hojas de eucalipto hirviendo en una olla lograron detener los ataques y el viejo cayó en un sueño intranquilo y sudado.

Dante aprovechó para asearse, había sido alcanzado por los fluidos de su padre. Después ingirió una succulenta cena. Necesitaba reponer fuerzas, intuía que los días que le quedaban allí no serían fáciles.



CAPÍTULO 57

Coronel Suárez, julio de 1924

Con los ojos aún hinchados de llorar, Eva miraba el frente del asilo. La alta reja se interponía, pero dejaba ver el jardín sin flores, apenas unos arbustos conservaban su verdor. Se tomó de los barrotes y miró hacia el interior, el parque estaba desierto y la capilla cerrada. Era ya casi de noche, se estarían preparado para la cena.

Apretó las mandíbulas antes de llamar. Con la oscuridad avicinándose y su nuevo aspecto difícilmente alguien pudiera asociarla con la regordeta muchacha rubia de hacía año y medio atrás. Tal vez ni siquiera Inés estuviera allí, y en tal caso... ¿qué sería de ella?

No pienses, sabrás qué hacer después de todo lo que pasaste. Ahora eres una mujer y no una niñita asustada, se dijo.

Llamó y aguardó. El cielo lloraba una incipiente llovizna acompañando su tristeza. En su vida todo era pérdida.

Una monja apareció guarecida bajo un paraguas y la hizo entrar sin preguntas.

No le debo parecer peligrosa. Si supiera...

Ya en el portal la religiosa le prestó su atención:

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—Estoy buscando a doña Inés.

—Aguarde un instante, tome asiento —dijo señalando un largo banco de

madera.

Eva obedeció, tenía el cuerpo cansado y dolorido; las heridas continuaban abiertas y dibujaban un mapa en su piel. Hacía más de un día que venía comiendo mal y poco, se sentía exhausta. Necesitaba una cama donde dormir, dejar volar el sueño y olvidarse de todo, pero había imágenes que se le habían quedado para siempre.

Los pasos retumbaron en el largo pasillo en damero blanco y negro. Inés se acercó y recién cuando estuvo debajo de la luz la reconoció.

—¿Eva?

—Soy yo. —La debilidad de la muchacha la impulsó a abrazarla.

—Pero... ¿qué te ha ocurrido?

La joven se desplomó en esos brazos parecidos a los de una madre. No pudo llorar de nuevo, sus lágrimas se habían agotado en el tren.

—¿No se ha enterado? —inquirió.

La mujer frunció el ceño y Eva supo que tendría que revivir la macabra historia para contársela.

—Ven, vamos a otro sitio. —Y la condujo hacia una pequeña salita de recibo.

Al finalizar el relato Inés estaba atónita, incapaz de comprender tamaña brutalidad.

—¡Es una barbarie lo que me cuentas!

—Así es, ha sido espantoso. Y esos hombres... estaban allá, en el Chaco, buscándome.

Inés abrió los ojos, incrédula, pero fue solo un instante.

—Necesitas comer bien, mírate, estás en los huesos.

—Necesito dormir, perdone el atrevimiento —se excusó Eva.

—Ya, ya. —Se puso de pie—. Sígueme.

—No quisiera que tenga problemas con la directora...

—Yo soy la directora ahora —develó con una sonrisa.

Eva no supo si debía felicitarla, prefirió guardar silencio.

Una vez en la espaciosa cocina la misma Inés le sirvió un buen plato de guiso de lentejas que Eva demoró en comer, tenía el estómago cerrado. La mujer le hacía de vez en cuando alguna pregunta, todavía incrédula ante la masacre de indios en Napalpí.

—Ahora vas a dormir y mañana será otro día.

—Inés... —Eva temía preguntar—. ¿Se supo algo de aquel hombre?

—Hablabamos de eso por la mañana...

—¡Por favor! No puedo esperar.

Inés elevó una mirada al techo como buscando el consuelo de Dios.

—Te envié una carta hace unos meses, deduzco que no te llegó.

—¿Qué decía? ¡Cuénteme, por favor! Me mortifica creer que soy... que soy una asesina —lo dijo en voz baja, apenas audible.

—No lo eres, Eva, ¿o prefieres que te llame Carola? —Ante el encogimiento de hombros de la otra añadió—: Me costó bastante llegar a la información, tuve que acudir a un amigo de la infancia, un viejo policía retirado. Fue él quien viajó a Las Flores para investigar.

El estremecimiento le recorrió a Eva la espina dorsal, quería saber aunque temía que las noticias no fueran del todo buenas.

—¡Cuénteme, no me tenga con esta intriga, por favor! —reiteró.

—No le fue fácil armar el rompecabezas de piezas tan desordenadas, Eva, pero el sujeto que te atacó está vivo, vivito y coleando haciendo de las suyas por ahí —los ojos de la muchacha se abrieron con curiosidad—. Su cómplice andaba cerca cuando tú lo dejaste malherido, tuvo que llevarlo entre gallos y medianoche hasta la casa de un médico al que le habían sacado la matrícula por su alcoholismo. El hombre estaba muy necesitado de dinero y acogió al malhechor en su rancho.

—¿No acudieron a la policía?

—No estaban en condiciones de hacerlo, Eva, ellos sí son delincuentes.

Tenían “mucho billete encima”, palabras del doctor. Seguramente no eran trigo limpio niña.

—¿Puedo quedarme tranquila, entonces?

—Al menos en lo que respecta a esa supuesta muerte sí. No han vuelto por el lugar tampoco. Mi amigo se hace una escapada de vez en cuando para Las Flores, parece que se reencontró allí con alguien de su juventud y anda en amores —sonrió mientras levantaba los cubiertos—. ¿Quieres algo caliente antes de dormir? —ofreció.

—Gracias.

—Una leche con miel te hará bien, tienes la voz cascada.

—Gracias por cuidarme, Inés, es usted muy buena conmigo.

—Escucha —dijo la mujer girando para mirarla—, me hiciste una promesa antes de partir.

—Lo sé, y volví para cumplirla. Pero también temo que esos hombres... No entiendo cómo llegaron hasta mí.

La mirada de la directora se llenó de luces, pero al instante cayó en la cuenta de la orfandad y el peligro que corría esa jovencita.

—Eva, es poco probable que esos hombres vuelvan... Al ver lo que ocurrió en el Chaco te darán por muerta —se santiguó al decirlo—. O creerán que volviste a Buenos Aires. Ahora pensemos en el niño. ¿Qué vas a hacer para mantenerlo? No quiero ser cruel, pero no tienes nada, ni siquiera un techo para darle.

—No lo sé... —bajó la mirada como si el suelo le pudiera dar alguna respuesta—. Pensé que tal vez... —la miró, no quería decir lo que tenía en mente sin dar la cara—. Pensé que tal vez usted pudiera acogernos aquí un tiempo, al menos hasta que consiga un trabajo y esté segura de que no me siguieron.

—¡Eva! Es demasiado lo que me pides.

—¡Estoy desesperada, Inés! No tengo a nadie a quien recurrir, y está

Guido... aunque tampoco sé si su abuela dejará que me lo lleve después de todo lo ocurrido...

—¡Ay, niña! Sí que la tienes difícil.

—Cuando estuve allí el año pasado había logrado un trabajo y poco a poco reuní dinero para alquilar una casita. Aquí podría hacer lo mismo, haré lo que sea... ¡Por favor! ¡Es usted lo único que tengo ahora! —No le gustaba rogar, pero Inés era la única persona en quien podía confiar, estaba sola.

Pensó en Dante y en su hijo abandonado en medio del monte con una pareja de ancianos. *Cuando todo esto termine iré a buscarlo.* Aunque sabía que era una locura, no podía hacerse cargo ni de ella misma...

Inés la miraba y la notaba atormentada, decidió darle un respiro.

—Debes dejar de pensar tanto, sé que tu cabeza ahora es un torbellino. — La muchacha elevó la mirada—. Te quedarás aquí. —Al notar el entusiasmo de Eva añadió enseguida—: Solo un tiempo, el necesario para que puedas instalarte, nada más.

—¡Gracias! —Se puso de pie y le tomó las manos.

—Descansarás unos días para reponer fuerzas y partirás a buscar a Guido.

—¿No debería primero trabajar así puedo darle un techo?

—Cuanto antes cierre ese capítulo mejor será. Donde comen dos comen cuatro —agregó con una sonrisa—. Eso sí, el niño no se mezclará con las internas. —Recién en ese momento Eva tomó conciencia del detalle—. Hay una pequeña dependencia al fondo, era la vivienda del jardinero, que Dios lo tenga en su gloria. Se quedarán ahí.

—Es usted de oro, Inés.

—Bah, bah —dijo mientras salían de la cocina y apagaba las luces—. Vamos a dormir que es tarde ya.



CAPÍTULO 58

Coronel Suárez, agosto de 1924

Hacía una semana que Eva vivía en el asilo. Sus heridas ya se habían curado y se sentía con fuerzas para ir en busca de Guido. Sabía que la cuestión con Amanda no sería nada fácil. Había tomado conciencia del robo en su habitación.

Inés le había permitido ayudar con la limpieza y el lavado de sábanas y manteles, Eva no quería ser una carga más.

—Ya me siento en condiciones de partir —esbozó la joven durante una de las pausas del día en que se sentaban ambas a conversar frente al ventanal que daba a los jardines.

—Lo sé, y por eso reuní algo de dinero para ti.

—No hace falta...

—¿Con qué piensas subir al tren?

Eva se encogió de hombros.

—No quiero deberle tanto...

—Nada me deberás, solo el cumplimiento de tu promesa. —Eva asintió—. ¿Qué harás cuando todo esto acabe?

—¿Acabará? —más que una pregunta fue un pensamiento en voz alta—. Aceptaré el dinero Inés, prometo devolverlo ni bien pueda recomenzar mi vida.

—Ve a preparar tus cosas. —En esos días la mujer le había dado ropa y

enseres personales para que viviera con comodidad.

La mañana siguiente Eva partió en el tren que la llevaría al encuentro de Guido sin saber con qué se encontraría en Las Flores. El viaje se le hizo largo; ansiaba arribar y de una vez por todas acabar con sus miedos y dudas. Sabía que le debía una explicación a Amanda y estaba dispuesta a dársela. Para lo que no estaba preparada era para su negativa en cuanto al niño. ¿Qué habría ocurrido en ese tiempo?

El traqueteo logró adormecerla y cuando abrió los ojos ya estaba en la estación. El vagón estaba casi vacío, era una de las últimas que aún permanecía sentada y sin recoger el magro equipaje.

En el andén los recién llegados se abrazaban con los que esperaban. A ella nadie la aguardaba.

Sola, siempre sola. ¿Será mi destino la vida impar? ¿O me darán revancha alguna vez?

Tomó su maleta y caminó hacia la casa de su suegra.

El sol caía perpendicular, pero no entibiaba. El frío se hacía sentir y debió subir el cuello del tapado que Inés le había dado.

Una boina de lana cubría sus cabellos, que continuaban cortos. Había descubierto que era mucho más cómodo llevarlos así. Las raíces rubias habían sido teñidas con productos naturales que Rosalía le había aplicado. Nadie sospecharía quién era. Ni siquiera su antiguo pretendiente, el cartero, la reconoció cuando se cruzaron.

Llegó a la casa de Amanda y frente a la puerta observó: todo estaba igual, excepto por las flores que brillaban por su ausencia. Todo el pueblo estaba vestido de ocre, los colores habían decidido ocultarse hasta la próxima primavera.

Llamó blandiendo las palmas y voló su mente hacia atrás, hacia aquella primera vez en que se presentó en casa de su suegra llevando de la mano al pequeño Guido. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar el instante

mismo en que Amanda le reveló los macabros orígenes del niño.

¡Antonio! ¡Hiciste las cosas mal! ¡Y nos marcaste a todos de por vida!

Fue Mirta quien se asomó a la puerta, nada había cambiado. Eva le sonrió, pero debajo de su disfraz la otra mujer no la reconoció. Solo a medida que se acercaba su rostro se deformaba por la sorpresa.

—¿Carola?

—Sí, soy yo. —Mirta abrió los brazos para recibirla, Eva se aflojó; al menos ella la recibía sin resquemores.

—¡Pero mírate! Estás muy cambiada —sus ojos la escrutaron, algo no andaba bien—. ¿Acaso cambiaste tu aspecto por... por esos hombres?

—Es una larga y penosa historia... —suspiró la recién llegada.

—Ven, hablemos adentro que hace frío.

El interior estaba cálido y la casa parecía un hogar. Evidenciaba la presencia de un niño. Se veían algunos juguetes sobre la mesa rinconera y lápices de colores dentro de un frasco de vidrio.

Los ojos de Eva buscaron más allá con la esperanza de ver al pequeño, pero no había señales de él, tampoco de Amanda.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—En casa de un compañerito, si vieras lo bello y grande que está...

—¿Y ella?

—¡Ay, Carola! Ella está muy enojada contigo, ¡le robaste, además de haber abandonado al niño!

—No puedo defenderme, Mirta, es así. Pero te prometo que he pagado el precio.

Sentadas en la cocina compartían el mate.

—Regresará enseguida, fue a buscarlo. Lo bueno de tu partida fue que logró acercarlos... al fin tiene a alguien a quien amar.

Los ojos de Eva se llenaron de estrellas y supo que tenía la batalla perdida. ¿Qué podía ella ofrecerle al niño? Ni siquiera tenía un trabajo.

El ruido de la puerta las sobresaltó y el taconeo de pasos se fue acercando hasta que los recién llegados se detuvieron en seco en la cocina. Fue Guido el primero en reconocerla.

—¡Carola! —su voz denotaba mezcla de sentimientos, el pequeño no sabía si alegrarse o preocuparse.

—¡Guido! —Sin pensarlo se puso de pie y fue a su encuentro. Se agachó hasta quedar a su altura y le sonrió—: ¡Cuánto has crecido! —Lo abrazó, emocionada, mientras Amanda trataba de hallar las palabras para echarla de su casa sin proferir ninguna palabrota.

—¿Qué le pasó a tu cabello? —Guido la miraba fascinado.

—Uf... ya te contaré...

—Vete a tu cuarto, Guido —interrumpió la abuela.

—Pero... —la mirada furibunda de Amanda arrojó al pequeño directamente hacia su habitación.

—Estoy esperando —dijo la dueña de casa en pleno pie de guerra.

Eva había creído que todo sería más fácil; no conocía a su suegra.

—Lo siento, Amanda...

—¿Lo sientes? Eres una delincuente, Carola, me robaste —hablaba tranquila, como si hubiera ensayado el discurso infinidad de veces—. Y tienes la desfachatez de volver a mi casa. ¿Es que no tienes un mínimo de vergüenza?

Pero Eva no se iba a dejar amedrentar tan fácilmente.

—Siento vergüenza, Amanda. Es verdad, pero vine a dar la cara, concédame al menos su perdón. Prometo...

—No quiero que prometas nada, y te quiero fuera de mi casa ahora mismo. Tienes suerte de que no te haya denunciado —añadió, con furia.

Mirta permanecía de espectadora, muda e inmóvil de pie contra la mesada. Afuera estaba oscuro ya y el frío se colaba por las hendiduras de la ventana. No era buena noche para salir, se acercaba una tormenta.

—Me iré, Amanda, si usted lo quiere. Solo deseo que me escuche.

—Tienes cinco minutos. —La mujer se sentó. Pese a que fingía apostura se sentía débil, era demasiada la impresión que todo el episodio le había causado.

—Lamento de verdad todo lo ocurrido —comenzó Eva—, pero no tuve alternativa. Esos hombres me persiguieron hasta aquí y yo debí...

—Tú debiste ir con la verdad, acudir a la policía —interrumpió su suegra.

—Tenía miedo, ellos me amenazaron, creí que dándoles lo que querían me dejarían en paz.

—No sé si pensar que eres inocente o idiota —dijo Amanda mordiendo las palabras.

Si Eva se sintió herida no lo manifestó.

—Tal vez un poco de las dos cosas —concedió—. Sé que hice mal, Amanda, lo lamento de verdad. Robarle y huir... pero temí por mi vida. Quise escapar y dejar todo el pasado atrás. En Buenos Aires la policía no hizo nada... y esos hombres me siguieron hasta acá... No supe en quién confiar.

—¿Para qué volviste? ¡No me vas a decir que estás arrepentida! —un dejo de burla adornó sus palabras.

—Lo estoy, Amanda, créame que todo lo que hice lo pagué con creces. Pero ya es tarde para lamentaciones, quiero enmendar lo hecho.

Amanda empezó a reír con una risa irónica.

—¿Traes mi dinero y mis joyas acaso?

—No —Eva bajó la mirada—. No tengo nada, mi vida solo es pérdida.

—Esta puerta está cerrada para ti, Carola, espero que no hayas venido a pedir mi ayuda...

—No, he venido para hacerme cargo de Guido —pese al temor que sentía lo dijo con seguridad.

Amanda se puso de pie, furibunda.

—¡Esto sí que es una broma! —clavó en ella sus ojos agudos—. ¡Vete de

mi casa inmediatamente! —el tono de voz ya no era calmo.

—Por favor, Amanda, déjeme que lo lleve conmigo, él necesita una madre y yo lo fui...

—¡Basta! —En dos pasos estaba a su lado y la sacudía por los hombros—. ¡Margarita era su madre!

—¡Suélteme! Me hace daño —suplicó.

—Amanda —intercedió Mirta, asustada por el rumbo de los acontecimientos.

La suegra cedió y se desplomó sobre la silla. El peso de su tristeza por la pérdida de sus dos hijos le cayó encima.

—Guido es mi nieto, soy su única familia de sangre, y aquí se quedará.

—Pero...

—Tú bien lo dijiste, no tienes nada para ofrecerle. Y eso tampoco cambiaría las cosas —había tal certeza en su declaración que Eva supo que había perdido.

—Yo... trabajaré, le devolveré su dinero y... —la entereza le flaqueó y tuvo que callar.

—Vete, Carola, empieza tu vida de cero en otro lado. —Amanda hablaba ya más tranquila—. Pero hazlo con la frente en alto.

Eva se desmoronó y buscó apoyo sobre una silla. Mirta la ayudó a sentarse. Afuera la tormenta se desató con rugido de truenos y fulgores de rayos.

—Iré a preparar la cena —dijo Mirta. No dejaría que Amanda echara a la muchacha a la calle en esa fría noche.



CAPÍTULO 59

Resistencia, mediados de julio de 1924

Manuel Olivera seguía dando batalla a la neumonía. Se negaba a la muerte, y máxime si por medio de la enfermedad podía tener a su hijo con él. Por mucho que lo insultara y agrediera, en el fondo estaba feliz con su presencia. Sabía que, si se recuperaba, Dante volvería a irse, y no hallaba otra manera para retenerlo a su lado. Lo amaba y, a la vez, lo odiaba por su origen. No se arrepentía de haberlo alejado, pero se daba cuenta de que en la recta final estaba solo. Sus compañeros de armas ya no lo visitaban, ni siquiera lo hacía el fantasma de su mujer, que hacía rato había dejado de aparecersele.

Esa mañana amaneció sin fiebre y sin toses. Su rostro tenía mejor color y cuando se presentó Pilarita le pidió el desayuno y el periódico.

—Buenos días, coronel, me alegra verlo de ánimo.

El viejo respondió con un gruñido.

Al quedar solo se dispuso a mirar el diario y, para beneplácito de sus ojos gastados, las noticias le agradaron: la zona de la reducción presentaba un peligro latente, los pobladores pedían acción y Centeno se disponía a acallar todas las voces.

Añoró sus años de juventud, cuando podía participar de la cacería del indio, aunque bien sabía él que en esos tiempos modernos no se los castigaba como se debía sino que se los encerraba en las llamadas reducciones. Sonrió con sus escasas fuerzas.

La puerta del cuarto se abrió y Dante hizo su ingreso. Al verlo mejorado se alegró y se acercó al lecho.

—Buen día, padre —tomó una silla y se sentó a su lado.

—Debo haber estado grave para que vinieras a verme.

—Padre, no empiece.

—Al fin el gobernador va a poner en orden a esos salvajes —dijo, blandiendo el periódico que sostenía doblado en la página central.

—No lo leí aún. —Dante trataba de restar importancia a su eterna disparidad de criterios.

—Centeno mandó más gendarmes a la zona, para pacificar. Los colonos temen un malón. —Una tos interrumpió su alocución.

Intrigado, Dante tomó el diario y leyó la confirmación a sus temores: se preparaba una intervención que no le gustaba.

Cuando el viejo dejó de toser prosiguió:

—Pese a todo, me alegra que estés aquí, así no te matan como a un perro.

—¿Qué dice, padre? —Se puso de pie, nervioso y agitado. Tenía que volver junto a su gente, su lugar estaba junto a su hijo.

Una risa macabra emergió de la garganta del coronel, que fue atacado por una nueva convulsión.

—Debes volver a casa, hijo —hacía mucho que no lo llamaba así—. No hay futuro en esa selva.

—Mi familia está allí. —Al escuchar esas palabras los ojos del anciano se dilataron.

—¡Yo soy tu única familia!

Dante apretó los puños y los nudillos se tornaron blancos. Se acercó como un leopardo que se lanza sobre su presa y en pleno rostro le dijo:

—Mi hijo es mi familia —mordió cada una de las sílabas.

—¿Tu hijo? ¿Es que acaso te tiraste a una de esas salvajes?

—¡No le permito! —Enfurecido Dante sintió en la sangre el impulso de

golpearlo, pero era un anciano en su lecho de muerte—. Entérese, tiene un nieto que lleva linaje indio.

La noticia conmocionó al viejo. El pecho se le cerraba y el aire se le escapaba. La carraspera se hizo más fuerte y las convulsiones se apoderaron de su cuerpo decrepito. De su boca empezó a salir primero espuma y luego sangre.

—¡Pilarita! —gritó el hijo, desesperado—. Llame al médico y traiga el tónico urgente.

La mujer obedeció mientras él intentaba calmar el acceso de tos que tenía preso al coronel Olivera.

Finalmente, el enfermo cayó en el desmayo. Tenía fiebre de nuevo. La ligera mejoría había dado paso a una escalada de la enfermedad.

Sentado al costado de la cama Dante escondió la cabeza entre las manos. ¿Qué hacer? Sentía que en el monte estaba su lugar, su hijo y la mujer que amaba. Y él estaba allí, viendo morir a su padre, por quien sus sentimientos eran confusos. No le tenía ni respeto ni cariño. Era su deber estar junto a él en su lecho de muerte, pero también lo era proteger a su hijo, máxime en ese momento en que presentía que algo horrendo iba a suceder.

Cerró los ojos. Le ardía la vista y la conciencia. Pensó en Eva y se hicieron presentes las dudas. ¿Qué escondía detrás de su disfraz de mujer segura y moderna? Sabía que escapaba de algo. También había muertos en su pasado, pero no alcanzaba a descifrar qué era lo que tanto la atormentaba y le impedía entregar su corazón. Porque se daba cuenta de que ella no se había permitido amarlo. Por mucho que habían disfrutado de la cama y de sus encuentros ella siempre estaba ausente, había aislado su corazón para no sentir. Daba prioridad a la razón en vez de a sus sentimientos.

¿Qué hacer? Ya había sufrido una vez. Alelí había sido su amor de juventud, la mujer que le había dado lo más preciado que tenía, el pequeño Mario. ¿Estaba dispuesto a entregar de nuevo su alma? ¿Lo merecía Eva?

Quería que fuera así, pero dudaba. Algo le decía que no era quien decía ser.

La llegada del doctor Lucero interrumpió sus pensamientos. Después de revisar al coronel, su gesto contrariado indicó que las cosas iban mal.

—Tu padre está peor, la fiebre no baja y sus pulmones apenas tienen capacidad de aire.

—¿Qué quiere decir?

—Que no hay esperanzas de mejoría, Dante, lo siento.

El hijo le dio la espalda y miró por la ventana. No deseaba que el médico presenciara su pena, porque pese a todo le dolía perder a su única familia de origen. Ya nada quedaría a la muerte del coronel. No conocía a otros parientes y aunque hacía años que había dejado esa casa para vivir con los aborígenes, en el fondo de su corazón había guardado la esperanza de recuperar el vínculo con su padre.

—Gracias por su visita, doctor.

—No dudes en llamarme ante cualquier cambio. —El hombre recogió su maletín y su gabán y salió del cuarto.

Dante se acercó al lecho donde su padre moría. El rostro era una máscara amarillenta y huesuda y su boca dibujaba una línea amarga. Miró sus manos de piel manchada por la edad y sus dedos apretados como si quisiera retener el resto de vida que le quedaba.

Se sentó en la silla al lado de la cama y se tomó la cabeza entre las manos. Sabía que su lugar en ese trance estaba al lado de ese hombre que le había dado la existencia. Debía acompañarlo hasta el último suspiro, pero su sentir estaba más allá de la ciudad, en el monte, junto a su hijo y su familia de elección.

Ajeno a lo que ocurría en las tolдерías, Dante permaneció velando el sueño intranquilo de su padre.



CAPÍTULO 60

Coronel Suárez, agosto de 1924

De nuevo en el tren Eva dormitaba, la cabeza apoyada sobre el vidrio y las manos juntas sobre el regazo.

Gracias a la intervención de Mirta había dormido en una cama decente, pero al amanecer la tormenta había amainado y Amanda, que no había pegado un ojo en toda la noche, la había echado de la casa. Esa mujer era fría como un témpano, la historia de su vida la había templado y la muerte de sus hijos la había terminado de moldear. No había tenido contemplación alguna a la hora del perdón, por mucho que Eva había rogado llevarse a Guido la abuela había permanecido impertérrita.

Una vez más había sido Mirta quien había intercedido para que al menos le permitiera despedirse del niño.

Guido había estado confundido, por momentos angustiado, el pequeño no entendía bien qué era todo eso ni cómo terminaban de acomodarse las relaciones familiares. Pero Amanda confiaba en que, con el tiempo, ni siquiera se acordaría de Carola. Ella le brindaría todo el afecto que necesitaba y se ocuparía de borrar de su memoria los hechos tan desafortunados que había tenido que vivir.

Amanda no culpaba a Antonio, ya no. Su muerte prematura había ido alejando esa imagen de monstruo que se había formado de él a lo largo de esos años. Tampoco renegaba de Margarita, su adorada hija mujer. Los

muertos no merecían su castigo, solía repetirse para convencerse. Su lugar era al lado del niño, ese jovencito huérfano que había arribado a su hogar para alegrarle la vejez.

—¿Tienes dinero para el boleto? —le había preguntado Mirta a espaldas de Amanda.

—Sí, gracias, has sido una gran amiga. —Eva se abrazó a la mujer sintiendo que ya no volvería a verla.

Ahora debo mirar hacia adelante, resignarme a que Guido no es nada mío, empezar otra vez de cero. ¿Qué haré con mi vida? ¿Dónde está mi lugar en el mundo? ¿O será que mi destino es errar aplastando todo a mi paso?

Las demoradas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y Eva las dejó hacer. Tenía un caudal de angustias acumuladas en todo ese tiempo de pesadillas.

Pensó en Dante y los reproches la aguijonearon. Tal vez debería haber puesto al niño a buen reparo, llevarlo a Resistencia... Pero había tenido miedo, ya sabía lo que era moverse y escapar con una criatura. La historia se había repetido otra vez. ¿Acabaría?

Aún faltaba para llegar, pero no logró volver a conciliar el sueño. Los remordimientos le mordían los talones.

El tren detuvo su marcha y allí estaba otra vez, en la estación, con su atado de ropa y unos cuantos recuerdos.

Iría hacia el asilo, sabía que doña Inés la atosigaría a preguntas, pero no tenía a quién más acudir. Con un pasado tormentoso, el presente se le aparecía incierto y el futuro era apenas una utopía. Lejos habían quedado sus sueños de formar un hogar, con un marido amoroso y los hijos correteando por ahí. Antonio había arrasado con todo eso con su infamia y sus errores. La había querido, sí, pero de un modo egoísta. De otra forma le hubiera confiado su ayer primero y sus adicciones después y juntos habrían salido adelante. Pero todo había ocurrido de la peor manera.

Mucho más distante en su arcón de sueños estaba el de ser enfermera, enfermera diplomada curando enfermos en un hospital. Sus conocimientos se habían truncado por decisión de su esposo y ella, manso cordero, había sucumbido a sus designios. En el monte había aprendido mucho de la mano del boticario y los curanderos, de las ancianas y sus plantas medicinales, pero no bastaba para alimentar su porvenir.

De pie en el andén miró a su alrededor: una familia que se reencontraba, una pareja que demostraba su pasión demorada, una jovencita sola, esperando que alguien fuera en su auxilio y algunos mozos de provincia que bajaban a estirar las piernas porque debían seguir viaje hasta Buenos Aires.

Caminó hacia su refugio, donde sabía que hallaría algo de consuelo. Un viento frío la recibió y cruzó la calle en dirección al orfanato.

Otra vez ante el portal, miró hacia el cielo y tomó aire antes de llamar. La atendió una jovencita de no más de doce años que, luego de las preguntas de rigor, le franqueó el paso.

—La directora la recibirá en un momento —dijo mientras la acompañaba a la salita de recibo.

Eva se quitó el abrigo y el pañuelo que había envuelto en su cabeza, dejando libres sus cortos cabellos desordenados. El pelo le había crecido desperejo en ese tiempo y recordó la tarde en que Lila se lo había cortado. Una sonrisa se le escapó de la cara justo cuando Inés ingresaba.

—El que solo se ríe de sus picardías se acuerda —fue su saludo antes de cobijarla en un abrazo—. ¿Y el niño? —inquirió una vez separadas.

El rostro de Eva adquirió un rictus amargo.

—Su abuela no permitió que lo trajera —reveló.

—¿Y tú cómo estás? —quiso saber, sentadas ya frente a frente, lejos de la ventana por donde se colaba el aire helado.

—Triste, pensativa, me reprocho todo el tiempo los errores cometidos.

—De nada sirve llorar sobre la leche derramada, querida.

—Lo sé, pero me pregunto qué hubiera ocurrido de haber hecho las cosas diferentes...

—Ya nada puedes hacer por lo pasado, querida niña, ahora debes mirar hacia el futuro.

—¿Qué futuro puedo tener, Inés? Agredí a un hombre, soy una ladrona, una mentirosa, ni siquiera sé cuál es mi nombre ahora... Me acostumbré tanto a ser Eva que a veces pienso que Carola murió.

—¡No digas esas cosas! —protestó—. Tú eres quien eres, te llames Carola o Eva. Eres la mujer que salvó a un niño de morir en un incendio, la misma que evitó que esos maleantes acabaran con sus vidas.

—La misma que robó...

—Fue un mal necesario.

—¡Inés! —se sorprendió Eva.

—¿Acaso te olvidas de que también salvaste al hijo de Dante allá en el Chaco?

Eva clavó en ella los ojos brillantes de incipientes lágrimas.

—Pude haber hecho más por él, Inés, pude haberlo llevado a la ciudad y dejarlo con su abuelo aun si este lo odiaba, o dejarlo a salvo en un hospital o en la policía... sin embargo, fui egoísta, era más fácil moverme sin el niño...

—Sabes que no es así, Eva.

—¡Sí lo es! Soy consciente de ello, pensé en mí, no en él. ¡Soy un ser detestable!

—¡Basta! —Inés se puso de pie dando por finalizada la conversación—. Estás cansada por el viaje y lo único que haces es llenarte de culpas. Te darás un buen baño y comerás como corresponde. Mañana veremos qué haremos contigo.

Eva agachó la cabeza sin ánimos de discutir. Tal vez la mujer tenía razón, debía descansar y ver las cosas más claras por la mañana. De noche todo le parecía malo.

Ya en la cama, a resguardo del frío y de sus reproches, pensó que tal vez Inés tenía razón, debía mirar hacia adelante, liberarse de la culpa que venía cargando como una bolsa de piedras y empezar de nuevo. Dejar atrás la tristeza por la muerte de Dante y sus seres queridos, olvidarse del amor y sellar su corazón para siempre. Cerró los ojos y se obligó a dormir.

Al día siguiente se despertó con más bríos y acudió al desayunador con el afán de cooperar; no sería una carga. Inés la vio desempeñarse en la cocina y sirviendo las mesas; le sonrió a la distancia.

Una vez que las internas se dirigieron a sus tareas habituales Eva buscó a la directora para recibir instrucciones. Quería saber cuáles serían sus obligaciones hasta tanto decidiera qué hacer de su vida.

—Tienes buen semblante, ¿descansaste bien?

—Sí, muchas gracias. Y ahora... ¿cómo sigo? —la pregunta era mucho más amplia de lo que parecía.

—De momento tienes que recuperar fuerzas, Eva, estás muy delgada.

—Pensar que mi madre siempre me decía que era gorda, que no hallaría nunca un marido —dijo más para sí que para ser oída.

—Ni muy muy ni tan tan —sonrió la mujer—. Puedes ayudar aquí, en el comedor como hoy, y si te das maña podrías colaborar con el roperito.

—¿El roperito? ¿Qué es eso?

—Tenemos una especie de taller de costura. Estamos enseñando a las jovencitas a coser, remiendos de sus propios uniformes, pegado de botones, cosas así. Y las más avanzadas cosen ropa para los niños pobres del barrio.

—Quiero colaborar, aunque más no sea para coser botones y algunos arreglos. No soy habilidosa con la aguja —respondió con timidez.

Por la expresión de su rostro Inés supo que continuaba preocupada.

—¿Piensas en él? —no hacía falta mencionar a Dante, ambas sabían a quién se refería.

—Sí... no soporto la idea de su muerte. —Los ojos se le llenaron de

lágrimas—. Tampoco sé qué pasó allí, si hay algún sobreviviente... —Se limpió las mejillas—. Y el niño, me preocupa Mario.

—Me ocuparé de eso, Eva. —La joven la miró intrigada—. Los diarios, procuraré alguno de Buenos Aires.

—Gracias.

—Sabes que puedes quedarte aquí cuanto sea necesario, y cuando sea tu tiempo, partirás.

—El problema es que no sé a dónde ir...

—Tu corazón te lo dirá en su momento.

Buenos Aires

Detrás de un escritorio repleto de papeles un hombre hacía cálculos. Su aspecto de boxeador y su mirada desconfiada ponían distancia con cualquiera que se atreviera a desafiarlo.

Unos golpes en la puerta lo distrajeron y contestó con un gruñido.

Ingresaron dos sujetos y tras los saludos se sentaron frente a él.

—Esta es la mujer. —El jefe extendió un papel con un dibujo hecho a mano. En él se veía a una muchacha de rostro redondo y cabello claro largo, nada fuera de lo común.

—¿Alguna característica particular? —preguntó uno.

—Es peligrosa, sabe defenderse.

—¿Dónde se la vio por última vez?

—En un pueblo, Las Flores, pero levantó vuelo de ahí dejando a uno de mis hombres malherido. Después supuestamente estuvo en el Chaco, pero los que viajaron hacia allí no trajeron nada. —El rostro del jefe se mostró maligno y sonrió torciendo el gesto—. Quiero que se cobren la deuda y que además le den una buena lección.

—¿La quiere muerta?

—No, solo marcada de por vida.

—Considérela hecha. —Los hombres se pusieron de pie.

—Este es un adelanto —les extendió un fajo de billetes—. Cuando traigan el dinero les daré el resto.

Al quedar solo, el prestamista volvió a sus números.



CAPÍTULO 61

Resistencia, agosto de 1924

El coronel Olivera se debatía entre la vida y el más allá. Era tan terco que no quería rendirse al abrazo de la muerte. Se pasaba el día entre toses y ahogos en medio de un sueño intranquilo.

Dante también yacía postrado en la cama. Pese a que lo habían cosido en un puesto de gendarmería y luego lo había revisado el doctor Lucero, había perdido mucha sangre y estaba débil. Además, todavía no podía ponerse en pie a causa de la herida de bala de la pierna.

Pilarita se había convertido en una gran ayuda y consuelo. Lo trataba como si fuese una madre y él se lo agradecía en palabras y gestos. Solían conversar cuando le llevaba la comida y así se enteró de que hacía cinco años que servía a su padre, que no tenía más familia que una hija que vivía en Salta con su esposo y un gato bandido que andaba por los techos.

Dante le contó que tenía un hijo a quien debía volver a buscar.

—Se llama Mario —le dijo, y los ojos se le iluminaron—. Necesito ponerme en pie, tengo que saber si está vivo.

De a ratos le fue contando su historia en la reducción, que Pilarita vivió como si fuera una novela.

—Seguramente el pequeño está bien —consoló sin certezas.

La casa se había convertido en un hospital y Pilarita no daba abasto entre los dos enfermos, pese a que Dante hacía todos los esfuerzos por levantarse

sin lograrlo. Cada vez que lo intentaba la herida se abría, sangraba y se infectaba de nuevo.

—Dante, esto es un proceso —dijo el doctor Lucero—, tienes que tener paciencia.

—¡No puedo tener paciencia cuando mi hijo está allá afuera en el monte! —gritó.

—Entonces levántate y vete —contestó el médico, agotado entre aguantar al padre y ahora al hijo.

Dos días después un acceso de tos en el anciano fue el disparador de una seguidilla de escupitajos sanguinolentos mezclados con vómitos aguados. El doctor Lucero estaba a su lado, pero nada pudo hacer.

—Lo siento —dijo a Dante, que se había levantado y con la ayuda de un bastón estaba tieso al lado de la cama donde su padre había exhalado sus últimos suspiros.

—Gracias, doctor —respondió en un susurro.

Sus sentimientos estaban encontrados. Le hubiera gustado tanto que conociera a su nieto, que los resquemores de antaño hubieran desaparecido... pero en la vida nada era como esperaba.

Pilarita se puso a disposición del doctor, quien luego de firmar su defunción indicó cómo seguir.

La herida del hombro de Dante ya había cicatrizado; no así la de la pierna, que seguía sangrando a cada paso que daba, pero a él ya no le preocupaba. Se había puesto una venda a modo de torniquete pese a la mirada de reproche del médico y sin importarle el pantalón manchado. Preparaba su viaje al monte mientras la casa se vestía de luto.

La empleada empezó con los preparativos para el velatorio, que sería allí mismo, como era costumbre.

La noticia se expandió rápido, y empezaron a desfilar por la vivienda generales y coroneles, amigos de armas y también enemigos políticos. Pero

todos querían mostrarse y revivir glorias pasadas.

Cuando Dante los vio, no pudo soportar su presencia ni las palabras de consuelo. Una rabia ciega se apoderó de él al evocar la masacre en la reducción de Napalpí y un grito salvaje emergió de su garganta:

—¡Fuera! ¡Fuera todos de mi casa!

Todas las miradas se posaron en él, que enloquecido comenzó a empujar a esos hombres que se congregaban en su salón, sin tomar real conciencia de que muchos iban armados ya que todavía integraban las fuerzas.

Considerando el momento de dolor por el que debía estar pasando, tanto coroneles como generales perdonaron la ofensa y se retiraron con dignidad del accidentado velatorio. Al quedar solo en medio del salón con la única compañía del cajón donde reposaba su padre, Dante cayó al suelo y lloró como un niño. Lloró por sus pérdidas, empezando por su madre. Atrás venía el rechazo de su padre, Alelí y la incertidumbre en torno a su hijo.

Como un desaforado cojeó hacia su cuarto. Empacaría para volver a la reducción. Dejaría dinero para que Pilarita se ocupara de todo y cerrara la casa.

La mujer, que había presenciado su espectáculo y respetaba su manifestación de dolor, lo siguió, sabiendo que necesitaría de su ayuda. Al verlo como un loco meter algo de ropa en una maleta supo que se iría.

—¿A dónde va? Usted no está en condiciones...

Los ojos verdes la miraron sin ver y ella repitió la pregunta.

—A mi casa, a buscar a mi hijo.

—Por qué no espera unos días más... lo que haya pasado ya pasó.

Pero Dante ni siquiera la miró, siguió preparando su partida.

La mujer se retiró a la cocina y sentada frente a una taza de té leyó el diario que alguien había dejado abandonado en la sala, donde se hablaba de una salvaje refriega entre tobas y mocovíes, del cual habían resultado cientos de muertos —entre ellos un cacique— y algunos heridos.

“Las noticias que nos llegan de nuestros enviados especiales acerca del levantamiento indígena promovido por los Mocovíes pendencieros concuerdan con los oficiales afirmando que la tranquilidad ha renacido entre los pobladores, quienes regresan a sus casas, para entregarse de nuevo a sus tareas rurales.”

Centeno había hecho uso y abuso de sus órganos de publicidad para preparar su coartada: el supuesto combate.

Fue interrumpida su lectura por un Dante desorbitado que le arrojó unos cuantos billetes, que cayeron sobre la mesa como pétalos muertos. No hicieron falta las explicaciones, Pilarita sabía lo que tenía que hacer.

Enceguecido como estaba Dante tomó el primer tren que partía para la zona de la reducción. Todo lo ocurrido con su padre se había borrado de inmediato de su mente, en la cual solo tenía cabida Mario. Mario y su familia, Lila y el resto de los niños. Eugenio y sus amigos, compañeros de trabajo y lucha. Mario y Eva.

No podía concebir que Pedro Maidana estuviera muerto, ¿qué habría pasado con su gente?

En el tren halló un ejemplar del diario *La Época* que rezaba: *“Corría el rumor en los pasillos de la Casa Rosada que en la reducción Napalpí la policía del Chaco había incendiado una tolдерía de indios, dando muerte a más de quince personas y que la mayoría eran niños y mujeres”*.

Apretó los puños y cerró los ojos con fuerza al recordar la masacre, deseando que Mario estuviera bien.

El viaje a Machagai se le hizo corto, tal era la densidad de sus pensamientos. Bajó en la estación y lo primero que hizo fue comprar un caballo. Había tenido la previsión de sacar suficiente dinero de la casa de su padre. Si bien no le interesaba su fortuna, sabía que en ese momento la necesitaría para poder llegar con rapidez.

Le vendieron un rosillo moro, llamado así porque entre su manto de pelaje

colorado y blanco tenía entremezclados pelos negros en cantidad suficiente como para darle un tinte azulado. Había una creencia popular entre la paisanada de que los caballos de pelo rosillo eran flojos para el trabajo y el esfuerzo, olvidando el que hiciera famoso el general Manuel Belgrano, que montando un animal de ese pelo había combatido en la batalla de Tucumán.

Montó con dificultad, la herida seguía sangrando, y partió al galope hacia la zona de la reducción. Todavía resonaban en su cabeza las falsas declaraciones del gobernador a la prensa: *“Ante esa actitud rebelde, frente a cuatrocientos indios armados y, peor que esto, fanatizados, ¿qué actitud cabía a las autoridades que solo contaba con cien hombres?”*.

En el camino pudo ver que la gente estaba asustada. Los cristianos escapaban ante el temor indio, tanta era la manipulación de la información.

A medida que dejaba atrás el poblado, el olor del viento le traía tragedias. Por más que habían pasado algunos días de la masacre, todavía flotaba en el aire el aroma a quemado y a muerte. Mezcla de humedad y sangre emergía de la tierra regada por los inocentes, y el corazón de Dante se quebraba ante cada presentimiento. Los pocos colonos que no habían huido todavía tenían miedo y se escondían en sus chozas ante el galope desenfrenado del rosillo.

Dentro de la reducción el hostigamiento policial seguía aun luego de la masacre; a los colonos aborígenes que se habían salvado y querían volver a sus chozas se les prohibía y se los amenazaba, echándolos de nuevo. Muchos anduvieron errantes, mendigando sumisos por Machagai, Quitilipi y Sáenz Peña. Otros fueron detenidos e internados en hospitales psiquiátricos de Santa Fe y Buenos Aires.

El dolor quemaba los ojos de Dante a medida que avanzaba sobre su tierra, aquella donde se había enamorado y donde había nacido su hijo.

De camino a El Aguará se cruzó con una comisión policial y fue testigo del saqueo desenfrenado de lo que había quedado de la reducción. Llevaban guitarras que seguramente les habían sacado a sus amigos, unos cuantos

asnos y una majadita de ovejas, ollas de hierro, fuentes, monturas y otros objetos adquiridos por los aborígenes con el sudor de sus rostros.

—Es peligroso que ande por aquí —le advirtió uno de los uniformados—, todavía hay salvajes a los que no hemos dado caza.

Dante reprimió su furia. No podía delatarse y correr el riesgo de ser encarcelado, debía hallar a su hijo.

—Gracias. —Sin mirar hacia atrás taconeó a su caballo y salió al galope.

Al llegar a El Aguará desmontó y miró desolado a su alrededor. Los vestigios de su vida se mezclaban con la muerte, que todavía rondaba en el aire. Caminó sin sentido buscando algo, una señal. No había nada. Cayó de rodillas y lloró.

Impotente, montó sobre el caballo y se adentró en el monte, llamando, gritando, con la esperanza de que Mario y Eva estuvieran escondidos por allí.

El día iba muriendo, la escasa luz del atardecer apenas se filtraba por entre los árboles. Seguía llamando, deteniéndose por tramos, pero nadie respondía.

Cansado eligió un claro para descender y comer algo de las provisiones que había llevado. Dedicó unos minutos a revisar su herida que seguía sangrando. Apretó el vendaje luego de aplicar un unguento que le había dado Pilarita. Pensó en Eva y sus preparados, qué lejos estaba todo. Después se recostó contra un tronco y cerró los ojos. Aspiró el aire, ese aire que otrora le resultara liberador, pleno de vida y esperanza y que en ese momento olía a desgracias. Con los ojos cerrados todo se magnificaba, los ruidos se volvían más intensos así como las sensaciones. Sintió a su caballo pastar a unos metros y el ruido de algún roedor escurriéndose entre la maleza. Y entre todo eso escuchó unos pasos, sigilosos, que se acercaban a espiarlo. Permaneció inmóvil, como si durmiera. Meditó que no tenía arma. Había sido un descuido de su parte salir indefenso, pero ya era tarde.

El crujido de las ramas secas era cada vez más próximo. Deseó tener una oportunidad más para poder buscar a su hijo.



CAPÍTULO 62

Coronel Suárez, septiembre de 1924

Eva había recuperado fuerzas en el asilo, no así el brillo de la mirada. Trabajaba sin descanso, por la mañana en las cocinas preparando los desayunos y almuerzos y por la tarde en el proyecto del roperito. Aun cuando no se daba demasiadas mañas con la aguja y solía pincharse con frecuencia, no cejaba en sus intentos de ayudar.

Por la noche caía rendida y, ni bien dejaba en libertad los pensamientos que reprimía durante el día, se dormía tan profundamente que sus tristezas y culpas quedaban relegadas.

No salía demasiado del internado. El temor a ser hallada, ya fuera por los acreedores de Antonio o por la misma policía, la mantenía dentro de los límites de la propiedad. Allí se sentía segura. Sola pero segura. Por mucho que quisiera olvidarlo, Dante se colaba en sus pensamientos cada vez con más fuerza, pero estaba muerto, ella misma lo había visto desfallecer bajo la lluvia de balas. Se preguntaba qué habría sido de Mario. ¿Estaría con la pareja de ancianos o lo habrían entregado a la policía? ¿Quizás su abuelo se había apiadado de él? Tantas preguntas sin respuestas la agujoneaban, sentía su sangre bullir y se decía que tenía que volver al norte. Pero luego la sensatez la sosegaba: no debía regresar sobre el pasado, nada bueno había allí.

Su vida estaba destinada a la infelicidad, se repetía. Había tenido su

oportunidad una vez y no había resultado. No había segundas vueltas para ella.

Inés la observaba y se preguntaba qué pasaba por esa cabecita terca y ensimismada, porque Eva no soltaba prenda en cuanto a sus sentimientos. Se había replegado tanto sobre sí misma que ni siquiera permitía que las jovencitas que vivían allí se le acercaran buscando amistad o consejo. De tanto que las había rechazado ya ninguna la miraba con admiración por ser grande y libre; por el contrario, cuando la veían llegar tan seria y sin sonrisas, se dispersaban.

Su aspecto también iba cambiando: el cabello le había crecido, le llegaba a los hombros, y las raíces le salían rubias, por tanto tenía la cabeza bicolor.

—¿Quieres que te arregle ese pelo? —le ofreció Inés una tarde.

Eva levantó la mirada como si no hubiera comprendido, su mente divagaba por los vericuetos del pasado.

—Te pregunté si quieres que te arregle el pelo —repitió—. Podemos conseguir tinte claro para que vaya quedando de tu tono, u oscuro, para que quedes pareja. —Sonrió—. Así parece un payaso.

—Gracias, así está bien.

A Eva poco le importaba su aspecto, ni siquiera se miraba al espejo. Hacía rato que había dejado de estar pendiente de su figura.

—Pero... —Sus miradas se cruzaron e Inés cambió el curso de la conversación—. No puedes seguir así.

—¿Así cómo?

—Así, muerta en vida. ¿Es que acaso no piensas en tu futuro? No quiero ser dura contigo.

—Lo está siendo —se defendió.

—Estás anclada en el pasado y ni siquiera llegas a los treinta. Debes encaminar tu vida, no puedes pasártela encerrada aquí, entre estos muros.

—¿Y usted por qué sí? —desafió. Una sombra se deslizó por los ojos

pequeños de Inés para ocultarse de nuevo.

—Porque esto es lo que elegí. —Inés vivía en el asilo desde hacía más de veinte años. Corrían rumores de un amor desgraciado, una traición, pero nadie sabía con certeza qué le había ocurrido para enterrarse allí.

—Yo también.

—A mí no me mientas, Eva. —La otra abrió los ojos, pero no respondió—. Deja ya de compadecerte por todo lo que te pasó.

—Lo dice como si fuera poca cosa.

—No juzgo la magnitud de tus desgracias personales, pero tienes que mirar hacia delante.

—Si le molesto puedo irme —lo dijo con enojo.

—No te hagas la orgullosa conmigo, tú bien sabes de lo que te estoy hablando.

Eva bajó la cabeza, había dado en su punto débil y no quería que lo leyera en su mirada.

—No te creí tan cobarde —dijo Inés sabiendo que con eso lograría hacerla reaccionar.

Eva clavó en ella sus ojos enojados.

—Sí, no me mires así, eres una cobarde. Tienes miedo de salir a buscar tu futuro fuera de estas paredes por temor a que vuelva a ocurrirte lo que pasó con tu marido.

—¿Solo con mi marido? Todo lo que vino después fue igual o peor de cruel.

—Lo sé, pero si por eso fuera, siempre nos quedaríamos en el mismo lugar... y la vida sigue, mi pequeña, sigue.

Ella apenas meneó la cabeza. La directora se puso de pie y buscó algo en unos cajones. Sacó unos diarios y los puso sobre la mesa.

—Toma, aquí tienes, te prometí que te conseguiría información. —Le palmeó la mano y se encaminó hacia la puerta—. No tuve tiempo de leerlos,

pero tal vez encuentres respuestas allí.

Al quedar sola Eva tomó el primero, *El Herald del Norte*, que transcribía lo siguiente: “*No hemos podido conseguir La Prensa del 23 del corriente, donde se nos dice que figura el informe del gobernador al ministro del interior. Se nos afirma que allí se dice que los muertos fueron cuatro, y que hubo algunos heridos, figurando entre los primeros el pseudocacique Juan Maidana. Cualquier investigación que se practique ha de demostrar que los muertos pasaron de cincuenta. No debe olvidarse el detalle de que ninguno de los de la policía de Centeno ha sido ni siquiera rozado por una bala*”.

—¡Mentiras! —dijo Eva alterada—. Fueron muchos más los muertos, y no se llamaba Juan sino Pedro Maidana.

Protestaba en voz alta y furiosa, sola en el salón.

Tomó otro de los diarios y leyó las declaraciones que el gobernador Centeno había hecho en *La Razón* del 25 de agosto de 1924.

“*En primer término, debe aclararse, que lo ocurrido en la reducción de Napalpí no es un alzamiento indígena, como se ha dado en llamar, sino pura y simplemente una huelga de colonos aborígenes... Por ello, el gobernador que habla encargó el conflicto como una simple cuestión de trabajo suscitada entre los colonos aborígenes y la administración de la reducción, y así fue a parlamentar con ellos en su campamento de Napalpí, logrando, merced a sus gestiones, que se suprimiera el descuento del quince por ciento sobre el producto de las cosechas que se venía haciendo a los indios... A estas concesiones y, con el afán de pacificar por completo la tribu, se unió otra de significativa importancia para el indio: investir de autoridad al cacique José Machado, dándole atribuciones de policía, dependiente del comisario de Quitilipi... la gobernación buscaba el mantenimiento del orden dentro de la indiada que, por su idiosincrasia y la efervescencia ambiente, no hubiera tolerado mansamente la intromisión de fuerzas policiales ni menos deponer sus armas...*”

—¿Armas? —dijo Eva—. No había alzamiento de armas.

Siguió leyendo:

“Así, pues, la autoridad ocasional de Machado, conforme en hacer observar a los suyos las medidas de orden que se le señalaron, estaba llamada a prestar beneficios a la tranquilidad del territorio... Y la prueba de ello, es que dos meses, de Mayo a Julio, volvieron los indios sin cometer mayores desmanes. Llegamos de esta forma al mes de Julio —seguía declarando el gobernador al diario La Razón—, en que volvieron a repetirse los sucesos de Mayo, pero esta vez con caracteres subversivos, debido, más que todo, a la funesta acción del sujeto Maidana y la del santón Gómez, que consiguieron imponerse a la autoridad de Machado. Los indios, por obra de los nombrados, que con fines inconfesables aprovecharon los sedimentos del anterior movimiento y el concurso de elementos extraños, dejaron de ser los huelguistas de mayo para convertirse en vulgares delincuentes atacando a colonos, dando muerte en forma salvaje a algunos de estos, carneando hacienda y asaltando, por último, el destacamento policial de Machagay, aparte de todo género de depredaciones, en forma que no podía mirar la primera autoridad del territorio.”

—¡Eso es mentira! —Eva arrojó el diario sobre la mesa.

No podía creer lo que las noticias decían. Ella había vivido entre los aborígenes, había presenciado la hambruna y los reclamos en tal sentido, pero de ahí a dar muerte porque sí había una gran distancia.

Se llevó las manos a la cabeza, recordando la cacería y posterior matanza por parte de los soldados. Esas imágenes jamás se borrarían de su mente, llevaba el olor de la muerte grabado en el corazón.

Imaginó que la persecución habría continuado un buen tiempo después, ¿qué habría ocurrido con los sobrevivientes? Sin quererlo volvía a evocar a Mario y el pecho se le estrujaba. ¿Qué habría sido de él? ¿Y Dante? ¿Habría recibido al menos una digna sepultura? Solo había una manera de saber y era

viajar. Pero no se sentía preparada, tenía miedo. Sus temores la atravesaban, por un lado las pesadillas que habían vuelto recordándole la masacre, que se mezclaba con el asesinato de su marido tiempo atrás, también bajo las llamas; por el otro el temor de que sus perseguidores todavía estuvieran por allí, vigilando por si ella aparecía.

Volvió la vista hacia la mesa, *El Herald del Norte* se desplegaba ante sus ojos. Era el único periódico que denunciaba la verdad: *“Hubo, pues, un propósito audaz de ocultar el crimen atribuyéndoselo diabólicamente, a las mismas víctimas, que es el colmo del cinismo. Lo que ocurrió fue que los autores del encubrimiento se dieron, luego, cuenta de que había demasiados testigos para que la infamia quedara ignorada y, entre ellos, figuraba nada menos que un eminente hombre de ciencia de la Universidad de La Plata, que presenciara, espantado, los cínicos desplantes de la soldadesca embrutecida, bárbara, que al igual que las hordas de Atila, lucrara con el producto del saqueo y celebrara a carcajadas sus terribles actos de cobardes crueldades con los muertos”*.

Recordó al hombre que la había abordado en el andén. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre alemán: Lehmann Nitsche, investigador de la Universidad de La Plata. ¿Habría realizado ya su informe? ¿Habría trascendido la verdad de la matanza?

Eva no sabía que en el poder judicial tramitaba el expediente 910, donde graves contradicciones surgían en torno a los hechos. Se quería hacer creer que había sido un combate entre mocovíes y qom, pero del acta de defunción de Pedro Maidana, que había sido asentada el 2 de agosto, surgía que había muerto en el choque entre la policía y los indígenas. Las declaraciones de los agentes también sembraban sospechas y dudas. Estos sostenían que al llegar a las tolderías habían hallado muerto a Maidana y tres indios más, a los que habían dado sepultura para luego ir tras los salvajes fugitivos.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Eva al recordar aquella carnicería.

Se dejó vencer por la impotencia y se recostó sobre la mesa para dar rienda suelta a su llanto. Era un llanto demorado, de niña devenida mujer a los golpes, de mujer quebrada.

Así la encontró Inés, que al advertir que tardaba tanto había acudido en su búsqueda. La directora se acercó y la abrazó. Ella se dejó mimar recostando su cabeza en el vientre ancho y nunca nido.

Ese día, 4 de septiembre, en la Cámara de Diputados de la Nación se llevaba un arduo debate entre el diputado socialista Pérez Leiros y el diputado radical Saccone: *“Señor presidente —decía el socialista—, esto podrá probarlo la comisión investigadora que la cámara deberá designar, porque ella no puede negarse a investigar esta situación, a fin de castigar a los responsables de esta horrenda matanza. Espero que por el prestigio de la Nación, el Poder ejecutivo proceda con energía con el gobernador y también enviar una comisión que investigue a cuánto asciende esa matanza, pido que por secretaría se lean los dos proyectos que he presentado, nada más”*, exclamaba Leiros, haciendo responsable de la masacre al gobernador Centeno.

Pérez Leiros había exhibido un frasco de vidrio donde flotaba una oreja, aduciendo que pertenecía a Pedro Maidana, arrancando exclamaciones a la concurrencia.

Llegado el turno de Saccone, respondió: *“El señor diputado —refiriéndose a Leiros— ha traído, diciendo que es del cadáver de Maidana, una oreja que no es de ese cadáver, porque el cadáver de Maidana tiene las dos orejas; oreja que no la ha sido entregada por el señor Lynch Arribálzaga, como dijo calumniosamente el diputado. El mismo señor Lynch Arribálzaga, secretario del partido socialista y director del Museo Socialista del Chaco, ha declarado que no es cierto; y el profesor Lehmann de la Universidad de La Plata, declara que no es verdad. Voy a pedir, entonces, que por falsedad se lleve al señor diputado ante la justicia del crimen por calumniador*

profesional”.

Leiros también había declamado que las mujeres veían caer a sus hijos, esposos y hermanos, y se disponían a alzarlos, para evitar que los ultimaran ya caídos, cayendo ellas también bajo el plomo homicida.

El debate era reñido, los ánimos alterados. La disputa era ya más personal, entonces el presidente debió intervenir: *“Como son imputaciones personales que los señores diputados se dirigen, yo les ruego que por respeto al parlamento las retiren y las eviten en lo sucesivo”.*

Ello ocurría porque el diputado Saccone acusaba a Leiros de que su interés en el caso no era genuino sino una maniobra en pos de las próximas elecciones municipales en Resistencia, por lo cual buscaba ensuciar la figura del gobernador.



CAPÍTULO 63

Napalpí, agosto de 1924

Los pasos se acercaron, Dante pudo sentir las respiraciones contenidas. Abrió los ojos y se encontró frente a dos muchachitos, apenas niños, que lo observaban entre asustados y entusiasmados. Los conocía, eran de la reducción, pero ellos dudaban. Tal vez verlo con sus ropas de ciudad los había desconcertado.

Les habló en su idioma para acortar distancia y ellos se relajaron. Se aproximaron enseguida y Dante divisó las heridas en sus pieles cetrinas y evidentes signos de hambruna. Les dio lo poco de comida que le quedaba y los miró comer con fruición. Cuando terminaron, los interrogó. No sabían mucho, solo que habían matado a todos. Eran hermanos y habían perdido a toda su familia.

—¿Y Mario? Mi hijo, ¿saben dónde está?

Ambos negaron con la cabeza.

—Hagan memoria, por favor —pidió.

—La mujer blanca —murmuró el más pequeño.

—¿La mujer blanca? ¿Eva?

—Sí, la de la botica, ella lo llevó, la vi correr hacia el monte con él.

Dante suspiró, ella le había obedecido y se había ocupado de su hijo.
¿Dónde estarían?

—¿Y después?

—No sé, no la volví a ver.

—Yo vi a Lila —terció el mayor—, pudo escapar con uno de los niños. El otro no pudo salvarse —bajó los ojos negros en señal de respeto.

Dante se puso de pie, tambaleante, y cerró los ojos. Aún el monte olía a incendio, a carne chamuscada, a espanto. Debía hallar a su hijo, también poner a esos jovencitos a salvo. La cacería continuaba.

—Vamos —ordenó caminando en dirección a su rosillo—, monten.

Los hermanos obedecieron y Dante tomó las riendas. Se internó en el bosque, con la esperanza de hallar a algún colono que le diera cobijo e información. Era conocido en la zona, confiaba en que lo ayudarían. Mientras, los iba interrogando sobre sus amigos: Eugenio, Pedro, el boticario, Rosalía... Todos muertos.

Anduvieron un buen rato esquivando las patrullas que oían a lo lejos. La persecución seguía.

Finalmente hallaron una cabaña perdida entre los árboles. Parecía suspendida en el tiempo y el espacio, flotando en un aire de paz e irrealidad. Dante creyó estar enloqueciendo, tanta muerte a su alrededor podría haberle afectado los sentidos. Mas cuando vio que de la chimenea salía humo y que la puerta se abría para dejar salir a un anciano armado, supo que era real.

—Tranquilo —dijo Dante levantando las manos en son de paz.

Al ver a los visitantes, el viejo depuso su actitud hostil. Eran solo dos indiecitos andrajosos y un hombre blanco.

—Soy Dante Olivera. Necesito ayuda.

El dueño de casa se presentó y extendió su mano.

—¿Y esos? —preguntó señalando con la cabeza a los dos muchachitos.

—Sobrevivientes. —Dante aún no sabía de qué lado estaba ese colono—. Estoy buscando a mi hijo, vivíamos en la reducción.

El otro abrió los ojos mostrando su sorpresa. El hombre que tenía enfrente parecía de buena cuna, le resultaba extraño que viviera entre los indios.

—Necesitamos un sitio donde pasar la noche, mañana nos iremos.

El colono dudó. No quería exponer a su propia familia, pero la mirada verde con evidentes signos de cansancio y su herida sangrante lo convencieron.

—Pasen, le diré a mi esposa que ponga unos platos más, y que mire su herida.

—Se agradece.

El interior de la cabaña estaba templado comparado con el exterior. Los jovencitos ingresaron con timidez y observaron todo con ojo crítico. El aroma que salía de la olla encima de la cocina a leña impregnó sus fosas nasales, evidenciando que el hambre no había sido saciada.

La mujer los miró con recelo al principio, pero se tranquilizó al reconocer a Dante. Lo había visto un par de veces en el pueblo, junto a un niño mestizo. No era hombre de pelea; además, ni siquiera estaba armado.

Comieron con ganas el sabroso guiso que la dueña de casa había preparado.

—¿Qué pasó con su hijo? —preguntó el anfitrión.

—No lo sé —respondió Dante con pesar—, caí herido y cuando desperté estaba en Resistencia.

—Lo siento —dijo la mujer.

—Ahora tengo que hallarlo, saber que está bien —no quería poner siquiera en palabras el término muerte.

—Tal vez debería acercarse a la comisaría —añadió el campesino—, todavía andan persiguiendo gente que encuentran en el monte. —Su mujer le dirigió una mirada de reproche ante su crudeza—. Armaron una comisión de aproximadamente cuarenta personas que trabajaron en la toltería —continuó haciendo caso omiso—. Sepultaban cuerpos en los pozos de agua.

Dante no respondió, no soportaba la idea de hallar a su niño sin vida.

El silencio reinó en la estancia, solo interrumpido por el crepitar de los

leños en la cocina.

Con las panzas llenas los jovencitos evidenciaron cansancio, sueño que venían acumulando al no poder dormir en paz desde hacía varios días.

—Podrán descansar en el galpón —ofreció el dueño de casa—, les llevaré unas mantas.

—Gracias, nos iremos mañana, no queremos causarles molestias.

—Curaré su lastimadura así puede descansar bien —dijo la mujer.

—Es usted muy amable.

Una vez en el cobertizo se tiraron sobre las cobijas y de inmediato los muchachos se durmieron. Dante tardó un poco más. Estaba exhausto, pero su mente no se detenía. Debía hallar a Mario, a Eva, a Lila y sus hermanos... Le dolía la cabeza de tanto pensar. Finalmente la modorra lo venció y, al despertar, era de día.

Provistos de algunos alimentos que les había preparado la mujer, volvieron al monte. Había decidido recorrer cada una de las viviendas, tal vez alguien hubiera acogido a su familia.

Se acercaba con precaución. Los ánimos estaban muy alterados y muchos colonos al verlo en compañía de los indiecitos, desconfiaban. Anduvieron todo ese día y no había rastros de Mario, de Eva, ni de Lila.

Cansados y sufriendo el frío del anochecer buscaron cobijo debajo de unos árboles. Los niños se cubrieron con los cueros del recado mientras Dante encendía una fogata. Comieron las escasas provisiones que quedaban y trataron de dormir.

Olivera sabía que tenía que tomar una decisión; no podía seguir patrullando la zona, desarmado, sin comida y con dos jovencitos aborígenes. Tal vez debería enviarlos a la ciudad y que Pilarita se hiciera cargo de ellos. Pero... ¿qué haría él con los muchachos? ¿Y si tenían familia? Aunque, por lo que habían comentado, todos habían sido muertos, solo ellos habían logrado escapar a la balacera del “cuervo blanco”. No podía dejarlos

abandonados a su suerte, perecerían a manos de la policía o algo peor.

Dormitó de a ratos y el amanecer lo encontró pensativo y con dolor de cabeza. Siguieron viaje hasta que hallaron otra choza, casi en el límite de la espesura. Los perros de la entrada se pusieron alertas y empezaron a ladrar. Dante se detuvo e indicó a los chicos que permanecieran sobre el rosillo. Blandió las palmas y al rato se asomó un rostro femenino por la ventana. Enseguida la puerta se abrió y dejó ver a una mujer ostentando una escopeta.

—¿Qué quieren? —fue su saludo.

—Buen día, señora, soy Dante Olivera —al decir su nombre notó un cambio en la expresión de la dueña de casa—, vivía en la reducción y estoy buscando a mi hijo. —Las palabras se le estrangulaban, cada día que pasaba su angustia crecía.

El llanto de un bebé que venía del interior de la vivienda se elevó en el aire. La dama bajó el arma y les hizo señas de que esperasen. Ingresó a la choza y volvió al rato con un atado de mantas entre sus brazos.

—Pasen —dijo—, deben tener hambre.

Al ingresar, la tibieza del lugar los reconfortó; una olla hervía sobre la cocina a leña y su aroma se les metía por las fosas nasales pidiendo comida.

Dante advirtió que la mujer era muy mayor para tener un bebé, pero la pregunta se hizo innecesaria.

—Este niño fue rescatado por mi marido. Estaba oculto en un pozo, pobre angelito. —Mientras hablaba servía sopa en tres tazones.

—Mi hijo se llama Mario, tiene cuatro años. —La mujer lo miró y vio la angustia que poblaba sus ojos verdes.

—Su niño está bien, quédese tranquilo. —Dante se puso de pie como un resorte y se acercó a ella con la velocidad de un rayo.

—¿Dónde está? ¡Dígame dónde está mi hijo!

—Mi esposo lo llevó a Resistencia, salieron ayer. —El hombre se desplomó sobre la silla. Los indiecitos bebían en silencio mientras

observaban la escena con ojos asombrados—. La mujer que lo trajo nos dio su nombre, dijo que el niño tenía un abuelo en la ciudad, pero tuvimos que esperar unos días, este otro —dijo señalando al bebé— casi se nos muere de tan desnutrido que estaba.

—¡Gracias! ¡Gracias, señora, por todo lo que han hecho!

—Coman ahora, tienen que recuperar fuerzas para el viaje.

—¿Y ella? La mujer que lo trajo, ¿dónde está?

—Eva, dijo llamarse Eva. —Dante suspiró, al menos sabía que ella también estaba bien—. Se quedó hasta recuperarse, estaban ambos muy lastimados, y luego dijo que tenía que irse.

—¿Dijo a dónde?

—No, solo nos pidió que buscáramos a algún familiar de usted.

Dante se tomó la cabeza entre las manos. El bebé lloró de nuevo y la mujer buscó alimento para darle. Los jovencitos ya habían terminado y permanecían expectantes.

—Gracias por la comida. —Se acercó a la mujer—. Y gracias por cuidar de mi hijo. —Estaba emocionado y la dueña de casa se compadeció de él. Le golpeó el hombro como haría una madre.

—Vayan con Dios.



CAPÍTULO 64

Coronel Suárez, octubre de 1924

El parque del asilo estaba de nuevo en flor. Los colores daban una fiesta y la alegría reinaba en el internado, puesto que una de las niñas dejaba el lugar para casarse. Se había enamorado del muchacho que se ocupaba del mantenimiento de las cocinas y entre visita y visita habían entablado un noviazgo vigilado y tranquilo. Finalmente, la jovencita se iba para emprender una nueva vida.

Entre todas las chicas habían cosido una manta con retazos y habían puesto sus nombres para que la flamante esposa las recordara por siempre. Eva se había emocionado y en contra de su voluntad había dejado escapar algunas lágrimas. No le gustaba saberse vulnerable, no quería ser sensible ni sentimental, pero cada día que transcurría se aferraba más al recuerdo de Dante y su trunco amor; eso la deprimía.

Inés se había cansado de darle consejos y la llenaba de tareas que ocupaban su mente y su cuerpo durante el día, pero durante la noche las pesadillas la tenían presa. Las imágenes del fuego se repetían en sus sueños, hasta podía sentir el olor de la carne chamuscada y los alaridos de los aborígenes, a los que veía corriendo enloquecidos, con sus cuerpos en llamas. Pero lo que más la abrumaba era que todos tenían el rostro de Antonio. Se despertaba sudando y a los gritos y recibía al instante la visita contenedora de Inés.

—¿Hasta cuándo estarás así? —se cansaba de repetirle—. Debes hallar la

paz, hija mía.

Pero la paz se negaba a llegar, por el contrario, cada día que pasaba se sentía peor.

Las cartas que enviaba a Guido no tenían respuesta, no sabía si Amanda se las entregaba o las quemaba para que el pequeño perdiera contacto con ella definitivamente. Esa situación la angustiaba sobremanera. Después de todo, se había encariñado con él y estaba convencida de que podría ser una buena madre, aun cuando no tenía recursos suficientes confiaba en que saldría adelante.

—Debes empezar a salir —dijo Inés una mañana—, no puedes vivir recluida entre estos muros.

—Me da miedo salir —confesó Eva.

—No tienes a qué temer.

—Esos hombres...

—Para esos hombres tú ya no existes, lo habrán pasado a pérdida.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque lo siento aquí —dijo palmeándose el pecho—, tanto como siento que debes salir y buscar la vida afuera. —La miró, esperando su reacción, pero Eva permanecía pensativa—. En la panadería buscan empleada, hablé con la dueña, aceptó darte una oportunidad.

—¡Veo que lo tiene todo decidido! —se ofuscó la joven.

—Si no lo haces tú tengo que hacerlo yo —sonrió—. Vamos, adecéntate, que te espera a las cuatro.

—¿Hoy? —sorprendida se puso de pie.

—Hoy, mi niña, así que ve a prepararte.

Esa tarde Eva caminó hasta la panadería. Era la primera vez que salía sola desde su llegada. Las pocas veces que lo había hecho siempre fue en compañía de alguna de las internas. Pero eran salidas cortas, de pocas cuerdas y por algún asunto específico. Ese día tendría que enfrentar todos sus temores

sola.

Avanzó por la calle admirando los jardines en flor, pero siempre atenta a las personas que la rodeaban. Creía ver en cada transeúnte a un enemigo. Le costaba dejar atrás el miedo de la persecución.

Al llegar al negocio se encontró con un local pequeño, de frente de ladrillo visto y puertas dobles. Ingresó y el aroma del pan recién horneado se le escabulló por la nariz despertando su apetito. Sobre el mostrador había canastas con confituras y biscochos, un verdadero manjar.

—Tú debes ser Eva —dijo la mujer que se hallaba detrás y que salió a recibirla—. Soy Carla, la dueña.

—Buenas tardes —Eva a su vez extendió la mano.

—Me dijo Inés que estás necesitada de trabajo —la estudió de arriba abajo deteniéndose en sus cabellos bicolores, que, a juzgar por su mirada, desaprobó—. Así que voy a darte la oportunidad.

No le gustó a Eva el trato que le prodigó, pero se cuidó de evidenciarlo.

—Trabajarás seis horas de corrido a partir de mañana —anunció— y deberás cubrirte el pelo con un pañuelo.

—Así lo haré.

—Hoy te quedarás un rato a practicar, mi hija Luisa te pondrá en conocimiento de cómo funcionan las cosas aquí. A partir de mañana quedarás sola.

Para su suerte la jovencita era muy distinta a su antipática madre y le tuvo paciencia a la hora de explicarle sobre los precios y el uso de la balanza.

—Ten mucho cuidado con los vueltos: no puede faltar un centavo, sino mamá te lo descontará de tu sueldo —le advirtió—. Cada venta que realices debes anotarla en este cuaderno.

—Comprendido.

La tarde se pasó volando y, si bien al principio Eva atendía a la gente con temor, de a poco se fue soltando y comenzó a agradarle el trabajo.

—No puedes comer nada, solo a la hora del almuerzo puedes ingerir algo de tu vianda —dijo Luisa—. Mamá no quiere que los empleados tomen nada sin pagarlo.

La jovencita le explicaba todo con vergüenza. Se notaba que ella no estaba de acuerdo con la estrictez de su madre.

—Quédate tranquila, no comeré nada —sonrió, imaginando la vida de aquella muchachita al lado de una mujer tan odiosa como Carla.

Al volver al asilo Inés la esperaba.

—¿Y?

—Esa mujer... es muy autoritaria —dijo por no usar otro adjetivo más ofensivo.

—Al principio, verás que con el tiempo se ablanda.

—Si usted lo dice...

—Verás que sí.

Los días transcurrieron y Eva concurría a trabajar con más entusiasmo. Le gustaba el trato con la gente, sentía que poco a poco iba venciendo sus temores y podía socializar. Octubre avanzaba en el calendario y Eva se replanteaba su vida. Dentro de pocos días iba a cobrar su primer salario. Pensaba destinar la mitad para enviar a Amanda, se sentía en deuda con ella, el resto se lo daría a Inés. Era lo menos que podía hacer por toda la ayuda recibida desde su llegada aquella primera vez.

En la panadería ya se había aprendido los precios de los distintos productos y podía calcular el peso casi exacto de lo que le pedían sin pasar por la balanza. Se sentía contenta al saberse útil. Carla no la controlaba tanto como en los primeros días y eso también le daba más confianza.

Pocas veces Eva se aventuraba a la zona de los hornos, pero cuando lo hacía advertía que uno de los hombres que trabajaban allí la miraba con especial interés. No se sentía bonita ni le interesaba su aspecto, pero desde que se dio cuenta de que alguien la observaba empezó a prestar más atención.

El cabello ya le llegaba a la mitad de la espalda y era en su mayor parte rubio, pero las puntas seguían oscuras, por lo cual una tarde después del trabajo se encerró en el baño y las cortó. Le quedó desparejo, en especial en la parte posterior, por tanto fue cortando más y más hasta darse cuenta de que tenía el pelo en el hombro.

El estropicio de su cabeza le ocasionó una carcajada que atrajo la atención de Inés.

—¡Madre de Dios! —De inmediato se santiguó por invocar su nombre en vano—. Pero... ¿qué hiciste? ¿Acaso te volviste loca?

—Solo quería sacar la parte oscura —respondió blandiendo las tijeras.

—Date la vuelta... ¡pero si eso es un desastre! —la hizo sentar y tomó ella misma la herramienta—. Tendré que emparejarlo, y quedarás otra vez con el corte a lo varón.

—Crecerá —respondió tranquila— y tal vez doña Carla no me haga usar ese ridículo pañuelo.

—Ni lo sueñes —dijo Inés conociéndola.

Los primeros días de noviembre Eva cobró su sueldo y lo primero que hizo fue ir al correo. Escribió unas líneas para Guido y envolvió los billetes en papel blanco para que no se notasen en el sobre. Ansiaba que Amanda lograra perdonarla algún día y recuperar el trato con el pequeño.

El resto del dinero se lo dio a Inés, que lo rechazó de inmediato.

—Para cubrir mis gastos... —insistió la muchacha.

—Nada hay que cubrir, tú tienes que ahorrar para ver qué haces con tu vida.

—Estoy bien aquí —dijo Eva—, ya no tengo pesadillas —declaró.

—Lo sé, al menos ahora yo también puedo dormir tranquila —bromeó la directora—. Pero no puedes permanecer en este sitio eternamente. Reúne algo de dinero y corre a buscar tu futuro.

—¿A qué se refiere?

—Sabes bien a qué me refiero. ¿No deseabas terminar tus estudios?

—Tal vez sea mejor dejar las cosas como están —respondió pensativa.

Llegó el día de la tradición y en el pueblo se organizó un desfile. La panadera había decidido poner un puesto y había convocado a Eva para que lo atendiese junto con su hija, dado que concurriría mucha gente. Para ello habían preparado empanadas, que no se vendían en la panadería sino por encargo, pastelitos y buñuelos, además de los productos habituales.

Los muchachos de los hornos acudieron a ayudar para armar el sitio, acomodaron los caballetes y los tablones y aseguraron un pequeño toldo para que no les diera el sol a las confituras.

Uno de ellos era el hombre que solía clavar sus ojos negros en Eva cada vez que esta se aventuraba a la zona de los fogones. Se llamaba Aldo y presentaba un aspecto temible a causa de una cicatriz que cruzaba su rostro de frente a mentón. Por lo que sabía era pariente de Carla, un primo lejano o algo así, de su absoluta confianza. Panadero de profesión y vocación, era quien se encargaba de los panificados desde que la panadería había abierto sus puertas.

Cuando finalizaron de acomodar todo Eva notó que Aldo se quedaba por ahí mientras que los otros muchachos de la cuadra se iban.

Junto con Luisa se dispusieron a vender y la mañana se les fue en un suspiro.

El desfile arrancó por la calle principal para desembocar en la plaza, donde se había armado el escenario y los puestos de comida. Había de todo para comer y tomar, y la música de zambas y chacareras invitaba a la algarabía.

Parecía que el pueblo se había llenado de gente, todos habían salido a la vereda y los niños correteaban por ahí. El día soleado había esparcido buen humor y las parejas bailaban al compás de la música mientras un payador recitaba.

En el puesto de Eva se había vendido todo y junto con Luisa empezaron a

juntar los canastos para despejar el lugar. La jovencita estaba ansiosa por unirse al festejo, había un muchacho que le gustaba y era la ocasión perfecta para poder intercambiar miradas.

Eva por su parte quería irse. Si bien disfrutaba ver a la gente tan animada, se sentía de más. No podía, por mucho que lo quisiera, dejarse llevar por la felicidad, como si la tristeza que sentía por dentro la dominara y le impidiera reír con toda la boca y con todas sus fuerzas. Se sentía a disgusto, como que no encajaba en ese paisaje colorido siendo ella tan gris.

Cuando terminaron de guardar todo apareció doña Carla y dispuso el acarreo. Se ocuparon de ello Aldo y otro de los muchachos. Eva aprovechó para irse, pero Luisa la tomó de la mano y la arrastró entre el gentío.

—¿Qué haces? —le reprochó deteniéndose justo frente al escenario donde un cantor entonaba sus letras.

—Le dije a mamá que tú te quedarías conmigo. —Sus ojitos inocentes suplicaban—. ¡Quédate un rato! Si no tendré que irme.

—No tengo ganas de estar aquí —se quejó Eva sin demasiada determinación.

—¡Por favor! Solo un rato —insistió.

—Está bien, pero cuando yo diga nos vamos.

—¡Gracias, Eva! —La jovencita le dio un breve abrazo—. Mira, allí está el que me gusta. —Dirigió su mirada hacia un muchachito atractivo con aires de galán que conversaba con un grupo de gente de su edad.

—Pues ten cuidado, no te vayan a engatusar —advirtió, desconfiada.

Luisa se alejó en dirección a la pandilla y Eva se apoyó contra un poste, vigilante. Una dulce zamba se elevaba en el aire y la letra se le metió por los poros. Cerró por un instante los ojos y al abrirlos disfrutó de la pareja que danzaba en el escenario. Era un baile tan dulce y romántico que una lágrima se atrevió a deslizarse por sus mejillas. De inmediato la secó con el dorso de la mano y se disponía a irse cuando un brazo se cerró sobre su cintura desde

atrás.

Giró de inmediato dentro del escueto círculo de poder y se encontró con un sujeto desconocido que, por su aliento, adivinó borracho.

—Linda mamasita para bailar apretados —le dijo quemándole la garganta.

—¡Suélteme! —Eva trató de desasirse y lo pateó en la entrepierna.

—Me gustan las peleadoras —dijo el hombre que continuaba abrazándola a la vez que una de sus manos se deslizaba hacia sus nalgas.

Nadie a su alrededor prestaba atención, concentrados todos en la danza del escenario.

—¡Maldito degenerado! —bramó Eva, golpeándolo, pero su fuerza era nada comparada con la del ebrio que la estaba arrastrando hacia unos árboles que quedaban fuera de donde circulaba la gente.

—¡Auxilio! —alcanzó a decir Eva.

En el momento mismo en que el agresor iba a tirarla al suelo alguien apareció en su ayuda. Vio que un hombre le quitaba al borracho de encima y arremetía contra él a golpes de puños, hasta que el borracho cayó inconsciente. Cuando su salvador giró descubrió que era Aldo.

—¿Está bien, Eva? —se acercó a ella y le examinó la cara. Al sentir el contacto de sus dedos Eva se estremeció.

—Sí, gracias, estoy bien. Llegó usted justo a tiempo.

—No es la primera vez que este desgraciado ataca a las mujeres.

—¿Y por qué no lo detienen? —se sorprendió la muchacha mientras ambos caminaban para alejarse del sitio.

—Porque es el sobrino del comisario.

—¡Quién lo hubiera dicho!

—Así es, un niño bien. —Aldo la tomó del brazo con determinación y Eva no se resistió—. Venga, la invito una limonada.

—Le agradezco, pero...

—No hay peros, al menos concédame eso ya que siempre me está

rehuyendo.

—Vaya que es directo.

—No me voy a andar con vueltas, Eva. —Ya estaban frente al puesto de jugos y él estaba pagando los tragos—. Usted me gusta y lo sabe.

Caminaron unos metros y se sentaron sobre un banco de los alrededores.

—¿Qué pasó con su locuacidad? —bromeó él—. ¿Se quedó muda de pronto?

—¿Siempre es usted así? —preguntó Eva.

—Siempre. Vamos, ¿por qué se me escapa?

—Yo solo hago mi trabajo y vuelvo a mi casa.

—¿Y qué tal si un día en vez de ir a su casa se viene conmigo? —ella lo miró con asombro—. No le estoy proponiendo nada extraño, solo que se permita conocerme. Conmigo no se aburrirá y siempre estará segura.

—¿Y por qué me dice eso? —¿Sabría Aldo de su pasado? No quería que su historia trascendiera, deseaba enterrarla para siempre.

—Porque conozco a las personas, la conozco a usted por mucho que se oculte. Sé que anda con miedo, no sé a qué, pero intuyo que le gustaría un refugio donde apaciguar su alma.

—Yo no necesito de nadie —saltó Eva mientras se levantaba del banco y caminaba en dirección al asilo olvidándose de Luisa.

Aldo se puso de pie y fue tras ella.

—Todos necesitamos de alguien, Eva. —En silencio caminó a su lado—. La acompañaré hasta su casa.

Ella le dirigió una mirada de reproche y siguió andando. Al llegar al internado se detuvo ante las rejas.

—Aquí es donde vivo.

—Ya lo sabía —reveló Aldo—. No es la primera vez que vengo tras sus pasos.

—¿Qué dice? ¿Me estuvo siguiendo?

—Estuve cuidándola. Y ahora déjese de protestar y deme un beso. —Sin darle tiempo la tomó por la cintura y le plantó un beso en la boca que la dejó sin aliento. Eva levantó la mano para darle una bofetada, pero él se la detuvo en el aire y volvió a besarla—. Tranquilita, que si te me resistís va a ser peor. —Pese al tenor de sus palabras, la dulzura con que las dijo desarmó la decisión de Eva. Ese hombre tenía el poder de calmarla y aniquilar sus defensas.

Se aflojó a su abrazo y le abrió la boca. Cuando sintió su lengua ingresar enroscó la suya y profundizó la caricia. Aldo la apretó contra sí y ella pudo sentir su virilidad al máximo. El deseo se hizo presente, luego de tanto tiempo. Dante se cruzó en sus pensamientos y la pasión se evaporó. Terminó el beso y se separó de él.

—Tiempo al tiempo —murmuró Aldo—, ya se irán esos fantasmas del pasado. —Rozó apenas sus labios y se fue dejándola hecha un manojo de nervios.



CAPÍTULO 65

Resistencia, septiembre de 1924

Hacía ya más de un mes que Dante estaba en su casa junto a su hijo. El reencuentro había sido conmovedor. Luego de un largo viaje de regreso, Olivera había arribado a su hogar llevando consigo a los jovencitos; no podía abandonarlos a su suerte.

Ni bien Pilarita le abrió la puerta y recibió la noticia de sus labios, se lanzó al interior, desaforado, hasta encontrar a Mario, que estaba en la cocina tomando su merienda.

Padre e hijo se abrazaron y lloraron juntos. Después Dante lo miró por todos lados para comprobar que se hallara bien. Había adelgazado y aún tenía ojeras en torno a sus ojos, pero el pequeño se veía fuerte.

Instalados en la casona familiar, que Dante no sentía propia, intentaban acomodar sus vidas. Los chicos estaban desorientados, les faltaba el monte y la libertad de andar para todos lados, corriendo y jugando entre los árboles. Los límites de la casa les semejaban una prisión, por más que tenían un gran patio con plantas.

Dante los veía tristes. Daban vueltas por los espacios sin saber qué hacer, como fantasmas delgados y pálidos; hasta el color parecía haberlos abandonado.

El médico los había revisado y, a pesar de algunos piojos, llagas e infecciones por picaduras, los había encontrado bien.

—Nada que una buena alimentación no pueda aliviar.

Pero lo que sentían los muchachos iba más allá de la comida, estaban huérfanos de sus costumbres y de sus familias. Los hermanos, llamados Mateo y Jerónimo, habían perdido a sus padres, abuelos, tíos y primos. Y Mario había perdido a su tía Lila y a sus tíos más pequeños. Además de todo su entorno de vida, sus costumbres y su libertad.

Dante no sabía qué hacer con ellos. Tampoco sabía cómo continuar su vida. El deseo de venganza crecía en su mente como un tumor maligno que amenazaba con explotar. Se contenía para no salir corriendo hacia Napalpí y arremeter contra todos los que habían asesinado a su gente. Pero no podía abandonar a los chicos, él era su único sostén, no tenían a nadie más.

Pilarita era la única que permanecía estable, feliz de tener de nuevo la casa con gente, en especial gente joven. Atrás habían quedado los días de tiranía bajo la presencia del coronel Olivera. Agasajaba a los chicos con manjares que nunca habían probado, que miraban con desconfianza al principio para devorar después.

Olivera había contratado a unos baqueanos para que rastrollaran la zona buscando a Lila y demás sobrevivientes, si es que los había. Les había dado una lista de nombres y descripciones para que rastrearán e indagaran aquí y allá sobre sus paraderos. Era una tarea titánica dado que muchos de los fallecidos yacían incinerados o enterrados en los pozos de agua. Sería difícil obtener respuestas. A Dante le preocupaba el destino de su cuñada y el niño más pequeño, temía lo peor respecto de ellos. Por lo que le había dicho Mateo solo había escapado con uno, pero después no habían tenido noticias.

También les había dado la descripción de Eva, pero presentía que ella se había ido lejos, en busca de su pasado.

Había trascendido la carta que Enrique Lynch Arribálzaga había escrito al diputado Pérez Leiros y que había sido leída en el Congreso Nacional:

“La matanza de indios por la policía del Chaco continúa en Napalpí y sus

alrededores; parece que los criminales se hubieran propuesto eliminar a todos los que se hallaron presentes en la carnicería del 19 de julio, y el campamento de concentración de los tobas, para que no puedan servir de testigos si viene la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados... En la matanza de aquel día, Maidana logró salvar a dos de sus hijos que tenían las piernas quebradas, y se ocultaron en el bosque, junto con dos mujeres más. Pues bien, hace como veinte días, el comisario Machado tuvo noticias, por un chacarero de las cercanías, de la existencia de estos infelices e inmediatamente fue una comisión en su búsqueda; consiguió encontrarlos y los ultimó a balazos”.

La impotencia no era buena consejera, por momentos tenía ganas de abandonar la ciudad y correr al monte a hacer justicia. Se contenía sabiendo que caería a manos de las fuerzas policiales dejando a su hijo a merced del desamparo. No, tenía que actuar de manera inteligente. Se daría un tiempo suficiente para reacomodar todo. Su padre había dejado algunos asuntos sin resolver. Luego, se iría. Cortaría lazos con esa tierra ensangrentada y daría a Mario y a los chicos un nuevo futuro lejos de la ciudad. Empezaría de cero. El recuerdo de Eva lo atormentaba y la búsqueda de Lila lo tenía en vilo.

Hacía una semana que los baqueanos habían partido y aún no tenía noticias. Las cuentas bancarias todavía le daban seguridad, su padre había amasado una pequeña fortuna que ahora le pertenecía por ser el único heredero. Ya el abogado había iniciado los trámites de sucesión y pronto podría disponer de ella.

Pilarita se había empeñado en que los jovencitos estudiaran y Dante le dio plena libertad para ocuparse. La mujer no era muy letrada, pero sabía leer y escribir, además de algunas operaciones de suma y resta; con eso le era suficiente para manejar la economía cotidiana y controlar los vueltos.

Al ver a los chicos tan perdidos organizó una pequeña clase en la que los trataba a los tres por igual, sobrevalorando la capacidad de Mario y

subestimando la de los hermanos tobas. Los sentó en la mesa de la cocina y, provista de hojas y lápices, todas las tardes después de comer les dictaba sus modestas lecciones. Mateo y Jerónimo algo sabían de letras y sílabas, pero el pequeño Mario se perdía entre tantas explicaciones y su zurda contrariada se esforzaba en dibujar las redondeces de las letras.

Dante solía apostarse contra el marco a mirar. De vez en cuando una sonrisa se le escapaba de los labios, y de inmediato volvía a la seriedad de sus preocupaciones.

Una mañana soleada alguien llamó a la puerta: era uno de los hombres que había contratado para buscar a Lila.

—Buen día, patrón —dijo el recién llegado, llamado Guzmán, quitándose el sombrero. Lucía aún cansado por el viaje, sus ropas estaban sucias del polvo de los caminos y ostentaba una barba de varios días.

Dante lo hizo pasar de inmediato al despacho.

—Tome asiento —ofreció—. Dígame que tiene noticias para mí.

—Creo que la encontramos, señor.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no vino con usted? —se inquietó Olivera.

—Es que... no pude traerla, la tienen...

—¿La tienen? ¿Quién la tiene? ¿Y el niño? —Dante se había puesto de pie y caminaba alrededor del escritorio como un animal enjaulado. El baqueano lo había imitado. No podía permanecer sentado ante tal agitación.

—Está en una estancia, en el límite con Formosa. Unos soldados la vendieron como criada —respondió el hombre con temor ante su reacción.

—¿Vendida? ¡Como si fuera una esclava! —Los ojos verdes estaban en llamas. Dio un puñetazo contra el escritorio y los papeles se elevaron como si volaran—. ¿Y el niño? ¿Su hermano está también ahí? ¿Cómo está ella?

—Ella está bien —omitió decir que Lila presentaba signos de haber sido maltratada—. Solo había un niño con ella, como de dos años.

—Tengo que ir a buscarla, usted me llevará a ese lugar —exigió—, le

pagaré más. —Estaba desesperado.

El baqueano no quiso desalentarlo. El dueño de la estancia donde estaba su cuñada se había encaprichado con la india y no sería fácil quitársela. Pero si Olivera le pagaba...

Dante organizó la partida para el día siguiente. Irían en el flamante Fiat 509, que su padre se había hecho llevar desde la sede de la Fiat en Buenos Aires. Era un vehículo de baja cilindrada, con freno en las cuatro ruedas y caja de cambio de aluminio; un modelo único, con asiento trasero rebatible.

Si el coronel Olivera viviera pondría el grito en el cielo al saber que su tanpreciado rodado iría al rescate de una india.

Al amanecer partió Dante con dos hombres más, que quedaron boquiabiertos al ver el auto. La víspera se había despedido de los chicos y le había dado todas las indicaciones a Pilarita para que los controlara y entretuviera hasta su regreso con Lila. La mujer le había preparado provisiones para unos cuantos días, veía a su patrón demacrado y temía que enfermara.

El viaje fue silencioso, apenas interrumpido por el sonido del motor y algún que otro intercambio entre los hombres. Cuando se acabaron los caminos parejos, ya cerca de la frontera con Formosa, lo dejaron en un puesto de paso y Dante rentó cuatro caballos y dos de remuda. Confiaba en que regresaría con su cuñada y el niño a salvo.

Debieron hacer noche al sereno. La calidez invitaba a la charla en torno al fogón, pero los ánimos de Dante no eran los propicios y sus acompañantes prefirieron alejarse a fumar y conversar tranquilos, lejos de su presencia.

Dante se tiró sobre el cuero de su montura y miró las estrellas como si ellas pudieran darle una respuesta. Se sentía perdido y ansioso a la vez. Debía hallar a Lila. Era su familia, temía por su estado. Si debía matar para liberarla lo haría aunque no estuviese en su naturaleza el uso de la violencia. Pensó en Eva, ¿dónde estaría? Quiso creer que estaba a salvo y que se había alejado

por su propia voluntad, pero las dudas lo atormentaban. ¿Y si no era así? ¿Y si también había caído en manos de algún inescrupuloso que la sometía a su servidumbre? Maldijo en voz baja su mala suerte, parecía que nunca iba a poder vivir en paz.

Decidió que cuando regresara a Resistencia comenzaría su búsqueda. Tenía su nombre y su apellido, pondría avisos en los periódicos de mayor circulación. Alguien debía conocerla y acercarle información. La encontraría. Luego renacían sus dudas sobre su verdadera identidad y su ánimo decaía.

Se durmió tarde, cuando ya faltaba poco para el amanecer, y su sueño estuvo pleno de las mismas pesadillas de siempre. El día arrancó caluroso, los mosquitos zumbaban por doquier. Después de un mate cocido preparado por uno de los hombres emprendieron la marcha hacia la estancia “La Alborada”, donde tenían a Lila.

—Estamos cerca —dijo Guzmán.

A lo lejos se divisaba la casa y sus galpones. No era un gran establecimiento, pero a pesar de ello había varios animales pastando en los campos. A medida que se acercaban a la entrada el ánimo de Dante se inquietaba. Llevaban sus armas cargadas, por cualquier contratiempo que surgiera.

Uno de los baqueanos abrió la tranquera e ingresaron por el largo camino de tierra que llevaba al casco. Los perros les salieron al paso mostrando los dientes y ladrando, pero los caballos no detuvieron su marcha.

De la construcción principal salió un hombre cuyo rostro ocultaba un sombrero de ala ancha, provisto de una escopeta que ostentó orgulloso. De uno de los galpones asomaron dos peones y se apostaron a ambos lados de su patrón.

—¿Qué quieren? —dijo el que parecía el dueño sin siquiera saludar.

—Estoy buscando a unos familiares que me dijeron están acá —respondió Dante, exhibiendo también su arma en la cintura.

El estanciero reconoció a Guzmán de la visita anterior y sonrió.

—Ya veo... —dejó ver su rostro ladino—. La india y su bastardo.

Dante apretó los puños, no deseaba iniciar una pelea salvo que no tuviera opción.

—Dígame cuanto quiere por ella —su voz no dejaba resquicio de dudas: había una amenaza implícita en su mirada de monte.

El hacendado pensó un momento y evaluó la situación. La salvaje ya no le servía, estaba muy enferma, y el niño era un estorbo, mejor sacárselos de encima.

—Los caballos —respondió mirando a los de recambio.

Olivera ocultó su sorpresa y asintió. Ordenó a Guzmán que los desatara.

—Lámela —dijo.

—Tendrá que ir a buscarla —hizo un gesto señalando uno de los cobertizos.

Dante se preocupó, algo no andaba bien. Desmontó de un salto y bajo la aguda mirada de sus hombres que controlaban la situación ingresó al pabellón. La oscuridad del principio se fue atenuando con el sol, que entraba oblicuo a través del portón. Una mezcla de olores lo recibió: cuero, grasa, maderas...

Avanzó unos pasos con la mano lista sobre su revólver, temía que fuera una trampa.

—¡Lila! —llamó.

Un quejido proveniente de un rincón lo fue guiando hasta dar con un colchón de paja. Sobre él, desfalleciente, yacía Lila. A su lado, su hermanito dormía.



CAPÍTULO 66

Coronel Suárez, noviembre de 1924

El calor se hacía insoportable en la panadería, los hornos parecían funcionar en su máximo y a menudo Eva se mareaba. No deseaba imaginar lo que sufrían los hombres que estaban en la trastienda, Aldo entre ellos.

Desde el día de la tradición Aldo se empeñaba en acompañarla hasta el asilo siempre que sus horarios se lo permitían, lo cual no sucedía muy a menudo porque Eva trabajaba apenas seis horas y él salía mucho más tarde. Pero a veces su prima lo dejaba escaparse un rato, que él aprovechaba para caminar junto a la mujer que le interesaba y fumar un cigarrillo.

Si bien Eva se había relajado y consentía que la escoltara, todavía no había aceptado ninguna de sus invitaciones a salir. Se sentía a gusto con Aldo, protegida, pero no lograba alejar el recuerdo de Dante; la pasión que había sentido resurgir el día de los festejos se había evaporado por completo. De solo pensar en tener intimidad con él quería huir.

Aldo era un hombre serio, pero no por eso aburrido. Tenía un carácter dominante que mezclaba con galantería. La cicatriz de su rostro le daba un aire compadrito que, para quien no lo conocía, lo volvía temible.

Sabía que tendría que tomar una decisión de manera urgente, no le parecía justo ilusionarlo con una relación más íntima cuando no estaba segura de nada.

Las pesadillas habían desaparecido y solo eran un mal recuerdo.

Una tarde Eva estaba en la galería delantera remendando unas prendas mientras disfrutaba de la brisa suave y el aroma de las flores.

—Llegó carta para ti —la interrumpió una de las internas extendiendo un sobre.

Eva lo tomó con la esperanza de que fuera lo que estaba aguardando desde hacía meses. No conocía la caligrafía, pero al mirar el remitente su corazón dio un salto de felicidad: era de Amanda.

Lo abrió con nerviosismo, temía que no fueran buenas las noticias, pero de inmediato desestimó tales pensamientos.

“Carola, o Eva, como te haces llamar ahora. Recibí otra de tus cartas con el dinero que me enviaste. Si bien en un primer momento pensé en devolvértelo, he decidido quedármelo, no porque yo me llame ‘dos pesos con cincuenta’, sino para que tu esfuerzo y tu insistencia no caigan en saco roto. Ese dinero será para Guido y está depositado en una caja de ahorros en el banco.

Tomé las cartas que enviaste para mi nieto, no se las di en su momento porque preferí que el niño se olvidara de ti, pero en vista de tu perseverancia y de tu gesto decidí entregárselas. Se puso contento y aquí te contesta unas líneas.”

Al leer las palabras de Amanda, tan frías pero a la vez tan esperanzadoras, Eva dejó escapar unas lágrimas. En sus misivas anteriores le había ido contando a su suegra todo lo que le había pasado, evitando mencionar su romance con Dante, pero la había puesto al tanto de todas sus desventuras. A juzgar por su respuesta, la mujer ya no la tenía tan mal conceptuada, o al menos elegía creer eso.

Sus ojos recorrieron la hoja buscando la caligrafía infantil.

“Carola, mi abuela me dio tus cartas y me puse muy contento. Creí que te habías olvidado de mí. En la escuela tengo muchos amigos y aunque me cuestan las matemáticas soy bueno con las letras. Mi maestra dice que el día

de mañana podría ser escritor, tengo mucha imaginación. Te escribo de nuevo otro día. Guido.”

Otra vez las lágrimas se hicieron presentes y tuvo que acudir a un pañuelo. Después releyó la carta y sonrió apretándola contra su pecho. Tal vez no estaba todo perdido, quizás un día pudiera ir a visitar al niño, ser parte de esa familia. La soledad la atosigaba, no deseaba estar aislada, viviendo de prestado en las vidas de otros. Primero había sido con Amanda, luego entre los aborígenes y después en el asilo. Nunca su propio lugar, su propia familia. El escaso tiempo junto a Antonio parecía tan lejano que casi no lo recordaba. Era una paria.

—¿Qué pasa por esa cabecita loca? —la sorprendió Inés sentándose a su lado y agitando un abanico para barrer el calor que la acosaba—. Ya te veo los ojitos brillantes. ¿Es por la carta?

Eva asintió en silencio.

—¿Buenas noticias?

—Al menos me respondieron, parece que mi suegra piensa darme una oportunidad con el niño.

—¡Entonces son buenas! —se alegró la directora.

—Aha...

—Pero...

—Siempre hay un pero, ¿no? —replicó Eva.

—Ya te lo dije infinidad de veces... todo depende de ti, mi querida. Si quieres un cambio en tu vida, tienes que gestionarlo.

—¿Usted nunca se siente sola?

—¿Es una broma? —Blandió los brazos a su alrededor abarcando todo el establecimiento—. ¡Estoy siempre rodeada de gente!

—Me refiero a no tener una familia.

—Esta es la familia que elegí —sonrió Inés—. Tú podrías tener tu familia, eres muy joven aún. Deberías sentirte afortunada, Eva, tienes a Aldo

comiendo de tu mano. Y tú te haces la estrecha.

—Usted sabe lo que me pasa.

—Tienes miedo, pero el miedo nunca fue buen consejero, Eva. El miedo paraliza.

—Es que... cuando fui feliz lo perdí todo. Primero Antonio y sus engaños —al hablar se pasaba las manos por el rostro como si con ello borrara todo pensamiento pasado—, ocultando a su hijo, su adicción al juego... ¡sus deudas que lo llevaron a la muerte!

—Eso es pasado.

—Después la historia se repitió con Dante, el fuego, la masacre... me veo a mí misma huyendo con Guido, intentando ponerlo a salvo, y luego con Mario, como si una maldición me persiguiera.

—Solo tu corazón tiene la respuesta, mi querida, él bien sabe lo que quiere, y es evidente que anda reclamando.

—¿Qué cree que debo hacer?

—No, Eva, no quieras que yo tome decisiones por ti. Solo tú puedes hacerlo, ¿me entiendes? —La mujer se puso de pie y se alejó hacia la capilla, era la hora en que cada día se dedicaba a la oración.

La joven anduvo todo ese día como alma en pena, sin prestar verdadera atención a nada, pensando en cómo continuar con su vida. Su corazón le gritaba el nombre de Dante y el recuerdo de sus ojos y de su cuerpo la hacían tiritar. Pero su muerte, tan presente, barría con cualquier atisbo de esperanza; el miedo estaba otra vez allí, atenazándole la garganta y oprimiendo su pecho.

El destino ya le había mostrado que a donde ella fuera sembraba desgracias, todavía temía que Mario vagara por el monte huérfano y a merced de los peligros.

Recordó su sueño trunco de ser enfermera y un ramalazo de nostalgia le avivó el sentir. *¿Y si volviera a intentarlo?*, se preguntó, pero solo fue un pensamiento, una estrella fugaz que pasó por su mente.

Debo mirar hacia adelante, dejar que el pasado quede atrás.

Al día siguiente volvió a su trabajo vestida de determinación: le daría una oportunidad a Aldo, aceptaría salir con él.

Cuando terminó su turno lo aguardó en la puerta. Sabía que él había pedido permiso para acompañarla. Caminaron uno junto al otro, conversando como siempre, y a las pocas cuerdas Eva se colgó de su brazo. Aldo la miró, sorprendido y a la vez complacido. Posó su mano grande por sobre la femenina y le sonrió.

Al llegar al asilo se besaron, Eva le ofreció la boca y cerró los ojos. Los labios masculinos primero la tantearon, rozándola apenas; al ver que no se resistía sus manos rodearon su talle y la atrajeron hacia sí. La besó con determinación, con su lengua ávida de poseerla como hacía rato soñaba. Ella lo dejó hacer y entró en el juego. Por un momento logró encenderla, pero cuando notó la dureza a la altura de su vientre la muchacha se detuvo.

—Lo siento —murmuró Aldo separándose apenas—, es que me traes loco.

—Salgamos esta noche —propuso Eva, para sorpresa del hombre.

—Vendré por ti a las ocho —se inclinó de nuevo para besarla y luego se fue.

Aun dudando sobre su decisión Eva pensó que era lo mejor. *No hay nada malo en dejarse querer.* Quería convencerse de que estaba haciendo lo correcto.

Se ocupó de sus quehaceres en el asilo y después avisó que no cenaría.

—¿Saldrás con Aldo? —quiso saber Inés.

—Sí —respondió—. ¿Usted cree que hago mal?

—Yo no soy quién para juzgarte, niña.

—Pero dígame qué opina. ¿Qué cree usted que debería hacer?

—No, no, no, mi señorita... otra vez con ese juego, no. Eres tú quien tiene que decidir.

—He pensado varias veces en irme... —al oír esto Inés la miró con intriga.

—¿Irte? ¿Al Chaco?

—No, a Buenos Aires, a retomar mis estudios... Volver a cero.

—Ay, Eva... estás tan perdida.

—Lo sé... por eso le pido ayuda, quiero encontrar mi dirección, mi camino.

—Tú en el fondo sabes lo que quieres, Eva, solo que te pones excusas. Uno siempre sabe lo que quiere.

La muchacha la miró y bajó la cabeza.

—Estás buscando atajos, demorando tu decisión final. ¿Verdad?

—Tal vez —reconoció.

—No dejes nada sin hacer... el tiempo se detendrá cuando sea la hora.

—¿Usted cree que hago mal en salir con Aldo? —insistió.

—Tienes que probarlo, ¿no es cierto? Quieres salir de la duda, quieres ver si él es capaz de borrar a ese chaqueño de tu cabeza.

—¡Usted me lee el pensamiento! —sonrió con pesar.

—Eres un libro abierto para mí, mi querida.



CAPÍTULO 67

Resistencia, septiembre de 1924

No fue fácil trasladar a Lila en su estado. La muchacha volaba de fiebre y nadaba en la inconsciencia. Tenía algunos huesos rotos a causa de los golpes recibidos por quien la había comprado y una tremenda infección producto de las violaciones a que había sido sometida, primero por los soldados, luego por el estanciero.

Al verla Dante cayó de rodillas a su lado y lloró como un niño.

—¡Mi pequeña Lila! ¿Qué te hicieron?

Él mismo la había cargado en sus brazos y había sentido su cuerpo ardiente y ligero, como si la vida se le estuviera escapando en los quejidos. Tuvo que reprimir las ganas de disparar contra el dueño de la estancia, sabía que varias armas los apuntaban desde sitios ocultos.

—¡Guzmán! Hay un niño adentro, tráigalo —ordenó.

Jamás olvidaría la sonrisa ladeada del patrón ni sus ojos cargados de burla.

Apretó a la muchacha contra su cuerpo y una vez que todos estuvieron listos partieron al paso. No podía imprimir velocidad a causa del estado de físico de Lila, debió dominar su ansiedad.

Hicieron un alto en el viaje cuando la noche les cayó encima. Acomodó a la jovencita, que permanecía inconsciente, sobre un cuero, y la tapó. La fiebre no cedía y temía que se deshidratara. Tenía la piel cuarteada, sin vida. Con un paño fue dejando caer en su boca, gotas de agua que ella, desde sus sueños,

fue tragando.

El pequeño estaba desnutrido, debían alimentarlo bien y Dante no sabía cómo. Entre los de la comitiva se turnaban para darle de comer. Todos querían esquivarle al bulto, pero Dante había sido implacable: había que ocuparse del niño. Era digno de ver a esos hombres toscos y faltos de delicadeza cortando la comida en trocitos para que Roberto no se ahogara.

Cuando pudo recuperar el auto fue más fácil, al menos la muchacha viajaba más cómoda en su inconsciencia.

Al llegar a Resistencia Lila aún no había reaccionado y la fiebre no cedía. Pilarita se asombró al verla en tan mal estado.

—¡Llama urgente al médico! —ordenó Dante sin siquiera preguntar por su hijo.

Llevó a Lila directo a su cuarto y la acostó sobre su cama.

—Vendrá enseguida —informó Pilarita desde la puerta.

—Por favor, ocúpate de limpiarla... —Dante se llevó las manos a la cabeza, estaba sucio y desaliñado luego de tantos días de viaje.

Al acercarse la mujer al lecho cayó en la cuenta de que la indiecita estaba mucho peor de lo que había atisbado.

—¡Válgame Dios! —dijo, mientras le quitaba la ropa—. Pero... ¿qué le han hecho a esta criatura?

Lila presentaba moretones y heridas por todo el cuerpo y su zona genital estaba irritada y con infección.

—¡Voy a matar a esas bestias! —bramó Dante.

—¡Papá! —Mario entró corriendo seguido de sus dos amigos, pero los tres se pararon en seco al ver a la muchacha.

—Vamos, vamos fuera. —No quería que vieran el tremendo espectáculo. Tomó a su hijo en brazos y salieron del cuarto, dejando a Pilarita con la triste tarea de adecentar a Lila.

—¿Cómo estuvieron? —inquirió, tratando de infundir a su voz un tono de

tranquilidad que no sentía—. ¿Se portaron bien con Pilarita?

—Sí, estamos avanzando con las letras —dijo Jerónimo.

—Sí, yo ya sé dibujar las vocales —informó contento Mario.

—En buena hora, chicos —lisonjeó acariciando la cabeza de su hijo—, ahora voy a darme un baño.

—¿Qué le pasa a la tía Lila? —inquirió Mario desde su altura, con signos de preocupación.

Dante decidió contarles la verdad, no tenía sentido mentirles luego de todo lo que habían pasado en la reducción. Debía formar hombres.

Se desplomó sobre la silla y en términos simples explicó:

—Gente mala lastimó a Lila.

—¿Fueron los soldados? —quiso saber Mateo.

—Sí... y luego otros hombres. —Apretó mandíbulas y puños. Debía dominarse, pero ganas no le faltaban de salir a buscar a los responsables de tal atropello. Sabía que llevaba las de perder. Por mucho apellido que portara, los uniformados habían actuado bajo el consentimiento de sus superiores. ¡Si ni siquiera había condena por la masacre de Napalpí!—. Ahora Lila debe descansar y nosotros ayudar a Pilarita con el niño pequeño.

—¿Roberto se va a quedar a vivir aquí también? —preguntó Mario.

—Sí, hijo, seremos una gran familia —sonrió con pesar.

El doctor Lucero llegó con demora y al ver la cantidad de niños indios en la casa tuvo que disimular su estupor.

—Por aquí —lo guio Dante sin dar explicaciones.

Al ingresar al cuarto donde estaba Lila el médico no pudo disimular ni la sorpresa ni el desagrado. Él no tenía por qué poner nuevamente manos sobre una india. Olivera, que observaba su reacción, se anticipó y lo tomó por las solapas del saco:

—Escúcheme bien, doctor. —El otro intentó soltarse y argumentar, pero no le fue permitido—. Esta muchacha es mi familia y usted va a hacer lo que

sea necesario para salvarla.

—Dante, yo...

—¡Vamos! ¡Haga lo que tenga que hacer, rescátela de la fiebre! —gritó.

—Está bien. —El facultativo se quitó el saco, anticipaba que tenía ante sí una ardua tarea.

No sin asco revisó a Lila y un resto de su antigua pasión le entibió el sentir. La jovencita volaba de temperatura, tenía varias fracturas que se habían profundizado al trasladarla y una gran infección en el vientre producto de las violaciones.

—Hay que eliminar esta peste antes de que se le propague por todo el cuerpo —explicó, secándose la frente—. Deberían hacerle compresas con agua hirviendo en la zona...

—¿Solo eso? ¿No hay algo más que podamos hacer?

—Pueden aplicarle un emplasto de miel con propóleo... tiene propiedades curativas, evitará que la infección aumente y bajará la inflamación.

—Llamaré a Pilarita —Dante salió del cuarto y regresó enseguida con la mujer, quien indagó al médico sobre lo que tenía que hacer.

—Muchos baños de agua casi hirviendo y apósitos embebidos en miel.

—¿Allí? —Pilarita señaló con la cabeza la zona genital.

—Allí, mucho me temo que la infección proviene de ahí. Debemos evitar que se extienda. La miel absorberá el agua y al retirar el apósito la herida quedará limpia, sin dañar el tejido nuevo que tiene que ir generándose.

Pilarita asintió mientras Dante caminaba por la habitación como animal enjaulado. El doctor Lucero se quitó los anteojos y dio por finalizada la visita.

—Volveré mañana.

Al quedar solos Pilarita fue en busca de los elementos que le había indicado el médico para empezar las curaciones. Cuando regresó corrió a Dante del cuarto y se dedicó a la jovencita.

—¡Santa Madre de Dios! —dijo para sí al quedar de nuevo a solas.

Lila tenía la piel lacerada, con úlceras que difícilmente la miel sanaría. Y olía mal, como si se estuviera pudriendo por dentro.

—¡Pobre criatura! Esta no pasa la noche. —Se santiguó y rezó por su alma mientras aplicaba las compresas hirviendo que quemaban sus dedos y enrojecían más la zona lastimada. Alternaba los paños calientes con las telas embebidas en miel. Así estuvo durante más de una hora, orando en silencio para que el Señor se apiadara de ella.

Después tuvo que ocuparse de los cuatro niños que tenían hambre. Dante era incapaz de actuar, estaba en trance, pensativo e introspectivo. El bebé fue quien más trabajo le dio. Los otros al menos comían solos, sin demasiados modales, pero eran autosuficientes.

A medianoche, cuando ya todos los jovencitos estaban acostados, Pilarita se despidió de Dante.

—¿Por qué no va a descansar? —sugirió.

—Me quedaré junto a Lila, por si despierta.

Ambos sabían que no sería así, pero igual fue y se sentó a su lado.

Por momentos Dante se dejaba llevar por el sueño, un sueño denso y pleno de pesadillas, de cuerpos carbonizados y chillidos de dolor. Despertaba exaltado y sin saber dónde se encontraba hasta que recobraba el sentido de la ubicación.

Lila se removía en el lecho presa de la fiebre y los dolores. Gemía y se quejaba contorsionando las piernas, la única parte de su cuerpo que podía mover a causa de las fracturas de costillas.

—Benjamín... Benjamín... —repetía entre sus quejas.

¿Quién sería el tal Benjamín? Dante no tenía noción de su nuevo amor, de esa ilusión de juventud que había cautivado a la muchacha. Rebuscó en su cabeza y le vino a la memoria un muchacho qom, hijo de Rosendo, a quien en los últimos tiempos se había cruzado más de lo habitual. Debía ser él. Sonrió

con pesar, ya no habría destino para los jóvenes amantes. ¿Habría sobrevivido Benjamín a la matanza de El Aguará?



CAPÍTULO 68

Coronel Suárez, noviembre de 1924

Eva se había arreglado con esmero para salir con Aldo. Hasta había conseguido algo de rubor que tenía una de las internas, a escondidas de la directora.

Se miró al espejo y no supo quién era. Llevaba puesto el disfraz de otra desde hacía tanto que ya no encontraba rastros de Carola, esa jovencita inocente e inexperta cuyos sueños habían quedado trancos ante los engaños y todo lo que había venido después.

Cerró los ojos un instante. Se dio ánimos para seguir apostando a un futuro distinto y tomó la decisión de darle una oportunidad a Aldo. Se dejaría querer por él, sabía que era un buen hombre, se dejaría llevar por su pasión e intentaría quererlo, borrar todo recuerdo de Dante y sus ojos de agua.

Respiró hondo y salió.

Aldo la esperaba en la puerta vestido a la moda informal y relajada de la época. Llevaba la camisa abierta en los primeros botones y el cabello libre. Al verla avanzar tiró el cigarro y lo apagó con el pie.

—Hola, Eva, está linda.

Ella sonrió y se dejó besar en la mejilla.

Tomados del brazo avanzaron por las calles que comenzaban a oscurecerse y terminaron en un bodegón cercano.

—¿Vino? —propuso Aldo, a lo cual ella asintió. Después pidieron el menú

y aguardaron callados a que llegara la comida.

El silencio incómodo se interponía, Aldo la taladraba con los ojos y por mucho que ella se esforzaba por mantener la mirada, terminaba cediendo.

—¿Qué se propone? —dijo, cuando el escrutinio se le hizo insoportable.

—Nada, solo la miro, porque me gusta —sonrió y la cicatriz de su rostro se hizo más patente.

Ella le hizo una morisqueta, irritada, y él lanzó una carcajada.

—¿Le gusta parecer un perro rabioso? —la aguijoneó.

Eva no respondió y se envalentonó con un trago de tinto. Estaba nerviosa, ese hombre la volvía vulnerable, era demasiado seguro de sí y ella se sentía en desventaja.

El mozo trajo los platos humeantes y el aroma la relajó. Él había sugerido el menú y, a juzgar por el aspecto, era delicioso.

Decidió darle una tregua, después de todo Aldo no tenía la culpa de sus conflictos internos; depuso su actitud.

—Está sabroso —concedió.

—Sabía que le iba a gustar.

Cada vez que su copa se vaciaba él volvía a llenarla. Al cabo de un rato estaba pidiendo otra botella.

El alcohol había surtido efecto, Eva reía y contaba anécdotas del asilo.

—¿Dónde estuvo durante los últimos años? —la pregunta la volvió a la realidad.

—Por ahí. —No iba a hablar de su pasado y él entendió.

—Ya veo, no voy a insistir Eva, cuando usted esté lista me contará lo que deba saber. —Al ver que ella se había puesto seria añadió—: Tome otra copa, olvidemos las penas —animó levantando la suya para brindar—: ¡Por la primera salida!

Ella sonrió a medias y brindó.

—Usted me gusta, lo sabe. Si no me va a dar el sí no me haga perder el

tiempo —a pesar del tenor del mensaje su tono era tranquilo y su mirada mansa.

—Vaya que es usted directo.

—Eso ya lo sabía, Eva —extendió la mano y tocó sus dedos. Al ver que ella no se resistía apresó toda su palma y la acarició—. No me tenga miedo, yo la voy a querer bien, y la voy a cuidar, ya se lo dije.

—Yo no necesito...

—A mí no me haga ese papelito de mujer que lo puede todo —interrumpió—, usted tiene muchas heridas en la piel y en el alma, y las puedo ver. Sanar también, si me deja.

—Usted no sabe nada de mí.

—Sé lo necesario —sonrió y llamó al mozo para pagar.

Molesta, Eva se puso de pie y aguardó. Él la tomó del brazo y salieron a la noche.

Caminaron en silencio, él admirando las estrellas, disfrutando un cigarrillo, ella pensativa, perdida en sus indecisiones.

Al llegar al asilo Aldo la giró y buceó en sus ojos.

—¡La pucha que tiene miedo! —Sin darle tiempo la besó.

Eva le prestó la boca y al sentir su lengua Aldo dejó fluir su excitación. Esta vez no se alejó y permitió el abrazo apretado.

—Así me gusta, Eva, que se vaya aflojando un poco —susurró sobre su cuello.

—¡Basta!

Ingresó sin siquiera despedirse y él tuvo que esperar un rato hasta poder partir.

Eva se tiró sobre su cama y escondió la cabeza. Había bebido en exceso y le dolía. Al rato tuvo que salir corriendo a vomitar y eso la alivió.

Después se desplomó sobre el lecho y se durmió. Tuvo una noche plagada de pesadillas donde podía sentir todo el tiempo el olor de la carne quemada.

—Pero qué cara traes... —dijo Inés cuando se reunieron en la cocina por la mañana—. ¿Qué pasó? ¿Tan mala fue tu salida?

—Bebí de más, solo eso.

—¿Estás segura?

—Sí, solo eso —se levantó para perderse en los pasillos del asilo.

Ese día en la panadería no vio a Aldo. Quiso preguntar por su ausencia pero no se animó, no deseaba que él recibiera los rumores. Por muchas indirectas que intentó ni Luisa ni Carla mencionaron al panadero y cuando finalizó su turno se fue con más dudas que las que había llevado.

Esa noche volvió a soñar, el recuerdo de la masacre del Chaco la perseguía, no podía dejar de pensar en todo lo que había visto. Dante cayendo ante los disparos, el fuego, el olor de carne chamuscada, todo era tan real...

Despertó sudando y a los gritos, a su lado estaba Inés.

—¡Es espantoso! —gimió echándose en los brazos de la directora.

Cuando logró tranquilizarse y sus lágrimas cesaron bebió el té que había sobre su mesa de luz.

—Están todos muertos..., veo sus rostros sin vida...

—No digas eso, tienes que alejar esos pensamientos.

—No puedo, no puedo, tengo las imágenes grabadas en mi memoria. Necesito saber si Mario fue rescatado por alguien de su familia... no sé si Dante tenía a alguien más en la ciudad además de su padre... Y Lila, no sé nada de ella ni de sus hermanos. Mi amiga Rosalía muerta... ¡debí haber muerto yo también!

—¡No vuelvas a decir algo así!

—Y toda esa carnicería impune... Tal vez ni siquiera paguen por lo que hicieron.

—Deja eso en manos de Dios, hija...

—¿Dios? —sus ojos adquirieron un fulgor especial—. ¿Dónde estaba Dios cuando mataron a Antonio? ¿Dónde estaba cuando mataron a Dante, cuando

los soldados atacaron la reducción y se llevaron cientos de vidas? ¿Y las torturas? —gritaba—. Yo las vi con mis propios ojos, aún tengo sus aullidos clavados en mis oídos.

—Calma, calma. —La mujer volvió a abrazarla intentando sosegarla—. La otra vez me preguntaste qué hacer, ¿recuerdas? —Ella asintió—. Creo que deberías volver, al menos para asegurarte de que Mario y Lila están bien.

Eva asintió y se dejó deslizar sobre la cama.

—Ahora debes dormir, mañana tienes que ir a trabajar, necesitas estar atenta.

—Gracias. —Su mirada también pedía perdón.

—Ya, ya. Duerme. —Como haría una madre, la tapó y besó su frente—. Hasta mañana.

Al despertar le dolía un poco la cabeza. Encontró al pie de la cama un ejemplar de *El Herald del Norte*, al tomarlo reconoció que ya había leído parte de las noticias.

Volvió sobre la que hablaba de la denuncia realizada por Lehmann Nitsche: *“Este hombre de ciencia llegara a la reducción de Napalpí en la tarde de aquel sábado nefasto y, sin querer, comprobó la triste verdad de lo ocurrido. Nos referimos al Dr. Roberto Lehmann Nitsche y aún también a su ayudante, verdaderos testigos calificados de la tragedia, no al Inspector de manga ancha del Ministerio del Interior Elordi, que ayudó a Centeno a encubrir sus delitos y al que como encubridor acusamos.*

Puede asegurarse que la providencial llegada de este hombre de ciencia a Napalpí hizo cambiar de opinión a Centeno. De no haber llegado, se le atribuye la masacre a los mismos indios como se hiciera ver ya en La voz del Chaco, hoja celestina, capaz de las más negras ruindades y que en esta triste oportunidad batió el récord de la delincuencia y el servilismo.

Cuando Centeno se dio cuenta de que era necesario decir algo, comunicó al Ministro del Interior que había habido un ligero tiroteo, del que

únicamente resultaron cuatro víctimas, a saber: Cacique Pedro Maidana, Juan Machado y Dionisio Gómez, y un hijo del primero —si mal no recordamos—. ¡Qué casualidad! Solo, entre tantos indios (400 de armas, según Centeno en el reportaje famoso; 200 ginetes, según La voz del Chaco del 18 de julio), bien armados y equipados y hasta atrincherados fueron a caer, precisamente, sus caudillos...”.

La nota era mucho más extensa, pero desistió de seguir leyendo. Rememorar todo eso le hacía daño, aunque se alegraba de que poco a poco todo fuera saliendo a la luz, no deseaba que ese crimen quedara impune.

Buenos Aires

El café estaba casi desierto a esa hora de la siesta, al igual que las calles. Pero su costumbre de sentarse en un rincón de espaldas a la pared y con vista a la puerta no se iba a modificar por tales circunstancias.

Su aspecto fiero hizo que la camarera tomara el pedido con rapidez y se alejara mientras el hombre garabateaba cifras en un cuaderno de ajadas tapas negras.

Meneó la cabeza en señal de descontento. Los números nunca cerraban, su negocio se venía a pique, la gente se había acostumbrado a pagar menos y fuera de fecha, tendría que ajustar algunos detalles.

La puerta del café se abrió e ingresaron dos hombres de traza tan temible como la suya, ocasionando miradas encontradas entre la mesera y el dueño del bar. Se dirigieron hacia la mesa de la esquina y se sentaron.

—Dios los cría y el viento los amontona —murmuró la muchacha a lo cual el dueño respondió:

—A estos no los crío Dios.

En el rincón uno de los recién llegados dijo:

—La encontramos, está en Coronel Suárez.

El prestamista frunció el ceño, intrigado.

—Está en un asilo de huérfanas —continuó el otro.

—¿Y qué hacen ustedes acá? ¿Acaso no les di órdenes de actuar?

—Solo queríamos avisarle, nos llegó la noticia anoche.

—Mañana mismo iremos para ese pueblo —terció el otro.

—No quiero volver a verlos hasta tener mi dinero. —Era una amenaza más que una orden—. Y recuerden, la quiero marcada de por vida.

—De eso olvídese. —Una sonrisa ladina se dibujó en el rostro del delincuente—. Me encargaré yo mismo.

—Fuera —ordenó el prestamista, y volvió a sus números.



CAPÍTULO 69

Resistencia, septiembre de 1924

Habían pasado dos días desde la llegada de Lila y la fiebre no remitía. Dante permanecía horas sentado a su lado, aliviando el ardor de su fiebre y sosteniendo su mano. Sentía que su cuñada se iba y nada podía hacer. No merecía morir, era demasiado joven, mucho lo había ayudado con su hijo al quedar viudo...

—¡Maldita sea! —dijo abandonando el cuarto para cambiar de aire.

El doctor Lucero la había revisado durante esas dos jornadas sin demasiadas esperanzas. Pilarita continuaba con las compresas de agua y miel, pero las úlceras estaban cada vez peor, era evidente que necesitaba algo que acabara con la infección. Por si fuera poco su piel se ulceraba por todas partes, la erupción se extendía como una mancha.

Los chicos mayores cada dos por tres se asomaban a la calle y se iban familiarizando con la ciudad, aunque Dante no los dejaba andar solos por temor a un ataque; los indios no eran bien vistos por el común de la gente.

Mario se afanaba en cuidar de Roberto, pero sus esfuerzos eran inútiles, su pequeño tío extrañaba a quien conocía como madre; la propia había muerto de pena después de haber enterrado a su marido e hijos, entre ellos Alelí. De modo que había sido Lila quien se había hecho cargo de los menores.

Dante veía que la familia de su esposa desaparecía. Solo quedarían el pequeño Roberto y su propio hijo, los únicos sobrevivientes de la nueva

generación si Lila no lograba superar la infección.

—Señor, ¿qué vamos a hacer? —interrumpió sus pensamientos Pilarita—. La muchacha delira, grita, parece que está enloqueciendo...

—Es sífilis —dijo Dante con pesar.

—¿Sífilis? —repitió llevándose las manos a la boca. Era la enfermedad de la vergüenza—. ¡Dios nos libre y guarde!

—Vendrá el doctor para practicarle una sangría. —Pese a que no era partidario de aquel tratamiento, Olivera había accedido.

Se creía que las enfermedades eran provocadas por un desequilibrio de los fluidos corporales, de tal forma que extrayendo una gran cantidad de sangre que se suponía contaminada el cuerpo la repondría nueva y sana, restaurando el equilibrio y curando al paciente.

Nada más lejos de la realidad, la sangría ocasionaba que el sistema inmunitario se deprimiera y se escaparan los nutrientes, obligando al cuerpo a fabricar más sangre cuando más débil se estaba.

El doctor Lucero llegó puntual, el hombre ya se había resignado a tratar a la india, a cambio de lo cual recibía cuantiosos honorarios en cada visita.

—¿Cree que con eso mejorará? —quiso saber Dante.

—No puedo asegurarlo, haré todo lo posible.

—¿Necesita ayuda?

—No hace falta, tengo todo lo necesario —dijo antes de ingresar al cuarto.

Nervioso ante la espera, Dante se encerró en el despacho y revisó los papeles que ilustraban su economía. Su padre había dejado un buen respaldo en tierras y en dinero. A medida que buscaba más datos salían a la luz y se descubría un hombre rico. No quería imaginar de qué manera el coronel se había hecho de tantas hectáreas a lo largo del país. ¿Qué hacer? ¿Debía aprovechar el empujón y salir adelante? Sin embargo, nada de eso lo entusiasmaba, estaba solo a cargo de cuatro niños. Su familia política había desaparecido casi por entero y Lila caminaba por la cornisa de la vida.

Pensó en Eva, ¿dónde estaría? No pudo sentir rencor, al menos había salvado a su hijo, por ello le estaría siempre agradecido. ¿Qué secretos ocultaba? ¿Por qué había huido así, sin dejar siquiera un rastro, una ciudad, algo de su pasado? Allí estaba el misterio, en ese pasado oscuro que anidaba detrás de sus ojos, debajo de ese disfraz con el cual la había conocido.

La puerta se abrió, era Pilarita:

—El doctor se va...

Se puso de pie y fue a su encuentro.

—¿Cómo fue todo? —le preguntó mientras ambos caminaban hacia la salida.

—Le drené casi dos litros de sangre, ahora solo resta esperar... —Se calzó el sombrero—. Volveré mañana.

—Gracias, doctor.

Cuando fue a verla el cuadro era desalentador. Lila estaba muy pálida, su color moreno había desaparecido y su cuerpo estaba exangüe.

Dante se acercó y se sentó a su lado, la vio correr por los montes en compañía de Alelí, riendo y juntando flores, recordó la primera vez que tuvo a Mario en sus brazos y la devoción con que lo cuidaba. Una lágrima se desbarrancó y, vencido, dejó caer la cabeza. Lloró como un niño sobre el cuerpo de su cuñada.

Horas después se sentaba a la mesa rodeado de niños.

—Padre, ¿se pondrá bien la tía Lila?

—No lo sé, hijo, no lo sé.

—¿Nos vamos a pintar los rostros para despedirla? —preguntó Jerónimo, recibiendo una mirada de reproche de Mateo.

—¿Tendremos que quemar sus cosas? —quiso saber Mario—. Debemos ahuyentar su espíritu, padre.

—Lila está entre nosotros aún. —No podía enojarse con ellos, eran apenas unos niños que querían mantener sus rituales y costumbres incluso viviendo

en la ciudad. Demasiado estaban soportando tan lejos de su entorno.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —Mateo era quien más extrañaba, aunque a veces su tristeza se transformaba en odio que destilaba por los ojos. El chico había visto morir a sus padres, uno por una bala, otra por las lenguas de fuego que envolvieron su rancho. De su familia solo él y su hermano habían quedado, la masacre de los soldados se había llevado tíos, primos y amigos.

—No volveremos a casa. —Dante no quería sembrar esperanzas en tierra árida, sabía que no regresarían a la reducción, había un destacamento de veinte hombres custodiando los restos y persiguiendo sobrevivientes.

—Yo quiero volver —se plantó Mateo.

—Y yo —afirmó Dante—, pero no se puede, no es seguro. Ya no queda nada allí.

—Están nuestros muertos —acotó Jerónimo—. Tenemos que sepultarlos para que sus espíritus estén en armonía.

—Ya me ocuparé. Es hora de dormir —se puso de pie y dio por finalizada la conversación. Los chicos lo imitaron: se despidieron y salieron.

Al quedar solo fue a ver a Lila, que dormía un sueño intranquilo y febril. El deseo de venganza se instaló en sus venas, pero supo que nada de lo que hiciera devolvería la plenitud a su cuñada. ¿Qué hacer? ¿Salir armado y matar a cuanto soldado se le cruzara para ser un muerto audaz y dejar solos a los muchachos? Hacía días que venía pensando y sabía que no era esa la mejor decisión. Debía ocuparse de encaminar a los jovencitos y de criar a Roberto.

Se encerró en el despacho. Tenía que decidir qué hacer, no quería despilfarrar el dinero de su padre y tenía que hacerlo producir. Tantos años viviendo en la reducción no lo habían desconectado del mundo económico y político. Siempre se había mantenido al corriente, leyendo periódicos y noticias, como si se estuviera preparando para un terremoto. Y el terremoto había llegado cuando se sacudieron sus bases, su hogar y la familia que había

elegido.

Buscó en el mueble del coronel el archivo de diarios y publicaciones. Pese a todos sus errores su padre había sido un hombre ordenado. Quería repasar el mapa que había quedado luego de la guerra en Europa, que había traído un período de euforia a Argentina.

A raíz de esta, se había nacionalizado el petróleo y había habido una gran demanda de cereales y carnes, incrementándose la industria frigorífica en poder de capitales estadounidenses. También se había acrecentado el comercio interior y exterior, lo que favoreció la industrialización del país, que se manifestaba en manufacturas textiles, del calzado, del mueble, de productos alimenticios y derivados de la agricultura. Pero al concluir la Gran Guerra la demanda de la incipiente industria había decaído, no así el comercio de la carne.

Esto dio una idea a Dante, heredero de una interesante cantidad de hectáreas en distintas provincias. *Tal vez debería irme de aquí, afincarme en el campo y criar vacas*, pensó. Solo lo ataba el recuerdo de sus muertos y la esperanza de que Eva regresara, esperanza que cada día era más débil, como la llama de una vela a merced del temporal.

Tendría que asesorarse, no sabía mucho del tema, pero la idea de dejar atrás el Chaco sangrante le insuflaba energía.

Buscó las escrituras y los mapas y pudo visualizar las tierras: Salta, Santa Fe, La Pampa y Buenos Aires. Hectáreas desperdigadas aquí y allá, algunas ociosas, otras productivas. Debía hablar con el abogado para que lo pusiera al tanto de los negocios, sabía que un mandatario se ocupaba de controlar y recaudar en aquellas que estaban productivas. Le quedaba un arduo día por delante, mejor ir a descansar.

La mañana acudió a su encuentro con gran alboroto. Roberto chillaba como poseído y Pilarita ya no sabía qué hacer.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es todo este lío?

—Lo siento, señor, es este niño que grita y grita...

—¿Tendrá hambre?

La mujer lo miró con condescendencia, ya había intentado darle de comer y beber sin resultados.

—Dámelo —pidió estirando sus brazos y sosteniendo al pequeñín—. Cálmate, cálmate —susurró con ternura, pero la criatura seguía contorsionándose.

Los chicos ya estaban a su lado mirándose y pensando qué hacer para callar a Roberto. Fue Mario quien tuvo la idea:

—Lila siempre lo acostaba boca abajo cuando lloraba así.

—Probemos pues —dijo Dante, mientras caminaba hacia su dormitorio.

Acostó al bebé como le había dicho su hijo y a los pocos segundos se calmó. Los tres jovencitos empezaron a reír al primer gas que el pequeñín liberó.

—Cuídenlo —ordenó Olivera—, iré a ver a Lila.

Su cuñada estaba cada vez peor, tenía la muerte pintada en el rostro y se retorció como pidiendo liberación. Dante se sentó a su lado y acarició su frente sudada. La sífilis la estaba devorando por dentro y por fuera, las llagas y manchas en su piel eran atroces. Lloró y pidió a los dioses que se la llevaran, no deseaba verla sufrir más.

Cuando llegó el médico, el cuadro era desolador.

—Traje un poco de mercurio —anunció.

El mercurio se utilizaba en la Antigua Grecia y en la China milenaria para tratar afecciones de la piel, y desde el siglo xv se usaba para las heridas producidas por la sífilis.

—No quiero que siga sufriendo, doctor.

—Te seré sincero, Dante, no le queda mucho tiempo. —Se inclinó sobre la joven para comenzar su revisión.

Dante se alejó de la cama y miró por la ventana. Deseaba que todo eso

terminara, no soportaba ver a Lila así, postrada y sin posibilidades de salvación.

—El daño es muy grande, no creo que pase de esta noche.

Olivera asintió y lo acompañó a la salida.

Esa misma madrugada el alma de Lila se reunió con los suyos.



CAPÍTULO 70

Coronel Suárez, noviembre de 1924

Las pesadillas de Eva continuaban, todas las noches la visitaban los fantasmas envueltos en llamas y se despertaba llorando y con el olor a quemado impregnado en las fosas nasales. Esa sensación vagaba por su cuerpo durante todo el día. Temía acostarse porque sabía que su descanso sería interrumpido.

Su aspecto había desmejorado. Oscuras ojeras maquillaban su rostro.

—Niña, debes hallar la paz, no puedes seguir así —dijo Inés.

—No sé qué hacer para dejar de soñar tan feo.

—Tal vez enfrentar el pasado, hija, deberías ir y ver si ese niño y tu amiga están bien...

—Quisiera mirar hacia delante...

—¿Qué estás pensando? —En ese tiempo había aprendido a conocerla y sabía que algo, además de las pesadillas, le quitaba el sueño.

—Voy a intentar ser feliz con Aldo. —Había duda en su voz pese a que intentaba ocultarla.

—Ni tú te crees eso...

—¡No me tire abajo los planes! Quiero ser feliz alguna vez.

—Escucha, Eva, sé que quieres saber qué pasó con ese hombre, su hijo y tus amigos, por eso me tomé la libertad de pedir ayuda y conseguí la dirección del coronel Olivera en Resistencia. —Eva abrió grandes los ojos y

estuvo a punto de decir algo—. Haz lo que quieras, puedes escribirle en todo caso. —Sacó un papel del bolsillo y se lo extendió por sobre la mesa—. En la mesa de recibo hay también unos periódicos del norte que tal vez tengan algo de información.

—Gracias —murmuró Eva—, lo pensaré.

—Ahora cambia esa cara y arréglate, ¿o quieres que Aldo te vea así?

La muchacha obedeció y al rato volvió lista para irse a la panadería. Durante el trayecto se propuso olvidar a Dante e intentar una vida apacible con Aldo, aun cuando el recuerdo de los besos y el amor por Olivera todavía le conmovía tanto el cuerpo como la mente. Sin embargo sabía que lo mejor era cortar todo lazo con el pasado sangriento que la acechaba hasta en sueños, y Olivera era parte de él.

La idea de Inés de enviar una carta a Resistencia no le parecía tan descabellada, tal vez el viejo coronel se había recuperado y estaba con su nieto... o algún pariente lejano se había hecho cargo de él. Necesitaba saber si Mario estaba bien. La culpa por haberlo abandonado la perseguía día y noche.

En la panadería Aldo seguía sin aparecer y venciendo sus escrúpulos decidió preguntar en los hornos.

—Está enfermo —dijo su compañero.

Pasó la jornada de trabajo pensativa y ausente, atendiendo de manera mecánica y sin la espontaneidad habitual.

—¿Qué te pasa? —preguntó Luisa—. Me contó un pajarito que estuviste preguntando por Aldo...

—Está faltando, supe que está enfermo.

—Mmmm, ¿me parece a mí o tu preocupación va más allá del compañerismo?

—Eso no es cosa tuya —se defendió.

—De acuerdo... pensaba darte su dirección, pero como no es cosa mía...

Eva se plantó ante ella y brazos en jarra reconoció:

—Tienes razón, pero no quiero que mi interés por Aldo trascienda.

—¡Pero si todos en la cuadra saben que él está loco por ti!

—Dime dónde vive, tal vez necesite algo.

—Aquí nomás, a dos calles. —Le dio las indicaciones y Eva decidió ir a verlo a la salida de su turno.

Cuando finalizó su horario caminó en la dirección indicada y llamó a la puerta de una casa vieja con el frente pintado de blanco. Escuchó pasos apagados y el ruido de la llave. Una mujer de mediana edad la miró con ojos curiosos.

—Buenas tardes —dijo Eva, preguntándose quién sería esa señora. Una señal de alarma resonó en su cabeza. ¿Y si Aldo era casado? ¿Y si estaba ahí haciendo el papel de tonta? Pensó en dar media vuelta y huir.

—¿Qué desea?

—Estoy buscando a Aldo... —balbuceó.

—Pase —sin preguntas le franqueó el paso.

Eva se encontró en un recibidor cálido y luminoso.

—Adelante, usted debe ser Eva.

La muchacha asintió.

—Soy Lía, la hermana —develó al fin.

—Me dijeron en la panadería que está enfermo.

—Su problema de siempre —dijo como si ella supiera, y ante el gesto de desconcierto de Eva agregó—: el hígado. Dos por tres se descompone muy feo, es por una enfermedad que tuvo de chico. Ya le aviso que está usted acá.

—No, no hace falta, no quiero molestarlo... Solo quería saber si necesitaba algo...

—Se pondrá contento.

Sin darle tiempo salió y regresó al rato seguida de su hermano.

Aldo estaba pálido y ojeroso, como si llevara días sin dormir, pero al verla

sus ojos negros se iluminaron.

—Eva...

—Yo... quise venir a ver qué le ocurría.

—Los dejo solos —dijo Lía desapareciendo.

—Perdone, Eva, no me gusta que me vea así... Se me va a espantar todavía más.

La joven sonrió, aun en los malos momentos él tenía sentido del humor.

—Veo que tiene a su hermana para cuidarlo, si necesita algo más... —hizo ademán de irse.

—No se vaya tan rápido, no tengo peste. Hágame compañía un rato. Pasemos al comedor.

Eva lo siguió y se sentó.

—Me gusta que haya venido, eso quiere decir que le importo.

—Claro que me importa, es un ser humano.

Aldo lanzó una carcajada.

—Qué terca que es... No importa, ya me repondré y arreglaremos esto de una vez.

Eva se ruborizó, había en su tono de voz una insinuación que iba más allá de lo que sus palabras decían.

—¿Qué le dijo el médico?

—Que tengo que hacer reposo, comer liviano y que me curaré más rápido si me cuida mi novia en vez de mi hermana.

—No sabía que tenía novia —respondió rápida.

Aldo volvió a reír, pero con menos fuerza.

—Mejor me voy, usted tiene que estar en la cama.

—Vaya, Eva, vaya. Gracias por la visita.

El camino de regreso lo hizo ensimismada, no sabía cómo seguir su vida. El pasado no quería soltarla, toda su juventud había sido demasiado trágica y los recuerdos se interponían ante aquello que ahora se presentaba como un

puerto simple y seguro.

Y Dante. Dante presente todo el tiempo. Lo extrañaba y se preguntaba si Aldo podría suplir su ausencia. Nunca olvidaría cuánto había vibrado junto a él, ni sus besos ni sus caricias. Con él, además de disfrutar del sexo, había hecho el amor, y esa sensación de plenitud jamás volvería a sentirla en otros brazos.

Pero Dante era el pasado. En su presente estaba Aldo, con su vida sin tragedias y su existencia tranquila. Un hombre fuerte y confiable que la reclamaba. Estaba segura de que podría llegar a la pasión a su lado aun cuando no fuera el amor de su vida. *No se puede tener todo*, solía decirse.

Y ella sentía que no tenía nada. Hasta su proyecto de ser enfermera se había perdido en el camino de las desgracias.

En el asilo se dedicó a cumplir sus obligaciones durante lo que quedaba del día. Necesitaba agotarse, tenía la esperanza de poder dormir sin pesadillas. Inés advirtió que su ánimo no era el mejor y la dejó en paz, no tenía sentido sobrecargarla con consejos repetidos. Eva podía ser muy obstinada cuando quería.

Al terminar sus tareas Eva recogió los diarios que le había mencionado la directora y los dejó sobre la mesa de luz, los leería al día siguiente, de seguro no tenían nada nuevo.

Después se desplomó sobre la cama y cerró los ojos. El rostro de Dante se le aparecía, burlón, llamándola, como si estuviera vivo, la provocaba.

Se durmió angustiada. Las pesadillas de siempre aparecieron más crudas, desgarradoras. Despertó varias veces durante esa noche aciaga y el amanecer la encontró en la cocina, zurciendo medias de las niñas internas. Necesitaba pasar el tiempo, tener la mente y el cuerpo ocupados para alivianar su pena.



CAPÍTULO 71

Resistencia, noviembre de 1924

Ya habían pasado dos meses de la muerte de Lila y la casa seguía sumida en la tristeza. Mario andaba como alma en pena y el pequeño Roberto, de berrinche en berrinche. Dante no sabía qué hacer con él, nada lo calmaba, comía poco y dormía menos. Mateo y Jerónimo deambulaban por el patio extrañando la libertad del monte. La calle les era un mundo desconocido, salían poco y no se habituaban.

Olivera tenía que tomar pronto una decisión que devolviera a los chicos algo de alegría. No estaban hechos para la ciudad, él tampoco.

El abogado le aconsejó afincarse en Buenos Aires, tenía una estancia y 600 hectáreas aptas para la ganadería.

—No sé mucho de ganadería —dijo Dante.

—No se preocupe, allá cuenta con un capataz y algunos peones bastante duchos en el tema.

—¿Quiere decir que el establecimiento ya está en marcha?

—Su padre tenía muchos proyectos, señor Olivera, y el de la ganadería es uno de ellos. Es usted un hombre afortunado. —Dante no estaba de acuerdo, pero calló su opinión—. En caso de querer continuar con el algodón podría afincarse en Santa Fe —prosiguió—, como usted sabrá tenemos dos argentinas agrícolas totalmente asimétricas. La pampeana, con la ventaja de contar con recursos naturales y cercanía con los puertos de ultramar, y la

extrapampeana, con sus desventajas comparativas, pero donde el algodón representa la posibilidad de escapar de ese modelo fatal.

—¿Usted dice que puedo sembrar algodón en Santa Fe? —a Dante le parecía una locura.

—Eso mismo digo. Si bien en un principio las muestras de algodón de dicha provincia ni figuraron en la exposición de la Sociedad Rural de 1903, con los años, la cantidad de hectáreas cultivadas fue en ascenso. Sin ir más lejos el año pasado se llegó a 62.658 hectáreas, todo un récord para la provincia.

—¿Cómo sabe tanto del tema?

—Su padre me había encomendado el estudio del algodón en los territorios donde tenía sus campos... Tal vez era su idea.

Dante no quería continuar con lo que había planificado su padre y aunque sabía que sería más fácil para él dado que tenía conocimientos en el cultivo del algodón, decidió que era momento de empezar de cero. Debía dejar esa ciudad y los recuerdos de un Chaco ensangrentado.

—Además, hay una intensa campaña por parte del ministro de Agricultura de la Nación, el doctor Le Breton. Debería aprovecharla.

—Lo pensaré —dijo dando por terminada la reunión, aunque su elección ya estaba hecha.

Al quedar solo buscó las escrituras y los mapas y pudo visualizar las tierras de Buenos Aires. Al parecer estaban próximas a la capital, apenas a unos pocos kilómetros. Le pareció fundamental tener un centro urbano cerca, y más uno como Buenos Aires, tan desarrollado en comparación con Resistencia.

Lo único que lo atormentaba era la idea de que si Eva regresaba no lo encontraría. Se consolaba pensando en que ella conocía casi toda su historia y podría rastrearlo, no así él. En ningún momento se le pasó por la mente pensar que ella lo creía muerto.

Los días que siguieron fueron de mucho trajín: había que ultimar todos los detalles del viaje, vaciar la casa para ponerla a la venta y acondicionar la del campo. Volvió a reunirse con el abogado para que lo pusiera en contacto con el mandatario que su padre tenía en Buenos Aires. Habría que encomendarle unas cuantas gestiones para que cuando ellos llegaran todo estuviera en condiciones.

Cuando habló con Pilarita la mujer se vio dividida: no quería dejar Chaco, pero tampoco abandonar a su suerte a ese hombre que estaba partido al medio por tanta muerte.

—No tienes que venir con nosotros si no es tu deseo —dijo Dante—, puedes quedarte aquí, cuidar la casa hasta que se venda.

—¿Y qué va a hacer usted con todos esos niños? Si Roberto es apenas un bebé... —Pilarita sentía pena.

—Ya me las apañaré, buscaré a alguien que me ayude, no te preocupes por eso. —Estaba resignado a empezar de cero una vez más, como cuando había llegado a la reducción siendo apenas un jovencito.

—Puedo ir un tiempo si quiere... hasta que se acomoden —ofreció impulsada por la tristeza que leía en los ojos verdes.

—Esa es buena idea, Pilarita, te estaré muy agradecido.

Al mandatario, llamado Luis Rincón, le encargó que le tuviera la casa habitable y que le consiguiera personal de servicio: una cocinera y una mujer que pudiera ocuparse de los chicos y de la limpieza. Para empezar eso sería suficiente.

Sabía que el trabajo sería duro, pero mejor así. Tener la mente y el cuerpo ocupados lo aliviarían. Necesitaba olvidar todo cuanto había ocurrido, las muertes de sus amigos y seres queridos. Aún no se reponía de la agonía de Lila, su querida cuñada. Tampoco de la desaparición de Eva. Solo quedaban los niños, tenía que poner la esperanza en ellos.

Fue una sucesión de días agitados, donde todo era preparar, armar

paquetes, reunirse con gente y delinear a futuro.

Pilarita por momentos se arrepentía de viajar tan lejos. Esos cuatro niños eran demasiado para ella, pero cuando los miraba dormir al caer rendidos, se le encogía el alma. Necesitaban una madre, y el señor Olivera una esposa, una buena mujer que le sacara la pena de los ojos y le pusiera sonrisas a su cara.

Para peor Roberto tenía fiebre día por medio y ya no sabía qué hacer con él.

En medio de los preparativos el hallazgo de un libro que contenía un retrato sirvió para alterar la situación. Dante estaba terminando de vaciar un armario cuando dio con él. Era una foto pequeña en color sepia, donde su padre vestido con ropas de civil posaba junto a una muchacha. ¿Sería su madre? No tenía recuerdos de ella, él era apenas un bebé cuando falleció... ¿quién sería?

Se acercó al ventanal y la miró con detenimiento: el coronel sentado en un sillón que le era conocido y la mujer de pie a su costado, ostentando un notable embarazo. Pero su sorpresa fue mayúscula al advertir que la joven era india. Increíblemente, volvió a repasar la imagen; no había dudas, esa mujer era aborigen por más que el vestido que luciera fuera de calidad, así como su calzado. Tenía la mirada mansa, apacible.

Dante se pasó las manos por los ojos, no entendía nada. ¿Quién era esa mujer? ¿Tenía acaso un hermano? ¿Su padre se había vuelto a casar? Pero no... no podía ser, era un viejo daguerrotipo.

La duda se abrió camino en su mente como un torbellino y, de pronto, todo estuvo claro: siempre se preguntó de quién había heredado él esa piel casi cobriza, tan distinta a la blanca impoluta de su padre. La certeza de que su madre era india lo empujó hacia uno de los sillones. Se desplomó sobre él, las piernas estiradas, la cabeza caída hacia atrás, los ojos cerrados. Su madre india... Aún no entraba en su mente cómo su padre, el enemigo número uno

de los aborígenes, se había unido a ella. ¿La habría amado? Desechó de inmediato el absurdo pensamiento. El coronel Olivera jamás habría experimentado ese noble sentimiento por alguien de piel oscura.

Volvió sobre la foto que aún tenía entre sus manos. Él parecía orgulloso, hasta podría decirse que estaba contento. Tenía serenidad en el rostro, una serenidad que Dante nunca le había visto en la mirada. Y ella... ella era como un lago, sosegada y profunda.

Se levantó de un salto y continuó buscando entre los viejos libros. Estaba seguro de que había más retratos. No se equivocó, una inesperada escena familiar se desplegaba antes sus ojos incrédulos: una familia posando en un parque, su padre sentado en una mecedora, detrás su madre con él en brazos. Podía reconocerse en esa fotografía por más que fuera un bebé de apenas uno o dos años. Era él, sus ojos lo miraban desde el pasado con esa misma expresión de deslumbramiento que tenía en ese mismo instante.

No podía ser, su madre había muerto en el parto, o al menos era eso lo que le habían hecho creer. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no era él sino un hermano que tenía sus mismos ojos? En tal caso, ¿dónde estaban esas personas? Todo era una gran confusión. Un agudo dolor de cabeza se le instaló en las sienes y tuvo que volver a sentarse. Alguien tenía que saber, conocer esa historia oculta, porque estaba seguro de que había mucho de su pasado que no le habían contado.

De repente una luz se abrió camino en su mente atormentada: el doctor Lucero. Había sido él quien había atendido a su madre en el parto, él tenía que saber la verdad.

Salió del despacho dispuesto a mandar un mensajero y se topó con Pilarita que estaba blanca como un papel.

—El niño Roberto está muy mal —gimió—, vuela de fiebre el angelito.

Mierda, pensó Dante. Todo se complicaba.

—Iré a buscar al doctor.

Sin esperar al recadero salió apurado.

En la casa, Pilarita se afanaba por bajarle la temperatura al niño. Roberto ardía como una brasa mientras que los otros chicos se entretenían jugando con unas piedritas en el patio.

Cuando llegó el médico la fiebre había cedido y Pilarita pudo volver a ocuparse de la ropa y la comida. Olivera y el facultativo se encerraron con el pequeño mientras los niños mayores retomaban sus cuadernos y sus escrituras.

El doctor acostó a Roberto sobre la cama y le quitó la ropa. Le examinó los ojos y la boca, le tocó los ganglios y por último palpó su cuerpo con minuciosidad.

—Tiene el hígado inflamado.

—¿Y eso a qué se debe?

Lucero se quitó los anteojos y se limpió el sudor, hacía mucho calor.

—Este niño tiene fiebre y malestares recurrentes, Dante, estuve estudiando... —Guardó sus elementos en el maletín, dando por concluido su examen—. Hay un médico brasileño, Carlos Chagas, que viene investigando sobre una extraña enfermedad producida por un parásito. Lo transmite la vinchuca, podría ser el caso.

—¿La vinchuca?

—Así es. Es un bicho que habita en todo el norte argentino, también Brasil y México. Produce estos síntomas de fiebres e inflamaciones.

—En el monte les decimos “las ralogo” —sonrió con pesar—. Se cree que son atraídas por la voz humana y los niños son castigados si pronuncian su nombre.

—Cómo tú dices, esas son creencias —respondió el médico, poco propenso a todo aquello que implicase superchería.

—¿Es mortal? —Dante no soportaba pensar en otra muerte y sabía de varios casos de niños fallecidos a causa de esa peste.

—No lo sabemos, no hay demasiados estudios aún. Sin embargo, Chagas refiere el caso de una niña que presentó en sus inicios un cuadro muy agudo, pero que luego se curó.

—¿Cómo podemos tratarlo?

—Es una enfermedad que aún está en estudio, Dante, un médico argentino también la investiga, pero en este momento está en Francia —se refería a Salvador Mazza—. Solo queda controlarlo y aliviarle la fiebre, pero por la frecuencia del síntoma no creo que el niño padezca el grado más agudo. En el peor de los casos deberías ir a Buenos Aires, allí están más avanzados que aquí.

—Ojalá sea como usted dice, doctor. —Nuevamente reafirmaba su decisión de ir a la estancia en cercanías de la capital; allí, al menos, contaría con mejor sistema de salud.

Dante cargó al niño en brazos y abrió la puerta para llamar a Pilarita. El doctor Lucero hizo ademán de despedirse, pero Olivera lo detuvo:

—Hay algo más que quiero hablar con usted, a solas —reafirmó—. Vamos a mi despacho.

Una vez allí Dante abrió el cajón de su escritorio y sacó las fotos. No hizo falta que dijera nada; al quedar desplegadas sobre el roble, el médico, sin esperar invitación, se desplomó sobre la silla.

—Supongo que quieres saber quiénes son.

—Supone bien. —Dante sirvió dos tragos y bebió el suyo de un golpe—. ¿Es mi madre?

El doctor Lucero tomó el vaso y apuró la bebida; tenía la garganta seca, se sentía acorralado. El momento temido durante tanto tiempo había llegado.

—¿Es mi madre? —repitió Dante conteniéndose.

—Sí, es ella.

Dante fue hacia la ventana y le dio la espalda. Apretó las mandíbulas y los puños: había vivido engañado. No solo porque le habían hecho creer que su

madre había muerto durante el parto sino porque le habían ocultado su origen. Sintió furia, pero no había nadie con quien descargar, el médico había sido, seguramente, una víctima más de su padre.

—Era india, ¿por qué mi padre se casó con una india? Si los aborrecía...

—Dante, es una larga historia...

—Que usted va a contarme —lo enfrentó y sus ojos verdes se clavaron como puñales en los cansados del profesional—. Tengo derecho a conocer mi vida.

—Tienes razón, Dante, tienes razón. —Lucero echó la cabeza hacia atrás, le dolían las sienes—. Tu padre... tu padre no se casó con tu madre, ella era su prisionera.

—¿Prisionera? No me va a decir que... —De repente los peores fantasmas se reían burlones a su alrededor. La reciente masacre de Napalpí no era una novedad... presintió que lo mismo había ocurrido antaño con el pueblo de su madre.

—Sí, Dante, lo que estás pensando. Fue en una de las campañas de tu padre, no conozco los detalles, pero volvió con ella, era apenas una niña. —De inmediato se arrepintió de ese dato, pero ya lo había dicho.

—Siga —ordenó Olivera.

—Tu padre se enamoró de ella, Dante, pero ella nunca lo quiso, jamás le perdonó que la arrancara de su raíz. Él trató de enamorarla, la llenó de joyas y vestidos, pero L'aite nunca...

—¿L'aite?

—Sí, así se llamaba. L'aite se convirtió en una obsesión para él. Cuando naciste... fue peor, porque ella te adoraba, no se quería separar de ti en ningún momento, y él se puso celoso.

—¿Celoso de mí? ¿De su propio hijo?

—Así es. Porque ella solo tenía miradas para el bebé, ni siquiera quería que tu ama de leche te amamantara. —Dante sintió que los ojos le quemaban,

de pronto sentía todo el amor de esa madre que le habían negado. Reprimió las lágrimas.

—¿Qué pasó con ella? ¿Por qué me hicieron creer que había muerto en el parto? —presentía que había algo mucho más oscuro que le estaban ocultando.

—Dante, yo...

—Quiero la verdad, doctor, o me encargaré de averiguarla y usted terminará salpicado con toda esta mierda, porque estoy seguro de que usted fue cómplice en lo que sea que haya hecho mi padre.

—¡Yo no soy cómplice de nada!

—No me ponga a prueba, doctor. —Dante se le acercó tanto que el otro sintió miedo ante la fiereza de su mirada.

—Tu madre murió, pero no fue en el parto, fue cuando tú tenías casi cuatro años.

—¿De qué murió?

—Fue un accidente —balbuceó el médico, no quería contarle la tremenda verdad, pero el peso de la culpa lo venía atormentando desde hacía tiempo.

Un repentino mareo acometió contra Dante y tuvo que sentarse. Se tomó la cabeza con las manos; le dolían las sienes, las imágenes se sucedían en su mente como si vinieran de un pasado remoto, pero se veían nítidas, hasta podía oler la sangre. Se vio de pie en el umbral mientras su madre caía en un charco rojo que se iba ensanchando a medida que ella exhalaba sus últimos suspiros. Era su sueño, el sueño recurrente que no podía identificar, que no sabía a qué atribuir... Era su madre muriendo.



CAPÍTULO 72

Resistencia, invierno de 1896

Dante caminaba con seguridad y pese a sus tres años hablaba con fluidez; era un niño muy inteligente. L'aite le había enseñado a comunicarse en su lengua natal y pasaban horas riendo y jugando cuando el mayor no estaba en la casa.

Macca era como una abuela para el pequeño y lo consentía en todo mientras su madre descansaba. Últimamente L'aite se mostraba ojerosa y demacrada y su mirada había perdido el brillo de los primeros tiempos posteriores al nacimiento. La negra presumía que tanto golpe no tendría buen final, pero no sabía cómo hacer para ayudar. Solo una vez había sacado el tema con L'aite y esta le había confesado que era por problemas de cama, pero por mucho consejo que le había dado la mayor, la jovencita no cedía.

—Nunca, escúchame bien, le daré el gusto de verme rendida —había dicho a media lengua de tan lastimados que tenía los labios.

Durante esos días la muchacha se mantenía alejada del niño. No deseaba que él la viera así, y había que mentirle diciéndole que le dolía la cabeza o que estaba enferma. En su inconsciencia Dante buscaba refugio en sus juguetes, que los tenía a montones, porque como el mayor no sabía cómo llegar a él lo colmaba de regalos.

Ante la indiferencia de su mujer Manuel Olivera había comenzado a frecuentar los prostíbulos buscando satisfacer su hombría herida. No cabía en

su cabeza por qué L'aite no lo quería cuando él se desvivía por ella y continuaba llenándola de vestidos y joyas. Otra en su lugar lo pondría en un altar, pero ella... ella seguía ignorándolo. A la única persona que dedicaba sus miradas y sus sonrisas, sus besos y mimos era al niño, ese niño al que tampoco sabía ganarse. Los celos empezaron a abrirse paso con la fuerza de un alud, se sabía fuera de ese círculo de dos y, por mucho que luchaba por entrar, no lo lograba.

Pensó entonces que debía cambiar su estrategia y dejar de golpear a L'aite le parecía una buena opción. Se propuso abandonar los burdeles y llegar a la casa como haría cualquier marido luego de un día de trabajo. Tal vez debería invitarla a salir, que ella sintiera que pertenecía a su mundo; recién entonces cayó en la cuenta de que L'aite vivía como una prisionera, jamás se aventuraba fuera. Otro problema se le presentó: no podían ir del brazo por la calle, ni juntarse con sus conocidos de armas en su presencia. Por más que vivieran en un pueblo con pretensiones de ciudad, había sitios en donde reunirse y paseos de los domingos. No, esa no era una buena opción, perdería el respeto de sus pares y su ira se volcaría nuevamente sobre L'aite.

Mejor que todo siguiera puertas adentro, pero con calma, nada de golpes ni gritos. Decisión tomada, depuso se actitud de mando y la invitó de buenas maneras a compartir la mesa.

—Vístete como quieras —dijo antes de salir del cuarto, sorprendiéndola. Él siempre le elegía la ropa y le ponía el perfume.

Sin saber qué hacer, L'aite escogió un vestido sencillo, se quitó los collares que él exigía que usara en su presencia y apareció en el comedor.

Allí la esperaba el mayor con una sonrisa inusual, y Dante hecho un figurín de pie a su lado. El pecho se le encogió a la madre al ver a su hijo tan derecho y serio, le sonrió y este le devolvió el gesto. Olivera fue testigo de ese intercambio y pensó que le costaría mucho ingresar a ese vínculo. Pero lo intentaría.

Cenaron en silencio. Ella nunca hablaba con él, y él tampoco sabía de qué charlar con ella. El pequeño de vez en cuando emitía algún sonido. Se sentía extraño sentado a la mesa con sus padres, siempre lo hacían comer en la cocina y lo mandaban a la cama.

Manuel Olivera deseaba que L'aite lo mirara como hacía con el pequeño, pero ella estaba ensimismada y apenas le prestaba atención. Trató de ganarse la atención de su hijo, pero este le temía y le contestaba con monosílabos.

Después de comer Olivera ordenó que Mechita se llevara a Dante y al quedar solo con su mujer le ofreció una copa, que rehusó. No le gustaban esas bebidas que él se empeñaba en tomar y que más de una vez había derramado en su boca con violencia.

El mayor ocultó su disgusto y bebió solo. Después la tomó de la mano con ternura y la llevó al dormitorio. Allí la desvistió lentamente mientras la acariciaba intentando despertarla. Pero L'aite permanecía fría e insensible como siempre. El hombre dominó la ira que sentía crecer en su interior y se dijo que tenía que tener paciencia, un bien que no formaba parte de su capital, pero que tendría que conquistar.

La acostó y siguió la exploración de su cuerpo con sus manos buscando el sitio que la encendiera. Probó todos los rincones que funcionaban en las demás, pero ella seguía con la vista fija en el techo y la piel inerte.

—¿Tanto me odias? —preguntó al borde de la exasperación.

Ella lo miró con esa mirada insondable que lo volvía loco. Él repitió la pregunta.

—No te odio.

—¿Entonces? Dime, dime de una vez qué quieres de mí, por qué me haces esto.

Ella dudó. No sabía si debía hablar, si debía exponer su deseo o si la palabra que él le daba era solo una trampa, una excusa para volver a golpearla. Decidió poner en su voz su sentir.

—Quiero ir con mi gente, mi familia.

—¿Tu gente? ¿Tu familia? ¡Yo soy tu familia ahora! —gritó. Sentía que la ira lo cercaba—. ¡Tu hijo es tu familia!

—Déjame ir —pidió.

Manuel Olivera se levantó y caminó furioso. Tenía que dominarse para no golpearla. *Ingrata, desagradecida*, pensaba.

—Escúchame bien. —Se detuvo frente a ella y la sujetó por los hombros —: nunca más volverás con tu gente, ¿entendiste? Tu gente está muerta, todos están muertos. —Quería provocar su furia, su reacción, hacerle daño de alguna otra manera.

Pero L'aite tenía tal dominio de sí que no le daría el gusto. La muchacha había aprendido durante todo ese tiempo a controlar las reacciones de su cuerpo. Por ello cuando él la acariciaba podía reprimir el placer. Jamás le daría el gusto de escuchar su llanto, mucho menos sus gemidos.

—¡Eres una perra! ¡Una india sucia y desagradecida! —empezó a abofetearla y a gritar desesperado y L'aite supo que había llegado demasiado lejos. Esa noche él estaba al borde de su resistencia, pudo oler su deseo de venganza, de muerte.

Manuel Olivera estaba enfurecido, venía aguantando su indiferencia desde hacía años. Por primera vez L'aite tuvo miedo, lo que la llevó a defenderse cubriendo su cara con los brazos. La golpiza se volvió más violenta y la joven se dijo que tenía que escapar de allí, llevarse a su hijo. Lo golpeó con sus piernas en los testículos ocasionando un grito de dolor en el mayor.

Ella aprovechó para salir de la habitación, dejando el rastro de su sangre en el suelo. Corrió hacia el despacho, donde sabía que él guardaba su arma; lo había visto limpiándola un par de veces. Lo amenazaría y huiría.

Otras puertas se abrieron y las voces la alcanzaron por el pasillo. El mayor, recompuesto del dolor, fue tras ella. Sin darle tiempo a abrir el cajón la agarró de los pelos y le golpeó la cabeza contra el escritorio. Pero L'aite estaba

hecha una fiera. Temía por su hijo, no quería que se criara bajo el dominio de ese loco. Lo mataría si era necesario, tantos años de sumisión habían generado un odio que ahora luchaba por salir.

—¡Déjela, señor, por favor! —la voz de Macca llegó desde la puerta, pero ambos estaban tan enfrascados en la pelea que nadie le hizo caso.

L'aite, aún con sangre cubriéndole la mirada, tomó el abrecartas y se lo clavó en el brazo. Manuel le dio una trompada y un empujón que la arrojó contra un rincón, abrió el cajón de su escritorio y sacó su arma.

La mujer, desmadejada y con pocas fuerzas, lo miró desde el suelo. Murmuró unas palabras en su lengua que él no supo traducir; era una maldición. Antes de que el disparo le diera en el medio del pecho, L'aite miró hacia la puerta y sonrió a su hijo, que, de pie en el umbral, lloraba.



CAPÍTULO 73

Coronel Suárez, diciembre de 1924

Se acercaba Navidad y el calor en la panadería era insoportable. A los hornos se sumaba la temperatura exterior y Eva se sentía desfallecer.

Hacía casi un mes que había aceptado la propuesta de Aldo de ser su novia y pese a sus resquemores estaba contenta. Él era atento y galante; siempre tenía algún detalle para ella, una flor, un dulce o un piropo. La hacía reír y poco a poco la iba alejando de ese fatalismo al que la vida la tenía acostumbrada.

Inés estaba contenta de verla tranquila, aunque sabía que la muchacha no amaba al flamante novio y temía que, de un momento a otro, ese falso castillo de felicidad se desmoronara. Conocía la fortaleza de Eva, pero dudaba dónde estaba el límite. También pensaba en Aldo. Era un buen hombre que la cuidaría hasta el resto de sus días.

—Aldo me invitó a pasar Nochebuena con él y su hermana —dijo Eva mientras preparaban el desayuno para las niñas.

—¿Y? —preguntó sor Inés al notar la duda en su tono de voz.

—No sé qué hacer... No sé dónde es mi lugar. —Se pasó la mano por la frente despejándola de los cabellos que habían crecido.

—Tu lugar es donde está tu corazón.

—Mi corazón... usted sabe que mi corazón está amurallado —reconoció al fin.

—¿Y qué esperas entonces? —se acercó a ella y la miró a los ojos—. No pierdas el tiempo ni se lo hagas perder a Aldo, es un buen muchacho.

—Lo sé... él me quiere, me cuida...

—Pero... siempre hay un pero.

Eva se sentó y se tomó la cabeza entre las manos.

—No quiero que sea así —renegó—, quisiera poder querer a Aldo y olvidarme de Dante y de aquel infierno.

—Me parece que mezclas las cosas, Eva, tú asocias el amor con desgracias... Dante no tuvo la culpa de todo lo que pasó allá, ni tampoco lo que te pasó antes.

—Pero fue la misma historia repetida —se quejó la muchacha al borde del llanto—, un hombre con un hijo, la muerte, las llamas... No quisiera que volviera a pasar, como si una maldición me persiguiera.

—A veces Dios nos pone pruebas muy difíciles, Eva, no existen las maldiciones.

Esa tarde luego de la panadería Aldo la invitó a tomar un trago. Caminaron de la mano hasta un bar y degustaron de una picada y vino tinto.

—¿Pensaste en lo de Nochebuena? —preguntó él mientras le acariciaba la mano por encima de la mesa.

—Sí, acepto —respondió sin pensar.

—Soy feliz, Eva, serán las primeras fiestas en muchos años que voy a compartir con alguien que realmente me importa.

Ella sonrió y bajó la mirada, no quería que él viera la duda danzando en sus ojos.

—¿Qué pasa, Eva? ¿Cuándo me vas a contar todo eso que tienes tan oculto?

—Dame tiempo, Aldo, algún día...

—Ven, vamos —dijo poniéndose de pie y tomándola de la mano abruptamente.

—Pero... ¿por qué tanto apuro? —Eva lo siguió fuera del local.

—Porque estuvimos toda la tarde con gente y tengo unas ganas locas de besarte —fue su respuesta.

Caminaron bajo el cielo oscuro, sin luna ni estrellas, y llegaron hasta una arboleda. Aldo la apretó contra un árbol y se prendió a su boca con ardor. Todo el día había aguardado para estar a solas y deleitarse en el néctar de sus labios. Ella respondió al beso colgándose de su cuello, clavando sus senos, pequeños pero firmes, en el pecho de él.

—¡Ay, Eva, te deseo! —gimió avergonzado por la tirantez que se apretaba contra los muslos femeninos—. Ven a mi casa —pidió y se arrepintió de inmediato—. Lo siento, lo siento. —Le acariciaba el rostro y la llenaba de besos—. No debí pedirte eso.

—Vamos —lo sorprendió. Era la prueba de fuego: si lograba gozar con él y no pensar en Dante, se quedaría a su lado. De lo contrario, se iría de ese pueblo y buscaría su destino.

—¿Estás segura, Eva? —la miró a los ojos a pesar de la oscuridad reinante.

—Estoy segura —no había vacilación ni en su voz ni en su mirada.

De la mano desandaron el camino sin advertir el par de ojos que los seguían desde las sombras.

Al llegar a la puerta de Aldo él le dio una nueva oportunidad de irse; ella la desechó.

De pie en el comedor ambos estaban nerviosos, había que volver a comenzar aunque la pasión estaba allí, latente. Aldo se acercó y le tomó el rostro. Lo llenó de besos para culminar en sus labios. Le acarició la nuca y descendió por la espalda hasta llegar a la curva de la cintura. Allí aguardó unos instantes y al ver que ella no se oponía le apretó las nalgas, pegándola a su pelvis, donde reinaba un faro.

La alzó y se dirigió a su cuarto. Sobre la cama la besó con pasión sin dejar de recorrer su cuerpo con las manos mientras iba desabrochando los botones

de su blusa para llegar a la piel. Eva lo dejaba hacer, trataba de no pensar. Cerró los ojos y se estremeció cuando la lengua caliente rozó sus pezones, que de inmediato respondieron. Un gemido escapó de su boca y Aldo se envalentonó metiendo las manos por debajo de su falda hasta alcanzar la humedad de su centro.

En un instante estaban desnudos.

—Eres tan bella, Eva, tan especial —dijo Aldo, emocionado, pero al oírlo Eva se tensó. Su voz la trajo a la realidad: no era Dante quien estaba a punto de hacerle el amor sino otro hombre, otro hombre que la quería pero a quien no amaba—. ¿Qué pasa? ¿Eva? ¿Estás bien?

La muchacha se sentó de golpe y buscó algo con qué cubrirse. No, no estaba bien, quería irse, desaparecer. De repente, al verlo desnudo y excitado, sintió asco. Asco y pena a la vez por ese hombre que no entendía qué había hecho mal.

—¡Eva! ¿Qué pasa, Eva? —repitió al verla vestirse con apuro—. ¿Hice algo mal?

—No —dijo al fin. Ya estaba completamente vestida—. No eres tú, soy yo.

Caminó hacia la puerta mientras Aldo se ponía la ropa a los saltos.

—¡Espera! Te llevaré hasta el asilo.

—No, no hace falta. —Tenía que irse rápido, no podía mirarlo a los ojos y que él leyera su repulsión.

—Es tarde, no puedes...

—¡Dije que iré sola! —le gritó fuera de sí. De inmediato se arrepintió, él no tenía la culpa—. Lo siento, Aldo, lo siento. Perdóname, pero no puedo seguir con esto.

—Está bien —se acercó y le limpió las lágrimas—. La culpa es mía, no debí precipitarme... Haremos las cosas a su tiempo.

—No, no estás entendiendo —agregó—. No podemos seguir juntos, Aldo,

yo no te quiero.

Ya estaba dicho, duro, cruel, pero sin dejar lugar a la esperanza.

—Adiós, Aldo, lo siento.

Salió sin mirar atrás. Él quedó de pie en medio del comedor, desconsolado.

Eva caminó entre las sombras y llegó a su refugio. Desde la oscuridad, alguien la observaba.



CAPÍTULO 74

Resistencia, invierno de 1896

Después de la muerte de L'aite la casa cambió de rumbo. Manuel Olivera no soportaba la mirada de castigo de Mechita ni los descarados reproches de Macca; la negra, olvidando su condición, lo había increpado a los gritos sin importarle que el mayor aún llevara el arma en la mano.

Había sido Mechita quien se había hecho cargo del niño apartándolo de la sangrienta escena mientras que la vieja Macca enfrentaba al patrón. Por ello, una vez que se deshizo del cuerpo, previo a encerrar a las mujeres en la casa, salió disparado a buscar ayuda. La encontró en uno de sus superiores, a quien por medio de engaños convenció para que destinase una patrulla para que se llevase lejos, tras las fronteras, a las dos sirvientas. No era porque temía que hablasen, ¿quién les creería? Después de todo L'aite no existía oficialmente. Sino porque no soportaba la posibilidad de encontrarlas, no resistiría sus ojos de condena.

Tampoco deseaba que nadie le fuera con el cuento al niño el día de mañana; Dante sería moldeado como un hombre, a su imagen y semejanza. Basta de niñerías y canciones indias. Y para eso necesitaba gente nueva.

Macca y Mechita se despidieron del pequeño, que todavía se aferraba a las faldas de la negra como si en ello le fuera la vida. Había preguntado varias veces por su madre, ¿cuándo despertaría?, ¿se curarían sus lastimaduras? A las mujeres se les cerraba el corazón ante las preguntas sin respuesta.

Después de abrazarlo y besarlo, las dos dejaron la casa como habían llegado: con apenas un atado de ropa y unos billetes que a último momento les arrojó el mayor Olivera.

Al quedar solo con Dante el padre no supo qué hacer. De inmediato lo abrigó y salió con él a la calle. La lluvia no lo detuvo y caminó sin rumbo hasta llegar a la casa del doctor Lucero.

El médico lo recibió intrigado. Era la primera vez que Manuel en persona se aparecía en su domicilio, y mayor fue su sorpresa al verlo con el niño. Venían ambos embarrados y húmedos y antes de preguntar nada los hizo pasar y les sirvió algo caliente.

—¿Qué ocurre, mayor? —La gravedad en el rostro del militar no presagiaba nada bueno.

Sin importarle la presencia de Dante, como si este fuera sordo o tonto, Olivera habló:

—L'aite está muerta —y ante los ojos azorados del facultativo añadió—: yo la maté.

—Dante —el doctor se puso de pie y tomó al niño de la mano—, ven a jugar, tengo unos hermosos juguetes que te van a gustar. —Lo condujo hacia el cuarto contiguo donde había maderas para encastrar y hacer torres.

De nuevo en la sala se sirvió una bebida fuerte.

—¿Qué pasó, mayor?

—La maté —no había remordimiento ni ira, Olivera estaba como en trance—. Discutimos y pasó.

—¿Dónde está? ¿Qué hizo con ella, mayor? —El médico quería hacer las cosas bien, no deseaba ser cómplice de esa muerte.

—Ella ya no molestará, ya me ocupé.

—Pero...

—Doctor Lucero, nadie tiene que enterarse de esta situación, confío en que es usted un buen profesional.

—No me ponga en aprietos, mayor, dígame qué quiere de mí y veré si puedo ayudarlo.

—Necesito personal de servicio, Macca y Mechita ya no están...

—¿También las asesinó? —preguntó exaltado, apretando los puños.

—¡Por favor, doctor! ¿Cómo dice una cosa así? Ellas mismas se fueron, por su propia voluntad.

El doctor Lucero dudó, Macca amaba al niño, era muy poco probable que lo hubiese abandonado. ¿Podía ser tan cínico el mayor Olivera? Prefirió callar y no saber nada más.

—¿Qué es lo que quiere? —repitió.

—Ya se lo he dicho, personal de servicio. Dos mujeres, maduras, dispuestas a ocuparse de la casa y del niño. Usted conoce mucha gente, doctor, sabe quién puede servir y quién no.

—Me pondré en campaña, mayor. Ni bien tenga novedades se las haré llegar.

—Que sea rápido, imagínese que no sé qué hacer con el niño.

Se despidieron en el umbral. Olivera tomó a Dante de la mano, era una sensación extraña y nueva para él. Partieron ambos bajo la lluvia.

Al día siguiente, dos mujeres, madre e hija, llamaron a la puerta del mayor Olivera. Sara era viuda y necesitaba trabajo, Blanca la ayudaría con el pequeño.

Dante, ávido de cariño ante la ausencia de su madre, por quien no había dejado de preguntar, se aferró a las nuevas presencias.

—Mayor —interrumpió Sara en el despacho—, el niño no deja de preguntar por su madre, ¿qué le digo?

Olivera, en su afán por enterrar a L'aite definitivamente, había olvidado aleccionar a las mujeres.

—Su madre murió, dígame eso, y no va a volver.

La mujer abrió ojos y boca, sorprendida ante la dureza de ese hombre, y

salió sin insistir.

Para Dante el concepto de muerte era algo desconocido, recién se iniciaba en la vida y no entendía su alcance.

—¿Cuándo va a regresar de la muerte?

—Mi querido, no se regresa de la muerte...

—¿No va a volver? —Los ojitos verdes se aguaron.

—Eso mismo, mi niño, eso mismo. —Sara se agachó y se puso a su altura—. Pero ahora estoy yo, y está Blanquita, que te vamos a querer y a cuidar como si fuéramos tus mamás.

Dante se dejó abrazar y lloró sobre ese pecho blando y con olor a lavanda. Sara también se conmovió y sus lágrimas mojaron al pequeño.

—¿Tú también tienes a alguien en la muerte?

—Sí, hijito, tengo a mi marido. Seguramente se harán amigos con tu mamá.

Eso pareció tranquilizar al niño. No deseaba que su madre estuviera sola.

Con el pasar de los días, la alegría de Blanca y el cariño de Sara lograron que Dante fuera dejando su tristeza atrás y volviera a sonreír.



CAPÍTULO 75

Resistencia, noviembre de 1924

Después de recibir la noticia sobre la trágica muerte de su madre Dante se recluyó en su cuarto y no quiso ver a nadie, ni siquiera a su propio hijo. Era tal la furia que sentía que temía descargarse con quienes no tenían la culpa de nada. Ahora entendía sus pesadillas, sus visiones, y también comprendía mucho más el porqué de su necesidad de conocer a los indios y vivir entre ellos. Sus raíces aborígenes palpitaban en su sangre, todo era claro y a la vez doloroso.

¿Cómo había podido su padre cometer semejante acto? No entendía los celos enfermizos, tampoco que la hubiera robado, arrancado de su gente... Aunque conociendo su historial no debería asombrarse.

Estuvo toda esa noche sin dormir, dándole vueltas y vueltas al tremendo asunto. Se trataba nada menos que del asesinato de su madre. Luego de unas horas el enojo dio paso al llanto y lloró como un niño, acostado en posición fetal, hasta que la luz del día se filtró por la ventana. Por muchos años que hubieran pasado, el hecho era el mismo. Su propio padre lo había privado de una madre, le había mentido durante toda su vida.

Imaginó cómo sería L'aite. Las viejas fotografías apenas la pintaban de cuerpo, quería saber cómo era su carácter; recordó las palabras del doctor Lucero “ella te adoraba, no se quería separar de ti en ningún momento”, y una sonrisa se mezcló entre el salobre de las lágrimas. Hubiera sido lindo

haber compartido su infancia con ella, escuchar sus canciones, sentir su olor a monte.

Sus pensamientos lo llevaron a Mario, su hijo podría haber tenido una abuela... Todos “podría”. Todo le había sido negado por su padre.

No había mucho que pudiera hacer, no había nadie con quien descargar su furia ni a quien castigar. Solo le quedaban los niños, los demás habían desaparecido. Su familia política muerta en su gran mayoría, sus amigos con paradero desconocido o muertos también. Y Eva. Quedaba Eva, la mujer de la que se había enamorado... ¿dónde estaría? No sabía nada de ella, solo que guardaba un oscuro secreto.

Un golpe en la puerta lo volvió a la realidad.

—Señor, ¿se encuentra bien?

La noche anterior había desaparecido sin dar explicaciones, ni siquiera cuando Pilarita lo había ido a buscar para la cena. Esa pobre mujer a cargo de cuatro niños merecía al menos su consideración.

Se puso de pie y le abrió.

—Estoy bien, gracias. —Se pasó la mano por el pelo y se frotó los ojos—. Enseguida iré a desayunar.

Ella lo miró a los ojos y vio que estaba perdido.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Ya lo hiciste —palmeó su hombro y le sonrió—. Gracias, todo volverá a la normalidad.

La mujer volvió hacia la cocina pensando en cuál era la normalidad a la que hacía referencia. Desde que había llegado con todos esos niños nada era normal en la casa.

Cuando Dante se presentó para desayunar los chicos ya estaban sentados y disfrutaban de la leche con unos bollitos que Pilarita había amasado.

Verlos sonreír pese a todas las desgracias que habían marcado sus cortas vidas le dio esperanzas.

Se sentó entre ellos y preguntó por Roberto.

—Sigue durmiendo —respondió Pilarita—, debe ser la primera noche que lo hace de corrido.

La mujer había trasladado el catre del bebé a su propio cuarto, porque le resultaba menos molesto tenerlo a su lado que levantarse a cada rato para calmar su llanto.

—Como saben, dentro de poco nos mudaremos —informó a los chicos, aguardando su reacción.

—¿Volveremos a casa? —preguntó Mateo.

—No, Mateo, ya les dije que no podemos volver a nuestro antiguo hogar.

—¿A dónde iremos, papá? —La voz de Mario diciéndole “papá” lo llevó de nuevo a la historia de su propia madre, pero tuvo que reprimir la emoción que aún tenía a flor de piel. No debía mostrarse débil frente a ellos, tenía que lograr hombres de buena madera para el futuro.

—Vamos a ir al campo, a uno que queda más al sur, donde el calor no ahoga.

—¿A dónde? —insistió Jerónimo. Mateo permanecía en silencio, la vista baja, seguramente enojado ante su negativa de volver al monte.

—La provincia se llama Buenos Aires, allí nos espera una nueva casa y algunos animales. Tendrán que ayudarme con ellos. —Pero su intención de animarlos chocaba con la indiferencia de Mateo, quien se había convertido en el líder.

—¿Y Eva? —preguntó de pronto Mario.

Dante sintió un remolino que le retorció las entrañas. Eva, el nombre de la primera mujer, la primera que le había roto el corazón con su abandono. No sabía si sentir enojo o dolor, sus sentimientos oscilaban de un extremo al otro. Tal vez, de haber sido otras las circunstancias en que se habían conocido, la historia hubiera sido otra.

—Eva tuvo que irse, hijo —atinó a decir.

—¿Por qué se fue? ¿Por qué no se quedó conmigo?

—Porque tenía otros asuntos que resolver.

—¿Y va a volver? ¿Le vas a avisar a dónde nos iremos?

—Trataré de hacerlo, pero no tengo su dirección. —No valía de nada mentirle y generarle una falsa expectativa.

Pilar interrumpió la conversación llevando a Roberto en brazos. El pequeño sonreía y parecía lozano.

—Miren quién está aquí...

Mateo dejó su malestar a un lado y tomó al pequeño. Le gustaba jugar con él, hacerle cosquillas y ayudarlo en sus primeros pasos.

Después del desayuno Dante se enfrascó en terminar de ordenar los papeles que llevaría a Buenos Aires para luego deshacerse de lo que fuera innecesario. Había guardado las fotos de su madre, se las pensaba enseñar a Mario cuando pudiera mencionarla sin emocionarse. En un arranque de furia había cortado la imagen de su padre, ahora debía emparejar el retrato para que su hijo no sospechara. No tenía intenciones de contarle de su abuelo, no sería capaz de hablar bien de él. Esa macabra historia quedaría en el pasado.

Redujo la cantidad de documentación a trasladar a la mínima indispensable: escrituras, impuestos y certificados. Empezaría de cero en su nuevo hogar, necesitaba cuanto antes dejar ese sitio que solo le recordaba todas sus desgracias: la vida al lado de su padre, su corto matrimonio con Alelí, la matanza de su familia, la huida de Eva y el asesinato de su madre. Todo estaba teñido con sangre. Un nuevo suelo era lo que necesitaba.

Cerca del mediodía recibió a dos baqueanos que habían vivido en El Aguará hacía unos años. Ambos se habían casado con aborígenes, pero luego uno se había mudado al pueblo y otro había viajado al norte en busca de nuevos horizontes. Dante los había encontrado en Resistencia días atrás, donde ellos se habían reunido por cuestiones de negocios, y los había citado en su casa. Después de una breve charla y unos tragos los contrató para

patrullar la zona de la reducción en busca de sobrevivientes.

—Quiero saber si hay alguien todavía... Tal vez se ocultaron y ahora que ya pasaron unos meses salgan de sus escondites. No puedo aceptar que todos estén muertos. —Dante necesitaba cerrar con certezas ese capítulo.

—Por los rumores no hay nadie, Dante, los pocos que se salvaron huyeron —dijo uno de ellos, condoliéndose por la situación de ese pueblo que tiempo atrás los había recibido con los brazos abiertos.

—Haremos lo imposible para traerte buenas noticias —añadió el otro.

—Gracias.

Olivera les entregó el dinero pactado y se estrecharon las manos. Le hubiera gustado recorrer la zona él mismo, pero no podía ausentarse de nuevo y dejar a los chicos a cargo de Pilarita; era demasiado para una sola persona. Y en el fondo, no tenía esperanzas de hallar a nadie.

Después se sentó, apoyó la espalda sobre el sillón y estiró las piernas. Cerró los ojos y el sueño de una noche en vela lo envolvió. Soñó con la joven de la fotografía, su madre, la vio correr entre los campos, el pelo suelto y al viento. Era todo tan real que hasta pudo sentir los olores de las flores.



CAPÍTULO 76

Resistencia, 1901

El teniente coronel Olivera se había vuelto aún más intolerable; no se perdonaba haber matado a L'aite, la extrañaba tanto que su vida se había convertido en un infierno.

Estaba poco en la casa; cuando no partía en campaña a las fronteras se iba en busca de prostitutas al burdel de turno. No solía recibir a sus compañeros de armas como antes, y a las pocas reuniones sociales a las que lo invitaban no concurría, siempre receloso al saberse solo cuando todos iban con sus mujeres.

Para justificar la existencia del niño ante la sociedad, se inventó una esposa, a quien había conocido en Salta y dejado allí con su familia de origen, dado que su supuesta suegra estaba enferma. Después de un breve y feliz matrimonio su cónyuge había dado a luz a Dante, pero había muerto en el parto. Esa era la versión que circulaba.

En sus momentos de reflexión se preguntaba qué había hecho mal, por qué L'aite no lo había amado si él le había dado todo, no era capaz de darse cuenta de la atrocidad que había cometido.

Dante ya tenía ocho años y se había criado feliz gracias a las mujeres del servicio. Parecía haber olvidado que alguna vez había tenido una madre. La relación con su padre era estrictamente formal y desprovista de afectos: para el niño, su familia eran Blanca y Sara.

Eran escasos los momentos en que padre e hijo compartían algo; ni siquiera le permitía que se sentara con él a la mesa, excepto en Navidad.

Manuel Olivera lo miraba y veía en el color aceitunado de su piel la marca aborígen, eso le recordaba a L'aite y se alejaba.

Hacía un año que Dante había ingresado al colegio, era necesario instruirlo si quería que siguiera sus pasos. La carrera militar le ofrecería un buen futuro y en especial disciplina.

En 1879, tras la llegada de los inmigrantes, se había creado el primer establecimiento escolar en la provincia del Chaco, por decreto del presidente Nicolás Avellaneda. Se trataba de la E.E.P. N° 1. En un principio había sido mixta, pero en 1888 comenzó a funcionar exclusivamente para la formación de varones, y se creó además la escuela N° 2 para la formación de las niñas.

Dante iba feliz al colegio. Había demostrado ya en los primeros exámenes una inteligencia prodigiosa, y ocasionó el orgullo del padre cuando volvió a casa con una nota de felicitación por haber sido elegido abanderado.

—Ahora hay una biblioteca —anunció el pequeño una tarde a Sara—, puedo traer a casa los libros que quiera.

—Esa sí que es buena noticia —respondió Blanca—, podrías traerme alguno para mí.

Y así Dante empezó a traer libros para compartir con Blanca, quien no había sido beneficiada con la educación escolar y había aprendido a leer de grande.

El teniente coronel continuaba sus batallas, yendo y viniendo según los designios de sus superiores. El año anterior, por orden del ministro de Guerra, el general Lorenzo Winer, había realizado una campaña de sesenta días, movilizandoo cerca de dos mil hombres, ante algunos malones por parte de los indios sobre los campos de La Florencia (Formosa) y La Sabana (Chaco), a los que se había sumado la muerte del explorador Enrique Ibarreta. La campaña intentaba convencer pacíficamente a los indígenas de que debían

someterse, pero se realizaron varios combates y la línea de frontera fue establecida en el río Pilcomayo. También se crearon puestos militares avanzados comunicados por telégrafo y un camino.

Finalmente, la campaña concluyó con la ocupación militar efectiva del Chaco, con escasa resistencia aborígen.

A medida que Dante crecía y se instruía, se alejaba cada día más de ese desconocido que era su padre. El jovencito tenía ideas propias y demasiadas inquietudes para su edad, lo cual preocupaba al teniente coronel. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a la carga con lo de su madre? Pero, para su tranquilidad, Dante no volvió a preguntar, conformándose con creer que había muerto al nacer él, tal como le habían dicho.



CAPÍTULO 77

Coronel Suárez, fines de 1924

Pasaron varios días hasta que Eva volvió a ver a Aldo. Ella había faltado al trabajo a causa de unos cólicos, producto de la comida de Navidad y de los nervios.

Cuando se encontraron en la panadería él la castigó con una mirada de rencor que la asustó. Ni siquiera le devolvió el saludo y Eva se sintió en falta. Hubiera deseado quererlo pero no podía: su piel no soportaba otros besos que los de Dante Olivera, tenía que admitirlo. Tal vez se había precipitado por encaminar su vida, era todo tan reciente... Pero la puerta de Aldo ya se había cerrado, definitivamente.

Más allá de extrañar a Dante necesitaba saber qué había ocurrido con Mario, Lila y el resto de sus amigos, gente con la que se había encariñado aun sin quererlo. Mandaría una carta a la casa del coronel, alguien podría informarle.

¿Dónde estarían los sobrevivientes? ¿Los habrían cazado también? Las noticias que le llegaban del norte a través de los diarios desactualizados no eran buenas.

¿Cuándo acabaría la pesadilla de su vida? Entre tanto recordar a los niños la mente la llevó hasta Guido, ¿cómo estaría? ¿Sería cariñosa Amanda? De seguro que Mirta sí, pero ¿la abuela? El niño no tenía la culpa de sus mayores. Le escribiría también a él, hacía días que no sabía nada de ellos.

De pronto se sintió extrañando a esos dos hijos ajenos. Se reprochó no haberse quedado en el Chaco, con Mario, protegiéndolo hasta hallar a un familiar. Pero ya no había vuelta sobre el pasado que había errado: ahora debía encaminar el presente.

Salió de la panadería y caminó hasta una plazoleta alejada donde se sentó en un banco a pensar. Volvería a Buenos Aires y retomaría sus estudios de enfermería; el enojo de Aldo, justificado por cierto, la ponía incómoda. Y los rumores de un trunco amorío también.

Dejó atrás la plaza, un poco distante del caserío, cuando algo en el ambiente la alertó: no estaba sola. Dos hombres habían aparecido de la nada y de pronto se vio arrastrada entre los yuyos.

—¡Déjenme! —pidió, pero fue silenciada por un golpe en la mandíbula que la hizo perder el sentido por unos instantes.

—¿Dónde está el dinero? —uno de los sujetos se había sentado sobre su estómago y la miraba amenazante.

Eva estaba casi hundida en el suelo, ese hombre pesaba demasiado y le impedía respirar.

—¡Habla! —aflojó un poco la presión sobre su cuerpo y su mirada bajó hacia su escote—. Nuestro jefe quiere cobrarse el tendal que dejó tu marido —dijo—, pero me parece que yo voy a cobrarme con otra cosa. —Desgarró la blusa que cubría sus senos y estos quedaron expuestos por sobre el corpiño.

—¡Por favor! —pidió—. Yo no tengo dinero, ni siquiera sabía que mi marido era jugador.

Las carcajadas le erizaron la piel, estaban dispuestos a todo incluso si no se llevaban un centavo.

Mientras ella se debatía para quitarse de encima al hombre que le manoseaba los pechos el otro le sujetaba las manos impidiéndole defenderse. Sus gritos fueron acallados con un trapo en la boca y no pudo evitar que el

malhechor la violara. El asco y la impotencia le ocasionaron un vómito y casi se ahoga. Al advertirlo el violador le quitó la mordaza entre jadeos y risas.

—Ahora te toca a ti —dijo a su compañero a la vez que se levantaba.

En ese intercambio de lugares, desesperada, Eva manoteó a su alrededor en busca de algo con qué defenderse. Una botella fue su auxilio y sin dudar la aplastó sobre la cabeza del segundo sujeto que se inclinaba sobre ella. Esta se partió y la mujer volvió a golpearlo, esta vez cortándole el cuello de gravedad. La sangre empezó a brotar a chorros, el herido caía en una mueca de espanto y su secuaz miraba incrédulo la escena.

Eva aprovechó para ponerse de pie y protegida con los restos de la botella gritó:

—¡Dígale a su jefe que la próxima vez los mataré a todos! —estaba fuera de sí, semidesnuda y cubierta de sangre.

La violación había sido presenciada por una mujer que había corrido en busca de la policía. El comisario llegó acompañado por un agente y se encontraron con el dantesco cuadro: un hombre malherido y otro con los pantalones a la rodilla.

El oficial cubrió a Eva mientras que el comisario se encargaba de sujetar al violador.

—¡Que alguien vaya en busca de un médico! —ordenó sin demasiadas esperanzas de que el atacante sobreviviera. Había perdido demasiada sangre y hasta el color se le había ido del rostro. Después mandó a dispersar el gentío que se había congregado, y cuando el facultativo cubrió el cuerpo del malhechor con su propia camisa confirmó que sus sospechas habían sido acertadas.

Eva, a quien habían mantenido sentada y bajo custodia mientras tomaban nota de lo ocurrido de boca de los testigos, rompió en llanto al advertir que había matado a un hombre.

El día estaba a punto de morir también y el comisario decidió que todos se

trasladarían a la comisaría. Alguien había ido con el cuento al asilo e Inés llegó cuando la comitiva caminaba en dirección a la jefatura.

Al ver que Eva iba esposada y escoltada por el oficial se plantó ante el comisario:

—¿Qué ocurrencia es esa de llevarse así a una inocente?

—Señora, esta mujer ha matado a un hombre —respondió pensando en que faltaban dos días para que fuera fin de año y un hecho de tal naturaleza le opacaría su planificado descanso.

—Eva es incapaz de matar a nadie —defendió con una certeza que en el fondo no tenía.

El comisario se detuvo y la enfrentó con gesto de hartazgo:

—Escuche, señora, yo tengo más ganas que usted de que todo este episodio se termine, pero hasta tanto intervenga un juez su pupila quedará tras las rejas.

Por mucho que protestó Inés, Eva fue llevada a la dependencia, donde luego de tomarle declaración formal la revisó un médico constatando la violación: había signos de violencia en su zona genital, golpes y moretones por todo el cuerpo.

Después le permitieron asearse y ponerse la ropa limpia que Inés le había llevado.

—¿Qué pasó, Eva? —quiso saber la mujer cuando tuvieron un ratito a solas.

—Esos hombres... los de la deuda de Antonio. —Apenas podía hablar, estaba asqueada, temerosa—. ¿Qué va a pasar conmigo ahora? ¿Me meterán presa? —Cuando iba a retomar su vida donde la había dejado, cuando al fin tenía una ilusión, de nuevo la desgracia se presentaba burlona ante su rostro.

—No te preocupes, buscaremos un buen abogado...

—No tengo dinero para eso.

—Ya lo solucionaremos, no temas. —Le acarició las manos, que todavía le

temblaban—. ¿Estás bien?

—Sí, me duele —hizo un gesto hacia su entrepierna—, pero pasará.

Tenía un importante moretón en el rostro y varios en los brazos y piernas. El ataque había sido brutal e Inés confiaba en que eso fuera prueba suficiente de que había actuado en defensa propia.



TERCERA PARTE

*La vida es eso que transcurre
entre golpe y golpe.*

CAPÍTULO 78

Buenos Aires, 1927

Vamos Rosi —dijo la mujer apurando a la niña—. Date prisa o llegaremos tarde, sabes que mamá tiene que trabajar.

La pequeña de dos años y medio hizo un gesto de disgusto antes de terminar de beber su leche. Después agarró su muñeca de trapo y permitió que su mamá le ajustara los zapatos.

La madre la tomó de la mano y salieron juntas. La mañana estaba despejada, ni una nube opacaba el cielo de diciembre.

Caminaron unas cuerdas y la mujer golpeó a una puerta. Enseguida esta se abrió y una señora mayor se asomó con una sonrisa.

—¡Rosalia! —exclamó—. Pero qué bella estás hoy, mira qué lindo vestido traes.

—Lo hizo mamá. —Y elevó el rostro hacia ella con una sonrisa.

—¿Le gusta, doña Carmen?

—¡Está precioso!

—Bueno, me voy que ya estoy tarde. —Se agachó hasta la pequeña y le dio un sonoro beso en la mejilla.

La madre se dirigió apurada hacia su destino. El hospital quedaba cerca, apenas unas diez cuerdas. Por eso había elegido esa casita para alquilar en la zona de Plaza Constitución, porque aunque el alquiler era un poco más elevado que el de las más alejadas, ganaba la diferencia en transporte.

La marcha apurada le hizo sentir el sofocón, todos los días era igual, nunca lograba llegar a horario. Rosalía se demoraba en todo, debería levantarla antes. Tenía la ventaja de ser la “niña mimada” del equipo, así la habían bautizado sus compañeras, porque el jefe la había acogido bajo su ala — algunas malas lenguas sospechaban de una relación oculta entre ellos— y tenía algunas contemplaciones dado que era una madre sola.

La imponente fachada del Hospital Británico seguía deslumbrándola, igual que aquella primera vez, casi ocho años atrás. Con esfuerzo y voluntad había logrado terminar la carrera de Enfermería y tenía un puesto en la que había sido su escuela. No había hallado a ninguna de sus antiguas compañeras, seguramente habían vuelto a sus provincias de origen, dado que al ser gratuita, la Escuela de Enfermería recibía estudiantes de todo el país, aun de las comunidades galesas de la Patagonia.

Caminó los pasillos y se dirigió directo al baño para ponerse el guardapolvo. Revisó su peinado, el cabello le llegaba a los hombros y caía como una cortina dorada. Se lo recogió en un rodete y una vez lista se presentó en la enfermería para relevar a su compañera.

—Hola, Carola, ¿cómo está Rosalía? —preguntó Delia, una enfermera experimentada que cubría el turno noche.

—Hermosa —dijo la madre esbozando una sonrisa al recordar a su hija—. ¿Cómo va todo por aquí? ¿Cómo está Francisco? —se refería a un niño que había ingresado con un agudo cuadro de infección a causa de la mordida de un perro.

—Mejor, hoy amaneció sin fiebre. Los demás, estables. —Delia recogió sus pertenencias y se dispuso a partir—. Hasta mañana, querida, que te sea leve.

Las otras enfermeras del turno empezaron a llegar y comenzaron el día de trabajo.

En la pausa para almorzar Carola se sentó y descansó sus pies sobre otra

silla. Le molestaban las piernas a causa de haber estado parada durante varias horas. Pensó que hacía rato que no recibía carta de Inés, tendría que escribirle de nuevo, el teléfono todavía no había llegado a Coronel Suárez; aunque en Buenos Aires no todo el mundo poseía ese novedoso aparato para hablar, algunos privilegiados que lo habían conseguido, lo alquilaban para permitir la comunicación con parientes alejados.

Recordó sus días en el asilo y una sombra empañó sus ojos. No era bueno mirar atrás, el pasado no tenía nada lindo para recordar; al contrario, su vida había estado atravesada por la tragedia. Todo era oscuro y sangriento. Pero también le era inevitable volver, aunque más no fuera con el pensamiento, porque en el pasado también estaba Dante, a quien no había podido borrar.

Evocó el día en que se enteró de que Dante estaba vivo. Había sido al salir de la cárcel, cuando logró recuperarse de la violación, los interrogatorios y las jornadas de encierro. Había recibido el año 1925 en prisión, ¡vaya manera de empezar!

Recostada en su cama había visto la pila de periódicos que le había conseguido Inés meses atrás y que ella no había siquiera abierto. Había tomado uno al azar, *El Herald del Norte*, lo había ojeado casi sin leerlo cuando una noticia llamó su atención: “*Muere una leyenda: el coronel Olivera*”. La nota contaba su trayectoria, desafortunada por cierto, en el ejército. Más abajo, casi al final, se refería al velatorio, llevado a cabo en la casa del militar, en Resistencia: “*Su hijo Dante Olivera, a quien en un principio se creyó muerto en la reducción de Napalpí, protagonizó un escándalo en el funeral al echar a todos los asistentes...*”. No había podido seguir leyendo, la vista se le había nublado y el corazón parecía querer salirse del pecho. Dante estaba vivo. Mezcla de sentimientos, alegría, tristeza, dudas. ¿Qué hacer?

—Vamos, Carola, tu paciente clama por ti —una compañera interrumpió sus pensamientos.

Carola se puso de pie, sabía que se refería al niño mordido, Francisco. Apuró sus pasos e ingresó a su habitación. El jovencito, pálido pero con una sonrisa en el rostro, le dio la bienvenida.

—Quiero ir al baño —dijo— y mamá tuvo que irse a buscar a mi hermanito a la escuela.

—Hiciste bien en llamarme, todavía estás débil para levantarte solo. —Lo ayudó a bajar de la cama y, a paso tranquilo a causa de la herida de su pierna, llegaron hasta el *toilette*.

De nuevo en su cama Francisco le preguntó:

—¿Te gustan los niños?

—¿A qué viene esa pregunta? —Carola tomó el termómetro y se lo calzó debajo de la axila.

—No sé... podrías estar con la gente grande.

—La gente grande tiene olor a viejo —confesó bajito, haciéndolo reír.

—Eres graciosa. ¿Tienes hijos?

—Sí, tengo una nena que se llama Rosalía.

—Nunca había escuchado ese nombre. —Carola pensó que ella sí, ¡cuánto extrañaba a su amiga! A Lila, a Melitona, a Mario... a Dante. No podía despegarse del pasado que la acompañaba a todas partes, aun en momentos como ese en que debía estar concentrada en su trabajo, por el que tanto había luchado.

No le había sido fácil terminar la carrera y hacerse cargo de Rosalía sola, estudiando de noche, dejando a la niña durante el día al cuidado de doña Carmen para ir a limpiar mugre ajena, como antaño, y poder sostener su modesto hogar. Pero nada la había detenido, sabía lo que quería: empezar de nuevo y recuperar su vida. Ser otra vez Carola Villegas y enterrar para siempre a Eva Solanas.

—¿Te gusta?

—Sí —respondió Francisco—, es como de flor.

El resto de la jornada laboral fue tediosa. El área de pediatría a donde la habían destinado estaba atiborrada de niños con cólicos y fiebres estivales y las enfermeras no daban abasto para atender a todos. Había que cambiar sábanas a cada rato, vaciar bacinillas, administrar calmantes y demás.

Cuando finalmente terminó el horario, Carola recogió sus cosas y se dispuso a partir.

—Te alcanzo —ofreció Darío Lineros, jefe de Enfermería.

—No hace falta, Darío, son unas pocas cuerdas.

—No me prives del placer de tenerte para mí un rato más.

—Darío —Carola se detuvo y lo enfrentó—: ya hablamos de esto. No me interesa, no mezclemos las cosas, tú eres mi superior y yo...

—Tú eres la mujer que me está volviendo loco desde que ingresaste al hospital.

—Salgamos de acá —continuó andando—, no quiero más rumores.

Por los pasillos se corría la voz de que entre ambos había una relación que iba más allá de lo profesional. Desde que había empezado a trabajar ahí hacía ya casi un año, Darío no perdía ocasión para invitarla a salir. Al principio había sido sutil, pero ante sus negativas y la confianza ganada por el tiempo, el hombre se había vuelto directo e insistente.

Darío Lineros tenía más de cuarenta, era soltero, de buen pasar económico y apuesto. Un buen partido para cualquier candidata y más para una como ella, pobre y con una hija a costas. Pero Carola no estaba a la venta y sabía que de aceptar hubiera sido nada más que por comodidad. Su cercanía, si bien era un hombre agradable, no le generaba el nerviosismo propio de la atracción con el sexo opuesto. Inevitablemente volvía a pensar en Dante, era imposible comparar lo que él había generado en ella con cualquier otra presencia masculina. Ya había pasado un mal momento con Aldo, a quien había desairado... No, no volvería a caer en brazos masculinos. Ya estaba decidido.

En la vereda él intentó tomarla del brazo y ella le rehuyó; fijó en él su mirada encendida.

—Dije que no —repitió.

—Ni siquiera me diste la oportunidad, Carola, solo te pido una salida, solo una.

—Es que no entiendes...

—¿Hay alguien más en tu vida? ¿Es eso? —Se pasó la mano por la frente y encendió un cigarro—. Es eso. Volvió el padre de tu hija —intentó saber algo más sobre su vida, Carola era un misterio.

—No, el padre de mi hija no va a regresar —dijo con furia, como si todavía le doliera un abandono—. Hasta mañana.

Carola se alejó y él no hizo nada para detenerla. Ya volvería a la carga otro día.



CAPÍTULO 79

Cercanías de Buenos Aires, principios de 1925

Dante aguardó unos meses antes de partir hacia la estancia de Buenos Aires, a la espera de buenas noticias por parte de los baqueanos que habían salido a recorrer la zona de la reducción. Pero estos habían vuelto sin nada: no habían hallado sobrevivientes, los pocos que se habían salvado habían viajado al norte.

—Allá los indios disparan de los cristianos, y los cristianos de los indios —había informado uno de los hombres.

—La policía siguió sembrando el terror entre los indios colonos de Napalpí —había dicho el otro—. Las patrullas aprovechan la noche para registrar las chozas y detener a los moradores, requisándoles las escopetas de caza y hasta los cuchillos.

—Tienen miedo de que los pocos que quedaron se alcen...

—¡Si están todos muertos! —Dante dio un golpe sobre el escritorio—. Lo que buscan es reacción, para exterminarlos de una vez por todas.

Finalmente, el día del viaje llegó, todos corrían de aquí para allá; el transporte que llevaría los bártulos hasta el tren aguardaba en la puerta. Con ayuda de unos changarines Dante cargó todo. Miró por última vez las habitaciones verificando que no hubiera quedado nada necesario. El abogado se encargaría de la venta.

Al fin partieron. La casa cerrada fue mudo testigo del éxodo de esa familia

hecha de retazos.

Al arribar a la estación los niños miraron asombrados la gran máquina que con su ruido ensordecedor los asustaba y a la vez atraía.

—¿En eso viajaremos? —Mateo tenía los ojos agrandados por el asombro.

—Así es.

—Parece un gusano gigante —dijo Mario, provocando algunas sonrisas.

—Ese gusano nos va a llevar a nuestro nuevo hogar, hijo.

—¿Allá podremos salir a la calle? —quiso saber Jerónimo.

—Allá no hay calles —explicó Dante— tendrán toda la llanura para correr y sentirse libres. —Las últimas palabras se le atragantaron, la pena le hizo tambalear la fortaleza.

—¿Podremos ayudarte en el trabajo? —Jerónimo siempre solícito.

—Claro que sí, tendrán que ayudarme. Harán falta brazos fuertes y muchas ganas —dijo dándoles alguna responsabilidad para que no sufrieran tanto el desarraigo de su mundo conocido.

El día había dado paso al atardecer y el ocaso se teñía de colores ocres. Una vez acomodados en los asientos Dante intentó relajarse.

—Nos queda un largo viaje por delante —anunció—; será mejor que traten de dormir, así llegan bien descansados.

Mario de inmediato se recostó sobre el cuerpo mullido de Pilarita, que cargaba en sus brazos al pequeño Roberto. Mateo y Jerónimo cuchicheaban por lo bajo. El sueño todavía les era esquivo.

Olivera apoyó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos. Una sucesión de acontecimientos pasó como un rayo, así como las imágenes, en su mayoría tristes. Apenas algunos momentos de felicidad, su amor con Alelí, sus primeros tiempos juntos, el nacimiento de Mario... Después la tristeza, la pena de la pérdida, y más cerca la masacre de todo su círculo familiar y de amistad. Como broche, la ausencia de Eva, el amor de su adultez.

Antes de salir se había interiorizado con el abogado sobre cómo estaba la

cuestión de la matanza a nivel judicial. Si bien presumía que nadie sería castigado, también sabía de la existencia de un sumario dispuesto por el propio gobernador Centeno.

—Lo hace solo para evitar que el Congreso de la Nación envíe una comisión investigadora —había dicho el letrado—. Mandó a Quitilipi nada menos que al jefe de policía Diego Ulibarrie.

—Van a tapar todo —la impotencia acompañó las palabras de Dante.

Y así fue. Se redactó una declaración que fue firmada por los jefes de Policía intervinientes y se borraron todas las huellas posibles, tergiversando hechos con la ayuda de la Iglesia y de la sociedad en su conjunto. Los agentes involucrados declararon que se trató de un combate frontal entre ochenta policías y ochocientos indios revoltosos, muchos a caballo y otros a pie, pero todos fuertemente armados con Winchester, carabinas, Remington, escopetas, entre otras armas.

La jefatura de Policía incorporó al expediente un informe titulado “Sinopsis general”, donde se señalaba que a principios de julio de 1924 un grupo de indios sublevados en la reducción de Napalpí habían cometido asesinatos, incendios y saqueos, motivando el éxodo de los habitantes de la zona, que, atemorizados, huían de sus chacras llevándose solo a su familia, abandonando sus pertenencias.

Para cerrar el caso con profesionales, el gobernador Centeno envió al territorio una comitiva formada por el juez de paz, el médico de tribunales, el médico de Quitilipi, el comisario Machado y algunos vecinos para que fueran testigos cuando desenterraran algunos cadáveres y practicasen las autopsias. La parodia oficial rindió sus frutos al haber enterrado los cuerpos en terreno anegadizo y sin cajón, los cadáveres estaban putrefactos y no había huella alguna.

Pensando en todo lo ocurrido Dante solo quería alejarse de allí cuanto antes. El traqueteo silenciaba las voces de los chicos. Cerró los ojos y al rato

se durmió.

Buenos Aires los recibió con su clima caluroso, habían creído que por estar más al sur estaría mucho más fresco. En la estación los esperaba Luis Rincón, el mandatario, que de inmediato puso a Dante al tanto de la situación en el campo.

—La casa está habitable. Hace rato que está cerrada, pero todo funciona y está limpia. El ganado si bien es poco, está en buen estado, señor Olivera, no tendrá que arrancar de cero —mientras hablaba lo conducía hacia un auto—. Sus cosas las llevarán luego —explicó mientras acomodaba el equipaje de mano—. Supongo que querrá contratar personal estable, podemos preguntar si alguno quiere quedarse.

—¿Están hechos de buena madera?

—En su mayoría sí —sonrió al contestar el mandatario.

—Lo dejo en sus manos, entonces. Cuando nos afinquemos los reuniremos y veré si el capataz quiere quedarse.

El viaje al campo se les hizo largo. Los chicos ya estaban molestos de estar tanto tiempo sentados. Iban amontonados.

Llegaron a media tarde, aún había algo de sol que entibiaba el aire. Pilarita se maravilló con la extensión de campos que rodeaba la casa. Los chicos mayores se alejaron, ansiosos por inspeccionar todo.

Dante se plantó frente a la construcción y pensó que no estaba en tan mal estado pese a que necesitaba unos cuantos retoques.

—Esta estancia fue fundada por Juan Cruz Pereda y López a fines del siglo pasado y desde sus orígenes fue un establecimiento precursor de la zona ganadera camino a Cañuelas —explicó Luis—. Luego se vino abajo al finalizar la guerra, porque bajó considerablemente la exportación de carne congelada. Muchos criadores se encontraron con exceso de ganado y debieron vender a muy bajo precio, aun sus tierras. Otros sufrieron el remate por el Banco Nación al no poder pagar las prendas sobre el ganado y las

hipotecas sobre los inmuebles... Su padre supo aprovechar —hizo un gesto de desazón y siguió—: Pero a usted no le pasará eso, usted no se dedicará a la exportación de carnes sino al tambo.

—Así es, tengo entendido que la raza es la holando argentino.

—Exactamente —sonrió y añadió—: Son seiscientos cincuenta y cinco hectáreas, veinte de ellas destinadas nada más que a parque de árboles de distintas especies. —Abrió los brazos y giró, abarcando la extensión.

—A eso se debe el colorido —opinó Dante observando a su alrededor los senderos peatonales perfectamente diseñados.

—Como podrá ver, el relieve tiene partes llanas y algunas onduladas; no podrá negarse a las caminatas —bromeó.

Todos estaban frente a la mansión mirándola con ojos ansiosos algunos, intrigados otros.

El casco presentaba dos plantas con interiores que cubrían seiscientos metros cuadrados exquisitamente distribuidos.

—¡Es enorme! —dijo Pilarita ni bien ingresaron, pensando en todo lo que tendría que limpiar.

—Así es —dijo Rincón—, tiene diez confortables habitaciones entre las principales y las de huéspedes. Mañana vendrán las mujeres que contraté a su pedido, son madre e hija.

—¿Estuvo habitada alguna vez desde que mi padre la compró?

—No, una verdadera pena, semejante propiedad abandonada a la buena de Dios.

Dante pensó en lo extraño del comportamiento de su padre.

—Seguramente fue un gran negocio —añadió Luis—. Tiene además un salón privado como para cincuenta personas, escritorio y cuatro baños. La cocina es generosa, posee despensa y sala de lavado y planchado.

Si bien era demasiado grande, Dante se sintió satisfecho. Era un buen lugar para empezar una nueva etapa.

—Hay provisiones para una semana —explicó Luis—. Venga que le muestro los galpones donde hay un sulky y una carreta.

Mientras Pilarita se ocupaba de Roberto y se adueñaba del lugar Olivera salió a conocer el resto de la propiedad. Había varios galpones donde se almacenaban herramientas y demás elementos necesarios para la ganadería, dos tractores y caballerizas.

—Sus campos se extienden hacia el sur —continuó informando Rincón—, hasta donde se le pierde la vista. Mañana vendré con los peones y haremos una recorrida.

—¿Los caballos? —quiso saber Dante.

—Ahora están sueltos. Efraín es quien se ocupa de los animales; él vive en el último galpón, es algo así como el hombre a cargo aquí.

—Quiero conocerlo.

Después de las presentaciones Dante supo que Efraín sería su mano derecha. Conocía el lugar a la perfección; era puestero desde que su padre había comprado las tierras y tenía buen manejo con los obreros.

La cena los encontró cansados pero contentos. Los chicos habían recuperado el brillo de la mirada y lucían agotados y eufóricos a la vez. Habían correteado por ahí reconociendo el lugar, se habían hecho amigos de los perros y de las gallinas que hallaron sueltas por los fondos.

Pilarita pensaba que la casa era muy grande para ella sola, pero sabía también que no se quedaría mucho tiempo. Una vez que todo estuviera encaminado se marcharía, no sin antes dejar a alguien en su lugar. El mandatario les había dicho que cerca había un almacén de ramos generales donde podían comprar provisiones y también colgar anuncios.

El único que no estaba bien era Roberto, que se quejaba, lloraba y había empezado a vomitar.

Esa noche todos durmieron excepto Pilarita. El niño, que había sido trasladado a su cuarto, era un gemido constante.

Al amanecer la mujer no aguantó más y llamó a Dante:

—Roberto está que hierve... ya no sé cómo calmarlo. Debería verlo un médico.

Olivera, preocupado, se vistió de prisa y pidió a Efraín, que ya estaba en pie, que le preparara el sulky y el mejor caballo. Tenía que hacerlo ver por un doctor.

—No hay médico sino en la ciudad —informó el puestero. Al ver su cara de preocupación añadió—: Hay una curandera pasando el arroyo —señaló hacia el este—, tal vez ella pueda ayudarlo.

Le dio las indicaciones y Olivera partió, acompañado por Mateo para que sostuviera al pequeño.

Largo fue el viaje hasta la casa de la mujer que al ver al enfermo meneó la cabeza en señal de pesar.

—Ya vi varios como este —dijo luego de revisarlo—, no creo que se salve.

—¿Dónde puedo conseguir un médico?

Había tal desesperación en los ojos verdes que la mujer intentó ser de ayuda.

—Hay una estancia aquí cerca, “La Pionera”. El patrón estudió Medicina, dicen, pero no terminó. A él recurren todos los de la zona cuando están desesperados.

Siguiendo el camino trazado por la curandera pasado el mediodía arribó a la propiedad. La entrada era imponente, ya la tranquera indicaba que estaba ante gente de alcurnia. No se amilanó y se internó en el sendero custodiado de álamos.

Los recibieron los perros ladrando con ímpetu. Un hombre maduro salió de la casona.

—¿A quién busca? —fue el saludo.

—Al dueño, me dijeron que es médico —intentó.

El sujeto observó que venía acompañado de dos niños y bajó la guardia.

—Mi sobrino —no quiso explicar que el bebé era su cuñado— está muy enfermo, necesito ayuda. Acabo de mudarme a una estancia vecina. —De pronto cayó en la cuenta de que su estancia no tenía nombre.

—Pasen, veré qué puedo hacer.

Cuando estuvieron frente a frente, el dueño de casa dijo:

—Soy Julián Pinto. —Dante extendió su mano y se presentó.

—Ellos son Mateo y Roberto. —Pinto los miró y no pareció ofendido por su ascendencia aborigen—. Roberto vuela de fiebre, ahora empezó a vomitar.

—Entremos.

La estancia era grande y lujosa, los muebles de calidad, así como las lámparas que colgaban del techo. Mateo observó todo con ojos admirados sumido en el silencio. Dante cargaba al pequeño que se había despertado y lloraba.

Julián los hizo pasar a una habitación de servicio, donde acostó al bebé. Del ropero extrajo un maletín y una paleta de metal, que introdujo en la boca del niño. En silencio lo examinó sin emitir palabra bajo la mirada atenta y preocupada de Dante.

Cuando finalizó se quitó los anteojos y lo miró con severidad:

—Parece un caso de paludismo, hay una epidemia que viene asolando todo el norte del país.

—Nosotros venimos de Resistencia... —Omitió contarle lo que le había dicho el doctor Lucero en cuanto a la enfermedad de Chagas.

—Con más razón. Mire, Olivera, no soy médico titulado, pero hice toda la carrera y a mi criterio este es un caso claro. Quisiera equivocarme...

—¿Qué se puede hacer?

—Lamento decirle que no mucho, una vez que el parásito está en la sangre... —hizo un gesto de desesperanza.— Como usted sabrá la malaria se extiende como el sol sobre los campos. Todo el noroeste argentino ha sido definido como zona endémica. —Al ver el rostro de sorpresa de Olivera

pregunto—: ¿No lo sabía? —El otro negó—. Todo el territorio llama a gritos políticas sanitarias urgentes, usted sabrá de la pobreza y precariedad... los mayores enemigos para la salud. —Como Dante no respondía y solo atinaba a acunar en brazos a Roberto, que seguía gimiendo, continuó—: Hay médicos luchando para llevar la solución a las provincias del norte, Salvador Mazza es uno de ellos, quien viene reclamando un tren sanitario y campañas contra el paludismo.

—No estoy al tanto... últimamente hemos tenido muchos problemas familiares.

—Se instalaron direcciones regionales de paludismo en las provincias de Jujuy, Salta, Santiago del Estero, y otras que no recuerdo —dijo Pinto—, y se crearon servicios de saneamiento y dispensarios antipalúdicos en varias localidades. También se emprendieron importantes obras de ingeniería, como drenajes y rellenos.

—Sabe usted mucho del tema —dijo Dante.

—Amo la medicina, más allá de que por cuestiones personales no pude terminar... —Una sombra oscureció sus ojos, solo fue un instante—. Son muchos los investigadores que se ocupan del asunto, leí varios artículos sobre la transmisión y medio ambiente que contribuyeron a caracterizar al paludismo como la enfermedad del país. —Fue hasta un mueble y extrajo un frasco oscuro. Lo abrió y con un gotero le hizo beber unas gotas al pequeño—. Dele la misma cantidad todos los días, tal vez con este tónico el niño mejore un poco.

Dante no preguntó qué era, pese a que no lo conocía, confiaba en Julián Pinto; tampoco tenía demasiadas opciones.

—Se aliviará, ya lo verá.

—Gracias, Julián, ¿puedo llamarlo así?

—Claro. —El hombre le palmeó la espalda acompañándolo a la salida—. Lo que necesite, Olivera, aquí estamos.

Una vez fuera Julián dijo:

—Dice usted que vienen del Chaco.

—Así es.

—¿Es cierto que hay un malón atacando las ciudades? —A Dante se le endureció el gesto y dominó el enojo, Pinto no tenía la culpa. Apretó las mandíbulas antes de hablar.

—Es todo mentira, Julián, nosotros vivíamos en la reducción de Napalpí —un nudo en la garganta le interrumpió el habla—. Mataron a toda mi familia, fue una masacre. —Bajó la cabeza y evitó que Mateo viera sus ojos brillantes.

—¿Cómo dice?

—Es una larga historia... tal vez otro día se la cuente.

—Vaya, vaya, Dante, lo lamento.

Subieron al sulky y partieron.

Pinto no estaba errado: la parodia oficial chaqueña se había extendido y ante el temor generalizado el gobierno de Santa Fe había trasladado a la policía montada de Villa Ana a Los Amores, para que siguiera de cerca los sucesos del Chaco.



CAPÍTULO 80

Coronel Suárez, 1925

Tras pasar una semana detenida Eva pudo salir de la celda en que la habían tenido encerrada. Inés había contratado un abogado para que se ocupara de defenderla, quien después de algunos trámites pudo liberarla, aunque el juicio seguiría hasta comprobarse su actuación en legítima defensa.

La mujer que había presenciado la violación era la principal testigo y Eva temía que el día en que tuviera que declarar se echara atrás o sufriera algún inconveniente para ir. Era tanta la desgracia que la había marcado desde su juventud que la muchacha creía que jamás podría vivir en paz.

Encerrada en ese pequeño cuarto sin iluminación ni ventilación, Eva pasó días repasando su vida: todo era triste, doloroso y trágico. No recordaba momentos felices. Los pocos que había en su haber la llevaban a los primeros días de noviazgo con Antonio... después, algunos encuentros con Dante, como cuando iban a un claro del bosque y él le hacía el amor mientras ella fingía que no le importaba su cariño, o cuando llevaban a Mario a ver las aves al atardecer, cuando estas se reunían en las cercanías de los esteros... La sonrisa que acudía a sus labios duraba poco porque esas imágenes felices eran borradas por otras, funestas, tremendas. El incendio de su casa, la muerte de su marido, el ataque de los acreedores, la masacre de Napalpí, la muerte de Dante, las persecuciones... y por último la violación.

Al fin libre, aunque fuera provisoriamente, Eva volvió al asilo, donde se

recluyó en su cuarto, incapaz de interactuar con alguien. Inés la visitaba a diario y la obligaba a comer, porque la muchacha estaba muy decaída y se resistía a alimentarse.

Todo el pueblo estaba al tanto de lo ocurrido y los rumores viajaban con la velocidad del viento; se habían inventado miles de historias alrededor de la joven. Como que venía huyendo luego de haber robado en varias ciudades y sus secuaces la habían encontrado y se habían vengado, o que escapaba de un marido celoso que le había dado un escarmiento. Esas y muchas otras conjeturas circulaban por los comercios y las casas.

La panadería no había quedado ajena y todos murmuraban sobre Eva y su desafortunado episodio, aunque nadie se atrevía a hablar en voz alta temiendo la reacción de Aldo, a quien todos consideraban el novio engañado.

Sin embargo, Aldo era el único que confiaba en la inocencia de Eva; pese a que ella lo había desairado con su rechazo, él seguía queriéndola, por eso cuando estuvo libre fue el primero en visitarla.

—No quiere ver a nadie —le dijo Inés—, está muy impresionada por todo lo ocurrido.

—Dígale por favor que no importa nada de lo que haya pasado, que yo sigo estando para ella.

—Gracias, Aldo, eres un buen hombre —lo acompañó hasta la puerta—. Dios te bendiga.

Pero Eva se negó a recibirlo esa y todas las veces que él llegó para visitarla. Hasta que pasaron los días y Aldo dejó de ir.

—¿Qué pasa, Eva? ¿Por qué no quisiste verlo?

—No lo quise antes, menos lo querré ahora que estoy manchada.

—¿Pero qué dices? —reprendió Inés.

—Soy una mujer manchada —repitió—. Violada, para ser más precisa. —Había odio en su voz.

—Aldo ya lo sabe...

—Todo el pueblo lo sabe —masticó con furia—. Y todo el pueblo sabe que maté a un hombre.

—¿Y desde cuándo te importa a ti el qué dirán?

—No me importa el qué dirán, pero no quiero salir a la calle y que todo el mundo se dé vuelta para mirarme con lástima.

—Pero, Eva... ¿qué cosas dices? Nadie te tendrá lástima...

—No me mienta que no le queda bien. No soy una heroína tampoco, no me venga con ese cuento de que fue en defensa propia.

—¿No fue así, acaso?

—¡Claro que sí! Pero eso solo lo sé yo, solo una persona que fue ultrajada lo puede comprender... El resto se olvidará y no dejaré de ser una asesina.

—¡Basta, Eva! Deja de compadecerte. Tú no eres así, tienes que salir adelante y para ello lo primero que hay que hacer es dejar de tenerse lástima.

—¿Cómo quiere que salga adelante? Quisiera irme de este pueblo...

—Cuando estés totalmente repuesta y todo esto haya terminado te irás. Tenías tus planes, ¿recuerdas?

Eva no respondió. Cuando había leído que Dante estaba vivo su primera intención, y así se lo hizo saber a la directora, había sido ir a su encuentro.

—¿Recuerdas, Eva? Habías decidido ir a buscar a tu amor, tu verdadero amor, Dante.

—No. —Su respuesta fue rotunda—. No, esa es una puerta que ya está cerrada.

Inés se acercó y se sentó a su lado. Le tomó las manos y las acarició.

—Vamos, Eva, amas a ese hombre... no te niegues la felicidad.

—No, no podría mirarlo a la cara luego de lo ocurrido... Quise intentarlo. —Le quemaban los ojos, no quería llorar delante de ella—. Pero ya no podrá ser.

—¡Eva! No digas eso... él te ama, él entenderá, no pierdas el tiempo. ¿Por qué no le envías una carta? Ni siquiera sabes si pudo encontrar al niño. —

Sabía que con eso la conmovería.

—No, volveré a Buenos Aires. Cuando el juicio termine volveré a retomar mis estudios... empezaré de cero, una vez más.

Inés meneó la cabeza, cuando a Eva se le metía algo entre ceja y ceja era difícil hacerla cambiar de opinión.

—No tomes decisiones precipitadas. Cuando termine todo esto verás qué hacer.

Pero los trámites judiciales se alargaron y su tan ansiada libertad no llegaba más.

Eva había abandonado su reclusión en el dormitorio y destinaba gran parte del día a ayudar en las comidas y a coser para el roperito. De a poco su rutina diaria le aflojó el rictus amargo del rostro y suavizó su mirada.

No pensaba en el pasado. Cuando las imágenes feas se cruzaban en su mente, las desviaba imaginando algo lindo, las flores que cultivaban las internas o los postres que se cocinaban en las cocinas. Ya no tenía pesadillas y eso era algo muy extraño, pero lo agradecía.

Del norte no había noticias. Tanto ciudadanos como autoridades habían querido borrar la masacre, el encubrimiento fue generalizado y los nombres originarios cayeron en el olvido. Los aborígenes no estaban registrados civilmente, sus nombres eran impuestos caprichosamente por patrones, capataces y administradores, de modo que era casi imposible rastrear los sobrenombres de los qom.

Eva quiso olvidar también, y cada vez que los ojos verdes se deslizaban por su mente los apartaba como quien ahuyenta una mosca.

—Eva, necesito que vayas al pueblo urgente —Inés irrumpió de golpe, sobresaltándola—. Nos hemos quedado sin vendas y una de las niñas se acaba de romper el mentón.

La muchacha se puso de pie enseguida y sin reparar en que debía salir del asilo dejó todo para cumplir el encargo.

Al llegar al umbral la calle le pareció diferente, hacía tantos días que estaba recluida que creyó que se había mudado. Apenas dejó atrás las rejas miró a su alrededor, no había nadie, era la hora de la siesta. Un miedo antiguo le erizó la piel, pero se impuso seguir. Avanzó unos pasos, sentía que le faltaba el aire. *Vamos, Eva, no volverá a ocurrir, ya te pasó una vez. Un rayo no vuelve a caer en el mismo lugar*, se dijo, recordando los dichos de su madre.

Caminó unas cuadras. Para llegar al dispensario debía pasar por la panadería; pensó en rodear la manzana, pero juzgó que perdería más tiempo y la niña estaba sangrando. Apuró el paso y al estar frente a su antiguo trabajo sintió que el sudor le caía en anchas gotas entre sus senos y debajo de sus axilas. No miró, pero se supo observada.

En el dispensario compró lo que le había encargado Inés y salió rauda. Y allí estaba él, esperándola en la puerta.

—¡Aldo! —atinó a decir.

—Hola, Eva, ¿cómo estás?

Siguió caminando, consciente de que él la seguía.

—Te fui a visitar muchas veces.

—Lo sé, me dijeron —se plantó frente a él—. Escucha, Aldo, estoy apurada, una niña se lastimó y debo llevar esto...

—Ve, ve entonces. Me alegra que hayas salido, al fin.

Ella no contestó y le dio la espalda para continuar su camino.

—Iré a verte —anunció.

Pero pasaron los días y Aldo no apareció.

Mejor así, pensó Eva.



CAPÍTULO 81

Cercanías de Buenos Aires, 1925

Dante y su familia ya se habían habituado a la nueva vida. Los niños parecían haber recuperado la alegría, aunque más de una vez Pilarita los había escuchado hablar sobre sus padres, recordando momentos felices. Los tres mayores se pasaban el día fuera de la casa, corriendo tras los perros, alimentando a las gallinas y demás aves de corral y ayudando cuando algún mayor los requería.

Poco a poco la rutina se había instalado y, una vez organizados, Dante pudo ocuparse por entero a recorrer el campo y dedicarse de lleno a la ganadería. Era todo muy distinto a lo que estaba habituado en el Chaco, pero confiaba en que el establecimiento iría tomando su rumbo. Había unos pocos jornaleros que vivían en galpones reacondicionados ubicados al fondo de la propiedad, el resto llegaba todos los días provenientes de la zona y alrededores.

Con la ayuda de Efraín, Dante había entrevistado a varios de los obreros y había elegido como capataz a un tucumano que había trabajado muchos años en el norte. Tenía experiencia, era de pocas palabras y carecía de compromisos familiares. Su nombre era José María Vila, pero todos le decían “El Mueca”, debido a una cicatriz que cruzaba su rostro desde la mejilla hasta el mentón, torciéndole el gesto de la boca. Nadie sabía qué le había ocurrido y nadie osaba preguntar.

Dante se levantaba al alba y se dirigía al campo junto con algunos hombres y el capataz, regresando la mayoría de las veces al atardecer. Pilarita, que venía demorando su partida porque le costaba dejar a los chicos, le reclamaba que trabajaba demasiado.

—Está en los huesos, Dante, debería comer más.

Olivera le decía que sí, pero no le hacía caso. Trabajar era aturdirse, no pensar en nada y caer rendido sobre la cama evitando las pesadillas. Todavía no se reponía de la muerte de los suyos, menos aún de lo que se había enterado: su padre era el asesino de su propia madre. Y su madre una india cautiva. Era demasiado para asimilar. Por eso el campo y el esfuerzo físico eran su refugio.

Pero los malos sueños y las imágenes de la mujer ensangrentada permanecían en su memoria. Lamentó no tener cerca un pi'oxonaq para que le explicara el porqué de la persistencia de las pesadillas. Sabía que las visiones que se aparecían durante el sueño de manera tan real iban dirigidas, como un propósito revelador, a los espíritus superiores o a los médicos tradicionales qom, no comprendía por qué a él.

Despertaba sudado y desvelado, por tanto aparecía en los galpones antes que cualquiera de sus empleados y se agotaba el cuerpo y el alma para poder conciliar un sueño pesado y vacío.

Había noches en que no podía dormir pese al agotamiento. Su mente viajaba en el tiempo y se le aparecía la imagen de Alelí, en su primera menstruación. Era costumbre entre los qom realizar una fiesta de iniciación a la pubertad cuando a alguna de las hijas le llegaba el primer período. Cada uno de los integrantes de las familias aportaba miel de distintas clases y en la ceremonia de bendición se utilizaba una larva joven mezclada con miel espesa extraída de una flor muy amarga, que le daban a beber a la jovencita para que tuviera fecundidad hasta la ancianidad. Dante evocaba el rostro entre dudoso y asqueado de la pobre Alelí y sonreía.

La madre de Alelí había contratado a una mujer de la comunidad, de contextura robusta y buena en todo sentido, para que caminara sobre el cuerpo de la muchacha, masajeándola con su caminar de los pies a la cabeza sobre su columna. Con dicha acción se buscaba que Alelí, tan delgada y espigada, adquiriera resistencia y participara de la cordura de la mujer que la masajeaba.

No era la primera vez que se practicaba ese ritual en la aldea, pero a Dante seguía llamándole la atención. Después habían encerrado a Alelí durante el tiempo que duró su menstruación, encargándose su madre de prepararle la comida y los utensilios nuevos que solo ella volvería a usar al período siguiente.

Olivera agradecía que tenía a su cargo varones, no hubiera sabido qué hacer de haber tenido una niña.

Julián Pinto se había convertido en un buen vecino y amigo, si bien le llevaba varios años, el hombre se había ido ganando la confianza de Dante. Sus visitas eran asiduas; a veces, Julián aparecía con dulces caseros hechos por su mujer, otras con panes o una botella de vino para compartir al atardecer.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo una tarde Julián.

—Claro.

—¿Qué pasó con la madre de Mario? ¿Ella estaba en la reducción también? —La mirada de Dante se oscureció y dirigió la vista hacia el campo—. Perdona —añadió al advertir su error—, no tienes que contarme nada.

—Alelí murió hace unos años... era mi esposa —Dante suspiró y bebió de su vaso—. Al menos no fue testigo de la masacre de su pueblo.

—¿Y la madre de Roberto?

—Roberto no es mi sobrino, es mi cuñado... —Julián abrió los ojos, incrédulo ante la diferencia de edad—. Mi suegro se casó muy joven, tuvieron varios hijos... Cuando Roberto era apenas un bebé, su padre murió

de fiebre... allá las condiciones de vida no eran las mejores, muchos enfermaban y se iban en cuestión de días.

—Lo lamento.

—Mi suegra soportó demasiadas cosas en su vida, y al ver morir a dos de sus hijos en poco tiempo se fue apagando; murió de pena.

—Qué historia trágica —dijo Julián, pensando que la suya no era tan desgraciada como él creía—. Te admiro, hacerte cargo tú solo de cuatro criaturas...

—No estoy solo, está Pilarita, y las otras mujeres que la ayudan.

—Bueno, pero ella es grande y, por lo que sé, se irá pronto.

—Así es, ese fue el trato. A veces creo que demora su partida porque tanto ella como yo no confiamos en que podré ocuparme si se va.

—Yo creo que se queda porque los quiere, demasiado —opinó Julián—; veo cómo se desvive por esos muchachos.

Dante esbozó una sonrisa.

—Nosotros con Elsa no pudimos tener hijos. —Alzó los hombros en un gesto—. Se nos pasó la edad, los niños no vinieron.

—Al menos la tienes a ella.

—¿Y tú? —Dante lo miró a los ojos sin comprender—. ¿Tú no tienes a alguien por ahí?

—No —había pesar en su voz y Julián no quiso seguir insistiendo.

—¿Cómo está Roberto? —preguntó para cambiar de tema, hacía días que el pequeño no presentaba signos de fiebre ni malestar alguno.

—Ese tónico que me diste resultó bueno, no volvió a quejarse.

—Me alegro, pero descarto entonces un caso de paludismo; este es fulminante.

—Un médico de Resistencia me dijo que podía ser el mal de chagas —recordar al doctor Lucero lo llevaba irremediablemente a recordar a su madre.

—Eso cambia las cosas... la enfermedad de la vinchuca en algunos casos

no es tan grave.

—Vinchuca en quechua significa “dejarse caer”, porque caen por las paredes cuando salen a buscar comida.

—Tal vez el niño sea débil de tripa —bromeó Julián poniéndose de pie— y cualquier cosa que come le hace mal. Mejor me voy o Elsa me regañará, enseguida se hará noche y teme que me cruce con el lobizón —rio burlón.

Se despidieron con un apretón de manos, Julián montó su caballo y partió.

Dante quedó pensativo mirando el horizonte. El sol caía oblicuo sobre los campos y teñía el paisaje de anaranjado. A lo lejos divisó a los chicos que practicaban puntería tirando piedras a piñas que colocaban sobre maderas y pensó que jamás olvidarían la violencia. Al menos estaban a salvo, allí se respiraba paz y libertad. Los jovencitos habían recuperado el brillo en la mirada y los bríos propios de la edad; todo el tiempo buscaban desafíos y aventuras. Sonrió, eran su familia, una familia sin mujer, pero familia al fin. ¿Qué sería de Eva? Con esa pregunta se internó en la casa y buscó a Roberto para jugar un rato con él.

Buenos Aires

Un par de policías irrumpió en la pequeña y desordenada oficina que funcionaba en un edificio cerca de Retiro. Su dueño manifestó su enojo al ver interrumpida su tarea, pero al advertir que se trataba de los uniformados suavizó el gesto.

—No pude detenerlos —explicó el empleado que tenía en la recepción.

—Está bien —cerró el cuaderno de tapas negras y encendió un cigarro disimulando su inquietud—. ¿En qué puedo servirlos?

—Tendrá que acompañarnos —dijo uno de los uniformados.

—¿Acompañarlos? —El hombre quiso llevar su mano a un cajón, pero fue

interrumpido.

—Las manos donde pueda verlas. —El agente le estaba apuntando con una pistola—. Vamos, de pie.

—No pueden detenerme sin una orden —protestó.

El policía blandió frente a sus ojos la respectiva notificación.

—Queda detenido, está acusado del asesinato de Antonio Mazzone, entre otros delitos.

La furia se trasladó al rostro del prestamista, pero nada pudo hacer. De inmediato fue esposado y trasladado en un automóvil oficial.

El delincuente que había violado a Eva finalmente había declarado en su contra, lo había acusado como el autor intelectual de la muerte de Mazzone y de los distintos ataques sufridos por Carola Villegas. Con toda esa información más las pruebas recolectadas en su oficina, el usurero pasaría encerrado una buena cantidad de años.



CAPÍTULO 82

Buenos Aires, 1928

Los días eran casi todos iguales para Carola. Se levantaba temprano para ordenar la casa y ocuparse de la ropa, preparaba algo liviano para la cena y después iba a despertar a Rosalía para comenzar el ritual de “tengo sueño, mami, déjame un ratito más”, que finalizaba en la mesa de la cocina con la pequeña cabeceando sobre su desayuno. Minutos después se apresuraban hasta lo de doña Carmen y Carola partía rápido para el hospital, donde se perdía entre pasillos y pacientes, hasta que podía tomar un breve descanso en la sala de enfermería.

Con las piernas sobre otra silla y mientras bebía una taza de té pensaba en sus últimos días en Coronel Suárez; la alegría inesperada de saber que Dante estaba vivo y enseguida, la desazón. Las palabras de Inés, que no entendía el porqué de su negativa a buscarlo, al punto casi de enojarse, diciéndole que le debía gustar ser infeliz.

Cerró los ojos y se dejó llevar por su mente a los pocos días felices, cuando Dante se aparecía en su rancho y le hacía el amor, cuando tiempo después, en El Aguará, se escapaban cerca de los esteros y mientras él la cubría de besos y le ofrecía un futuro ella se debatía entre aceptarlo o escapar de la maldición que sentía pendía sobre su cabeza.

Después, la despedida, el reencuentro y la última vez que lo vio, tendido en el suelo herido de muerte, sangrando su cuerpo y suplicando sus ojos que

pusiera a salvo a su hijo. ¿Lo habría encontrado? Al menos para eso debería haberle escrito, pero no lo había hecho de inmediato. Había dejado que la incógnita se le atragantara en el pecho y permaneciera allí, como una piedra que pesaba cada día más. Y cuando lo hizo, al menos para saber que estaban juntos, ya era tarde: la carta volvió sin abrir, porque el domicilio del destinatario estaba cerrado, definitivamente cerrado.

El tiempo que permaneció en Coronel Suárez después del nacimiento de Rosalía lo dedicó a enviar cartas a Resistencia en busca de noticias sobre la familia Olivera, en pedir periódicos que Inés le conseguía por medio de su amplia cadena de favores, pero solo pudo deducir que Dante había vendido la casa y se había ido de la provincia. Perdido, absolutamente perdido en la vastedad de ese país grande y generoso para unos, trágico para otros. ¿Dónde estaría?

Tuvo la intención de viajar, de volver al monte y hallar a la familia que había recogido a Mario. Si buscaba bien, confiaba en que podría encontrarlos, pero su estado no se lo permitió. Debió resignarse una vez más a permanecer con la duda a la vez que la certeza de su amor por ese hombre crecía como el peso de su soledad.

—Carola, ¿estás bien? —era Darío—. Ya es tu turno, princesa.

—Lo siento. —Se puso de pie y alisó el guardapolvo. Dejó la taza en la pileta y se aprestó a salir.

—¿Cenamos mañana?

—Gracias, Darío, ya te dije infinidad de veces que no.

—Vamos, Carola, ¿qué excusa vas a ponerme?

—Ninguna, no quiero. —Y sin darle tiempo a replicar salió rumbo a las habitaciones.

Terminó de controlar fiebres, cambiar bacinillas y efectuar curaciones hasta que llegó el horario de salida. No deseaba ser interceptada por nadie, menos por su insistente superior.

Recogió a Rosalía y aceptó las albóndigas que doña Carmen había cocinado para ellas.

—Así no tienes tanto trabajo —dijo—, con unos fideos ya tienes la cena.

—Gracias. —Carola pensó que lo que había preparado por la mañana quedaría para el día siguiente; mejor, no le agradaba cocinar.

A solas con su hija conversó con ella, le contó su cuento preferido antes de dormir y se fue a la cama.

De nuevo Dante. Inevitablemente pensaba en cómo se había torcido el camino. Había algo superior, llamado Dios, destino o la maldición a la que se refería su madre, que no quería que ella fuera feliz. Ni con Antonio, ni con Dante. Al menos la tenía a Rosalía, a quien amaba a pesar de todo. Sí, la amaba, aun cuando no era una hija buscada ni fruto de un amor, la amaba.

—¿Cuánto tiempo más piensas pasar en cama y sin comer? —preguntó Inés—. Ya pasaron tres meses desde que saliste de prisión y el abogado dice que está por salir tu absolución. ¿Por qué entonces tanta apatía?

—No tengo ganas —fue su seca respuesta.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No —respondió demasiado rápido.

—Vamos, Eva, ¿qué pasa? —De pronto una sospecha, apenas una luz deslizándose por su mente, una duda—. ¿Quieres contarme algo? —Inés se sentó sobre la cama y le tomó la mano—. Estás pálida. Dime, Eva, ¿es que acaso no confías en mí?

Eva suspiró, cerró los ojos. No podría ocultarlo mucho más, en cualquier momento comenzaría a notarse. Furia, enojo, bronca, odio. No lo quería, no deseaba ese bebé que nadaba en ella y la descomponía aumentando su rechazo. No deseaba ser madre de una criatura engendrada por medio de la violencia, fruto de una horrenda violación, pago de la deuda de su marido muerto. Apretó las mandíbulas y por sus ojos cerrados empezaron a caer las

lágrimas de frustración.

—¡Eva! No me asustes... —Enseguida se arrepintió de sus palabras, no eran las adecuadas para la situación, porque Inés ya había pasado antes por momentos similares, jovencitas que se enamoraban perdidamente del primero que les hacía ojitos y terminaban con la panza llena de huesos, solas y abandonadas con un niño a cuestas. Aunque el caso de Eva era distinto, no había enamorado alguno—. Eva, mírame, sea lo que sea lo encararemos juntas.

—Estoy embarazada —lo dijo con bronca—, y no lo quiero.

Inés apretó los labios, era lo que temía.

—¿Estás segura?

—No soy tonta, no tengo el período hace rato y me la paso vomitando.

—No estés enojada conmigo, Eva —debía ponerse firme de entrada, esa muchacha era una olla a presión y más valía ir liberándola de a poco—. Estoy aquí para ayudarte.

—Ayúdeme a deshacerme de la criatura.

—¡Pero qué cosas dices! Yo no seré cómplice de un crimen semejante.

—¡Esto que tengo es producto de un crimen! —gritó fuera de sí, señalando el vientre.

—¿Y pretendes taparlo con otro? —Inés se puso de pie—. Conmigo no cuentas para eso.

—¡No lo quiero! —empezó a llorar de nuevo, como una criatura esta vez. La mujer la abrazó, conmovida ante su fragilidad y cambios de humor propios de su estado.

—Ahora tienes que tranquilizarte, es lo primero que tienes que lograr.

—No lo quiero —repitió más calmada.

—Entiendo que ese niño representa para ti...

No la dejó concluir:

—¡Usted no entiende nada! ¡Usted no sabe lo que es que un hombre le

haga lo que ese degenerado me hizo a mí! ¡Y que encima lleve un hijo suyo en mis entrañas! ¿Me dice que lo entiende? —estaba como loca, pese a ello Inés pensó que tenía razón. ¿Qué sabía ella de todo eso? Ella, que no había conocido varón en su vida, que ni siquiera un beso había recibido de joven pese a los rumores que circulaban por el asilo.

—Lo siento, Eva, tienes razón, yo no sé nada de eso, pero sí sé que ese bebé no tiene la culpa.

—¡Y yo tampoco!

—Por eso mismo, son dos inocentes a los que hay que cuidar. Y yo me encargaré de eso, si te calmas y me dejas hacerlo.

Eva depuso su actitud hostil y empezó de nuevo a llorar.

Carola encendió la luz. Recordar eso le impedía conciliar el sueño. Una leve sonrisa acudió a su boca, ¡pobre Inés! ¡Cuánto la había soportado! ¡Qué paciencia le había tenido!

Después de ese día Eva había consentido en levantarse, caminar un poco y tratar de vencer las descomposturas a fuerza de comer cada dos horas. Con el correr de las semanas estas se fueron espaciando hasta desaparecer, dando lugar a un vientre que iba creciendo y tomando forma.

Inés tuvo que anotar a las autoridades del asilo, por cuanto no estaba permitido que hubiera embarazadas entre las internas. Todas las desafortunadas que habían pasado por situación similar habían tenido que abandonar el lugar. Pero el caso de Eva era distinto; era de público conocimiento su violación, lo cual ocasionó un gran debate entre las damas puritanas y las modernas que regenteaban el orfanato, hasta que se arribó a una solución: Eva podía quedarse hasta que el bebé cumpliera un año, eso le daría tiempo para organizarse, después, tendría que irse.

Sentada sobre la cama, la espalda apoyada sobre la pared, Carola viajó hacia el pasado. El embarazo había sido duro al principio, pero después se

acostumbró a sentirse pesada, con las piernas algo doloridas dado que algunas venas se le inflamaban, a dormir de costado a medida que el vientre crecía y a ver sus pechos llenos. Las otras chicas del internado, muchas con un instinto maternal del que ella carecía, le hacían preguntas y soñaban con sus propios bebés cuando fueran grandes, y poco a poco ella se fue amigando con su condición de futura mamá.

Después ingresó en la etapa de coser ropita bajo la dirección de las mujeres del roperito, que sabían tejer, no como ella, y se ocuparon de hacer un pequeño ajuar. Al parecer, ese bebé al que había rechazado era esperado por todas. Había empezado a pensar en él con cierto afecto. Ya no tenía tantas ganas de separarse de él, como le había dicho a Inés. Esta, que la conocía mucho más de lo que Eva se conocía a sí misma, sabía que llegado el momento no lo dejaría en manos de una extraña para entregarlo a alguna familia bien que no pudiera tener hijos, tal como habían pactado.

—No encubriré una muerte —le había dicho la directora—, pero, si no lo quieres, hallaremos a un matrimonio que sí lo desee.

¡Cuántas cosas le habían pasado! Pensó en Guido y Amanda. Al fin, luego de tanto esfuerzo, había logrado devolverle todo el dinero que representaba lo que le había robado. Sintió vergüenza: ella era una ladrona, si se enterara su hija... Ahora tenía a alguien a quien guiar en la vida, pensó que Rosalía no debería saber nunca sobre su oscuro pasado. Ladrona y asesina.

A dormir, Eva, se dijo, y cayó en la cuenta de que allí no era Eva, sino Carola.



CAPÍTULO 83

Cercanías de Buenos Aires, 1927

Papá! ¡Papá! —Roberto se acercaba protegiendo algo con su cuerpo.

Dante dejó lo que estaba haciendo, se secó el sudor de la frente, y miró hacia el niño. Sonrió, Roberto se veía fuerte y recuperado. Nunca más había evidenciado signos de enfermedad ni fiebres; por el contrario, era un torito. A sus casi cinco años no había ganado demasiado en altura pero sí en cuerpo: era robusto y compacto. Con todo el trabajo que le había dado remontar ese establecimiento ganadero y criar a los otros tres muchachos, Roberto había crecido prácticamente solo y de un día para el otro había comenzado a llamarlo papá, tal como hacía Mario; ninguno osó corregirlo. Mejor si se olvidaba del pasado, que fuera feliz en esa inconsciencia que solo tienen los chicos.

Mateo y Jerónimo, por el contrario, nunca lo habían llamado de otra manera que no fuera Dante. Los jovencitos estaban en plena adolescencia y se enredaban en las peleas propias de la edad. Mateo era de carácter bravo, tenía un fuego interno que bullía y era difícil de apagar. El enojo por la muerte de sus padres, a quienes había visto caer, se le había instalado en el pecho como una piedra y estaba todo el tiempo en una actitud desafiante. Más de una vez se había trezado con su hermano y Dante había tenido que separarlos cuando Mario no lograba mediar entre ellos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó cuando el niño estuvo cerca.

—Mira —abrió los brazos y mostró su tesoro: una paloma—. Está herida, no puede volar.

—A ver... —Dante recibió en sus manos al ave que temblaba y quería escapar. La revisó, tenía herida una de sus alas—. No es nada grave, solo necesita un poco de cuidado y podrá irse.

—No quiero que se vaya —protestó Roberto.

—¿Por qué no le buscas un nido? Así se siente segura y se acostumbra a tu presencia.

—¡Ya sé! —Sin perder tiempo tomó a la paloma y salió corriendo rumbo al galpón.

Dante volvió a su tarea. Ese día no había ido al campo, había preferido quedarse y avanzar con algunos arreglos de la casa, que tenía atrasados. Además estaba invitado a cenar a lo de Julián y no quería llegar demasiado cansado. Sonrió al pensar en lo que estaba haciendo. Tanto había insistido su amigo que finalmente había aceptado conocer a su cuñada, una joven viuda y sin hijos.

—No pierdes nada con conocerla —había insistido—, es encantadora. No te vendrá mal un poco de compañía femenina.

—No necesito compañía femenina, Julián —había sido su respuesta—, estoy bien así, es demasiado pronto.

—¿Pronto? Pasaron casi tres años, Dante...

Pero Julián era incapaz de comprender. Todo lo que había ocurrido aún flotaba en sueños por su mente. Las muertes, los gritos, la sangre... Y Eva. No podía superar la desaparición de Eva, esa duda sobre su destino, si se había salvado o si había caído en manos de los soldados y su final había sido el de la pobre Lila. El no saber era peor que la cruel verdad. Porque mientras más tiempo pasaba más conjeturaba Dante.

Roberto regresó con una cajita hecha con maderas y pastos a modo de colchón. Sobre él una paloma inquieta miraba a todos lados y aleteaba sin

poder volar.

—¿Crees que estará cómoda, papá?

—Seguro que sí, pero no andes corriendo con ella porque le debe doler. — Ya imaginaba Dante al niño tropezando y a la paloma saltando en el aire sin poder remontar vuelo.

El pequeño volvió a irse y Dante se concentró en terminar lo que estaba haciendo. Era cierto lo que le había dicho a Julián, no necesitaba mujer alguna, solo pensaba en Eva. Estaba bien así, con los chicos, sus descubrimientos y peleas. Y Pilarita, que era el puntal de la casa. Porque la mujer se había ido quedando, siempre amagaba con irse pero nunca lo concretaba, hasta que un día Dante le dijo:

—Dime la verdad, mujer, no me hagas perder más el tiempo yendo al pueblo a pegar carteles buscando empleada —Pilarita hizo una mueca de enojo—. Si ninguna de las que vino te cayó en gracia.

—Tiene razón, Dante, no encuentro a nadie adecuado para el puesto.

—¿Entonces?

—Me quedaré, pero solo porque usted me lo pide. —Dante sonrió, la vieja no iba a dar el brazo a torcer, no iba a reconocer abiertamente que quería tanto a esos chicos que no podría vivir ya sin ellos.

—Gracias, Pilarita, no sé qué haría sin ti.

Cuando el sol comenzaba a caer Dante se preparó para salir. En un primer momento había pensado en ir a caballo, pero había recapacitado y prefirió ir en sulky, aunque tardara más. Iba a conocer a una mujer que venía de la ciudad y aunque no le despertaba demasiado interés intimar con nadie, mejor dar una buena impresión y no llegar sudado y con olor a animal.

Los chicos se quedarían en la casa, era una reunión de adultos. Por lo poco que sabía sobre la cuñada de Julián, vivía en Buenos Aires en una gran casa de estilo colonial que había heredado de su marido, y con la ayuda de su padre administraba los negocios del fallecido, dedicado toda su vida a la

fabricación de muebles de estilo.

—Mi cuñada es una gran mujer —había dicho Julián—; lleva adelante la empresa de su esposo con mano de hierro, pero en el fondo es una sentimental. Y muy bella, por cierto.

Dante había aceptado para no quedar mal ante tanta insistencia por parte de su nuevo amigo, pero dudaba de que pudiera entablar relación alguna cuando él todavía pensaba en Eva. Sin embargo, Julián podía ser convincente cuando se lo proponía... Finalmente le había contado parte de la historia con Eva, era una carga demasiado pesada para llevar solo y sintió que podía confiar en él.

—Como dice el refrán, un clavo saca otro clavo —había insistido su vecino.

Vestido como hacía tiempo no lo hacía apareció en el comedor y recibió la mirada asombrada de los muchachos.

—Estás extraño —dijo Mario—, tú nunca te vistes así, tan...

—¿Y esos zapatos? —observó Jerónimo—. ¿No te aprietan?

Dante sonrió.

—Un poco, las alpargatas son más cómodas, es cierto.

—¿Entonces por qué vas así?

—Porque habrá gente importante.— Se acercó a la puerta y tomó su abrigo—. No hagan renegar a Pilarita. Hasta mañana.

Subió al sulky y partió. Se sentía ridículo yendo a una cita, hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer... Después de Eva nadie había compartido su cama ni sus sentimientos. Azuzó al caballo para que apurara el paso, no quería llegar tarde.

Una vez frente a la casa los perros alertaron sobre su llegada, pese a que lo conocían ladraban de alegría; Julián salió a recibirlo.

—¡Ah, pero qué elegante! —dijo yendo a su encuentro y estrechándolo en un abrazo.

—Esta ropa tiene sus años.

—Vamos, estamos tomando un aperitivo.

Dante le entregó el vino que había llevado. Antes de salir, Pilarita le había dicho que no debía ir con las manos vacías.

Desde el recibidor se escuchaban las voces y Julián dijo:

—Hace rato que no se ven y se están poniendo al día. —Colgó el abrigo de Dante y añadió—: No las hagamos esperar.

Elsa y su hermana estaban sentadas en la sala de estar, ambas tenían una copa en la mano. La anfitriona se puso de pie y fue a su encuentro con la sonrisa pintada en la boca. Era una mujer madura y elegante a quien ni la soledad del campo ni la tristeza de no haber podido tener un hijo habían agriado su carácter.

—Bienvenido, Dante, ¿cómo estás?

—Muy bien, Elsa, gracias por la invitación.

—Ella es Amelia, mi hermana. —La aludida no se levantó de su asiento, solo se limitó a observar al visitante.

—Amelia —repitió Dante—, es un placer conocerla. —Extendió su mano y estrechó los dedos delgados y fríos de la dama.

—Mi cuñado no ha dejado de hablarme de usted desde que llegué —fue su saludo.

—Espero que bien.

—¡Oh, sí, por supuesto!

—Brindemos por el encuentro —propuso Julián, que había llenado una copa más.

Dante observó a la candidata que le habían preparado: era hermosa. Tenía la piel de porcelana, blanca y tersa, como si jamás hubiera recibido un rayo de sol; el cabello castaño oscuro y unos redondos ojos verdes que parecían absorberlo todo. La boca, pequeña, en forma de corazón, iba vestida de un rojo sangre que hacía juego con la piedra del anillo que llevaba en su mano derecha. El vestido era demasiado ampuloso para el campo y al lado de su

hermana parecía una princesa. No pudo evitar compararla con Eva, tan distinta y poco afectada de los adornos y ropas de lujo. Una sonrisa se le escapó de la boca justo cuando Amelia lo miraba.

—Tengo entendido que es usted un nuevo ganadero —dijo la invitada—, ¿lo ha afectado la recesión del mercado internacional?

Vaya, esta mujer es una caja de sorpresas, pensó Dante.

—No tanto como a otros —replicó Olivera—, desde que el año pasado Estados Unidos prohibió la importación de carne congelada argentina por razones sanitarias, muchos han ido cuesta abajo. Pero yo me dedico a vacas lecheras.

—Para peor Francia e Italia aumentaron las tarifas de importación —añadió Julián.

—El mercado inglés también está contrayéndose, si esto sigue así... no sé qué vamos a hacer.

—Amelia —intervino Elsa—, ¿cómo es que sabes del tema? No te hacía interesada por las exportaciones —bromeó la hermana mayor.

—Sabes lo curiosa que soy, Elsa, y con papá en casa es imposible no estar al día. —Mirando a Dante agregó—: Desde que enviudé, mi padre se empeñó en que no debo estar sola y de venir a casa “solo por unos días”, se instaló definitivamente.

—Lo hace para cuidarte —terció Julián.

—¡Como si yo sola no pudiera!

—Por lo poco que pude apreciar es usted una mujer sorprendente —dijo Dante, subyugado por su belleza y su desparpajo.

La mucama anunció que la cena estaba servida y se pusieron de pie para ir al comedor. Julián indicó los lugares a la visita y Dante cayó en su error al sentarse antes de que lo hiciera Amelia, quien se quedó de pie al lado de su silla esperando que él la corriera.

—Lo siento —dijo de inmediato tratando de reparar su falta de

caballerosidad—, he perdido mis modales en el campo.

Ella lo miró sugerente y se pasó la lengua por los labios antes de sonreír.

—Por esta vez está disculpado —dejó que él corriera su silla y luego se sentó.

Dante estaba incómodo, esa mujer era bella pero presumida a la vez y, pese a que lo tentaba conocerla, sabía que no llegaría con ella más allá de la cama.

Mientras cenaban Amelia les contó novedades sobre la gran ciudad de Buenos Aires, inauguraciones a las que había concurrido, conferencias y exposiciones de arte.

—Antes de venir, salí con María Remedios Alsina, ¿te acuerdas de ella, Elsa? También enviudó la pobrecita... —Hizo un gesto de fingido desconsuelo—, de modo que solemos pasear juntas. Fuimos a una exposición de arte sobre la calle Florida, ¿y adivinen con quién compartimos sala?

—No sé... —Elsa también advertía que pese a la insistencia de su marido en presentarlos, eran sapos de distintos pozos.

—¡Nada menos que con el presidente De Alvear!

—Vaya, cuñada, que te codeas con lo más alto.

Dante no sabía qué decir, él no conocía la ciudad de Buenos Aires más allá de la estación.

—¿Va usted al teatro de vez en cuando? —quiso saber Amelia.

—No —su negativa fue cortante y quiso restarle rotundidad—. De donde vengo... no somos muy adeptos al teatro.

—¿De dónde viene usted? —Amelia podía ser insistente cuando quería obtener información. A ella solo le habían propuesto conocer a un nuevo ganadero de la zona, el resto era un misterio. Y le encantaba resolver misterios, más cuando venían con un cuerpo musculoso y unos hermosos ojos verdes.

—De Chaco.

Amelia dejó sus cubiertos y lo miró sorprendida.

—¿El Chaco? ¿Es allí donde se sublevaron esos indios hace un tiempo, no? Cuando temíamos los malones en la ciudad...

Dante sintió que la sangre le hervía. Apretó los puños y Julián advirtió el desatino de haber callado sobre el pasado de Olivera. Amelia podía decir una barbaridad en cualquier momento.

—¿Más vino, Amelia? —le dirigió una mirada por demás elocuente, pero su cuñada no iba a cejar en su intento de saber todo.

—Sí, gracias. Estoy esperando su respuesta —dijo mirando a Dante.

—Así es, allí mismo. —Había tanto fuego contenido en sus palabras y en su mirada, que pareció taladrarla—. Quizás debería revisar las fuentes de información. —Mientras escuchaba, los ojos de la mujer se abrían con desmesura y la boca dibujaba una O gigante y muda—. No hubo sublevación alguna sino una masacre.

—Dante, lo siento —dijo Elsa—, mi hermana no está al tanto...

—¿Una masacre? —repitió Amelia—. ¿Estaba usted ahí?

—Amelia, deja ya de preguntar —insistió Elsa.

—No, ella no tiene la culpa de lo que dijeron los diario. —Dante apoyó los cubiertos sobre la mesa y la miró a la cara—. Sí, yo estaba ahí porque vivía en la reducción de Napalpí. Tengo un hijo mitad indio, un cuñado indio y vivimos con dos jovencitos más que pude salvar de la matanza.

—¡Oh! —Amelia estaba asombrada y por primera vez en toda la noche se quedó sin palabras.

—Lo lamento, Dante, no creímos que fuera necesario...

—No hay problema, ustedes no tienen la culpa —en contra de toda norma de protocolo se puso de pie—. Lo lamento, pero prefiero ir a casa.

Amelia no lograba salir de su aturdimiento y quedó sentada viendo que el resto abandonaba la mesa para acompañar al invitado.

—Dante, mi hermana no es lo que parece —justificó Elsa—, solo que es muy curiosa y busca siempre llamar la atención.

—No te preocupes, Elsa, tengo que aprender a superar esto. Pese al tiempo transcurrido hay cosas que no puedo olvidar. —Se puso el abrigo—. Pensarán que soy un maleducado y tienen razón, espero que esto no empañe nuestra amistad.

—Dante... nos conoces —dijo Julián—. Pasaré mañana por la estancia. Con un buen vino me olvidaré de todo.

Se abrazaron y Dante saludó a Elsa.

Después subió al sulky y se perdió en la noche.



CAPÍTULO 84

Coronel Suárez, agosto de 1925

Eva rompió aguas en la mitad de la noche. Se despertó mojada y creyó que estaba en un sueño húmedo. Al advertir la causa se levantó como pudo, haciendo caso omiso a los dolores que la doblaban en dos cada vez con más frecuencia. No tenía nada preparado para el parto. Aún faltaban varias semanas para la fecha prevista, pero como todo en su vida, ese bebé se presentaba antes para trastocarle más los planes.

—Inés —golpeó a su puerta con las escasas fuerzas—. Es el momento, Inés —insistió.

La directora, todavía somnolienta, se asomó a medio vestir, pero al ver el camisón mojado y la cara de espanto de su protegida, reaccionó con velocidad.

—Vete a la cama —ordenó—, enseguida me visto y hago traer a la comadrona.

Lo que vino después fue un ir y venir por los largos pasillos del asilo buscando paños limpios, fuentones y jarras de agua tibia. Todo el lugar se puso en marcha para recibir a ese bebé que se anticipaba por varios días y ponía a todos de cabeza.

La partera llegó cuando las contracciones ya eran demasiado seguidas y la parturienta se partía en dos de dolor. Al examinarla confirmó que el nacimiento era inminente.

—Calma, Eva —dijo con la serenidad de quien ha asistido a una veintena de primerizas—, el niño viene en camino como si viajara en un tren.

Los ojos de la madre se abrieron con desmesura y un grito desgarrador alejó a las jovencitas curiosas que pretendían asomarse por la puerta.

Inés mandó a todo el mundo a sus habitaciones y se quedó con las dos cocineras, mujeres de experiencia que podían servir para algo.

Después se aproximó a la cama y limpió el sudor de la frente de Eva.

—Tranquila, todo estará bien.

La matrona preparó todo para recibir al bebé y puso manos a la obra.

—Ya viene, vamos, puje un poco más —indicó.

Eva se aferraba a las sábanas con los puños apretados en cada contracción mientras su entrepierna quemaba. Los dedos de la partera hurgaban dentro de ella y pudo sentir cuando la criatura la atravesó, coronando el nacimiento con un llanto de gatito que se unió al suyo.

—Es una niña, una perfecta niña.

La madre se relajó y cayó en el sopor del después. Apenas sintió cuando la comadrona tuvo que suturar sus desgarros y vio como en sueños a Inés envolviendo en una sábana a un paquetito morado.

Cuando despertó era de día. Miró a su alrededor, estaba sola en su cuarto y no había signos de haber ocurrido un nacimiento. ¿Lo habría soñado? Se miró el vientre, pero la pelota que la había habitado durante los meses previos ya no estaba, solo una leve inflamación y un ardor allí abajo. ¿Dónde estaba el bebé? Una niña... eso había creído escuchar... ¿dónde estaba? ¿Qué habían hecho con ella? El miedo la ocupó, quería al menos conocerla antes de que se la llevaran. ¿Se la llevaran? Ya no estaba segura de querer eso, al menos quería verla.

—¡Inés! —llamó, pero la voz le salió debilitada. Quiso levantarse pero al bajar las piernas y querer incorporarse sintió un mareo que la volvió al lecho.

La puerta se abrió y entró la directora.

—¿Dónde está?

—¿Cómo te sientes, Eva?

—¿Dónde está mi hija? —Había desesperación en su voz.

—Está bien, tranquila. ¿Cómo estás tú?

—Quiero verla —pidió—. No se la lleve...

—La niña no irá a ningún lado —la tranquilizó—, no hasta que tú lo digas.

Eva suspiró y se aflojó sobre la cama.

—¿Es normal?

—Claro que sí, ¿por qué no habría de serlo? Ella está bien, es una criatura preciosa, Eva, tiene unos rasgos perfectos. —La madre sonrió e Inés supo que nada ni nadie la apartaría de su hija—. ¿Estás bien?

—Sí, algo dolorida.

—Iré a buscarla, hemos tratado de engañarla con un biberón, pero esa niña quiere a su madre.

—Yo... no sabré qué hacer —se angustió Eva.

—Sí, sabrás.

Al quedar sola Eva cerró los ojos y trató de olvidar el odio y el rencor que sentía cada vez que recordaba la violación. No quería que eso influyera en el momento de conocer a su hija, temía el rechazo.

La puerta volvió a abrirse e Inés ingresó con los brazos llenos. Se acercó sonriente y se agachó para poner al bebé en su regazo.

Eva la recibió y al sentir su tibieza las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Sus ojos aguados no podían apreciar el rosado de la piel ni la boquita perfecta. En un impulso la besó en la frente y la directora supo que acababa de derribar su propia muralla. No quería quebrar ese idilio, esa comunión perfecta entre madre e hija.

La madre recorrió sus facciones y contó uno a uno sus dedos.

—Los tiene todos —dijo Inés sin dejar de sonreír y festejar ese encuentro.

—Es muy hermosa —murmuró Eva, todavía emocionada y conmovida.

—Deberías ponerla al pecho, a ver si te bajó la leche.

Eva recordó lo que había visto hacer a las madres en Napalpí, se abrió los botones del camisón y sacó el pezón. No hizo falta demasiado para que la niña se prendiera y empezara a chupar; mientras lo hacía, del otro pecho chorreaba un líquido blancuzco y liviano.

—Las dejaré a solas —dijo Inés—, este es un momento muy especial. —Eva agradeció con un gesto, sin dejar de mirar a su niña.

El amamantamiento le cambió las decisiones. Ver a su hija alimentarse de su propio seno mientras su pequeña mano apretaba sus dedos, sentir el calor de ese cuerpo diminuto que llevaba su misma sangre, le trastocaron las ideas. Supo en ese momento que, por más que ese bebé fuera el recuerdo eterno de una violación, jamás podría separarse de él. Ni la niña ni ella eran culpables de todo lo ocurrido. Eva tuvo en ese momento la firme decisión de criar a esa criatura y olvidar el pasado. Nunca más pensaría en su concepción; taparía ese crimen con una historia inventada, un gran amor trunco por la fatalidad de la muerte. Volvería a Buenos Aires, retomaría su carrera y empezaría una nueva vida junto a su hija. Su hija le daba fuerzas.

Al abrir la puerta Inés la halló con la pequeña durmiendo sobre su pecho y una inquebrantable determinación en la mirada.

—Vaya, veo que se van entendiendo —dijo a modo de broma.

—Así es. —Una sonrisa anticipó todo.

—Bueno, tendrás que ponerle un nombre.

—Rosalía, se llama Rosalía, como la amiga que perdí en Napalpí.

A partir del nacimiento la suerte pareció cambiar para Eva y la idea de una maldición, como había dicho su madre, se fue alejando. No podía sentir una felicidad plena, pero ¿quién podía? Era dichosa, su hija era sana y allí las querían y cuidaban. Evitaba salir a la calle; todavía era sensible a las miradas y a los murmullos, pero el saber que su estancia en ese pueblo tenía fecha de vencimiento la colmaba de fuerza.

La crianza de Rosalía era apacible; la pequeña era tranquila, muy lejos de ser un alma atormentada como había creído su madre a causa de su concepción. Los primeros meses Eva no pudo dedicarse a otra cosa que a la beba, dormía poco y había bajado más kilos que los que había aumentado en el embarazo. La partida hacia Buenos Aires era su meta y ni bien pudo empezó a coser para afuera, lo único que podía generarle ingresos sin salir del asilo. Sabía que el tiempo pasaba rápido y que al cumplir Rosalía su primer año tendrían que irse.

Llegada la fecha revisó sus ahorros y su ánimo cayó a sus pies: no era suficiente para afrontar un viaje ni su subsistencia en Buenos Aires. ¿Qué hacer? Recordó cuando le había robado a su suegra, acto infame producto de su desesperación; no volvería a caer tan bajo. Dejó su orgullo de lado y enfrentó a Inés, la única que podía ayudarla. Y la directora no la defraudó. Le dio una cantidad suficiente para subsistir durante un año, y Eva lo aceptó con la firme promesa de devolverlo con intereses.

—Ten una buena vida para ti y para Rosalía —dijo Inés—, la mereces.

Con apenas dos valijas y unos cuantos bultos, Eva subió al tren que la llevaría a su nueva vida. Durante el viaje se transformó de nuevo en Carola Villegas, estudiante de enfermería.



CAPÍTULO 85

Cercanías de Buenos Aires, 1927

Aun sin haber dormido lo suficiente Dante se levantó al alba después de haber tenido una noche plagada de sus antiguas pesadillas. La conversación de la víspera había reavivado los recuerdos que se le habían aparecido en sueños atroces y gritos desgarradores. Imágenes de su madre asesinada se mezclaban con las de los indios en llamas de Napalpí. Se había despertado envuelto en sudor y sintiendo en la nariz el olor de ese viento de muerte.

Mientras arreaba vacas junto a sus baqueanos pensaba en esa mujer de ciudad, tan distinta a las que él conocía. Era bella, demasiado, pero pertenecía a un mundo opuesto donde él no encajaba. Tampoco encajaba ella en el suyo. Seguramente se horrorizaría de conocer cómo vivían en la reducción, de qué manera subsistían y de sus prácticas religiosas y medicinales. ¿Qué diría al ver a los niños? No, mejor alejarse, por mucho que su amigo insistiera en que le diera una oportunidad, avizoraba problemas. Y él no estaba para problemas... necesitaba paz.

Su pensamiento volvió a Eva, quien seguía sin dar noticias. Había enviado cartas a su abogado en el Chaco, para ver si desde su ausencia había llegado correspondencia a su antigua casa, pero la respuesta había sido negativa; la vivienda se había vendido pero todavía no había sido ocupada por sus nuevos dueños, de modo que toda carta volvía a su remitente. Por momentos temía que hubiese muerto en el Chaco, de ser así nunca se enteraría... no le conocía

pasado ni familia. Su vida era un misterio.

—¡Patrón! —gritó un peón llamando su atención y volviéndolo al presente—. Encontramos unos animales muertos pasando el arroyo... podría ser algún tipo de peste.

Dante azuzó a su caballo y fue tras el muchacho pensando en que era mucho más simple cosechar algodón que criar ganado, pero ya estaba en el baile y había que bailar.

Al mediodía no pudo reunirse con los chicos para almorzar, tuvo que esperar al veterinario para que lo orientara y hasta el hambre se le fue. Por fortuna los mayores ya se ocupaban de pequeñas tareas en el campo, mientras que Mario y Roberto se entretenían desgranando marlos para dar a las gallinas y cuidando a la paloma que finalmente habían domesticado.

Al atardecer, cuando ya se había aseado y tomaba unos mates al frente de la casona, una polvareda que se levantaba por el camino de entrada llamó su atención. El sombrero evitaba que el sol poniente le diera en los ojos y pudo ver que era un sulky. ¿Quién sería? Julián, el más asiduo y casi único visitante, solía ir a caballo. A medida que el transporte se acercaba su pulso se aceleró: era una mujer. Una luz de esperanza iluminó su mente, ¿Eva? Pero cuando el carro se detuvo y vio que era Amelia, la ilusión dio paso a la expectativa.

La mujer descendió con toda la elegancia de la que fue capaz y Dante admiró que hubiera llegado sola. No la había creído capaz de conducir un sulky. Se quitó el sombrero y se acercó a recibirla.

—Amelia, qué sorpresa —no se le ocurrió ninguna otra frase de bienvenida.

—Buenas tardes, Dante —extendió su mano—, espero no ser inoportuna. —Paseó su vista de arriba abajo y Olivera se sintió incómodo. Se sabía sudado, nada apropiado para recibir a una dama.

—No, no, solo que no la esperaba y no estoy vestido para la ocasión. —

Abrió los brazos y señaló a su alrededor—. Tuve un día a plena faena.

—Ya veo... si no le molesta puedo esperarlo —ofreció mientras se dirigía hacia un banco a la sombra de un árbol—. Necesito hablar con usted.

—En ese caso, aguárdeme unos minutos. —Sin esperar respuesta se encaminó hacia la casa.

Amelia quedó mirando su espalda ancha y sintiendo un cosquilleo en el vientre, algo que hacía rato había olvidado. Ese hombre era un enigma para ella, despertaba su deseo dormido y aunque viniera de vivir entre los indios, quería probar su cama.

Dante regresó aseado y con la camisa limpia.

—Si quiere podemos entrar y beber algo —dijo ni bien estuvo frente a ella.

—No hace falta. Venga, siéntese a mi lado —pidió.

—Como guste.

—Anoche... lamento haber sido entrometida, Dante, vine a pedirle disculpas.

—No era necesario, Amelia, usted no tenía por qué saber nada de mí... Supongo que su hermana le habrá contado algo de mi historia y entenderá el motivo de mi partida ayer. Soy yo quien debe pedir disculpas por haber abandonado la cena de malas maneras, pese a que pasaron ya más de dos años, no logro superar esa situación. —Se sorprendió a sí mismo al confesarle tanto a una desconocida.

—Quisiera ayudarlo a superarla... —había una clara insinuación en sus palabras y en todo su cuerpo.

Dante quedó estupefacto, estaba acostumbrado a tomar la iniciativa y esta mujer lo perturbaba demasiado con su actitud de avanzada.

—Amelia... agradezco que haya venido, pero debo serle sincero: no tengo nada para ofrecerle que pueda interesarle.

—¡Oh, no diga eso! Sí que lo tiene, Dante, yo puedo enseñarle el modo. —Desfachatada, apoyó su mano sobre el muslo masculino y sintió que ambas

pieles hervían.

—No juegue conmigo, Amelia... —advirtió.

—Solo me interesa un tipo de juego con usted, Dante —su voz era un ronroneo de gata en celo que excitó al hombre que se creía dormido.

—Es usted sorprendente —rió para salir del apuro en que lo ponía aquella dama. ¿Qué pretendía? ¿Qué la tomara allí, entre los árboles?

—Venga —dijo poniéndose de pie y extendiendo su mano—, demos un paseo.

Dante obedeció y caminaron hacia la arboleda que rodeaba el casco. Se sentía ansioso e incómodo a la vez. ¿Qué debía hacer? Pero Amelia, acostumbrada a lidiar con hombres, le fue marcando el paso. Empezó a hablar de su vida en la ciudad, por momentos soltaba su mano y lo tomaba del brazo haciéndole sentir el contorno de su busto; lo volvía vulnerable, despertaba sus deseos adormilados.

Cuando la luz del día empezó a escasear ella dijo que debía volver.

—No quiero llegar de noche, no conozco bien el camino. —Se había detenido contra un árbol añoso y tiró de su mano para acercarlo—. Bésame, Dante, verás qué bien sabe mi boca.

Y Dante, cuya fortaleza empezaba a caer, se prendió a sus labios. Ella, rápida, se apretó contra su cuerpo, olvidando que era una dama, disfrutó sentir su erección y saber que él la deseaba tanto como ella a él. Era un buen inicio.

—Tengo que irme —cortó el beso, un poco por la hora y un poco porque no quería que la primera vez fuera allí, entre los yuyos. Ya habría tiempo para eso, no podía negar que había fantaseado con las tolderías donde él había vivido y hacer el amor a la luz de las estrellas.

Del brazo volvieron hasta la casa y Dante la acompañó hasta el sulky.

—La próxima vez vendré más temprano, así me invitas a tomar el té —dijo, insinuante—. Y me presentas a tu familia.

Él asintió, aunque no estaba muy seguro de que fuera conveniente que conociera a los chicos. ¿Qué les diría? ¿Que era una amiga? Nadie lo creería, su mirada de animal en celo la delataba, y él no se quedaba atrás.

—Manda mis saludos a Elsa y Julián —dijo a último momento. Ella sonrió y partió.

Esa noche, luego de la cena en familia, le costó conciliar el sueño pese al cansancio. Pensaba en Eva, en cómo se iba alejando la esperanza de encontrarla aunque el amor permaneciera intacto. Y pensaba en Amelia, quien le despertaba el deseo dormido.

Al día siguiente se reunió con Luis Rincón. Quería comprar un auto. El de su padre lo había vendido antes de dejar Resistencia, y quién mejor que él para encargarse de los trámites y llevarlo a la ciudad en su caso.

—Me ocuparé —prometió—. A propósito, hay un remate de cabezas que podría interesarle, un establecimiento que se vino a pique con la crisis —ofreció.

—¿De cuánto estamos hablando?

Rincón le dijo la cifra.

—Lo pensaré.

—Le vendría bien aumentar su ganado, Olivera —aconsejó—. Debería al menos duplicarlo, animales más jóvenes quizás, hace casi tres años que está en el mercado lechero, ya tiene un nombre.

—¿Cuándo es ese remate?

—Dentro de una semana.

—De acuerdo, pero consígame un coche primero.

Esa tarde recibió la visita de su amigo Julián, quien lo puso al tanto de las novedades ganaderas.

—Tienes suerte de estar en el rubro lechero —dijo, mientras tomaban mate en el sector que Dante se había hecho preparar al costado de la casa y bajo los árboles—. Bien sabes que en la “guerra de los frigoríficos” los pequeños

empresarios quedaron liquidados y con el último acuerdo de octubre, los más beneficiados fueron los norteamericanos.

—Debo reconocer que no sé mucho del tema. Esto de las vacas y las lecherías todavía me cuesta. A veces pienso que debí seguir con el algodón.

—Pero tus números cierran, ¿o no?

—Sí, de momento sí, Rincón se ha convertido en mi asesor a cambio de un porcentaje que pago con gusto. —Hizo un gesto de desazón—. De otra manera esto se hubiera venido abajo.

—Por cierto... mi cuñada se va el viernes, y por lo que insinuó está esperando tu visita.

—Es una mujer sorprendente —sonrió al evocar su atrevimiento.

—¿Quieres venir mañana a cenar?

—Ahí estaré.



CAPÍTULO 86

Buenos Aires, 1928

Por qué me haces esto, Darío? —la voz de Carola era airada—. ¿Acaso es una venganza porque no caigo rendida a tus pies?

—No sabes lo que dices, Carola, no es personal. ¿Me crees capaz de caer tan bajo? Sé reconocer cuando una mujer no quiere nada conmigo.

—¿Entonces?

—Desde la muerte de Francisco —se refería al niño al que Carola atendía con devoción, cuya infección se había complicado inexplicablemente— estás como ausente. Sé que ese chico era tu debilidad y quiero prevenir cualquier accidente. Hoy fue Francisco, mañana será otro...

Carola bajó la vista, tenía razón. Ese jovencito se había instalado en su corazón y su muerte la había marcado. Su superior estaba en lo cierto, trabajaba como una autómatas y más de una vez había olvidado aplicar alguna medicina a horario.

—Es por tu bien, Carola —insistió Darío—. No quisiera que por una negligencia perdieras tu trabajo. Por eso preferí destinarte al piso de adultos.

—Está bien, discúlpame.

—Tal vez en un tiempo puedas volver al área, pero debes recordar: no involucrarte.

—Lo siento, perdona lo que te dije antes.

—Solo hay una manera para que te perdone y es aceptando mi invitación a

cenar.

—¡Como eres! —se quejó mientras se alejaba, sin advertir que era una broma.

A partir de ese día, aunque no le gustase, trabajaría en el piso destinado a los pacientes adultos, mucho más complicados y prepotentes que los niños, y con patologías a menudo bastante complejas.

Al llegar a su casa, cansada porque ese día había hecho doble jornada, cenó frugalmente y acompañó a Rosalía a la cama. Le leyó el cuento de todas las noches y después se desparramó sobre su lecho. Quería escribirle a Inés con quien se comunicaba todas las semanas, también a Guido. El niño le respondía a veces, pero siempre le llegaban las noticias por medio de Mirta, la delegada de la familia, y le contaba cómo estaban Amanda y el jovencito. Su suegra últimamente tenía problemas de salud, su corazón había empezado a fallar. Mirta lo atribuía a los muchos problemas que se había hecho a causa de sus hijos y de su mal genio. Carola le había ofrecido que se trasladara a Buenos Aires, en el hospital había muy buenos médicos que podrían ayudarla, pero Amanda era demasiado terca y orgullosa como para aceptar su ayuda.

Se durmió antes de tomar el papel siquiera y su último pensamiento fue para su niña, que dormía plácida en el cuarto contiguo.

—Mamá, ¿podré tener un hermanito? —preguntó Rosalía durante el desayuno; Carola quedó boquiabierta y sin saber qué responder.

—¿Y a qué se debe eso?

—En uno de los cuentos que me lee doña Carmen hay hermanitos, Hansel y Gretel. Sería divertido.

—Sí, sería divertido —reconoció—. Ya veremos más adelante —dijo con la esperanza de que la niña se olvidara, como solía ocurrir con todos sus pedidos.

—¿Tú no tienes hermanitos?

—No. —Sonrió pensando en los cuñados de Dante, ellos sí que eran una familia numerosa. ¿Qué habría ocurrido con Lila? La incertidumbre era lo peor—. Vamos, date prisa que llegaré tarde, como siempre.

En la puerta de la casa de doña Carmen, Carola se agachó y besó a su hija.
—Pórtate bien —dijo al despedirse.

Apurada, caminó hasta el hospital, y al llegar tuvo que asistir a una reunión del área. Sus compañeras eran nuevas para ella y extrañó a Delia, con quien siempre charlaba un rato antes de comenzar la faena.

La mañana venía agitada: pacientes que se iban de alta, habitaciones que había que acondicionar para recibir a los nuevos, aplicar inyecciones, ayudar a desinfectar heridas y colocar bacinillas.

Cerca del mediodía un alboroto en los pasillos la llevó al centro del huracán: un par de camilleros arrastraban a toda velocidad una camilla donde un anciano de aspecto cadavérico sufría convulsiones. El médico de guardia dictaba órdenes y ella obedeció. Detrás venía un grupo de personas, seguramente familiares del enfermo, a quienes una de las enfermeras frenó detrás de la puerta de emergencias.

El doctor ordenó la medicación para estabilizar al paciente mientras se le hacían los controles de rutina.

—Su pulso está normalizándose —dijo Carola.

Continuaron con estudios y pruebas hasta que el anciano estuvo fuera de peligro.

—Pásenlo a una habitación —ordenó el doctor—, iré a informar a la familia.

Recién a media tarde permitieron el ingreso a las hijas del nuevo paciente, a quienes el doctor ya había informado de la patología sufrida y el pronóstico.

Mientras controlaba sus signos vitales Carola pudo apreciar que ambas eran bellas, en especial la más joven. Afuera había un hombre, el marido de alguna de ellas, supuso.

Al terminar su turno quiso ver a Delia y la buscó en la sala de enfermeras de pediatría. Conversaron un rato y, como siempre, rechazó la invitación a salir el siguiente sábado.

—¿Piensas transitar el resto de tu vida en soledad? —dijo Delia.

—No estoy sola, tengo a mi hija.

—Me refiero a otro tipo de compañía —al decirlo revoleó sus ojos al cielo —. Tú sabes...

—Y tú sabes que no tengo ganas de “ese tipo de compañía”.

—Allá tú... Tienes a Darío comiendo de tu mano e insistes en rechazarlo. Dios le da pan a quien no tiene dientes.

—Si sabía que ibas a sermonearme no hubiera venido a verte.

—Ve, ve con tu hija... Mañana es tu franco, espero que aproveches el día con ella.

—Lo haré.

Al día siguiente Carola y Rosalía durmieron un poco más de la hora acostumbrada y juntas fueron a almorzar a una plaza. La madre había preparado una canasta con un pequeño picnic que disfrutaron debajo de los árboles. Después les dieron miguitas a las palomas y Rosalía pudo acariciar a unas cuantas que se acercaron a comer.

—Mira, mamá, allí hay un niño con una pelota. ¿Puedo jugar con él? — Carola vio que se trataba de una madre sola, como ella. Y un pequeño de unos cinco años. Autorizó el pedido y disfrutó de ver a su hijita corriendo tras el balón, los cabellos al viento y la sonrisa perpetua en la boca.

No quería que se criara sola, como ella, le hubiera gustado tener una familia de verdad, pero ya había resignado esa opción. Pensó en Dante, tal vez hubieran sido felices juntos... Pero eso estaba ya muy lejos. Ella arrastraba la desgracia, sus dos intentos de pareja habían resultado fallidos, mejor permanecer sola aun si eso implicaba que Rosalía creciera sin más vínculos que los que haría cuando fuera a la escuela.

Mientras la niña jugaba y reía sacó un cuaderno de la canasta y empezó a escribir la demorada carta a Inés. En ella le contó los avances de Rosalía, su cambio de sector en el hospital, sin mencionarle sus dudas ni su soledad. Después le escribió a Guido, el niño no había respondido la carta anterior, pero era propio de la edad, seguramente estaba entretenido con otras cosas.

Cuando el compañero de juegos de Rosalía anunció que se iba, Carola saludó con la cabeza a la madre y recibió a su hija que estaba sudada y feliz.

—Mamá, quiero tener un hermano como Felipe —pidió.

—¿Felipe?

—Mi amigo.

Carola sonrió y le dio algo para beber mientras limpiaba su rostro acalorado.

—Vamos a casa, así te das un baño —fue su respuesta.

Reunieron todo y regresaron. Esa noche Rosalía se durmió en la mesa.

Al día siguiente en el hospital le tocó atender al nuevo paciente, quien lucía un mejor estado.

—Me dijeron que mañana le darán el alta —dijo Carola mientras le tomaba la fiebre.

—Así es, no me gusta estar acá. —No era una queja, sus ojos eran bondadosos—. Extraño mis rutinas.

—Lo entiendo. Descanse un rato, por lo que sé no pudo dormir mucho anoche.

—No, es cierto...

—Trate de hacerlo ahora, falta poco para el horario de visita y su familia querrá verlo bien.

—Vendrá una de mis hijas, la otra ya volvió al campo. No pudo quedarse, pero prometió visitarme en mi casa.

—Le cerraré la puerta, así no escucha tanto ruido. —Al salir, Carola siguió con los demás pacientes, olvidando al anciano.

Darío tenía razón. Con los adultos, por amables que fueran, no generaba vínculo alguno; en cambio con los niños... Se preguntó desde cuándo había cambiado tanto y enseguida supo la respuesta: el nacimiento de su hija.

Más tarde, cuando retiraba la merienda de la habitación de un enfermo, se cruzó con la hija del anciano de las convulsiones, que llegaba para visitar a su padre. La bella mujer de redondos ojos verdes la saludó con una sonrisa.

Unos metros más atrás venía un hombre cuyo aspecto, a la distancia, era muy parecido al de Dante, aunque tenía una leve cojera. Por un instante a Carola se le paralizó el corazón y sintió que su cuerpo se quemaba, le temblaron las piernas y la bandeja en sus manos estuvo a punto de caer. Él seguía avanzando, todavía no la había observado. Al quedar frente a frente Carola confirmó que era él. ¿Qué hacía allí? Impresionada, bajó la vista y continuó caminando como pudo. Fue un segundo en que sus ojos se cruzaron y Carola creyó morir. Sintió que él se detenía y giraba, y una voz que lo llamaba:

—Dante, ven, que papá nos espera.

Carola dobló por el pasillo y se apoyó contra la pared. Toda ella temblaba, las lágrimas caían solas de sus ojos y era tal su estado que fue resbalando hasta acabar sentada en el suelo. Otra enfermera fue en su auxilio y llamó a un médico justo cuando ella perdía la conciencia.

En el dormitorio del anciano, Dante oía las palabras de Amelia en conversación con su padre sin entender su contenido. Todavía tenía en sus ojos la mirada de esa mujer, esa enfermera tan parecida a Eva.

—Dante, ¿estás bien? —interrumpió Amelia advirtiendo su palidez—. Estás como si hubieras visto un ánima.

—Me falta un poco el aire. Disculpe, Fermín, saldré un momento.

—Ve tranquilo, en todo caso busca un médico.

En el pasillo, Dante también se auxilió en la pared. No podía ser Eva... pero era igual, solo que con otro color de cabello y un poco más de carnes.

Pero la mirada... la mirada era la misma, y por un instante creyó que ella también lo había mirado con asombro.

¿Y si era ella? Corrió en la dirección en que la había visto irse, rastrilló todos los pasillos y no la encontró. Desesperado, llegó hasta el cuarto de enfermería y preguntó.

—¿No vio su nombre, señor? Todas lo llevamos bordado en el guardapolvo.

—No presté atención... —balbuceó—, era rubia y salía del cuarto de Fermín Almanza.

—Debe ser Carola —terció otra—. Acaba de irse, no se sentía bien. ¿Qué necesita?

—Nada, solo agradecerle lo bien que atendió al señor Almanza... ¿dónde podré encontrarla?

—Mañana, si es que se recupera, aquí mismo.

—Carola me dijo.

—Sí, Carola Villegas.

Dante salió del hospital desorientado y sin escuchar ninguna de las novedades que Amelia contaba sobre la recuperación de su padre. Carola Villegas... ¿sería pariente lejana de Eva Solanas? El parecido era impresionante, tenía que volver a verla y preguntarle por Eva.



CAPÍTULO 87

Cercanías de Buenos Aires, fines de 1927

La relación entre Dante y Amelia se había estrechado. La mujer se las ingeniaba para viajar al campo cada vez más seguido, no porque le gustara sino porque ansiaba ver al amigo de su cuñado, quien si bien había aceptado sus besos se mostraba reticente para llevarla a la cama.

Dante la deseaba. Amelia era una mujer sorprendente, siempre coqueta y alegre, pero no le parecía bien meterla en su casa y compartir su lecho estando los chicos dando vueltas por ahí. Él no era hombre de aventuras, pero tampoco quería encarar una relación seria, lo cual lo dejaba en una encrucijada de la que no podía salir.

Por fortuna, los negocios y los muchachos lo tenían bastante ocupado y caía rendido por la noche; las pesadillas estaban cada vez más lejos, espaciadas, y Eva había pasado a ser un lindo y nostálgico recuerdo.

Finalmente había comprado el coche, un Ford T que Luis Rincón le había conseguido por medio de un conocido. El vehículo había sido uno de los primeros ensamblados en la planta que la Ford había hecho construir en el barrio de La Boca en 1922, y estaba en perfectas condiciones.

—Ahora podrás visitarme en la ciudad —dijo Amelia cuando lo vio llegar a casa de su hermana conduciendo su flamante adquisición.

Amelia había viajado para quedarse por el fin de semana, en su mente solo un objetivo: acostarse con Dante. Pondría toda su artillería de seducción para

definir esa relación que no era ni una cosa ni la otra, apenas unos besos robados —por ella— cuando caminaban por los alrededores y alguna que otra caricia osada que ella provocaba. Dante la trataba como si fuera una muchachita virgen, demasiado respetuoso, tanto que hasta Amelia llegó a pensar que no le gustaban las mujeres. *No, es demasiado varonil, tiene un hijo... Tal vez yo no le gusto.* Ante esa posibilidad había viajado decidida a salir de dudas. Si ese fin de semana no lo tenía en horizontal volvería a la ciudad y procuraría olvidarlo. Hombres solteros y apuestos había muchos.

Pero Dante, a quien sus necesidades masculinas tenían en jaque, se mostró bien predispuesto a intimar con ella. Fue él quien tomó la iniciativa una tarde en que habían salido a cabalgar, alejándose de la estancia.

Debajo de una arboleda empezaron a besarse, y una mano llevó a la otra hasta que se encontró con Amelia desnuda y vibrante a su merced. El macho que habitaba en él se montó sobre ella y le brindó todo el placer que Amelia venía ansiando, satisfaciendo a su vez sus propios deseos.

Después descansaron mirando el cielo nublado, él fumando y ella sonriendo, hasta que la noche empezó a oscurecerlo todo y decidieron volver.

Algo había cambiado en sus miradas, algo que tanto Elsa como su esposo advirtieron y callaron, hasta que al estar solos en su habitación pudieron poner en palabras.

Ese fue un fin de semana decisivo en la relación, porque Amelia enseguida le puso los puntos:

—Si vamos a estar juntos, quiero conocer a tu familia, Dante.

—Y así será, pero deja primero que hable con los chicos —prometió, aunque no estaba demasiado convencido.

Olivera se vio envuelto en una relación apasionada, porque Amelia era como un volcán siempre dispuesto a estallar. Ante sus requerimientos comenzó a viajar más seguido a Buenos Aires, lo cual también le otorgó otras relaciones provechosas para su establecimiento. Nuevos vínculos con

comerciantes y empresarios que a la larga le trajeron buenos negocios.

Cuando estaban en la ciudad nunca aceptaba hospedarse en casa de Amelia, pese a su insistencia; prefería guardar las formas, por ello se alojaba en algún hotel céntrico, donde ella lo visitaba y ponía a prueba su resistencia física.

Amelia no estaba enamorada, ella lo sabía; nunca le había dicho que lo quería. Tampoco se lo exigía a él. Era de las que pensaba que mientras hubiera buena química y atracción en el lecho, el resto venía solo. Y se sentía poderosamente atraída por ese cuerpo musculoso y firme que vibraba cuando le hacía el amor. Podía pasarse horas recorriendo con sus dedos sus numerosas cicatrices, deteniéndose con ternura en aquella que lo había marcado para siempre con su cojera.

—¿Cuándo voy a conocer a tu familia? —insistió una tarde, luego de hacer el amor en uno de los hoteles de la ciudad.

—A su tiempo, Amelia. Los chicos han pasado por muchas cosas, no quiero preocuparlos innecesariamente.

—¿Preocuparlos? —Ella se puso en alerta—. ¿Y por qué habrían de preocuparse?

—Tú sabes, la idea de una madrastra...

—¿Madrastra? —Amelia empezó a reír—. ¡Por el amor de Dios! ¡Qué feo suena eso! —Dante la miró, sintiéndose ridículo. ¿Acaso no pretendía eso?—. Escucha, Dante, no quiero ser una segunda madre para esos chicos, sí, no pongas esa cara. Solo quiero poder ir a tu casa, conocerlos, compartir paseos, cenas, tal vez podrían venir a conocer la ciudad...

—Creí que... —se sintió tonto. Se puso de pie y empezó a vestirse.

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vas? Esto recién empieza...

Él hizo un gesto para que se callase.

—¿Estás ofendido? ¿Acaso pensabas que quería casarme contigo? — Amelia se puso de pie y se apretó a su espalda. Sus pechos en punta le

erizaron la piel—. Vamos, Dante, somos adultos, yo soy una mujer viuda, nunca tuve instinto maternal. La pasamos bien juntos, me encantaría conocer a tu familia y compartir con ellos... pero de ahí a casarnos...

—Tienes razón —Dante giró y la tomó por la cintura—, es demasiado pronto, el tiempo dirá.

En el fondo, aun cuando se sintió un idiota al principio, después experimentó alivio. Tampoco estaba seguro de querer casarse con ella. No había un sentimiento fuerte que los uniera, excepto la pasión, y bien sabía él que esta se esfumaba cuando la costumbre se metía en la cama.

A partir de allí su relación fue mucho más relajada y sincera, aunque Dante nunca la mezcló con su familia pese a que ella insistió:

—Amelia, nuestra relación es de a dos —le hizo saber—, tú misma lo dijiste aquella vez, no tienes instinto maternal, no quiero sembrar una expectativa con los chicos, no ahora que están acostumbrándose a la nueva vida. Sigamos así, y si algún día decidimos dar el paso —él no lo creía— te prometo que vendrás a mi casa y conocerás a mis hijos.

Amelia finalmente aceptó y se dedicó a disfrutar de ese hombre que la atraía tanto y que en la cama era cada día más osado.

Elsa y Julián, al tanto de la relación, respetaron la decisión de la pareja y aprovechaban las ocasiones en que podían reunirse para comer o viajar juntos a Buenos Aires.



CAPÍTULO 88

Buenos Aires, 1928

Después de cruzarse con Dante en el hospital, Carola, descompuesta, tuvo que abandonar su puesto y volver a su casa. Fue demasiado fuerte verlo de nuevo después de tanto tiempo. En ese segundo en que sus ojos se cruzaron el mundo se detuvo. Creyó que él la había reconocido, pero de ser así hubiera corrido tras ella. No, Dante no la había identificado; tal vez había notado el parecido y por eso se había detenido, pero después había acudido al llamado de la mujer. ¿Quién sería? Estaban juntos, de eso no había dudas... ¿Sería su esposa? ¿Pero qué hacía él en Buenos Aires? ¿Y Mario? Tantas preguntas, ninguna respuesta.

Llegó antes del horario esperado a buscar a Rosalía, y doña Carmen, al ver su palidez, insistió en que se quedara un rato. Le hizo beber uno de sus brebajes, aduciendo que estaba mal alimentada.

—Ya me imagino cómo te alimentas —dijo ante las quejas de Carola—. Toma esto, te hará bien.

La muchacha tomó el vaso y lo olió frunciendo la nariz.

—¿Qué es esto?

—Una mezcla de miel con jugo de limón y vinagre de manzana. Todos los días un vasito y estarás como nueva.

—¡Pero si yo estoy bien, doña Carmen!

—Tu cara dice otra cosa —la reprendió—. Tu hija te necesita. Además, si

no estás fuerte, en el hospital puedes contagiarte cualquier peste.

Carola prefirió callar y obedecer. En el fondo, le hacía bien que alguien se preocupara por ella. ¿Cómo explicarle que su palidez se debía a que se había cruzado con el hombre que amaba y al que había renunciado? Mejor dejarla creer que estaba débil y ya.

—Gracias, doña Carmen, es usted muy atenta conmigo.

Finalizado el brebaje recogió las cosas de Rosalía y se fueron.

—¿Mamá, podemos ir a la plaza a ver si está mi amigo Felipe? —pidió la niña en la vereda.

—Hoy no mi vida, no me siento del todo bien.

—¡Un ratito!

Carola miró a su hija y su mirada la desarmó. Rosalía se sentía sola, su vida transcurría entre las paredes de su pequeño hogar y la casa de doña Carmen. Había descubierto a un amigo de su edad e insistía en volver a verlo. *Pobrecita mi chiquita, necesita tener una familia normal, hermanos, primos... Deberá resignarse a criarse como yo.*

La madre recordaba su propia infancia, sin el entorno familiar que había visto en sus compañeras de colegio, o mismo en el Chaco, donde todas las familias eran numerosas. Ella se había criado sola con Ernesta, a quien la desaparición del marido había agriado el carácter. Carola no quería ser como su madre. Al final, Delia tenía razón. ¿Qué vida llevaba? Negándose todo el tiempo a conocer otra gente o divertirse. Tal vez si abriera su círculo podría ofrecerle algo mejor a Rosalía. Pero por mucho que lo pensara... no deseaba a un hombre. Y menos luego de haber visto a Dante. Dante, con sus ojos de monte, con su mirada única. ¡Cómo lo extrañaba! ¡Qué distinto era el amor que sentía por él y el que había sentido por Antonio! De solo pensar en Dante todo el cuerpo se le conmovía.

—¡Mamá! —la voz de Rosalía la trajo de vuelta al presente—. ¡Por favor!

—¿Qué dices?

—La plaza, un ratito.

—Está bien.

Después de todo... ella sabía que no estaba débil, solo estaba aturdida por el encuentro. Le vendría bien despejarse y tomar algo de aire. Aún quedaba un buen rato de sol para poder disfrutar.

Felipe estaba con su madre y la sonrisa de Rosalía al verlo corriendo detrás de la pelota fue suficiente premio para Carola, quien se sentó a mirarla.

Al atardecer volvieron de la mano, la madre más aliviada, y Rosalía, cansada y feliz.

Esa noche Carola apenas pudo dormir, el recuerdo de Dante y todo lo que habían vivido juntos se mezclaba en su mente cada vez que el sueño parecía llegar. Las pesadillas hicieron otro tanto, y el amanecer la arrojó a la cocina donde se puso a remendar ropa hasta que se hizo el horario de levantar a la niña.

Cuando estaban por salir, recibió al cartero. El telegrama decía que Amanda había fallecido, Mirta le pedía que viajara, necesitaba ayuda.

Sin pensarlo armó la valija con algo de ropa y otras pertenencias y salió para la casa de doña Carmen.

Allí dejó a la niña.

—Será solo un rato, tengo que avisar en el hospital —le dijo a la anciana—, vendré cuanto antes y nos iremos a la estación.

—¿Quieres dejarla? Yo puedo ocuparme —ofreció.

—No sé cuántos días estaré ausente, mejor viene conmigo —se acercó y le tomó las manos—. Gracias, doña Carmen, es usted muy buena.

—Anda, ve tranquila, que aquí nos quedaremos pintando hasta que regreses.

Volver al hospital implicaba la posibilidad de reencontrarse con Dante y mientras se acercaba a la entrada sentía que el corazón le saltaba en el pecho. Caminó presurosa hacia la enfermería y, sin mirar a los costados, buscó a su

superior. A borbotones y queriendo huir cuanto antes de ahí le explicó lo ocurrido y obtuvo el permiso para ausentarse.

Horas después viajaba en el tren junto a Rosalía rumbo a Las Flores, mientras Dante llegaba al Hospital Británico.

Olivera había salido temprano del hotel donde se hospedaba. Había rechazado quedarse en casa de Amelia aun cuando esta había insistido en aprovechar la ausencia de su padre. Necesitaba estar solo, tenía que hablar con esa mujer que no le había permitido dormir durante toda la noche. Seguramente era pariente de Eva; el parecido era notorio, los mismos ojos, la misma nariz... tenía que conocerla.

Caminó por los pasillos escrutando el rostro de cuanta enfermera se cruzaba en el camino. Ninguna era la tal Carola. Llegó hasta la enfermería, vacía por el momento, y debió aguardar a que alguien dispuesto a informarle se hiciera presente.

Pasaron unos cuantos minutos, hasta que una asistente cargando una bandeja llena de vendas y tijeras llegó a la sala. Al verlo ahí parado en actitud de espera le preguntó qué necesitaba.

—Estoy buscando a una enfermera, Carola Villegas.

—No vino hoy. —La mujer siguió trajinando con su instrumental dando por finalizada la conversación.

—Es urgente —insistió.

—Está de licencia —informó sin ganas—, no volverá hasta dentro de unos días.

—¿De licencia? ¿Acaso está enferma?

—Señor, no lo sé. —Su rostro le indicaba que la estaba demorando—. Pregunte en personal en todo caso.

Después de un buen rato de dar vueltas por el hospital Dante recibió la información: Carola Villegas había tomado una licencia por muerte de un familiar.

¿Quién sería? La duda continuó ametrallando su mente, evitando que se concentrara en lo que tenía que hacer.

Regresó a su hotel sin visitar siquiera a Fermín Almanza. Horas más tarde, después de despedirse de Amelia, quien advirtió su repentina frialdad, volvió al campo. Sus hijos lo necesitaban.



CAPÍTULO 89

Las Flores, 1928

A dónde vamos, mamá? —quiso saber Rosalía ni bien descendieron del tren.

—Vamos a visitar a unos parientes —Carola no sabía muy bien qué decirle a su hija—. Habrá un niño. Es un poco mayor que tú, pero pueden ser amigos.

—¿Como Felipe?

—Sí, como Felipe.

Caminaron lo más rápido que los pasos pequeños y torpes de Rosalía les permitían y llegaron hasta la casa de Amanda.

Mirta les abrió la puerta y ambas mujeres se abrazaron. Al ingresar, el olor a flores muertas y encierro las golpeó en la cara; en el medio del comedor el cajón impresionaba. A su alrededor había varias sillas donde vecinos y conocidos cumplían el ritual de llorar a la muerta.

Rosalía miraba todo sin comprender por qué esa gente estaba tan triste. Tironeó de la falda de su madre y preguntó:

—¿Por qué todos están de negro, mami? Y están llorando...

Desde su altura, no divisaba a la mujer que dormía su sueño eterno en el ataúd.

Mirta se agachó:

—Ven conmigo a la cocina, allí podrás tomar una buena taza de leche.

Seguro que tienes hambre.

De la mano de Mirta, Rosalía dejó el comedor mientras que Carola se acercaba a despedirse de su suegra.

Le causó pena ver a Amanda, tan fuerte y determinada, reducida a un cadáver arrugado y flaco. Después de lo vivido en Napalpí nada podía impresionarla. De todas maneras, el dolor se hizo presente y se inclinó sobre su frente para darle el último beso.

Después miró a su alrededor, no conocía a nadie. Fue tras los pasos de Mirta e ingresó en la cocina. Allí estaba Guido, más alto y crecido de lo que esperaba. El jovencito la miró y enseguida se puso de pie. Se abrazaron, él se apretó contra ella.

—Guido... —Se separó para mirarlo—. Qué grande que estás... pero si eres todo un hombrecito.

—Hola, Carola —su voz también había cambiado.

—Veo que ya conociste a mi hija, espero que puedan ser amigos.

—¿Qué pasará conmigo ahora?

Carola y Mirta se miraron, ni siquiera había pensado en eso.

—Tú no te preocupes por eso, querido. —Acarició su cabeza—. Ahora vamos a despedir a la abuela.

El desfile de gente siguió durante todo el día, y al atardecer apareció el cura para darle su bendición en el último viaje. Los niños permanecieron todo el tiempo en la cocina; hablaban poco, apenas se conocían. Rosalía había esperado que su nuevo amigo fuera más divertido, pero Guido lucía triste y preocupado; apenas si le prestó atención. Cuando el cansancio de la niña la tumbó sobre la mesa, Mirta la tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Guido permaneció despierto hasta que la casa se fue vaciando y cada cual volvió a su hogar.

El entierro se haría al día siguiente. Mientras tanto, debían dormir con el cajón cerrado en el comedor.

Al quedar solas Carola y Mirta se sentaron en la cocina.

—Toma —ofreció Mirta—, un buen vaso de vino es lo que nos hace falta hoy para poder dormir en paz.

Carola agradeció y brindaron por la memoria de Amanda.

—¿Qué pasó? Era tan fuerte... —dijo Carola.

—Lo era, pero tantos disgustos a lo largo de su vida terminaron por debilitar su corazón —explicó Mirta—. De todas maneras, estaba feliz —sonrió—. En los últimos tiempos con Guido habían logrado un vínculo muy unido, sus últimos años fueron dichosos.

—Me alegro de que haya sido así, por ambos.

—Carola... ¿qué pasará con él ahora? Digo... no tiene otra familia más que tú.

—¿Amanda dijo algo antes de...?

—No lo dijo, pero dio a entender varias veces que si algo le ocurría debía recurrir a ti, que tú sabrías qué hacer. Hay dinero...

—¡Mirta, por Dios! —la detuvo—. No hablemos de dinero.

—Es un mal necesario, Carola. Si piensas hacerte cargo del niño vas a necesitarlo.

Carola bajó los ojos, ella tampoco estaba en buena posición económica, y ya tenía a Rosalía.

—¿Recuerdas el dinero que le enviabas a Amanda para devolverle... aquello?

—No me hagas revivir eso, por favor.

—La caja de ahorros está a tu nombre. —La muchacha abrió los ojos, sorprendida.

—¿A mi nombre, dices?

—Sí. Amanda depositó en ella todos tus envíos. Decía que era para la educación de Guido.

—No me extraña de ella —sonrió Carola—, siempre tan previsora.

—Hace un tiempo me dijo que la había puesto también a tu nombre... por si algo le pasaba, para que pudieras disponer del dinero.

—Pero... ¿entonces ella sabía que iba a morir?

—Tal vez lo presentía. —Mirta extendió las manos por sobre la mesa y tomó las de Carola—. Escucha, tú eres la única que puede hacerse cargo del niño, yo ya soy una mujer grande... Es lo que Amanda quería aunque nunca lo dijo expresamente. Dejó todo preparado para que así fuera.

Carola bajó la cabeza, sería duro mantener a dos niños... ¿qué diría doña Carmen cuando se enterara de que tenía que cuidar a dos? Además, Guido tenía que continuar el colegio... Mejor no pensar.

—Carola, ¿qué dices?

—Está bien —consintió antes de arrepentirse—. Vendrá con nosotras.

—¡Gracias, Carola! Sabía que no lo abandonarías.

El entierro y todos los preparativos demoraron el viaje varios días. Había que desocupar la casa para ponerla en venta, preparar los papeles y equipaje de Guido, dejar todo listo para poder partir y no tener que regresar.

Rosalía se fue ganando la confianza de Guido y hasta logró hacerlo sonreír. La pequeña estaba feliz de tener un nuevo amigo, aunque este fuera algo serio y triste. Pero confiaba que con el paso de los días sería más divertido.

—Me dijo mamá que vendrás con nosotras a casa —le dijo una tarde mientras Mirta y Carola vaciaban roperos y embalaban cosas.

—Sí, ahora no tengo otra familia.

—¿Seremos hermanos?

—Algo así.

—¡Estoy feliz! Mi mami es muy buena —explicó con una gran sonrisa en el rostro—; le pedí tener un hermanito y enseguida vinimos aquí a buscarte.

Guido no pudo dejar de sonreír ante la inocencia de la pequeña.

—¿Y qué dirá tu papá? —quiso saber. Tal vez al nuevo marido de Carola no le gustara recibirlo.

—Yo no tengo papá, seremos solo nosotros. Y doña Carmen, que es como una abuela.

Guido pensó que era mejor así. Solo ellos tres.

Durante su estadía en Las Flores, Carola le contó a Mirta todo lo que le había ocurrido en el Chaco. Incluso le habló de Dante. También le confesó el origen de la niña, a fuerza de hablarlo había podido sanar esa parte tan dolorosa de su vida.

—¿Por qué renunciaste a él cuando te enteraste de que estaba vivo?

—Porque llevo encima una maldición, Mirta, tenía razón mi madre.

—¡Carola, no digas pavadas!

—Es verdad... estoy destinada a ser infeliz. Primero las desgracias sufridas con Antonio, luego con Dante... Dos historias similares que terminaron en tragedia. Después... la violación, llevo una muerte encima. No podría mirarlo a los ojos.

—¡Fue en defensa propia! La justicia así lo dijo Carola, deja de castigarte.

—Ya renuncié a él.

—Eso es mentira... estás triste, y no es por Amanda.

—¡Cómo te atreves a decir algo así!

—Tú sabes bien qué quiero decir. No renunciaste a él, todavía tus ojos se iluminan cuando hablas de ese hombre.

Carola bajó la mirada, Mirta tenía razón. Haberlo visto de nuevo había removido todo en su interior.

—Lo vi —dijo en voz baja—, lo vi justo antes de viajar para acá.

—¿Lo viste? Pero... ¿dónde?

—Estaba en el hospital, nos cruzamos... fue un segundo —le refirió el episodio con lujo de detalles—. Creí que me moría, Mirta, me tembló todo el cuerpo, el corazón se me salía por la boca.

—Tienes que buscarlo, está en Buenos Aires... seguramente en la ficha de ese paciente podrás encontrar algún dato.

—Estaba con una mujer, tal vez fuera su esposa...

—No pierdes nada con intentar, Carola, ve en busca de tu felicidad.

—No sé qué hacer, Mirta, no lo sé.

Finalmente todo estuvo listo para la partida. En la estación, Carola y Mirta se abrazaron. Ambas sabían que no volverían a verse en mucho tiempo. Después la mujer se despidió de Guido, quien lucía nervioso ante su nueva vida.

El tren se puso en marcha llevando tres almas expectantes: incertidumbre para Guido, ilusión para Rosalía, duda para Carola.



CAPÍTULO 90

Cercanías de Buenos Aires, 1928

Otra vez Dante había encontrado a Mateo bebiendo, lo cual aumentaba su mal genio y lo lanzaba a la pelea con su hermano. En esta ocasión la situación se había salido de cauce y el muchacho había intentado usar el facón que habitualmente llevaba en la cintura. Por suerte Dante estaba cerca para impedir una tragedia.

Agarró al joven del brazo intentando detenerlo y este lo enfrentó, cuchillo en mano. Dante no dudó ni un instante, se abalanzó sobre él y lo desarmó de un puñetazo. Todo fue cuestión de segundos. Mateo quedó en el suelo, sangrando por la boca, mientras que Jerónimo lo miraba sin comprender cómo habían llegado a esa situación. Había sido una simple discusión de hermanos, nada que justificara tanta violencia.

Mario y Roberto habían presenciado la escena y el más pequeño empezó a llorar, de susto y de pena.

—¡Levántate y párate como un hombre! —ordenó Dante.

Mateo, cuyos ojos brillaban de orgullo herido, obedeció. Olía a alcohol y tenía la mirada vidriosa.

—Debería darte vergüenza lo que hiciste. Ahora pídele perdón a tu hermano.

Mateo murmuró unas palabras.

—Que te escuchen todos.

—Lo siento —su voz tenía encerrado un profundo rencor.

—Ustedes, fuera de aquí —dijo Dante a los otros. Cuando quedaron solos arremetió de nuevo contra Mateo—. Aquí tienes la oportunidad de ser alguien en la vida y la estás desperdiciando. ¿Quieres ser un indio bruto y vivir borracho peleando por ahí?

Mateo negó con la cabeza.

—Entonces aprovecha lo que tienes. La próxima vez que te encuentre bebido te irás. ¿Entendido?

El muchacho balbuceó algo.

—¿Has entendido?

—Sí, lo siento de verdad.

—Ahora ve a mojar te la cabeza y a sacarte ese olor que tienes encima. No habrá segunda oportunidad para ti.

Mateo se alejó rumiando su enojo. Tendría que ser más cauto la próxima vez. Desde que había probado el vino y sus efectos, era más feliz. Se olvidaba de su pena y se dormía más rápido. Tendría que buscar la manera de conseguirlo sin que Pilarita y las otras mujeres se dieran cuenta, o ir a la cantina como iban los peones. Pero él no tenía dinero... ya se procuraría algunas monedas.

Dante buscó a los más pequeños para ver cómo estaban y después de intercambiar con ellos palabras y consejos se fue a los fondos para seguir trabajando. Estaban preparando nuevos alambrados para evitar que los animales pasaran al campo vecino y, para ello, había que cortar más postes.

La noche los reunió para la cena, Dante no perdía de vista la actitud de Mateo, quien se mostraba sombrío y ausente. Los demás estaban locuaces, Mario y Roberto contaban los progresos de la paloma que habían domesticado, a la que habían bautizado.

—Ahora cuando nos escondemos y la llamamos viene y se posa en mi hombro —dijo orgulloso Mario.

—No creí que las palomas fueran tan inteligentes. —Dante estaba sorprendido de que todo aquello fuera verdad—. Ahora, a la cama, y mañana no hagan renegar a Pilarita.

—¿Te vas mañana? —quiso saber Mario.

—Solo unas horas...

—¿Cuándo podremos ir contigo a Buenos Aires? —preguntó Jerónimo.

—Cuando vaya de paseo, y no es el caso. —Era mentira, pero ¿qué les diría? ¿Qué volvía a la ciudad a buscar a un fantasma?

Aprovechando la ausencia de Dante, al día siguiente Mateo ingresó en su despacho y se hizo de una cuantiosa suma de dinero. Durante la noche había ideado un plan, estaba harto de vivir según las reglas de Olivera, ya tenía edad suficiente como para independizarse. Quería volver a Chaco, a su antiguo hogar. Preguntando llegaría a la estación de trenes y se subiría a uno que lo devolviera al monte, a su pasado, a sus raíces.

Le hubiera gustado llevar a Jerónimo con él; después de todo era su hermano, pero sabía que no tenía su misma determinación, que era miedoso y que prefería civilizarse, como solían decir los blancos respecto de ellos. Allá él.

Aguardó hasta la hora del almuerzo. Sabía que Pilarita daría la voz de alarma si el chico no se presentaba a la mesa, además quería asegurarse de que Dante ya estuviera en la ciudad. Después de comer junto al resto buscó el momento para alejarse, campo a traviesa, hacia su libertad. Apenas se llevó un atado de ropa, unos pedazos de carne cocida y unas frutas. Eso le alcanzaría hasta subirse a un tren.

Nadie reparó en su ausencia; el chico solía desaparecer durante horas. Algunas veces iba al campo con los peones, porque Dante quería que aprendiera el oficio. Otras, se alejaba hacia el arroyo que corría cerca y se quedaba esperando que algún pez cayera en su red.

Cuando se hizo de noche y Dante llegó a la estancia luego de un viaje

infructuoso, porque nadie supo darle datos sobre Carola en el hospital —su licencia continuaba—, en la mesa del comedor había un sitio vacío.

—¿Y Mateo?

Todos se miraron, nadie lo había visto desde el mediodía.

Un presentimiento demasiado fuerte hizo que Dante se levantara con tanto ímpetu que su silla cayó al suelo. Pese a su cojera salió del comedor con velocidad y se dirigió al dormitorio de los hermanos. Allí corroboró que faltaba el morral que Mateo solo se quitaba para dormir y unas pocas pertenencias.

El instinto lo llevó hasta su despacho donde advirtió que faltaba dinero de su cajón.

—Se fue —dijo apretando las mandíbulas y los puños—. ¿Nadie lo vio? ¿Es que nadie le prestó atención durante todo el día? —había un velado reproche a todos, aunque en realidad no había culpable alguno. Él mismo tendría que haberse dado cuenta de que algo tramaba el muchacho, que todo ese fuego contenido en su mirada oscura algún día iba a estallar.

—Yo... —quiso decir Pilarita, sintiéndose en falta.

—Ya está, no es culpa de ustedes. Solo es culpa mía.

—¿A dónde habrá ido? ¿A la ciudad? —intentó la mujer.

—Lo dudo... Mateo no es bicho de ciudad...

—Yo creo saber a dónde fue —dijo Jerónimo, sintiendo que todos los ojos apuntaban hacia él.

—Dime, Jerónimo, es urgente que lo encontremos. —Dante ya estaba a su lado, animándolo.

—Él siempre quiso volver a la reducción. —Había temor en su voz.

—¿Al Chaco? —Dante dio unos pasos llevándose la mano a la frente—. Pero... ¿qué espera encontrar allí?

De inmediato emprendió la marcha. Fue hasta su cuarto, metió algo de ropa en un bolso y después volvió al despacho, donde abrió y cerró cajones

bajo la mirada atónita del resto.

—Iré a buscarlo. —Dirigiéndose a Pilarita dijo—: Mañana manda a buscar a Julián, para que se haga cargo de lo que les haga falta durante mi ausencia.

—¿Te vas a Chaco, papá?

—Si es necesario... Tengo que traer a Mateo sano y salvo.

—No pensaré salir de noche... —intentó la mujer.

—Cuanto antes vaya, habrá más probabilidades de hallarlo.

Dejó a Pilarita y a los chicos llenos de recomendaciones, después se despidió y salió rumbo a la ciudad. Tal vez tuviera suerte y lo encontrara antes de que se subiera a un tren.



CAPÍTULO 91

Buenos Aires, 1928

La estación de Retiro era enorme, Dante apenas la conocía. El diseño se correspondía con el patrón europeo de finales de siglo XIX. El edificio se dividía en dos grandes sectores. El enorme vestíbulo, las confiterías y el sitio destinado a boleterías, estaba influenciado por el academicismo francés, con finas terminaciones y cielorrasos revestidos con mayólicas británicas. Las antorchas que los iluminaban eran de estilo florentino.

La vez anterior Dante no había tenido tiempo de apreciar nada de eso y ahora también lo apremiaba el tiempo. Tenía que encontrar a Mateo. Había viajado a la mayor velocidad posible y había arribado pasada la medianoche. No era sitio para un muchacho solo y sintió miedo de que le hubiera pasado algo.

Buscó la boletería correspondiente al tren que partía para Resistencia y allí no le supieron informar si Mateo había comprado pasaje, no le dieron mayor importancia a la descripción del chico.

Desesperado, se dirigió a los andenes. Allí el estilo era diferente, con su estructura de hierro y vidrio, característica de la Segunda Revolución Industrial. Había cerca de ocho plataformas conectadas por túneles, cubiertas por dos naves paralelas. Era inmensa. Dante elevó sus ojos: la altura le era incalculable, sostenida por una bóveda metálica de cañón corrido soportada por arcos de hierro.

Caminó por la estación a lo largo y a lo ancho sin hallar rastros de Mateo. Tal vez había abordado el tren anterior, o tal vez ni siquiera había ido a Buenos Aires y estaba bebiendo en las cantinas cercanas a la estancia. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Pensó en volver, pero estaba cansado y era tarde; no confiaba en que sus ojos agotados estuvieran atentos durante el viaje. Mejor esperar a que se hiciera día y que el próximo vagón para el norte hiciera su ingreso. Si Mateo estaba allí seguramente aparecería para abordarlo.

El cansancio lo vencía y varias veces cabeceó sentado sobre el banco, vigilando las entradas al andén, buscando con su mirada desfalleciente. Hasta que finalmente el sueño lo venció y se durmió. Ni los ruidos cercanos ni el pitido de algún tren lejano lograron despertarlo.

Fue un vigilante quien debió sacudirlo creyendo que se trataba de otro borracho. Al advertir que estaba bien se alejó después de responder las preguntas de Dante.

Ya era casi de madrugada, en pocas horas la estación se llenaría de gente y el tren rumbo a Resistencia haría su triunfal entrada.

Caminó un poco, tenía los músculos entumecidos, y en los sanitarios se lavó la cara. El hambre se hizo sentir y cayó en la cuenta de que no había llevado nada para comer. Fue hasta las confiterías y compró algo para aliviar el estómago, que necesitaba un desayuno urgente.

Cerca de las nueve había un gran movimiento de gente que llegaba para subirse a un tren, otros venían a recibir a sus parientes, varias formaciones tenían previsto su arribo en minutos.

Dante avanzó buscando entre la multitud, tratando de distinguir al muchacho. Un convoy proveniente del interior hizo su entrada y los pasajeros empezaron a descender. Los andenes se fueron llenando y Olivera se alejó en dirección contraria dándose vuelta de vez en cuando por las dudas de que Mateo anduviera por allí. Algo le decía que estaba cerca, sentía una extraña

palpitación en el pecho, señal de que algo ocurriría.

Fue en uno de esos giros cuando una figura captó su atención. No era Mateo, pero sí una mujer. Una mujer igual a Eva. Estaba de espaldas, pero toda su postura le pertenecía. La dama en cuestión conversaba con alguien que no podía ver, parecía dar órdenes, hasta que pudo entrever que se trataba de niños. Ella avanzó, llevaba a una niña de una mano y una valija en la otra. A su lado, un jovencito cargaba también equipaje. Se alejaron en dirección contraria y a Dante se le escapó un grito:

—¡Eva! —la mujer se detuvo, fue apenas un segundo, pero de inmediato se agachó para atar un cordón en los zapatos de la pequeña.

No puede ser ella, no es Eva, pero ¿por qué me atrae tanto?

La dama en cuestión terminó de sujetar el calzado y giró el rostro en la dirección de la voz que había gritado. Lo hizo muy solapadamente, y Dante vio que se trataba de Carola Villegas. Quiso correr en su dirección; al fin estaba de vuelta, tal vez ella pudiera informarle sobre Eva. Dio unos pasos, nervioso, pero la presencia de un hombre al lado de los niños lo detuvo. ¿Quién sería? Seguramente el marido. Se detuvo en seco, molesto por la intromisión. ¿Es que acaso le interesaba Carola Villegas? Sí, su parecido con Eva lo volvía loco. Tenía que hablar con esa mujer y despejar sus dudas.

El hombre dijo algo, Carola asintió y siguió de largo. El sujeto quedó en el andén. Mejor así, pensó Dante, envalentonado para seguirla, cuando el recuerdo del motivo de su presencia allí lo trajo de nuevo a la realidad. Mateo. Ya la buscaría en el hospital ahora que estaba de vuelta.

Corrió hacia el andén donde el tren rumbo a Resistencia estaba llegando. Aguzó la mirada entre los pasajeros, no eran muchos, lo cual facilitaba su búsqueda. Y allí lo vio. El muchacho avanzaba con la mirada perdida, estaba golpeado y con restos de sangre seca. ¿Qué le había ocurrido?

Dante se apresuró en su dirección. La antigua herida de su pierna dolía, pero hizo caso omiso. Cuando lo tuvo frente a sí lo tomó por los hombros.

—Pero ¿qué te pasó? —Mateo lo miró, arrepentido—. ¿Por qué hiciste esto, Mateo?

—Lo siento —el muchacho lucía vencido.

—¿Quién te hizo esto? —observó sus golpes, tenía un corte en la sien y otro en la boca.

—Unos ladrones, se llevaron el dinero.

—Dinero que tú habías robado. —El joven bajó la mirada.

—Lo siento, quería volver a casa.

Dante lo soltó, se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

—Mateo, allí ya no está tu casa, no hay nada.

—Quiero verlo.

—¿Es que acaso no crees que yo también lo intenté? —el tono de voz era elevado, a él también le dolía la distancia—. Mandé gente a investigar, patrullaron todo, no hay nada allí de lo que teníamos, Mateo. Los pocos que sobrevivieron huyeron, andan desperdigados por otras provincias o parajes. No queda nada de nuestro hogar.

El muchacho se mordió los labios.

—Vamos a casa, Mateo; tu hermano está preocupado por ti, todos los están.

Mateo se dejó conducir en silencio, sabía que Dante tenía razón. ¿Qué hacer? ¿Dónde estaba su lugar en el mundo?

Era cerca del mediodía cuando emprendieron el regreso a la estancia. Habían hecho un alto para comer, dado que el jovencito estaba hambriento; el robo del dinero le había impedido comprar alimento. Ni siquiera había adquirido el pasaje, pensaba escurrirse en el tren.

En la casa Jerónimo lo recibió con un abrazo, que Mateo resistió estoico, el cuerpo tenso; le era difícil demostrar y recibir cariño. Los otros niños lo bombardearon a preguntas y Pilarita le reprochó con la mirada lo que había hecho.

—Vete a descansar, hablaremos en mi despacho antes de la cena —dijo Dante; las cosas no iban a quedar así.

El mismo Olivera se recostó un rato, estaba cansado y aturdido. Esa mujer de la estación, Carola Villegas, tan parecida a Eva. ¿Se había detenido por el zapato de la niña o había sido su llamado? La duda le martilleaba en el cerebro. Tenía que volver a verla.

Antes de la comida Mateo se presentó en su escritorio. Se había aseado y lucía en buen estado.

—Siéntate —ordenó Dante—. Somos una familia, Mateo, una familia hecha de retazos, pero familia al fin. Aquí las cosas se hacen siempre pensando en la familia. ¿Entiendes?

El muchacho asintió.

—Si insistes en que quieres irte, no voy a retenerte, pero te irás previa despedida y por la puerta principal. No como un fugitivo. ¿Queda claro?

—Sí.

—Si decides quedarte, será bajo mis reglas. Y las mismas indican que no puedes beber a escondidas. Eres un niño. Cuando demuestres que eres un hombre responsable yo mismo te serviré una copa. Lo entiendes, ¿verdad?

El jovencito volvió a asentir.

—Tú decides.

—Yo... —Mateo dudaba. Sabía, en el fondo, que no recuperaría todo aquello que tenía antes, nada había quedado de la reducción ni su familia, solo su hermano.

—No tienes que decidirlo ahora, pero tienes que prometerme que no escaparás. Si quieres quedarte puedo darte un trabajo y un salario, como aprendiz. —Los ojos negros se iluminaron—. Tendrás que ser responsable, y si luego quieres irte, lo harás con tu dinero. Pero nada de bebida.

—Está bien.

—Empezarás mañana mismo. A las seis preséntate con Vila —se refería a

su capataz, José María Vila, alias “El Mueca”.



CAPÍTULO 92

Buenos Aires, 1928

Doña Carmen escuchó con atención el relato de Carola, parcial por cierto. No era necesario contarle todo su pasado, pero sí debió mencionar a su primer marido.

—Pobre criatura —dijo la anciana.

—¿Podrá cuidar de él hasta que consiga escuela?

—Claro que sí, Carola, tú tienes que trabajar.

—Le pagaré más, por supuesto —ofreció.

—Haremos una cosa, Carola, yo cuidaré de ambos por el mismo precio hasta que empiece el colegio. Luego, si hace falta que lo cuide en algún otro horario... lo arreglaremos.

—Gracias, doña Carmen, no sé qué haría sin usted.

A Guido le gustó la gran ciudad. Comparada con su pueblo, Buenos Aires se le hacía gigante. Todo lo asombraba y disfrutaba de mirar los avances que iba descubriendo. Si bien él había vivido allí, era demasiado chico como para apreciarlo.

La casa era pequeña y ambos niños tuvieron que compartir espacio, lo cual sirvió para unirlos. Rosalía estaba feliz de tener un hermano y no cesaba de agradecer a su madre el que le hubiera conseguido uno tan pronto. Carola sonreía ante sus planteos.

Tardó unos días en volver al hospital y cuando lo hizo recibió la noticia: un

hombre había estado buscándola en su ausencia. Recordó a Dante, seguro que era él. Cuando la había llamado en la estación había estado a punto de correr a su encuentro, pero a último momento había reaccionado y fingió atar un cordón. ¿Qué le diría? Había tanto para explicar... Además él estaba con una mujer en el hospital; de seguro era casado, no tenía sentido ya. Mejor dejar las cosas en el pasado.

—¿Qué le dijo? —preguntó Carola al empleado de personal.

—Que estaba usted de licencia.

—¿Dijo quién era?

—No.

Todo ese día anduvo nerviosa, mirando por sobre su hombro por si aparecía. El paciente Fermín Almanza había sido dado de alta, de manera que era poco probable que volviera a verlo por allí, pero mejor estar prevenida.

Lo que no sabía era que Dante había vuelto al hospital y, con la excusa de ser un pariente recién llegado a la ciudad, había obtenido su dirección después de sonreír con desmesura a la jovencita que llevaba los legajos de empleados.

Luego de dejar la situación de Mateo en orden, Olivera había viajado a Buenos Aires con el afán de hablar con Carola Villegas. Amelia se enteró de su estadía y se presentó en el hotel.

—Pareces sorprendido, querido —dijo ni bien abrió la puerta de la habitación—. ¿Por qué no me avisaste que venías? —preguntó así de directa.

—Amelia, vine por otros asuntos.

—¿Es que acaso soy un asunto? —La mujer ingresó, decidida, dejando detrás de sí una estela de perfume dulzón—. Ven, dame un buen beso. —Dante obedeció, pero no fue un buen beso—. Parece que no es el mejor momento para una visita, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —mejor decirle la verdad antes de que las cosas se salieran de cauce—. Necesito resolver unas cuestiones, Amelia...

—Me parece que esas cuestiones tienen un nombre —Dante bajó la mirada, no servía para mentir.

—Amelia, es algo que tengo que resolver solo. Necesito clarificarme.

—Entiendo. —Si había malestar en la mujer, no lo demostró—. Te dejaré solo, ya sabes dónde encontrarme.

—Amelia, yo... —restos de culpa lo hacían vacilar.

—Ya, ya —lo silenció—. No debí venir. Ya me dejaste bien en claro aquella vez...

—No quiero herirte, tengo que resolver una situación.

—Está bien. Adiós, Dante.

Salió sin siquiera permitirle que le abriera la puerta y pasados los primeros minutos de culpa Dante sintió alivio.

Se arregló para salir, tenía que ver a Carola Villegas.

La dirección de la enfermera quedaba lejos, pero en coche el tiempo sería menos. Estacionó a unos metros y vigiló la entrada. Tampoco podía presentarse en su casa, llamar a la puerta como si nada, ¿qué le diría a su marido?

Estaba ansioso, como si en vez de Carola esa mujer fuera Eva. A veces dudaba si su inquietud se debía a la enfermera o a la mujer que amaba, y esa duda lo volvía loco. Su amor no podía ser tan débil que frente a alguien parecido tambaleara. Pero la enfermera lo atraía como un imán, su mirada no lo dejaba dormir, ¡era tan similar a la de Eva!

La puerta se abrió y la vio salir. Llevaba a la niña de la mano, el jovencito caminaba a su lado. Dante bajó del coche y caminó a cierta distancia. Quería conocer sus movimientos.

Carola golpeó en una casa en la cuadra siguiente y una anciana recibió a los chicos. Después la mujer de sus desvelos continuó caminando hacia el hospital.

Dante la siguió a prudente distancia, pero su ansiedad fue acelerando sus

pasos hasta que estuvo detrás de ella.

—¡Carola! —llamó.

La mujer se detuvo. Esa voz le paralizó el corazón, temía girar aunque bien sabía de quién se trataba. Lo sintió detrás de sí, tan cerca que las piernas le flaquearon.

—Carola —repitió—, necesito hablar con usted.

Dante se paró frente a ella. ¡Por Dios, era igual! Examinó el rostro, los mismos ojos, la boca, hasta la piel era igual. ¡No podía ser! Pero el cabello era rubio, de un rubio demasiado claro, largo hasta los hombros, lo cual le daba un aspecto más femenino. Tenía unos kilos de más, pero en conjunto era igual a Eva Solanas. ¿Por qué se hacía llamar Carola? Antiguas dudas cobraron fuerza.

Ella permanecía expectante tratando de sosegar su corazón. Hacía tanto que no lo tenía frente a sí... Dante lucía igual, aunque algo más avejentado, finas arrugas rodeaban sus ojos de monte.

—Discúlpeme, señora —comenzó, le temblaba la voz—. Estoy buscando a alguien, alguien que es igual a usted... —Eva nunca lo había visto dudar y esa vulnerabilidad la hizo flaquear también—. Quizás sea pariente de usted... Se llama Eva Solanas.

Ella permanecía en silencio, temía que si hablaba la reconocería. ¿Para qué la buscaba? Habían pasado cuatro años... Él tenía a una mujer y ella tenía a los niños.

—¿La conoce?

—Yo... —balbuceó impostando la voz—. No tengo parientes. —Se dio vuelta y empezó a caminar hacia el hospital.

Dante la corrió y la tomó del brazo. Eva reaccionó ante la quemazón y le dio una bofetada.

Un policía que andaba cerca se aproximó.

—¿La está molestando? —Ella asintió—. Señor, aléjese o tendré que

detenerlo.

Eva aprovechó y se alejó casi corriendo. Dante quedó con más dudas que nunca. Esa mujer era igual a Eva, hasta su voz era similar. Estaba nerviosa, pudo notarlo, le temblaban los labios y la voz le había salido vacilante. Pero... no podía ser Eva. ¿Por qué le rehuiría? Eva se interesaría por Mario al menos, por Lila... No podía ser.

Mientras la muchacha acortaba la distancia con el hospital iba reprochándose haber sido tan cobarde. Debería haberle dicho que era ella, arrojarse a sus brazos y dejarse llevar. Después de todo lo que habían pasado, ¿qué importaba si estaba casado? Al menos le hubiera preguntado por su familia, por los niños, por su amiga...

Giró y emprendió el regreso, pero al llegar al sitio Dante ya no estaba. Tampoco el policía.

Estúpida. Tonta, tonta... ¿De qué tienes miedo? ¿Qué más puede pasarte?

Volvió al hospital y trató de concentrarse en sus pacientes.

A pocos metros de allí Dante volvía sobre sus pasos. Iba decidido a saber. Sin dudar llamó a la casa donde había visto ingresar a los chicos. No sabía qué diría, pero algo se le ocurriría.

Atendió la anciana y se presentó como un amigo de Carola.

—Sé que está en el hospital ahora —dijo fingiendo un conocimiento que no tenía—. Pero me habló tanto de usted en sus cartas que quise pasar a conocerla y de paso ver a los chicos.

Doña Carmen dudó, ¿quién sería ese hombre tan atractivo? Carola nunca le había hablado de nadie, era una chica muy hermética. Sin embargo se confió en esa mirada verde y lo hizo entrar.

—Pase, los chicos están en la cocina. ¿Quiere usted beber algo?

—Lo que usted tome estará bien.

Avanzó con expectativa, quería conocer la vida de esa mujer que lo estaba volviendo loco.

—Niños, el señor es amigo de su mamá —dijo—. ¿Su nombre...

—Dante.

Los chicos lo saludaron y siguieron concentrados en las tareas, la niña en sus dibujos y el jovencito en el libro que estaba leyendo. Eran tan distintos... La pequeña era rubia, pero tenía rizos en vez del lacio de su madre, y sus ojos eran los de Carola. En cambio, el niño era más castaño y tenía unos ojos verdes casi aguados.

—¿Y de dónde conoce usted a Carola? —quiso saber doña Carmen mientras servía el té.

—De Chaco. —Quería ver su reacción.

—No sabía que Carola hubiese estado en el Chaco...

—Fue hace unos cuatro años, trabajamos juntos en una reducción.

Doña Carmen se mostró sorprendida.

—Vaya, esa sí es noticia...

Dante se dijo que estaba errando el camino. Esa mujer no era Eva, no podía ser... La edad del niño lo decía, ¿o habría sido ella capaz de abandonarlo? Y estaba la niña... Todo era una gran incógnita.

—En verdad yo era muy amigo de una pariente de Carola, Eva —se animó a decir—. Eva Solanas. ¿La conoce usted?

—No, no le conozco parientes. Solo ella y la niña, hasta que la semana pasada llegó Guido —dijo bajando la voz—. Su abuela falleció, y es hijo del primer marido de Carola.

—Ah... ¿no es su hijo? —ni bien finalizó la frase advirtió su error. Recibió de la mujer una mirada de desconfianza.

—No, ella solo tiene a Rosalía. —Doña Carmen no le quitaba los ojos de encima, algo sospechaba.

Rosalía. Había dicho Rosalía. ¿Podía ser casualidad que la hija de Carola se llamara igual que la mejor amiga de Eva? Dante empezó a sudar y no era por el calor del té.

La conversación que siguió fue intrascendente y sin pensar, Dante quedó aturdido ante el nombre de la pequeña. Quería irse cuanto antes, tenía que ir al hospital. Esta vez Carola Villegas no se le escaparía.

Se despidió de la mujer y le agradeció la merienda.

—Le diré a Carola que estuvo aquí.

—Gracias, doña Carmen, aunque me gustaría darle la sorpresa.

Salió de allí con más inquietud de la que había llevado.



CAPÍTULO 93

Buenos Aires, 1928

Después de dejar la casa de doña Carmen, Dante se apresuró hasta el hospital. No iba a dejar pasar más tiempo. Tenía que hablar con Carola Villegas.

Una vez en el nosocomio la buscó por los pasillos y se atrevió a asomarse en las habitaciones. No estaba por ningún lado. En enfermería tampoco supieron darle información. No podía ser, tenía que estar allí.

La paciencia se le estaba acabando. Presentía que esa mujer escondía algo, en el fondo tenía una sospecha que no sabía si le agradaría o no. ¿Y si Carola y Eva eran la misma persona? Sería una gran decepción saber que le había mentado... Pero no creía en las casualidades.

En ese instante la divisó: venía en su dirección, ocupada en algo que traía en las manos y que a juzgar por lo que se veía, no podía volcarse. Dante aprovechó y se ocultó detrás de un saliente. Ella pasó de largo sin siquiera advertir su presencia. Iba concentrada, con el ceño fruncido, como si su mente estuviera en otro sitio. El hombre la siguió hasta que la vio ingresar en una pequeña sala. Olivera se asomó, parecía un cuarto destinado a depósito de instrumental e insumos.

Carola estaba sola. *Mejor así*, pensó. Ingresó tras ella y cerró la puerta. Recién en ese instante la muchacha advirtió que había alguien más. El cuerpo se le tensó, toda la piel se puso alerta y un nudo apretó su garganta. Sabía que

era él, podía sentirlo, hasta olerlo. Era el sudor de alguien desesperado, todas sus hormonas a flor de piel.

Se dio vuelta tratando de transmitir seguridad a su rostro, aunque sabía que era una batalla perdida. Lo miró a los ojos y las piernas se le aflojaron. Estaba enojado, lo conocía demasiado. Su mirada contenía el fuego de su interior, había reproche en las palabras no dichas.

Pese a ello Dante se aproximó, no necesitaba hablar para confirmar sus sospechas, frente a él tenía a Eva, a su Eva, aunque en ese momento la odiara. No le dio tiempo, necesitaba sentirla. La tomó por la nuca y le comió la boca como un león hambriento devoraría a su presa. Con la otra mano apretó su cintura y le hizo sentir que pese a su malestar la deseaba. Ella no supo resistirse, no quiso, y se aferró a él como si fuera la última vez.

Entre besos y caricias Dante se abrió el pantalón y le levantó la falda. Y allí, contra las estanterías colmadas de medicamentos, hicieron el amor. Un acto sexual desesperado y frenético donde cada uno expresó todo lo que había extrañado al otro.

Saciados sus instintos, se acomodaron la ropa y él se alejó.

—¿Por qué me mentiste, Eva? Estuviste jugando conmigo todo este tiempo.

—Dante, yo... —no sabía cómo empezar, había tanto para contarle y tanto para preguntar—. Cuéntame, ¿cómo está Mario? ¿Y Lila?

—Ahora te preocupan... —había sarcasmo en su voz.

—Puedo explicarte...

—Estoy esperando —se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta cerrada.

—No sé cómo empezar.

—Me lo imagino... tantas mentiras no son fáciles de desenredar. Cuéntame primero cómo te llamas. ¿Eva o Carola? Al menos quiero conocer el nombre de la mujer de la cual me enamoré —pese a la declaración había

rencor en su voz.

—Me llamo Carola. Carola Villegas. Llegué a Napalpí huyendo... —la voz se le aflojó, recordar le hacía mal—. Mi marido... —bajó la mirada— murió, lo mataron. Esos delincuentes me persiguieron, quemaron nuestra casa... estaba el niño, su hijo... —Carola empezó a relatar una historia tan confusa que Dante perdió el hilo.

—Tendrías que haber sido escritora en vez de enfermera —la interrumpió—. Deja ya, tienes una imaginación muy frondosa. ¿Por qué mejor no me dices la verdad, Carola? —acentuó su nombre, que le resultaba ajeno.

—Dime, ¿cómo están todos? Por favor, necesito saber... Te escribí, pero las cartas volvieron...

—¡Qué buen gesto de tu parte! Para que te enteres, Mario está bien, en eso debo darte las gracias, al menos tuviste un gesto de humanidad al ponerlo a salvo. —Ella sintió la puñalada, pero no respondió—. Lila no tuvo tanta suerte... —recordar ese hecho le hizo deponer su actitud defensiva, pero fue solo un instante—. Después de violarla, los soldados la vendieron como esclava. Murió de sífilis.

—¡Qué horror! —Carola se llevó las manos a la boca y no pudo impedir las lágrimas—. ¿Y... los chicos?

—Solo Roberto se salvó, vive con nosotros —al escuchar la palabra “nosotros” Carola asumió que él tenía una familia.

—Lo siento... lo siento mucho, Dante —quiso acercarse pero él se puso alerta y todo su cuerpo la rechazó.

—Será mejor que me vaya, ya no tenemos más que hablar. —No podía seguir allí, no soportaba la mentira. Toda su vida era una mentira, se le vinieron encima los engaños de su padre. No, no podía confiar en Eva. Se pasó las manos por la frente, le dolía la cabeza—. Ahora ya sé que estás viva al menos. Tú sabes salir bien parada siempre.

—¿Bien parada? —De repente, Carola estaba enojada. ¿Qué mal le había

hecho ella? Solo había tratado de sobrevivir, y si le había mentado, había sido por miedo—. ¿Bien parada le llamas a haber sido amenazada y golpeada? ¿Bien parada? Te repito, mataron a mi esposo y de un día para el otro quedé en la calle con un niño ajeno a mi cargo. Con unos matones que me perseguían para cobrarse una deuda que no era mía. —Dante la miraba, pero no había signos de compasión en sus ojos—. Tuve que defenderme, y cuando logré escapar y ocultarme ocurrió aquello en Napalpí. Y esos hombres estaban allí, por eso me fui, por eso tuve que dejar a Mario y escapar. Y después...

—Después te olvidaste de nosotros y rehiciste tu vida —interrumpió Dante—. Conocí a tu hija, es igual a ti pero con rizos, seguramente como su padre.

Los ojos de Carola parecieron salirse de sus cuencas. Recordar al padre de Rosalía era volver hacia el pasado, hacia la violación.

—Al menos le pusiste el nombre de tu amiga...

—¿Rehacer mi vida? ¿Y qué sabes tú? —Estaba fuera de sí y arremetió contra él con los puños. Dante la sujetó por las muñecas—. Nunca pude rehacer mi vida porque el pasado siempre se me vino encima. —Carola casi gritaba, sin importarle que en cualquier momento alguien abriera la puerta ante tanto alboroto—. Mi hija es fruto de una violación, de uno de esos malnacidos que no me dejó en paz . ¡Tuve que matar! —Y ante la cara de sorpresa de Dante agregó—: Sí, maté a un hombre para evitar ser violada por segunda vez, y fui presa por eso. —Se separó y le dio la espalda—. Vete, Dante, será lo mejor. Tú sigue con tu vida, con tu esposa y tu familia. Yo continuaré la mía con los despojos del pasado.

Dante quedó sin palabras. Todo lo que le había dicho lo había aturdido; era mejor alejarse, pensar y no seguir alimentando odios.

En silencio abrió la puerta y la dejó sola. Carola empezó a llorar.



CAPÍTULO 94

Cercanías de Buenos Aires, 1928

Nada de lo que ocurría en la estancia lograba rescatar a Dante del estado de ánimo que había arrastrado desde su encuentro con Eva. Porque para él seguiría siendo Eva.

Después de haberla dejado en el hospital había vagado por la ciudad intentando acomodar en su cabeza toda la información recibida. Como piezas de un rompecabezas que no encajan, Dante trataba de asimilar cómo había ocurrido todo aquello. Y cuanto más pensaba, más lejos de entender se sentía.

¿Por qué no le había contado todo la primera vez, allí, en la reducción? Él la habría ayudado, juntos hubieran podido evitar todo lo que vino después. Si Eva hubiera confiado en él... Pero era terca y se había negado a la ayuda.

Por momentos ponía en duda todo lo que le había contado y temía que fueran más mentiras para generar su pena o su perdón... pero luego caía en la cuenta de que tenía que ser muy perversa para inventar semejante historia.

Tal era su estado que estaba descuidando la vigilancia de Mateo, quien había comenzado a trabajar en el campo bajo la mirada atenta del capataz.

Habían pasado ya diez días y no lograba olvidarla. Esa mañana había recibido invitación de Julián para cenar en su estancia, y pese a que no tenía demasiadas ganas aceptó; necesitaba cambiar de aire.

No sabía que Amelia, venciendo su orgullo y poniendo por delante su capricho, había viajado a la estancia de su hermana para pasar el fin de

semana y había propiciado el encuentro pidiendo a Julián que lo invitase.

—Papá —Mario lo sacó de sus pensamientos—, ¿cuándo me llevarás a la ciudad? Dijiste que cuando creciera iría a un colegio, el maestro dice que estoy muy avanzado y que en cualquier momento se quedará sin lecciones para mí.

Mario había resultado muy inteligente y capaz. El maestro a quien Dante había encargado la educación de los chicos iba dos veces a la semana y se pasaba toda la mañana enseñándoles. Roberto y Mario eran los más avisados; Jerónimo en cambio se resistía a aprender, carecía de interés y todo el tiempo reclamaba que quería trabajar, como su hermano. Mateo ni siquiera se había acercado a los cuadernos que el maestro le había llevado. Pasaba horas en el campo aprendiendo el oficio y cuando llegaba por la noche, estaba tan cansado que lo único que quería era comer y dormir.

Dante veía con buenos ojos que el muchacho se hubiera apegado al trabajo, no había vuelto a beber y de momento guardaba el dinero que se le pagaba como jornalero, que por cierto no era mucho. Olivera no lograba desentrañar qué pasaba por su cabeza, sus profundos ojos oscuros eran impenetrables. *Espero que camine siempre por la buena senda*, solía pensar.

—Tienes razón, hijo, estoy en falta contigo —respondió—. En mi próximo viaje te llevaré y visitaremos los colegios. El año que viene, te prometo, irás a uno.

Su respuesta pareció conformar a Mario, quien se fue corriendo a buscar a Roberto.

Al atardecer Dante ingresó a la casa para asearse, después tomó una botella de la bodega para obsequiar a su amigo y, tras despedirse de los chicos, partió hacia la estancia de Julián.

Allí se encontró con la sorpresa. Amelia lo recibió con una enorme sonrisa, como si hubiera olvidado su rechazo, y lo acarició con una mirada pícaro. Julián notó el malestar de su amigo, se sentía engañado.

En un aparte le pidió disculpas.

—Insistió tanto... —se excusó—. Creí que iba todo bien entre ustedes. Ella dio a entender que... había algo.

Dante era un caballero y no hablaría de su relación con Amelia, pero sí tenía que poner en aviso a Julián para que no cayera bajo sus manejos.

—Julián, de haber algo firme entre nosotros tú serías el primero en saber. —Estaban alejados de las mujeres, cerca del bar—. Hay cosas del pasado que... han vuelto.

—Te refieres a esa mujer.

Dante asintió y su mirada se perdió en el recuerdo.

—Por lo que veo, sigue siendo importante.

—Mucho.

—Soy todo oídos, si quieres contarme, claro —animó Julián, advirtiendo que Dante necesitaba desahogarse.

—Me mintió —asumió al fin—, me mintió y no sé si puedo perdonarla. Pero al no hacerlo me estoy hundiendo. —Levantó la mirada y clavó en él sus ojos verdes, brillantes—. La necesito.

—¿Cuán grave es la mentira? Quiero decir... ¿te fue infiel?

Dante apretó los puños. No, no le había sido infiel, o al menos eso era lo que quería creer. Pero había estado con otro hombre, aun en contra de su voluntad, había yacido con otro y su vientre había anidado a una hija.

—Perdona, Dante, no quise...

—No, no me fue infiel —defendió, los ojos en llamas. El cuchicheo y las risas de las mujeres no hacían del lugar el mejor para una confesión.

—Vamos a mi despacho. —Julián lo tomó del brazo y ambos salieron del salón bajo la mirada intrigada de las damas.

Una vez a solas el dueño de casa le sirvió un whisky.

—Algo fuerte te hará bien. —Se sentaron en los sillones—. Cuéntame.

Dante empezó a hablar. Desde el principio, le contó toda su historia como

nunca pensó que haría frente a nadie. Le habló de Alelí, su primera mujer y su amor de juventud, del enfrentamiento con su padre y su vida con los indios. De su trabajo, de los viajes al norte, del nacimiento de su hijo, de su madre aborígen, cautiva y asesinada... Julián sabía escuchar y apenas lo interrumpía para aclarar algún punto que se le perdía en el relato. Olivera se vació de información y a medida que hablaba se daba cuenta de cuánto necesitaba a Eva.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Julián cuando Dante acabó.

—No lo sé, me estoy volviendo loco. Durante todos estos años intenté olvidarla, arrancarla de mi ser, pero no pude. Ni siquiera la presencia arrolladora de Amelia logró quitármela de la cabeza.

—¿Por qué no puedes perdonarla?

—Porque temo no poder confiar en ella.

—No sé cómo ayudarte, Dante —dijo Julián—. Cada pareja es un mundo; a veces hay que apostar al amor, y hablo con conocimiento de causa. —El gesto de pesar en el rostro de Julián animó a Dante a preguntar.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—Una vez te dije que con Elsa no pudimos tener hijos... —Dante asintió y esperó—. Nosotros también tuvimos una época de crisis, de engaños y de falta de confianza. —Olivera hizo un gesto de incredulidad, nunca hubiera pensado tal cosa de sus vecinos, se los veía fuertes y unidos—. Elsa es estéril, no lo sabíamos antes de casarnos, pero pasaba el tiempo, ella no quedaba... Finalmente los médicos detectaron que algo en su sistema reproductivo no andaba bien. Eso ocasionó un desbarajuste en nuestro matrimonio; ella se sintió menos mujer por eso y yo... —se puso de pie y dio unas vueltas por el despacho—. Yo me dejé llevar por la tentación y la engañé. —Dante se sorprendió ante la confesión—. La engañé nada menos que con una de sus amigas. En ese tiempo vivíamos en la ciudad, no siempre estuvimos en el campo —aclaró—. Elsa no lo hubiera descubierto nunca, pero no pude

soportar la traición y se lo conté. Fue solo una noche, pero la traición me estaba matando. Elsa me echó de casa, estuvimos separados dos años, fueron los peores de mi vida.

—Yo... me cuesta creer lo que me estás contando. Se los ve tan...

—Lo sé —sonrió—. Se nos ve unidos, fuertes. Porque nos amamos todavía más que el primer día. Porque ella me perdonó y volvió a confiar en mí. Dos años me tuvo esperando, dos años duró mi castigo, pero no hubo un solo día en que yo no volviera a la casa a rogarle su perdón. Dos años en que mi vida fue un suplicio, por eso no pude terminar la carrera, estaba desahuciado. Hasta que Elsa me perdonó y decidimos venir a vivir aquí. Cambiar de aire y alejarnos de todo. Empezar de nuevo.

—Vaya, qué historia. —Dante no sabía qué decir.

—Creo que tu chica ya ha sufrido bastante con todo lo que le pasó. Mucha muerte y mucha tragedia a su alrededor, Dante, otra en su lugar hubiera perdido la cordura. Pienso que debes darle una oportunidad.

—¿Me la dará ella a mí?

La puerta se abrió y Elsa se asomó:

—¿Piensan venir a cenar?



CAPÍTULO 95

Buenos Aires, 1928

Vamos, Guido, apúrate o llegarás tarde al colegio —dijo Carola mientras peinaba los rizos rebeldes de Rosalía.

Hacía dos semanas que Guido había comenzado las clases en una escuela del barrio luego de pedir su legajo a Las Flores.

Una vez listos, Carola avanzó a pasos largos hacia la casa de doña Carmen, donde dejó a la niña protestando, ella también quería ir a la escuela. Después caminaron hacia la institución, donde Guido había hecho ya algunos amigos y se sentía a gusto. Más tarde el jovencito volvería caminando hacia lo de doña Carmen donde almorzaría y haría sus deberes hasta el regreso de Carola.

La rutina ya estaba organizada y todo funcionaría bien si no fuera por el estado de ánimo de la mujer, que oscilaba entre la tristeza y el malhumor. Había días en que Carola se sentía abatida y sola, extrañaba sentirse abrazada y recordaba los escasos momentos felices al lado de Dante, en la reducción, antes del ataque. Evocaba las noches de pasión, las caricias osadas y las colmadas de ternura, los besos húmedos y sus reclamos de amor. Y ella siempre a la defensiva, siempre poniendo la barrera ante su afecto. Corto había sido el tiempo en que le demostró sus verdaderos sentimientos. Otros días, la furia contenida estallaba en reprimendas para los chicos y malas caras en su trabajo, tanto que una vez su superior le llamó la atención:

—Los pacientes quieren ver una cara feliz, bastante tienen con sus dolencias.

Carola se debatía en un mar de dudas. Lo extrañaba, extrañaba a Dante Olivera como al aire mismo. No había vuelto a saber de él, ni siquiera sabía dónde vivía. ¿Estaría en Buenos Aires? Por momentos quería dejar todo atrás y olvidarlo, pero era imposible. Entendía su enojo y su ausencia, ¡le había mentido tanto! Desde el inicio había fingido ser otra persona, una mujer debajo de un disfraz, el disfraz de Eva. Y Dante se había enamorado de Eva. Eva, cuyo único error había sido, además de dejarse cortejar por Juan Silvio, huir sin dejar huellas. El resto... todo lo había hecho Carola. Carola había herido a un hombre antes de huir, Carola había robado a su suegra, Carola había asesinado a quien había intentado violarla. Estaba segura de que Dante no aprobaba los antecedentes de Carola. Se había enamorado de un espejismo, un fantasma sin entidad, una caricatura.

No aguantó la tristeza y se encerró en un baño a llorar. No podía presentarse ante los enfermos en ese estado. Estaba sola, tremendamente sola. Sin amigas, dado que Delia había sido destinada a otro hospital, sin más familia que los niños. Venía soportando todos sus pesares sola desde hacía muchos años ya, sus fuerzas flaqueaban. La mujer inquebrantable que había en ella se deslizó como una sombra hacia sus pies y se dejó caer. Las lágrimas la ahogaron, pero era necesario, ya no podía seguir conteniendo tanta angustia.

Perdió la noción del tiempo que pasó encerrada en el sanitario, hasta que alguien golpeó la puerta y tuvo que salir. Se miró al espejo, no se reconoció. El pelo largo, rubio, la mirada triste de ojos hinchados. Una leve papada le recordó que tenía unos kilos de más. No le gustaba Carola, ni por dentro ni por fuera. Quería a Eva, aun cuando fuera una extraña.

Cuando salió del hospital, en vez de ir a lo de doña Carmen a buscar a los chicos, sin refrenar el impulso, se metió en una peluquería. No le importaba

gastar parte de su escaso dinero, quería verse como antes, reconocerse en esa otra mujer de la que se había enamorado Dante Olivera.

La peluquera quiso convencerla:

—Pero es un crimen cortar semejante cabello, lo tiene usted muy sano.

—Córtelo —ordenó sin dudar—. Y luego tíñame de oscuro.

La mujer abrió los ojos con desmesura, pero ante su mirada inflexible se cuidó de volver a abrir la boca.

Mientras tanto, Carola pensaba en Inés: ¿qué diría si la viera en ese momento? Sonrió apenas, a la vez que sentía las mechas caer por sobre sus hombros.

Cuando salió se sintió renovada, solo tenía que cuidar su dieta para volver a sentirse Eva.

Doña Carmen dudó al abrirle la puerta y los chicos la miraron con extrañeza.

—¿Qué le pasó a tu pelo? —dijo Guido, asombrado.

—Me molestaba tan largo —fue su respuesta.

Salieron de allí conversando sobre la jornada escolar del muchacho. Rosalía iba callada, preguntándose qué le había ocurrido a su mamá.

Ninguno advirtió las miradas que del otro lado de la calle un niño y un hombre les dirigían. El niño con una sonrisa en los labios, el hombre aturdido ante su nueva imagen.

—¿Cuándo podré verla, papá? —preguntó Mario, los ojos brillantes.

—Mañana, hoy ya es demasiado tarde. —Juntos emprendieron el regreso hacia el hotel que quedaba a unas cuadras—. ¿Te gustó el colegio que visitamos?

—Mucho, pero tendremos que viajar todos los días...

—Lo haremos, hijo, tu educación vale la pena el esfuerzo. Después de todo, solo serán unas horas de viaje que podré aprovechar para hacer negocios en la ciudad.

—¿Podrá venir Eva al campo con nosotros?

—La invitaremos —dijo Dante—, tal vez acepte pasar el fin de semana.

Después de mucho reflexionar sobre todo lo ocurrido, las palabras de Julián y sus confesiones, sumado a la angustia de no tenerla a su lado, había tomado una decisión: iría a buscarla. Dejaría de lado su orgullo y empezarían de cero, si ella lo aceptaba.

La noche se hizo larga para todos. Para Dante por la expectativa de pararse frente a Eva un sábado a la mañana para invitarla a su hogar. Para Carola a causa del insomnio al que la soledad y la tristeza la condenaban.

Cuando el timbre sonó alrededor de las diez, Rosalía y Guido se miraron; no solían recibir visitas.

—Ve a ver quién es —dijo Carola a Guido, mientras ella seguía ocupada en remendar ropa de los chicos en la cocina.

Instantes después el muchacho reapareció:

—Es un señor, un viejo amigo —omitió decirle que ya lo habían visto en lo de doña Carmen tiempo atrás, presumía que el hombre quería darle una sorpresa.

—Iré enseguida.

Dejó lo que estaba haciendo y contuvo el aliento. ¿Quién sería? ¿Y si era alguien que venía a reclamar la antigua deuda? El miedo se deslizó sobre su piel.

Mientras avanzaba hacia la puerta una extraña sensación la puso en alerta; se le secó la garganta y le sudaron las manos y la espalda. Dejó de oír las voces de los chicos y caminó como una autómatas hasta la entrada. Y allí estaba él. Dante. Dante Olivera de pie ante su puerta. No tuvo tiempo de terminar de observarlo porque una figura más abajo captó su atención; Mario la miraba embobado y en su cara empezaba a dibujarse una sonrisa.

Sin perder oportunidades se agachó y lo abrazó. El niño, ya no tan niño comprobó, también se entregó al abrazo y le dijo con el cuerpo cuánto la

había extrañado. Carola no pudo evitar las lágrimas, había pensado tanto en él...

—Eva... —susurró Mario.

Detrás estaban Rosalía y Guido, quienes se mostraron confundidos. ¿Quién era ese chico que abrazaba a su madre? Los celos se hicieron notar en la niña, que enseguida se sumó al abrazo colgándose de la espalda de Carola.

—Es mi mamá —dijo— y se llama Carola, no Eva.

Dante, que había permanecido expectante y emocionado, liberó una sonrisa. Carola elevó el rostro y también sonrió, entre lágrimas.

—Vamos adentro —Guido fue el más sabio ante la situación.

Todos se reunieron en la cocina, corazón de la casa, y los adultos, postergando su conversación, tuvieron que responder las preguntas de los chicos, que se saltaron todas las normas de respeto. Ellos aceptaron, ¿cómo podrían los niños entender si ni ellos mismos podían explicar su relación ni el porqué de que Carola se llamara Eva?

Los varones fueron acomodándose a las explicaciones que tanto Dante como Carola, en mudo entendimiento, fueron hilvanando tratando de ser coherentes y a la vez dejando a salvo aquellas partes que no se podían contar. Rosalía, dada su edad, no comprendió demasiado, pero se animó cuando Dante dijo que vivía en el campo y que podían ir a visitar los animales cuando quisieran.

El reloj de pared dio las doce del mediodía y los chicos reclamaron comida. Los mayores aún no habían podido hablar a solas, pero las tensiones y los reproches parecían haberse olvidado en la charla inocente de los menores.

—Es hora de irnos —dijo Dante poniéndose de pie.

—Pero... —protestó Mario— dijiste que iríamos todos a casa.

Dante miró a Eva, para él siempre sería Eva, y esta se sonrojó. ¿La había perdonado?

—Ya sé lo que dije, pero debimos avisarle a Eva con anticipación. ¿Qué dices? —Posó en ella sus ojos que escondían tantas palabras no dichas—. Nos gustaría que vinieran al campo, mañana los traeré de vuelta.

—Pero... —Eva abrió las manos y se encogió de hombros, esperando más información.

—Solo tienes que decir que sí. —Dante se acercó y se contuvo de abrazarla por la presencia de tres pares de ojos observándolos—. Comeremos algo liviano antes de partir y cenaremos allá como Dios manda. —En silencio le prometía que ya tendrían tiempo para hablar.

Eva miró a los chicos; parecían deseosos por ir, para ellos cualquier plan que se saliera de la rutina era maravilloso.

—Está bien, vamos a preparar algunas cosas —ordenó a los chicos que la siguieran hasta los dormitorios.

Con el corazón saltándole en el pecho metió algo de ropa, pocos objetos personales de los chicos y, en media hora, después de comer unos trozos de queso y frutas, salieron rumbo al campo.



CAPÍTULO 96

Cercanías de Buenos Aires, 1928

Ni bien Eva puso un pie frente a la estancia, el olor del viento le trajo el aroma de las flores. Jazmines, lavanda, manzanilla. Cerró los ojos y aspiró el aire, ¡cuánto hacía que no sentía un perfume igual! Siempre el viento le había traído otro olor, olor a muerte.

Un soplo de esperanza le revolvió el sentir y miró hacia adelante. Los chicos descendieron y enseguida se alejaron corriendo bajo las órdenes de Mario. Guido llevaba a Rosalía de la mano; a la pequeña no le daban las piernitas cortas y regordetas para seguirle los pasos.

El sol de noviembre pegaba fuerte sobre sus cabezas, la casa parecía silenciosa aunque Dante presentía que había un par de ojos espiando detrás de alguna de las ventanas. No se equivocaba, Pilarita se preguntaba quién sería esa mujer que lograba esa expresión de serenidad en Dante.

Al fin solos, se miraron. El campo, la naturaleza, el sonido del viento en los árboles, hicieron que todo lo demás desapareciera. Eva vio las fogatas de aquella primera noche en que lo conoció, cuando le contó la leyenda de Qátalo, para terminar enredándose con ella en su cama. Eran otra vez ellos dos, ajenos a todo, como si el tiempo no hubiera pasado. Dante la tomó de la nuca y atrapó su boca.

—Lo siento, Eva —susurró sin dejar de besarla.

Ella se aferró a su cuello y se apretó con todas sus fuerzas. Dante la alzó en

brazos y caminó hacia un cobertizo, trabando la puerta por dentro. Sobre un lecho de alfalfa hicieron el amor sin palabras. Todo era tocarse y buscarse la piel con la boca.

Cuando finalizaron Dante sonrió y la acarició.

—Como en los viejos tiempos —dijo recordando cuando se amaban sobre los pastos, a cielo abierto, en cualquier sitio alejado de la reducción.

—Dante... tenemos que hablar. —Eva se cubrió con su vestido y se sentó.

—Te quiero, Eva, no sé qué más quieres que hablemos —dijo él, exhausto todavía por el despliegue de sensualidad y pasión de minutos atrás—. No voy a reprocharte nada, quiero que dejemos el pasado atrás.

—Pero... la otra vez dijiste...

—La otra vez estaba enceguecido, entiende que fueron años sin saber de ti, sin saber si estabas viva o si... —Ella se conmovió recordando cuánto había sufrido al creerlo muerto. Al menos ella sabía que había sobrevivido, pero él no...—. Y cuando al fin te encontré y descubrí que eras otra persona, tantas mentiras, tu hija... Me volví loco.

—¡Perdóname! Te envié cartas... quise decirte que estaba bien, quise saber de Mario, de Lila... —Se le ahogó la voz al recordar tanta muerte.

—Lo sé, ahora lo sé todo, y lo entiendo. No quiero que sigamos recordando el pasado, Eva...

—Mi nombre es Carola —interrumpió ella—; sin embargo, detesto a Carola, ella hizo cosas malas... —empezó a sollozar.

—Para mí siempre serás Eva, mi Eva. Esa mujer arisca y dura por fuera, pero de miel por dentro —ella sonrió—. Nunca voy a olvidar que salvaste a mi hijo; también salvaste al hijo de tu marido.

—Hice cosas horribles...

—Shhh... —Posó su dedo sobre sus labios—. Quedémonos con lo bueno, Eva, de otra manera nunca podremos ser felices.

Se abrazaron y volvieron a besarse. Ella se dejó hamacar por esos brazos

que tanto había extrañado. Se extasió en su olor y se permitió llorar toda la angustia que tenía dentro, acumulada durante años.

Dante la dejó vaciarse mientras la acunaba en su cuerpo. Cuando Eva dejó de gemir la tomó por la barbilla y la miró a los ojos.

—Ya sé que tú tienes tu vida en la ciudad, pero quisiera que vinieran a vivir aquí. —Eva estaba aturdida, eran demasiadas emociones juntas.

—Yo... ¡Ay, Dante, no sé qué hacer! Están los niños, mi trabajo en el hospital...

—¿Es que acaso no me amas, Eva? ¿No quieres que seamos una familia? —De nuevo la duda se instalaba entre ellos—. Dímelo de una vez, Eva, quiero escucharlo de tu boca. ¿Me amas?

Eva se enterneció. Llevaba años reclamándole una declaración y ella siempre esquivaba la respuesta. ¿Tanto miedo tenía a la supuesta maldición a que hacía referencia su madre? *La tercera es la vencida*, se dijo.

—Te amo, Dante Olivera, claro que te amo —le tomó el rostro con las manos y selló su declaración con un beso.



EPÍLOGO

Debieron pasar varios meses antes de que Eva pudiera mudarse al campo con los niños. Durante todo ese tiempo, disfrutaron de un noviazgo que consistía en escapadas de Dante a la ciudad o pernoctadas familiares de fin de semana en la estancia. Recién a mediados de 1929 pudieron vivir todos juntos.

Dante contrató un chofer que llevaba a los muchachos a la escuela todos los días. Él viajaba ocasionalmente a la ciudad a cerrar negocios.

Eva dejó su puesto de enfermera en el hospital para abrir una sala de primeros auxilios en la hacienda, a donde concurría gente de los alrededores cuando la afectaba alguna dolencia. Entre su título de enfermera, lo que había aprendido con los chamanes en la reducción y la opinión de Julián, que se había convertido en su mano derecha, Eva pasó a ser la “doctora” rural.

Los chicos, luego de vencer celos y luchar por su territorio, dado que Jerónimo se había sentido desplazado por Guido, terminaron aceptándose y llevándose como cualquier pandilla de hermanos, donde no faltaban las peleas. La única mimada era Rosalía, por quien grandes y chicos se desvivían.

Mateo no volvió a la bebida, pero cuando reunió suficiente dinero se presentó ante Dante y le dijo que quería volver al Chaco.

—Me iré por la puerta grande, como tú dijiste —se abrazaron—. Quiero volver a mis raíces, a mi tierra.

—Aquí estaremos para cuando quieras volver.

El muchacho partió con la promesa de regresar de vez en cuando, pero

nunca volvió. Había aprendido a escribir a medias y, cuando podía, mandaba cartas donde les contaba sobre Napalpí y los pocos sobrevivientes que fue encontrando a fuerza de recorrer y buscar, siempre con la esperanza al hombro. Fue triste enterarse de que para sobrevivir muchos negaban su historia, forzándose a olvidar sus costumbres, sus danzas y hasta su lengua, porque era señal de atraso. Las secuelas de la masacre persiguieron a los aborígenes hasta el día de hoy.

En 1930 nació L'aite, una hermosa niña, con cabellos rubios como su madre y unos hermosos ojos verdes como su padre.

JUICIO POR LA VERDAD

Desde 2014 la Fiscalía Federal de Resistencia lleva adelante una investigación preliminar que tiene la pretensión de ser un Juicio por la Verdad. Los autores materiales de la masacre no se encuentran con vida, por tanto no se puede llevar adelante un juicio normal con una sentencia de condena. Pero la Fiscalía entiende que se está ante crímenes de lesa humanidad, por lo que se ha llevado adelante esta actuación de oficio, que continúa con mucho trabajo por delante para que el Estado argentino reconozca el derecho de las víctimas al acceso a la verdad.

Se tomó testimonio al único sobreviviente de ese momento, Pedro Valquinta, de importantísimo valor, porque pudo contar lo ocurrido frente a un estrado. Se incorporaron también los testimonios fílmicos de los sobrevivientes Rosa Chará y Melitona Enrique, que no estaban con vida al inicio de la investigación. También declararon hijos de ambas mujeres, cuyos relatos traducen casi de primera voz lo ocurrido en Napalpí, narración que se mantiene de generación en generación.

Hay gran cantidad de pruebas de este genocidio, desde fotos, testimonios, investigaciones periodísticas, legajos de los policías que intervinieron, la versión taquigráfica que se hizo para el ministro del Interior de la época, registros sobre el avión utilizado que brindó el aeroclub del Chaco, hasta diarios de la época.

La versión oficial es una rebelión al trabajo y un enfrentamiento armado entre distintas etnias que derivó en un choque con la policía. Pero de la reconstrucción se pudo aseverar que existió una huelga con un reclamo

concreto, con una masacre posterior por parte de la policía, que dejó un saldo de alrededor de cuatrocientas víctimas. La persecución continuó durante varios días en los cuales los heridos fueron asesinados y los niños llevados como esclavos a familias blancas de los alrededores.

Lo sucedido en Napalpí es todavía una deuda del Estado argentino para con los pueblos originarios.

AGRADECIMIENTOS

A Pablo Ariel Funes, mi compañero de ruta, a mis hijos por acompañarme en esta pasión por escribir, en este sueño hecho realidad que es poder contar historias; por entender mis distracciones cuando en mi mente flotan las ideas, las ausencias, los viajes y esta especie de locura que me hace feliz.

Agradezco a mi amiga Gladis Díaz, por ser siempre mi primera lectora, quien con su ojo crítico sabe encontrar cada detalle; ella siempre tiene una enseñanza para mí.

A Inés Maidana, mi hada del norte, una gran amiga en la distancia, por ocuparse tan generosamente de mi página, por sus palabras de aliento y por su cariño sincero. Te quiero, Inés.

A mis editoras Florencia Cambariere y Gabriela Vigo, por querer siempre lo mejor para mí, por confiar en mis letras y seguir apostando. A todo el equipo de trabajo de Penguin Random House, por su creatividad y profesionalismo en todo lo que hacen. Feliz de ser parte del grupo. Gracias a todos y cada uno.

A Juan Chico, escritor, investigador e historiador, presidente de la Fundación Napalpí, quien tuvo la gentileza de conversar conmigo y sacarme algunas dudas.

A María Elina Serrano, de la Secretaría General de Gobierno y Coordinación del Chaco, quien generosamente me envió uno de los libros que sirvieron de base para mi investigación.

A Rodolfo Gauna, del Museo Histórico Regional Ichoalay, Chaco, quien desinteresadamente me envió artículos periodísticos, referencias y fotos

escaneadas de los diarios de la época de la masacre, que me ayudaron muchísimo para transcribir lo que decía la prensa y que de alguna manera sentaba opinión.

A la escritora Marcela Chiquilito, por enseñarme a usar Google Maps para poder visualizar el sitio donde ocurrió la masacre de Napalpí.

A mi querida amiga la escritora Cristina Bajo, por proporcionarme bibliografía y datos sobre la época.

A la escritora y amiga Florencia Bonelli, quien sin saberlo fue la que disparó la primera idea de esta novela mientras filmábamos el ciclo “Hablemos de amor”, cuando al oler los “yuyitos” que había llevado Graciela Ramos dijo que era “el olor del viento” de Córdoba. Fue en ese instante en que dije que era el título de una novela y voló mi fantasía.

A mis lectores, por seguir mis letras, por todo el cariño que me brindan a diario por medio de las redes, mensajes, los llamados y esa amistad que hemos ido forjando a través de los libros. Sin ellos esto no sería posible.

A los grupos de lectura, imposible nombrarlos a todos porque cada día son más, por el trabajo cuidadoso y respetuoso de las letras argentinas; por la difusión, las entrevistas, las fotos y el inmenso cariño. En especial a mi querido grupo de Lectoras Marplatenses, que siempre están pendientes y acompañando mis actividades literarias. A Paola Calandria, Julieta Della Rosa, Ana María Garriz, Patricia Coria, Laura Barrios y sus creaciones, y a todas las demás que están en mi corazón.

¡Gracias!



A veces el pasado es un viento que atrapa con su fogoso magnetismo y sus secretos. Pero un arrebatado de pasión puede cambiarlo todo.

Dos historias ardientes se entrelazan en esta novela: por un lado la de Carola en la Buenos Aires de 1922, una joven que al poco tiempo de casarse descubre el oscuro pasado de su marido; por otro lado la de Eva, dos años después en la reducción de Napalpí —provincia del Chaco—, quien intenta recomenzar su vida justo cuando se produce una de las masacres indígenas más trágicas y menos conocidas de nuestra historia.

Con sus extraordinarios recursos narrativos y la riqueza de su prosa, Gabriela Exilart vuelve a capturar a sus lectoras, esta vez con una inesperada arquitectura y un final insospechado.



GABRIELA EXILART

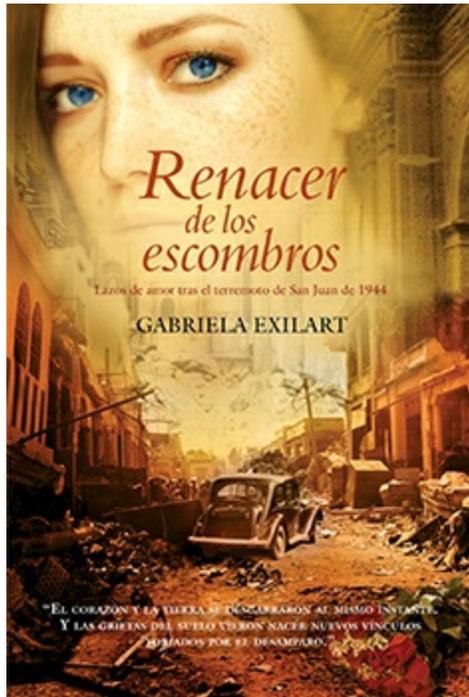
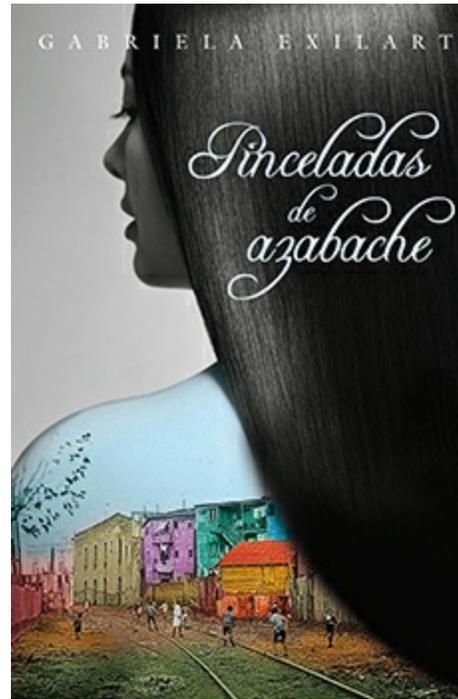
Es marplatense, trabaja como abogada y es docente de Práctica Procesal Civil y Comercial II de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Mar del Plata. A los catorce años escribió su primer policial romántico. Con *Tormentas del pasado* cautivó en muy poco tiempo a miles de lectores, y por su rigurosa investigación histórica obtuvo la Declaración de Interés Legislativo de parte del Senado de la Provincia de Buenos Aires. Su segunda novela, *Pinceladas de azabache*, emocionó al público por la profundidad de los vínculos y los sentimientos que desbordan sus páginas. En *Renacer de los escombros* recupera un momento histórico clave —el terremoto de San Juan de 1944— y narra una historia de amor allí donde nada ha quedado. En *Por la sangre derramada*, dos historias románticas se entretajan en medio de las luchas obreras en la Patagonia durante la década de 1920. *Con el corazón al sur* instala a los lectores en la Argentina de la dictadura, y narra la historia de una mujer que intenta reunir los fragmentos de su vida y volver a comenzar. Participó con “Si tú te atreves” en la antología *Ay, amor*.

Sus obras abarcan diferentes períodos de la historia de nuestro país y se interesan por los problemas ambientales, de género y de discriminación racial, viajando del pasado al presente con magnífica fluidez.

g-exilart@hotmail.com

www.facebook.com/GabrielaExilartOficial

Foto: © Alejandra López





Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Exilart, Gabriela

Napalpí / Gabriela Exilart. - 1ª ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2018.

(Narrativa Femenina)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-644-475-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Foto de cubierta: © Arcangel Images

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-475-4

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Napalpí

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Segunda parte
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Tercera parte

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Epílogo

Juicio por la verdad

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos